

Ruta por las batallas históricas en Andalucía

entre la épica y la violencia



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE TURISMO, COMERCIO Y DEPORTE

Ruta por las batallas históricas en Andalucía

entre la épica y la violencia



Ruta por las batallas históricas en Andalucía
entre la épica y la violencia

Ruta por las batallas históricas en Andalucía

entre la épica y la violencia





1ª Edición 2008

Autores

Cristina Rosillo López, Luis Salas Almela, Antonio Sánchez González,
Manuel Moreno Alonso, Lucía Prieto Borrego y Encarnación Barranquero Texeira

Edita

Consejería de Turismo Comercio y Deporte de la Junta de Andalucía

Documentación gráfica

xxxxxxxxxxxxxxxxx

Diseño y producción editorial

Bosque de Palabras, S.L

Depósito Legal

SE-6123-08

Imprime y encuaderna

Kadmos, S.C.L

Esta publicación está disponible para la consulta y préstamo en el Centro de Documentación de la Consejería de Turismo, Comercio y Deporte de la Junta de Andalucía y accesible a texto completo en: <http://www.juntadeandalucia.es/turismocomercioydeporte/publicaciones>

Índice

Presentación

Luis Salas Almela.

De Aníbal a Tarik

Las batallas en la Andalucía antigua

Cristina Rosillo López.

Piratas, comerciantes y grandes armadas:

la larga lucha por el control del Estrecho de Gibraltar (siglos XVI-XVIII).

Luis Salas Almela.

Edad Media

Antonio Sánchez González.

Bailén

La batalla de los olivares.

Manuel Moreno Alonso. Universidad de Sevilla.

La Batalla de Málaga

Lucía Prieto Borrego, Encarnación Barranquero Texeira.

Bibliografía seleccionada por períodos

Presentación

Presentación

Luis Salas Almela.

La violencia, en sus diversas manifestaciones, es una dramática compañera de viaje en el discurrir del género humano a lo largo de su Historia. La capacidad de destrucción, las armas, las estrategias y el número de contendientes han variado sustancialmente a través de los siglos, pero la violencia entre los pueblos –o entre parcialidades dentro de un mismo colectivo humano– ensombrecen el transcurrir de los siglos. No sabemos si en los albores de la Historia pudo existir, en algún lugar, una Arcadia feliz en la que los seres humanos no dirimiesen sus diferencias luchando unos contra otros. Tampoco sabemos si algún día la Humanidad logrará desprenderse del lastre de la violencia o, al menos, si será capaz de invertir la tendencia de los últimos siglos y lograr reducir sustancialmente la extensión y consecuencias de las guerras. En efecto, desde la Primera Guerra Mundial (1914-1918) en adelante, hasta llegar a la era atómica, el nivel de sufrimiento que han provocado las guerras modernas es incomparablemente mayor que el de cualquier otra etapa anterior. Este aumento del horror producido por el hecho bélico se ha debido, sobre todo, a la creciente e involuntaria implicación de la población civil en los conflictos, cuyo elevadísimo número de bajas ha superado con creces las cifras de militares caídos en los conflictos del siglo XX. Recordemos por ejemplo el máximo del horror que supuso la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), con sus 55 millones de muertos.

Y es que la guerra es, desde cierto punto de vista, la manifestación más descarnada y generalizada de la violencia entre los seres humanos. En la guerra, como el cuadro de



Duelo a Garrotazos, de Goya (detalle).

Goya, seres humanos de carne y hueso dañan y reciben daño, sufren y, muchos de ellos, acaban cayendo. Unos seres humanos que, antes de combatir, sentirían miedo y ansiedad, que tragarían el polvo de los campos o hundirían sus pies en el barro. Soldados que en el fragor de la lucha olerían la sangre de los caídos y la pólvora de los cañones, verían ojos tan crispados como los suyos en el rostro del enemigo, sentirían el peso de su armamento o verían impotentes cómo su nave se iba a pique. Y, con seguridad, muchos de ellos desearían con todas sus fuerzas escapar de aquella trampa de muerte. En otras palabras, la guerra se acaba sublimando en la vivencia personal de sus protagonistas. En palabras del premio Príncipe de Asturias de literatura polaco Ryszard Kapuscinski [*La jungla polaca*, Anagrama, 2008]:

“Los que han sobrevivido a una, nunca lograrán librarse de ella. La guerra persiste en ellos como una joroba en el pensamiento, como un doloroso tumor que ni siquiera el más eminente de los cirujanos es capaz de extirpar. [...] Pero ¿qué significa “pensar con las imágenes de la guerra”? Pues significa percibir que las cosas existen sólo en su extrema tensión y que todo rezuma terror y crueldad, pues la realidad de la guerra no es sino un mundo

de máxima y maniquea reducción que elimina todos los colores intermedios, suaves y cálidos, para reducirlo todo a un agudo y agresivo contrapunto, al blanco y al negro, a la más primitiva lucha entre dos fuerzas: el bien y el mal. ¡Nadie más cabe en el campo de batalla!”

Contemplado desde este punto de vista tan apegado a las sensaciones de los combatientes, las acciones de los hombres pasan sobre paisajes casi inmutables, sobre colinas y cerros, ríos y costas que casi parecen inmutables. Vano nos parece así el odio de los hombres.

Contemplada desde un punto de vista muy distanciado de los campos de batalla, es decir, si analizamos la guerra como elemento histórico, podemos afirmar que las contiendas han tenido una larga serie de consecuencias de muy diverso tipo en las sociedades que las han protagonizado. Unas consecuencias que, por otro lado, no siempre e inequívocamente fueron negativas. En efecto, más allá de su carga destructiva y del horror que supone que grupos de seres humanos se enfrenten con el deseo de aniquilarse o inflingirse el mayor daño posible, la guerra ha influido de formas muy diversas en la Historia de la humanidad. De hecho, las sociedades que han padecido largas guerras, han tendido a transformar sus estructuras organizativas con el objeto de intentar ser más eficaces y a organizarse mejor, bien para lograr una más eficaz defensa de su territorio, bien con la intención de conquistar el territorio del enemigo. Por ejemplo, como tendremos ocasión de comprobar más adelante en este volumen, la República romana puso a prueba sus propias potencialidades como sociedad y como civilización enfrentándose a Cartago. De forma similar, las monarquías medievales y modernas se fortalecieron de forma muy notable merced a la lucha contra un enemigo exterior. Incluso, en las guerras de la Edad Contemporánea (siglos XIX y XX) algunos estados se forjaron en el campo de batalla. Así, España, en tanto que estado-nación, vivió su eclosión definitiva en el campo de batalla de Bailén en 1808, mientras que el bando vencedor de la Guerra Civil Española (1936-1939) fue construyendo su propia legalidad –dado que en un principio carecía de ella– como resultado de su triunfo bélico.

De forma paralela, pero más general en la Historia de la humanidad, la ciencia y la técnica empleadas por los seres humanos para transformar el medio se han visto impulsadas por la guerra. Infinidad de inventos, que luego se han aplicado a la vida civil,



El Guernica, de Picasso (detalle).

han tenido su origen o han recibido un impulso decisivo en la industria militar. Por ejemplo, la metalurgia se desarrolló en buena medida, en los albores de la civilización, como consecuencia del deseo de alcanzar aleaciones más poderosas y resistentes para fabricar espadas, puntas de flechas y lanzas o, más tarde, cotas de malla y armaduras. Pensemos así mismo en la navegación, cuyo primer gran avance científico tuvo lugar en el siglo XVIII, impulsado por la competencia entre las principales naciones europeas por hacerse dominantes en el mar. Podemos recordar también el fortísimo impulso que la aviación recibió en el siglo pasado durante las dos Guerras Mundiales, o, más recientemente aún, no podemos olvidar que inventos como *internet* tuvieron su origen en una tecnología de origen militar.

* * * *

Históricamente la guerra se ha manifestado tradicionalmente en una serie de componentes o estallidos condensados de lucha que denominamos batallas. Algunas de ellas pueden ser consideradas decisivas en la historia de los pueblos. En tales casos, dichas batallas

han sido caracterizadas con frecuencia por los cronistas e historiadores de las naciones que se consideran herederas de los contendientes como acontecimientos constitutivos de la esencia misma de un determinado sentimiento nacional. Así, estas batallas se han conservado en la memoria de los pueblos envueltas en un halo de gloria y épica, muchas veces exagerada en cuanto al mérito del triunfo y a sus consecuencias. Es decir, las batallas también son jalones o hitos de la memoria colectiva de los pueblos. Podemos adelantar que algo de esto tuvieron los triunfos romanos sobre Cartago o las victorias cristianas sobre los musulmanes en la *Reconquista*. En cambio, esta tradición épica se nos presenta teñida de tragedia si el resultado de la batalla fue la derrota. En semejantes situaciones, los vencidos se han tenido que conformar, si la derrota se produjo en un combate equilibrado, con reivindicar el orgullo de haber caído con honor. Una situación que ha sido propicia al florecimiento del lirismo en la evocación de esos infaustos encuentros bélicos. Un buen ejemplo de ello sucedió en España tras la batalla de Trafalgar, como veremos.

Por todas estas razones, podemos afirmar que la historia de la guerra nos dice muchas cosas de las sociedades que fueron sus protagonistas. En una batalla se concitan y manifiestan los más variados aspectos de una sociedad, desde los organizativos y tecnológicos, a los ideológicos, religiosos y culturales. Pensemos en la enorme distancia conceptual que va de la participación de los pueblos ibéricos como auxiliares en las guerras entre Roma y Cartago –en los primeros siglos antes de Cristo– a la movilización de los dos bandos contendientes en la Guerra Civil. Si en el primer caso la participación de cada contendiente responde a razones grupales de obediencia al jefe tribal, en el segundo, la carga ideológica individual es sin duda dominante. Entre ambos extremos, encontramos todo tipo de situaciones y de motivaciones psicológicas para el combatiente. Podemos citar entre los argumentos del soldado el odio a aquél que pertenece a otra cultura que trata de imponerse a la propia y los motivos religiosos, pero también la ambición personal y el deseo de ascender en la escala social. Todos ellos son algunos de los argumentos que conforman un abanico de posibilidades, cuya combinación en diversas proporciones es la que transforma la apariencia y el contenido de las guerras de las que nos vamos a ocupar en este libro.

Como hilo conductor de esta obra se encuentra el solar andaluz. Ese espacio que ocupa casi todo el tercio sur de la Península Ibérica, cuya entidad, tal como la conocemos hoy, no se alcanza hasta los albores de la Edad Moderna, cuando la denominación



Despeñaperros.

musulmana de al-Andalus –mucho más amplia que la actual– comenzó a aplicarse sólo al territorio incorporado a la Corona de Castilla entre el sur de Sierra Morena y el sistema Bético hasta el mar, entre el Mediterráneo y el Guadiana. Un territorio por el que transitaron y se establecieron infinidad de pueblos como los íberos, griegos, fenicio-cartagineses, romanos, visigodos, árabe-magrebíes y castellanos.

En otras palabras, este libro propone una reflexión sobre las formas diversas que en el occidente ha adoptado la guerra a través del tiempo, utilizando como hilo conductor el excelente campo de estudio que ofrece la rica y variada historia que han protagonizado los hombres y sociedades que transitaron o poblaron lo que hoy conocemos como Andalucía. Tierra inserta en los grandes movimientos de pueblos y gentes de la Europa mediterránea, en Andalucía han tenido lugar cruciales encuentros bélicos desde los albores de ese minúsculo fragmento de tiempo que denominamos Historia. Comenzando por la parte sustancial de las Guerras Púnicas –entre romanos y cartagineses– que tuvo lugar en la Península Ibérica, hasta llegar a la Guerra Civil de 1936-1939, pro-

ponemos un recorrido por los escenarios en los que se produjeron aquellos *hechos de armas* más significativos de cada época. La idea que anima este recorrido es mostrar al lector interesado por estos temas cómo la forma de combatir nos ilustra sobre los más diversos aspectos de las sociedades que se veían implicadas en los conflictos, desde las formas de reunir soldados –mercenarios, vasallos, milicias nacionales o voluntarios– al grado de desarrollo técnico –armas ofensivas y defensivas– o administrativo –logística y organización del ejército. Las diferencias entre asedios, batallas a campo abierto o combates navales, reflejan, así mismo, cómo cada época tiene formas de combatir diversas que en sí mismas son reflejo y crisol, no sólo de las tensiones políticas entre poderes, sino también de las sociedades y pueblos que se han ido sucediendo en el solar andaluz.

* * * *

De este modo, el libro que el lector tiene en sus manos aspira a ser una invitación a realizar un recorrido geográfico e histórico por el pasado de Andalucía. Un recorrido, con escala en diversos lugares diseminados por buena parte del territorio andaluz, que nos llevará del agudo repiqueteo metálico del entrechocar de las armas en los primeros siglos antes de Cristo, hasta el ensordecedor estrépito de los bombardeos aéreos y navales de la Guerra Civil; un itinerario que nos llevará de la abrupta carretera que une Málaga con Almería a los campos de Bailén, sin olvidar las aguas de la bahía de Cádiz o del Mar de Alborán. Un rápido discurrir de siglos, sostenido en algunos grandes hitos bélicos, en el que nuestro afán es doble: por un lado, despertar el interés del lector por visitar y conocer los lugares en los que ocurrieron acontecimientos importantes de nuestra Historia; por otro lado, una vez situados, pretendemos excitar la imaginación del lector para que recree, en aquellos paisajes que contemplaron los diversos hechos de armas, una serie de batallas que se alzarán al fin como iconos o símbolos del discurrir de la historia.

El libro se organiza siguiendo los grandes periodos de la Historia europea. Comenzaremos por la Edad Antigua, que abarca desde los albores de la civilización a la caída de Roma, en el siglo V de nuestra era. Un lapso temporal que se caracteriza –en lo que al solar ibérico se refiere– por sus inicios muy belicosos, protagonizados por dos poderes exteriores: Roma



Torre vigía.

y Cartago. Encontraremos aquí grandes batallas terrestres entre numerosos ejércitos compuestos de ciudadanos –romanos y cartagineses–, auxiliares –procedentes de los pueblos autóctonos de la Península– y, a veces, esclavos. Combates basados en la lucha cuerpo a cuerpo, de modo que la disposición estratégica de los combatientes se deshacía tras el contacto entre los dos grupos enfrentados. De este modo, las batallas se decidían en muchas ocasiones por el impulso y valor individual de los soldados. En cambio, a estos comienzos violentos de la romanización siguieron unos siglos de prolongada *pax romana*, sobre todo en lo que respecta a la provincia de la Bética.

Una paz que se quebró en todo el Imperio con las invasiones de los pueblos bárbaros, que penetraron desde las fronteras orientales del mundo romano y se diseminaron por toda la Europa occidental. En Hispania, una rama del pueblo godo procedente de las grandes llanuras ribereñas del Mar Negro creó el reino visigótico, tras expulsar a los otros pueblos germánicos instalados en la Península –vándalos, suevos y alanos. Un reino que trajo consigo otro largo periodo sin grandes turbulencias bélicas. Sin embargo, una nueva invasión de gentes venidas de lejos trajo de nuevo el rumor de las armas a la antigua Iberia. Esta vez se

trató de la invasión musulmana, iniciada en el año 711. Tras la rapidísima conquista del ya muy decaído reino visigótico por parte de los fieles de Alá, comenzaron ocho largos siglos de lucha irregular entre musulmanes y cristianos, un tiempo marcado por la construcción y alteración de una frontera móvil que se fue forjando en los campos de batalla. Pero también un tiempo de larga convivencia entre culturas que dejó una profunda huella en el idioma y las costumbres españolas y, más en particular, andaluzas. En todo caso, algunos de los más trascendentales encuentros bélicos de este conflicto secular que conocemos como *Reconquista* tuvieron a Andalucía por escenario.

Tras la caída del reino nazarí de Granada en 1492 –último reducto del poder musulmán en la Península–, durante la Edad Moderna (época que corresponde a los siglos XVI al XVIII), no se registraron grandes combates terrestres en el suelo de Andalucía, acaso con la excepción de la Guerra de las Alpujarras (1568-1571). Más allá de este peculiar conflicto –en realidad, una guerra de guerrillas–, Andalucía sólo fue testigo de algunos enfrentamientos poco importantes, tanto durante la Guerra de Portugal (1640-1668), como en el marco de la Guerra de Sucesión (1701-1714). Esto no significa que no hubiera grandes batallas en Andalucía, sino que éstas tuvieron por escenario principal sus mares y costas. En efecto, en el Estrecho de Gibraltar se libró una guerra no declarada, pero de duración secular, que, con raíces en la Baja Edad Media, se extendió a lo largo de todo este periodo. Se trata de un enfrentamiento entre múltiples poderes e intereses que aspiraron a controlar ese estratégico nudo de comunicaciones y a aprovecharse del comercio que por allí transitaba. No en balde, aquella época fue testigo de la primera globalización de mercados y comunicaciones, que pusieron en contacto las islas de las especias asiáticas con las minas de plata americanas y con las industrias manufactureras europeas. Una expansión comercial marítima creada gracias al asombroso impulso inicial de castellanos y portugueses, seguido después por los imperios coloniales holandeses, inglés y francés. Así, en Andalucía, los asaltos desde el mar, los enfrentamientos entre potentes escuadras y las incursiones en la costa fueron los principales acontecimientos bélicos de este periodo.

La época que los historiadores han denominado Edad Contemporánea (siglos XIX y XX) comenzó en Andalucía bajo el signo belicoso de Marte. La rebelión contra los franceses instalados en España, que dio comienzo aquel 2 de mayo de 1808 en Madrid, se extendió pronto por todo el país, transformándose en la que conocemos como Gue-



Sanlúcar de Barrameda, desembocadura del Guadalquivir.

rra de la Independencia (1808-1814). Una contienda que se enmarca en el ciclo de las guerras napoleónicas, libradas a lo largo y ancho del continente europeo, desde Moscú a Sevilla, por el poderoso ejército imperial francés. Napoleón Bonaparte, el gran estratega y estadista que encauzó los impulsos de la Francia surgida de la Revolución hacia un Imperio de aspiraciones universales, fue capaz de extender su poder e influencia por casi todo el continente. Una fuerza arrolladora que sembró a su paso la guerra, pero también los ideales revolucionarios. Para sorpresa de propios y extraños, la hasta entonces invicta *grand Armée* de Napoleón iba a sufrir en España su primera derrota en los campos de Bailén. En cierto modo, se puede decir que los ideales liberales que habían extendido los ejércitos del Emperador de los franceses, estuvieron –paradojas de la historia– en la base del movimiento popular que acabó expulsando a Napoleón de España. Eso sí, hubieron de transcurrir seis largos años más de contienda, después de

aquella primera victoria del ejército español, para que la rebeldía de las Juntas locales alzadas contra el rey intruso –José I Bonaparte, hermano del Emperador–, ayudadas por Inglaterra –que envió al famoso general Wellington con un gran ejército–, pudiesen cantar victoria.

A lo largo del resto del XIX, las guerras civiles de marcado tinte ideológico que conocemos como “guerras carlistas” –libradas entre los liberales y los partidarios del absolutismo o *carlistas*– ensombrecieron la historia de España. Sin embargo, estas contiendas, cuyo epicentro estuvo en el tercio norte peninsular, apenas afectaron a Andalucía, de modo que sólo bien entrado el siglo XX la guerra volvió a hacer acto de presencia en nuestra región. La Guerra Civil Española de 1936 a 1939 fue una guerra pionera en muchos sentidos. Fue la primera en la que el fascismo y la democracia liberal se enfrentaban abiertamente. Además, en ella se probaron nuevas fórmulas de combate y lucha, nuevas armas y estrategias que poco después –en la Segunda Guerra Mundial– iban a dominar la contienda. La guerra relámpago alemana, los bombardeos indiscriminados, la estrategia de sembrar el terror entre la población civil y la purga ideológica del oponente tuvieron su campo de experimentación en España. Más en concreto, Andalucía tiene el triste privilegio de haberse anticipado al famoso caso de Guernica en la generalización del terror causado por los bombardeos sistemáticos contra la población civil. Tal fue el horror que se produjo en la conquista de Málaga por las tropas franquistas, ocurrida en los primeros meses de 1937.

En resumen y como sin duda el lector atento habrá percibido ya, vamos a ocuparnos de la épica con la que la memoria colectiva española –a la que denominamos *nuestra historia*– ha adornado algunas lejanas batallas. Pero también de la crueldad y la violencia que la guerra siempre lleva aparejada, que no ha dejado de aumentar con el transcurso de los siglos. Veremos a los hermanos de Aníbal resistir a Escipión el Africano y a Julio César combatir en Hispania contra los partidarios de Pompeyo. Asistiremos al desembarco de Tarik portando los estandartes de la media luna y a Alfonso VIII desencadenar la conquista castellana de al-Andalus en las Navas de Tolosa. Contemplaremos cómo los duques de Medina Sidonia defendieron la costa de Andalucía y cómo Nelson sucumbió en medio de su mayor triunfo. El general Castaños derrotará por primera vez a Napoleón en Bailén y Queipo de Llano afianzará el control franquista de Andalucía con la conquista de Málaga. Hechos y nombres con los que confiamos, en fin, en

fomentar el interés por conocer el pasado, en despertar el deseo de saber más sobre las sociedades y los hombres que nos precedieron y con cuya suma de acciones se fue forjando el presente.

[*Nota:* el lector curioso que así lo desee encontrará al final del volumen una pequeña bibliografía seleccionada de libros recientes para ampliar su conocimiento sobre los contenidos incluidos en esta obra].



Capítulo I

De Aníbal a Tarik

Las batallas en la Andalucía antigua

Cristina Rosillo López, *Universidad Pablo de Olavide*

Polibio, historiador griego, nunca pensó que acabaría convertido en uno de los grandes cronistas de Roma. En sus *Historias*, destinadas a un público griego, afirma que, a mediados del siglo II a.C., todo habitante del Mediterráneo debería preguntarse cómo Roma había pasado en pocos siglos de ser una pequeña ciudad en la península itálica a convertirse en el poder más importante de Europa. El papel del ejército romano es una de las respuestas que Polibio ofrece a sus lectores.

En verdad, el poder romano estuvo más fundado sobre la conquista militar que sobre la diplomacia. No serán los embajadores y los heraldos los que otorguen a Roma su nueva posición dominante en el Mediterráneo, sino la sangre y el sudor de sus soldados y la victoria de éstos en múltiples batallas. Por ello, el estudio del ejército romano, tanto desde el punto de vista militar como el social, puede proporcionarnos muchas claves para comprender la historia romana y su influencia en los países que conquistó y dirigió.

Roma y las armas mantuvieron un estrecho lazo desde el inicio de la ciudad. Rómulo, el fundador de Roma, y su hermano gemelo Remo, eran hijos del dios Marte, dios de la guerra. Tras su muerte, Rómulo se apareció a los romanos y, según Tito Livio, les ordenó: “es voluntad de los dioses celestiales que mi Roma sea la capital del mundo. Por tanto que ellos practiquen el arte militar y que sepan, y que así lo comuniquen a sus sucesores, que no habrá poder humano capaz de resistir a las armas romanas” (Livio 1.16.6-8).

¿Por qué comenzamos hablando del ejército romano cuando deberíamos analizar las batallas en Andalucía en época antigua? Con toda seguridad, los diferentes grupos que vivían en el sur de la Península Ibérica hacia el siglo III a.C. sostuvieron batallas y escaramuzas entre ellos. Sin embargo, esa historia no nos ha llegado a nosotros. El problema de las fuentes históricas resulta fundamental para comprender nuestra visión del mundo antiguo. Las fuentes literarias, como las *Historias* de Polibio o la *Historia de Roma* de Tito Livio, se centran evidentemente en el ascenso y desarrollo del poder romano. Sólo en aquellos momentos en que otros pueblos entren en contacto con Roma se les prestara algo de atención. La otra forma que tenemos de conocer detalles sobre las batallas lidiadas en época antigua son los restos arqueológicos: cascos, arreos de caballos, metal perteneciente a espadas o dagas... aparecen ocasionalmente en excavaciones. Sin embargo, hasta cierto punto nos tenemos que enfrentar a un gran silencio que debemos interpretar. Por eso, las batallas andaluzas en la Antigüedad estarán protagonizadas, a nivel de poder, por poderes ajenos a las tribus autóctonas (Cartago y Roma), pero a nivel de combatientes, los habitantes de la región participarán en todos los conflictos, en ambos bandos. Es decir, debemos buscar a los habitantes del sur peninsular entre los soldados que pelean, no entre los jefes que mandan.

El ejército romano

¿Quiénes componían cada año al ejército romano? La respuesta a esta pregunta cambió a lo largo de la historia. Se ha calculado que una legión necesitaba sólo alrededor de doscientos cuarenta nuevos soldados cada año, lo que, en época imperial, supone unos seis mil soldados anuales para todo el Imperio. Teniendo en cuenta la necesidad de auxiliares y de soldados para la marina, contaríamos con un total de dieciocho mil hombres, una cantidad mínima para la población total. Estos soldados eran, en primer lugar, voluntarios; sólo en caso de que no fueran suficientes, se recurría a las levas.

Los reclutas debían someterse a un proceso de revisión, no muy distinto del actual, en el que se comprobaba su sexo, la vista, la talla mínima (1,65 metros para un legionario, una altura bastante elevada para la media de la época) y su buena condición física. Dentro de las pruebas intelectuales, el recluta debía tener nociones de latín. Para finalizar, el recluta era encuadrado según su origen: en la legión, si era ciudadano romano, o

en los auxiliares, si no lo era. Normalmente el cuerpo de los auxiliares, que completaba la legión, provenía de las regiones bajo dominación romana. El acceso al ejército de los esclavos tenía lugar sólo en momentos muy raros de necesidad imperiosa, como en la II Guerra Púnica (218-201 a.C.) [se denominan Guerras Púnicas a las que sostuvieron Roma y Cartago. Ver más abajo]. Hasta casi el siglo I a.C., sólo los ciudadanos romanos propietarios componían el ejército, ya que debían costearse su equipo.

Una vez cumplidos todos estos requisitos, el recluta recibía el *signaculum*, un trozo de metal que debía colgar alrededor de su cuello y que marcaba su pertenencia al ejército. Finalmente, en época imperial, prestaba juramento sagrado (*sacramentum*) ante los dioses y el emperador.

Parte de los ciudadanos romanos eran destinados a la caballería. Para figurar en ella, hacía falta formar parte del censo de los caballeros (*equites*), el grupo de adinerados ciudadanos que se situaba justo por debajo de la clase política senatorial (la más elevada en la escala social romana). En la Roma republicana, el soldado debía equiparse por su cuenta, por lo que era necesario adquirir el costoso caballo y el equipo correspondiente. Sin embargo, el Estado sufragaba una parte del mantenimiento del caballo. Esta caballería de élite fue, no obstante, sustituida probablemente hacia 80 a.C. por tropas auxiliares, ya que se necesitaban más soldados que caballeros y los jóvenes de la élite no se mostraban tan ansiosos por servir en este destacamento. Durante la II Guerra Púnica, dos de cuyas batallas tuvieron lugar en Andalucía, la caballería combatía en masa, con el objetivo de atacar los flancos para que la infantería pudiera dedicarse al centro. Durante la carga, los caballeros montaban a los caballos sin bocados, dirigiéndolos con las piernas y el cuerpo. En ocasiones, tras la primera carga, desmontaban y peleaban como simples soldados de a pie. Esta última táctica desapareció tras su fracaso en varias batallas contra los cartagineses.

Hasta comienzos del siglo IV a.C., las guerras duraban sólo una campaña, con lo que el ejército retornaba a casa tras su finalización y los soldados volvían a arar sus campos. Sin embargo, la expansión romana en Italia y, posteriormente fuera de ésta, hizo que las campañas se alargaran cada vez más, con lo que los soldados no podían volver a sus hogares y a sus tierras con regularidad. Por un lado, esto significó la semi-profesionalización del ejército, ya que el Estado romano comenzó a pagar a los soldados. Por otro, conllevó graves problemas de endeudamiento de dichos campe-

sinos-soldados, que no podían atender sus cosechas; este conflicto explotaría en la segunda mitad del siglo II a.C.

La organización táctica característicamente romana, la legión, no se puso en marcha hasta comienzos del siglo IV a.C. durante las guerras contra la ciudad de Veyes. El general Camilo deseaba una formación que pudiera resistir el primer ataque y moverse libremente con posterioridad, deseo al que la legión se ajustaba a la perfección.

La infantería romana, por lo tanto, se organiza de la siguiente manera, de más pequeño a mayor: un *contubernio* estaba compuesto por diez soldados que compartían tienda; diez contubernios formaban una *centuria*, en teoría de 100 soldados, en la práctica entre 60 y 80. Dos centurias componían un *manípulo*. Treinta manípulos componían una *legión*. A partir de las reformas de Mario (en los últimos años del siglo II a.C.), los treinta manípulos son substituidos por diez cohortes. Los manípulos eran una unidad más pequeña, adecuada para pelear contra las ciudades itálicas o las falanges griegas (que eran poco móviles), pero demasiado vulnerables ante los germanos. La cohorte (tres manípulos juntos) ofrecía mayor capacidad de choque y de resistencia al enemigo.

Los manípulos se dividían en tres categorías de soldados: *hastati*, *principes* y *triarii*. Los primeros, los *hastati*, eran los más jóvenes y componían la primera fila de la legión. Los *principes* seguían a los *hastati* en la formación de batalla, siendo sus componentes hombres mayores de treinta años, con experiencia; finalmente, los *triarii*, que no siempre entraban en combate, eran los soldados más veteranos. La expresión romana *res ad triarios redit* pasó a significar “emplear el último recurso”. Respecto a las armas, tanto los *hastati* como los *principes* portaban espada corta (*gladius*) y lanza (*pilum*); los *triarii* llevaban una lanza larga. Tras las reformas de Mario, la edad ya no determinará la categoría del soldado, sino la decisión del general sobre su valía. Además, todos pasaron a llevar las mismas armas.

La movilidad de la legión romana procedía de este sistema de organización: entre manípulo y manípulo quedaba libre un espacio que permitía a la primera fila retirarse cuando estuviera cansada y que su lugar lo tomaran los *hastati*, que podían ser de la misma manera substituidos por *triarii*. Los *triarii* avanzaban con los escudos juntos, en la clásica formación griega de falange, para así cubrir la retirada de *hastati* y *principes*. La disposición de lucha romana se conoce bajo el nombre de *quincunce*, una formación cuadrículada en la que los huecos de la primera fila corresponden a los manípulos de la segunda.

La marcha de un soldado romano no era un asunto ligero. Normalmente, debía portar todas las armas y pertrechos de combate: un escudo (en un primer momento, ovalado, evolucionando más tarde al escudo rectangular), varias lanzas, una espada y una daga (*pugio*). A esto había que añadirle un casco, una cota de malla (*lorica*), una túnica (para llevar por debajo de la cota de malla), un cinturón (*balteus*, en el que se portaban las armas cortas), las *braccae* (o pantalones, copiados en época imperial de los Galos), una capa y las *caligae* o botas militares con tachuelas, lo que las convertía en casi un arma de combate (el mote del emperador Cayo, *Calígula*, le fue otorgado por soldados, que le regalaron unas botas cuando era un niño). A sus espaldas, cada legionario llevaba su *sarcina* o fardo, que contenía, entre otras cosas, comida (en ocasiones, para un mes), utensilios de cocina, herramientas para construir fortificaciones e incluso estacas para erigir los campamentos, entre metro y medio y dos metros cada una. En la mentalidad romana, más carga en las espaldas del legionario significaba un bagaje menor en los carromatos que seguirían al ejército. Cada contubernio debía llevar una mula, que probablemente transportaría algunas pertenencias de los ocho soldados que lo formaban. En total, se calcula que cada soldado cargaba unos 45 kilos en cada marcha. La clave para transportar tanto peso estaba en la disposición: el equipo y las provisiones se guardaban juntos en un fardo, que colgaba de un palo.

La agotadora marcha de un soldado se detenía por la tarde, cuando llegaban a un lugar en el que el general decidía construir el campamento. En ese momento, las herramientas para fortificaciones salían del fardo de los soldados. Resulta curioso que los romanos construyeran un campamento cada día, ya que los generales no querían correr el riesgo de entrar en combate sin poder fortificarse. Por otra parte, se ha señalado también que su construcción era una manera de mantener la disciplina del ejército. Además, en caso de ataque nocturno, no había posibilidad de desorientación de los soldados, porque siempre ocupaban el mismo lugar y con los mismos compañeros de tienda. Los únicos requisitos para el establecimiento de un campamento eran un buen aprovisionamiento de agua y de madera. Una vez elegido el sitio, se plantaba un estandarte en el lugar en el que se iba a ubicar el *praetorium*. A partir de él, se calcula el perímetro del campamento en forma normalmente de cuadrado, aunque reforzado especialmente en las esquinas,. Los palos que llevaban los legionarios a sus espaldas formaban la empalizada. En el exterior se cavaba un pequeño foso, si era un campamen-

to diario, o uno mayor, si era permanente. Se calcula que, en lugares de terreno fácil, un campamento tardaba unas dos o tres horas en ser construido.

Los campamentos estaban formados por el cruce de dos calles principales, que luego darán lugar a la organización primitiva de numerosas ciudades de fundación militar. En la intersección de dichas calles se emplazaba el *praetorium* o tienda del general, alrededor del cual se situaban los altares y figuras de los dioses. Entre la tienda del general y las de los soldados, tomaban posición las de los jefes inmediatos (legados, tribunos y primeros centuriones). Junto al pretorio se situaba el *forum*, lugar de reunión de los soldados para escuchar los discursos de su general.

Las tiendas de los soldados solían estar fabricadas en piel de cabra, más ligera, para los campamentos diarios, o con planchas, en forma de barraca, para los campamentos fijos o de invierno. Ya hemos mencionado que una de las subdivisiones del ejército, el contubernio, estaba formado por ocho soldados que compartían tienda y dos que hacían guardia

Debemos mencionar también la tradición marítima romana, que era más bien escasa con anterioridad a 354 a. C., cuando Roma tuvo que hacer frente a las incursiones marítimas de los griegos en la zona del Lacio. Copiando los modelos de los barcos griegos, los romanos comenzaron a crear una flota y obligaron a las ciudades de la costa itálica, como Nápoles, a prestar servicio en el ejército con sus naves. Durante la Iª Guerra Púnica, Roma aceleró su ritmo de construcción de naves, especialmente de trirremes y quinquerremes (cuya manera de construcción desconocían hasta que se hicieron con un barco cartaginés embarrancado). Esto les permitió hacer frente a Cartago, un imperio eminentemente marítimo.

Sin embargo, las tácticas navales romanas eran totalmente tributarias del combate en tierra. Las naves portaban destacamentos de legionarios y estaban provistas de un garfio (*corvus*) con el que sujetaban el barco enemigo. En ese momento, un puente colgante permitía a los soldados el abordaje. De esta manera venció el cónsul Duilio en batalla naval a los cartagineses en el 260 a. C.

Las primeras batallas en Andalucía: Aníbal contra Roma

Tal era el ejército romano que desembarcó en suelo hispano a finales del siglo III a.C., durante la II Guerra Púnica. La península se convirtió en un importante escenario de la guerra por la dominación del Mediterráneo entre las dos grandes potencias de la época: Cartago y Roma. Las tres batallas principales que vamos a analizar tuvieron lugar en la zona llamada hoy en día Andalucía. Los habitantes de esta región lucharon en ambos bandos. En ausencia de un poder central que decidiera apoyar a uno u otro de los imperios en lucha, las diferentes tribus pelearon en el ejército cartaginés o en el ejército romano como auxiliares.

El Imperio cartaginés estaba compuesto por los territorios dominados por la ciudad de Cartago, hoy en día Túnez, una antigua fundación fenicia. El primer contacto entre Roma y Cartago tuvo lugar en el 509 a.C., fecha de la firma de un tratado en el que se dividían las actividades comerciales y las zonas de influencia. Tras múltiples escaramuzas a lo largo de los siglos, la lucha entre Cartago y Roma alcanzó su máxima expresión en las denominadas tres Guerras Púnicas.

La primera (264-241 a.C.) tuvo como escenarios África y Sicilia, y acabó con la derrota cartaginesa. Después de este fracaso, Amílcar Barca, el gran general cartaginés que ideó la “guerra relámpago”, pasó con un buen número de mercenarios a Iberia, para formar un nuevo imperio con el que compensar a Cartago por la pérdida de Sicilia y Cerdeña a manos de Roma. En este momento, la península ibérica se convierte en el teatro de guerra de las dos potencias.

Su conquista fue proseguida por miembros de la familia Barca hasta la llegada al poder de Aníbal, el hijo de Amílcar. El imperio cartaginés en Hispania cubría aproximadamente desde el río Ebro hasta el sur de la Península y era tremendamente lucrativo: la explotación de las minas de oro, por ejemplo, permitía el pago del tributo a Roma impuesto como resultado de la I Guerra Púnica. Sin embargo, Roma comenzaba a mirar con ojos desconfiados a este nuevo poder, tan próximo a sus territorios, y más aún cuando se rumoreaban posibles alianzas con los Celtas que moraban en la zona del río Po. Sagunto, cerca de Valencia, se encontraba bajo protectorado romano; el ataque de Aníbal sobre la ciudad provocó el inicio de la Segunda Guerra Púnica en 218, que duraría hasta el 201 a.C.

¿Cuál fue la principal diferencia entre la Primera y la Segunda Guerra Púnica? Sin duda, el genio estratégico de Aníbal, considerado uno de los mejores generales de



Baécula, Cerro de las Albhacas.

todos los tiempos. En lugar de atacar Roma por mar, como sería lo más lógico, Aníbal sorprendió a sus enemigos comenzando una marcha que le llevaría desde Andalucía, pasando por la costa mediterránea y los Alpes, hasta el norte de Italia, acompañado por su ejército y cincuenta elefantes de guerra. Fue probablemente el momento más peliagudo de la historia romana, el momento en el que la ciudad podía haber desaparecido para siempre de la Historia. Aníbal derrotó a los romanos en tres importantes batallas, Trebia, Trasimeno y Cannas, donde su ejército de 30.000 soldados derrotó a 80.000 legionarios. Sin embargo, Aníbal no pudo asestar el golpe final a Roma: detenido en Capua, en las cercanías de Roma, no disponía de las máquinas de asedio que le permitirían cercar a su enemigo y tampoco del apoyo del senado cartaginés.

Por otra parte, antes de partir a la conquista de Roma, Aníbal había dejado su retaguardia bien protegida, confiando su fuente de suministros –situada en Hispania– a su hermano Asdrúbal Barca. Éste derrotó a dos generales romanos, los Escipiones. En ese momento, Roma decide enviar a Hispania a Publio Cornelio Escipión hijo (que ganará su sobrenombre el Africano tras vencer a Aníbal), en aquel momento un joven de sólo

veinticinco años. Escipión pertenecía a una importante familia romana; sobrevivió a las tres grandes derrotas frente a Aníbal en Italia y su ardor guerrero hizo que el Senado le enviara a Hispania a pesar de su juventud. Ser destinado a esta región estaba considerado por muchos romanos casi como una sentencia de muerte, ya que las tropas cartaginesas, dirigidas por dos hermanos de Aníbal (Asdrúbal y Magón) eran muy superiores a las romanas. Por eso, Escipión tuvo que apoyarse en los jefes de las tribus locales, con el objeto de igualar sus efectivos a los cartagineses. La toma de Cartago Nova fue su primer golpe de mano (209 a.C.). Una vez que asentó el control de Hispania –tras la batalla de Baecula–, Escipión pasó a Sicilia y finalmente al Norte de África, donde derrotó al ejército de Aníbal en la batalla de Zama (202 a.C.), que puso fin a la Segunda Guerra Púnica.

Batalla de Baecula, 208 a.C.

(fuente principal: Tito Livio, *Historia de Roma*, 27.17-19)

Asdrúbal y Escipión se enfrentaron en la batalla de Baecula en el 208 a.C. Escipión había pasado el invierno en Hispania intentando ganarse la lealtad de los hispanos con regalos y devolviendo sus rehenes y prisioneros. Viendo que muchos hispanos se pasaban a los romanos, Asdrúbal Barca decidió plantar batalla lo antes posible. Escipión, viendo que no iba a necesitar barcos, los amarró en Tarraco y unió sus marineros a la infantería.

A comienzos de la primavera, Escipión abandonó Tarraco y bajó hacia el Sur. Indíbil, rey de los ilergetes (en la zona de Tarragona) y Mandonio, jefe de los ausetanos, con sus fuerzas, se le unieron a medio camino. Ambos jefes locales habían estado previamente aliados con Asdrúbal Barca, pero trocaron sus alianzas ante las victorias anteriores de los Escipiones. Estas referencias a jefes hispanos son casi únicas en las fuentes históricas, puesto que la historia de la que disponemos está escrita del lado romano. En general, la zona de Cástulo y sus alrededores fueron pro-cartagineses hasta la batalla de Ilipa, que veremos más tarde. La estrategia de Escipión se basó en no pararse a consolidar territorios, sino que trató de cortar la ruta de aprovisionamiento de Asdrúbal.

El ejército de Asdrúbal Barca se encontraba a la entrada de la ciudad de Baecula. Era el más cercano a los romanos de todos los ejércitos cartagineses. A la entrada del



Castulo.



Campamento de Asdrúbal.

campo, Asdrúbal estacionó a la caballería. La vanguardia romana les atacó, tomando el campo y obligando a retirarse al ejército cartaginés. Asdrúbal se refugió en un promontorio, en lo alto del cual se encuentra una llanura; detrás, había un río; enfrente y a los lados una orilla algo empinada de difícil ascensión. Asdrúbal situó a su caballería y a los honderos baleáricos para defender el promontorio. Escipión, por su parte, ordenó a dos cohortes ocupar la entrada del valle y bloquear el camino que llevaba de la ciudad al campo, a un lado de la colina. Cuando avanzaron las tropas romanas, fueron atacados con lanzas y piedras, éstas lanzadas por sirvientes que iban con el ejército cartaginés. Los romanos que consiguieron no obstante subir, atacaron al enemigo. Asdrúbal, en inferioridad de fuerzas, decidió retirarse a lo largo del río Tago y los Pirineos, enviando a los elefantes como avanzadilla. Escipión pudo apoderarse del campamento y de los tesoros abandonados por sus enemigos. 10.000 soldados de infantería y 2.000 caballería fueron hechos prisioneros. De ellos, los hispanos fueron liberados, mientras que los africanos fueron vendidos.



Río de la Vega.

No ha sido fácil localizar el terreno de la batalla de Baecula. Durante largo tiempo se pensó en el término municipal de Bailén, por la homonimia del nombre y porque también había sido escenario de otras batallas (como veremos en otros capítulos de este libro). Sin embargo, recientes excavaciones e investigaciones han sugerido que la batalla de Baecula tuvo probablemente lugar en Santo Tomé, en las proximidades de Bailén (entre Villacarrillo y Úbeda). Los restos arqueológicos hallados ascienden por el oeste hacia la cresta de la Loma de Úbeda. Los arqueólogos, calculando el desplazamiento del ejército cartaginés, han concluido que la batalla habría tenido lugar en el Cerro de las Albahacas, a 15 kilómetros del *oppidum* o ciudad fortificada ibera de los Terreñuelos. Esto coincide con la descripción física de la batalla que realiza Livio: las tropas de Asdrúbal se retiran a una cima, desde la cual intentan detener el ascenso de los romanos. La cima del Cerro de las Albahacas se encuentra a 678 metros a nivel del mar y está flanqueada por el río Guadalquivir y por un afluente, el río de la Vega. Los restos arqueológicos parecen confirmar esta última hipótesis, ya que se han recogido piezas metálicas ligadas a una batalla, como dardos o arreos de caballos. Se cree que el campamento romano estaría al sur de El Molar, antes de llegar al río de Toya.



Cerro Pelagatos, ubicación del campamento de Escipión.

En todo caso, tras la batalla de Baecula, Asdrúbal se centró en su objetivo final: cruzar los Alpes y pasar a Italia para ayudar a Aníbal. Hay que señalar que esta batalla no fue una gran victoria romana, ya que el enemigo escapó sin perder un número excesivo de efectivos. Es decir, Escipión no consiguió cumplir la orden del Senado: impedir que las tropas cartaginesas en Hispania reforzaran las que se encontraban en Italia.

Tras esta batalla, Asdrúbal Barca desaparece de la escena hispana, ya que marcha hasta el norte de Italia a través de los Alpes para reforzar a su hermano. Sin embargo, fue atajado y derrotado por el ejército romano en la batalla de Metauro (207 a.C.), en la cual Asdrúbal perdió la vida. Se cuenta que su cuerpo fue decapitado por los vencedores y catapultado al campamento de Aníbal en un vulgar saco de tela. Este comportamiento por parte de las tropas romanas se ha comparado, desfavorablemente, con el de Aníbal que, tras derrotar a las tropas romanas en la batalla de Trasimeno, buscó en vano el cuerpo de su enemigo, el cónsul Flaminius, y envió respetuosamente las cenizas de otros dos cónsules fallecidos a sus familias en Roma.

Batalla de Ilipa, 206 a. C.

(fuente principal: Tito Livio, Historia de Roma, 28.13-16)

La guerra continuaba entre romanos y cartagineses. En el frente hispano, Asdrúbal Giscón (noble cartaginés, considerado por Livio como el mejor general cartaginés tras Aníbal y sus dos hermanos, Asdrúbal y Magón) llevó a cabo levas en Hispania ulterior. Sus tropas pueden cifrarse en alrededor de 55.000 soldados de infantería y 4.500 de caballería. Algunas fuentes suben incluso a 70.000 los soldados de infantería.

Escipión se enteró de los efectivos y decidió aumentar sus tropas con auxiliares, pero no en una proporción tal que pudieran desertar y determinar el resultado de la batalla. Envío a Silano ante el jefe Culcas, que gobernaba sobre 28 pueblos, para que le proporcionara gente. Incluso Escipión, entre Tarraco y Castulo, enroló a gente que se encontraba en el camino. En Baecula, el ejército romano contaba con 45.000 legionarios y aliados. Silano había llegado con 3.000 de infantería y 500 de caballería.

Mientras los soldados romanos establecían el campamento en Baecula, tras su victoria, sufrieron el ataque de los cartagineses, liderados por Magón y Masinisa. Esci-

pión, previendo esta posibilidad, había escondido la caballería, que se encargó de repeler el ataque. Los días siguientes, los ejércitos se batieron en escaramuzas, sin dar pie a grandes enfrentamientos frontales.

Asdrúbal llevó el primero sus fuerzas al campo de batalla (incluidos los elefantes); los romanos le siguieron. Pasaron varios días con una estrategia similar, presentándose ambas fuerzas en el campo de batalla, pero sin luchar. La disposición estratégica era la misma en ambos bandos; en el centro, cartagineses y romanos, respectivamente; los aliados (hispanos) en las alas. En un cierto momento, Escipión decidió alterar el orden: las alas fueron ocupadas por los romanos, mientras que los aliados se situaron en el centro. Atacó cuando los cartagineses no estaban aún formados, ordenando a los hispanos avanzar más despacio y a las alas (la caballería) cargar, con lo que llegaron antes frente al enemigo. Esta formación en forma de curva era una réplica de la famosa maniobra envolvente o de pinza empleada por Aníbal en la batalla de Cannas (216 a.C.), que supuso una de las mayores derrotas romanas de la guerra. Este sistema, empleado por primera vez por los griegos en la batalla de Maratón (490 a.C., también descrita por el teórico militar chino Sun Tzu en la misma época), no alcanzó hasta su empleo por parte de Aníbal su primer triunfo realmente decisivo. Escipión parecía haber estudiado bien las tácticas de su enemigo.

Al actuar así, Escipión logró que los hispanos que peleaban del lado cartaginés ya estuviesen luchando mientras que los africanos y cartagineses, más veteranos, todavía no hubieran entrado en batalla. De este modo, los cartagineses comenzaron a acusar el cansancio, porque el asalto romano se produjo a primera hora, antes de que hubieran comido. Escipión, además, decidió prolongar la batalla para explotar este factor de ventaja. El centro cartaginés no entró en batalla hasta el mediodía, sin comer, sin beber y bajo un fuerte sol. Además, los elefantes se asustaron de las escaramuzas de la caballería. De hecho, durante el transcurso de la batalla, los elefantes, atacados por la caballería y los *velites*, causaron tanto daño al enemigo como a sus propias filas. Por su parte, los libios, la flor de la infantería cartaginesa, estaban en el centro, y no podían ayudar a los de las alas por miedo a que los hispanos del lado romano atacasen en ese momento, aunque tampoco podían luchar porque aún no habían llegado.

Los cartagineses comenzaron la retirada. Los romanos, que no estaban lejos del *vallum* —o empalizada—, iban a perseguirles, pero después del fuerte sol llegó una fuerte



Vado de las estacas.

lluvia que les impidió avanzar. Los cartagineses, a pesar del cansancio y las heridas, intentaron aumentar la altura de sus defensas con piedras de valles cercanos. Sus aliados desertaron, comenzando con Attenes, príncipe de los turdetanos. Frente a esta situación, Asdrúbal trasladó su campamento en silencio durante la noche.

El asentamiento de *Ilipa* se ha identificado con Alcalá del Río. De hecho, ha aparecido parte de la muralla romana en la Cuesta del Pitraco (calle Pasaje Real). Sin embargo, acabamos de ver que la batalla tuvo lugar en las proximidades de la ciudad, probablemente en la zona conocida como el “Vado de las Estacas”. Se trata del único paso fácil por el Guadalquivir, que permite mantener abierta la vía de la Plata, crucial para los intereses cartagineses.

Como vimos, uno de los primeros golpes del ejército romano al cartaginés había sido la conquista de las minas de Cartago Nova (Cartagena). Éstas resultaban extraordinariamente productivas: el historiador Polibio menciona que las minas podían producir, en momentos excepcionales, hasta 80.000 dracmas anuales. En esta tesitura, No es de extrañar que los cartagineses quisieran proteger la otra gran zona minera, la de Sierra More-

na. Asdrúbal necesitaba el metal que provenía de allí para poder pagar a los mercenarios que componían una buena parte de su ejército. Del mismo modo, el principal objetivo de Escipión consistía en alcanzar el acceso a los metales y dominar el vado.

Los ejércitos cartagineses tenían una composición muy similar a la romana: la espina dorsal de éstos estaba formada por soldados púnicos y completada con reclutas de zonas del imperio cartaginés y extranjeros. El ejército cartaginés, durante las Guerras Púnicas, estaba compuesto por una gran variedad de soldados de numerosas regiones: iberos, celtas, baleáricos (honderos), italianos (ligures), sicilianos, africanos, numidios, libios y griegos, sin contar con los soldados púnicos.

Los romanos, cuyos relatos son los que han sobrevivido al paso del tiempo, denominaban “mercenarios” a los elementos extranjeros del ejército cartaginés, ya que cobraban una paga. Tras la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), el pago de dichos soldados/mercenarios se atrasó durante un año. Cuando llegó el dinero, disputas sobre el orden en el que los diferentes grupos étnicos cobrarían provocó un conflicto sangriento entre Cartago y los mercenarios libios, que duró tres años y acabó con el exterminio de éstos.

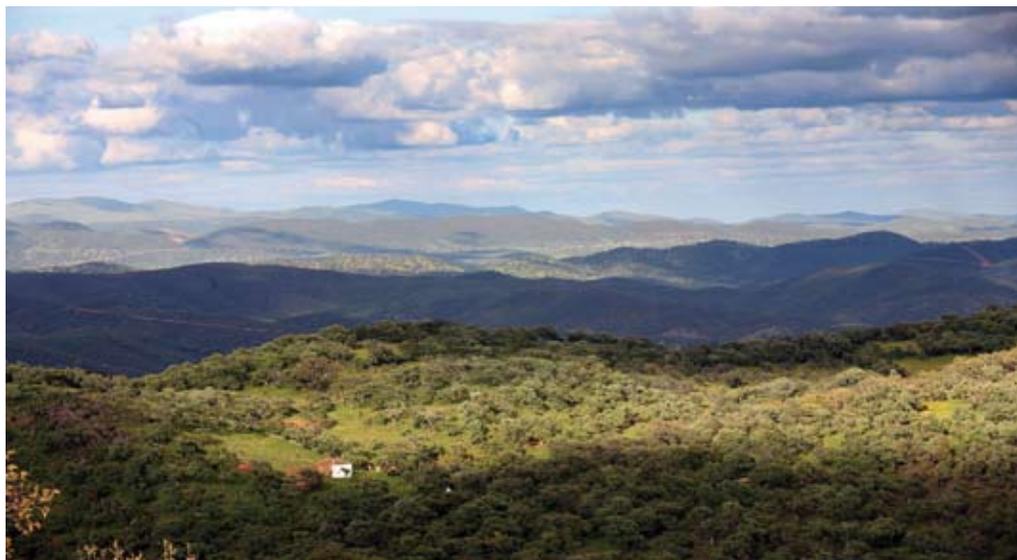


Vado de las estacas, con Brenes al fondo.

Así, la necesidad cartaginesa de mantener las minas se comprende perfectamente.

Perseguido por las fuerzas de Escipión, Asdrúbal consiguió alejarse, aunque no pudo llegar a Cádiz (*Gades*). Alcanzadas sus tropas por las legiones, comenzó la masacre. Asdrúbal escapó con 6.000 hombres, estableciendo otro campamento. El resto de los soldados del bando cartaginés fue capturado o murió. Este segundo campamento improvisado se erigió en las elevaciones del Aljarafe, en las cercanías de Sevilla. Allí esperaron a que llegaran las naves que les permitirían escapar.

Es interesante señalar que no existía un servicio de atención a los heridos en el ejército romano [recordemos que la Cruz Roja, primera organización que recogía a los heridos en los campos de batalla, fue fundada por Henry Dunant, un hombre de negocios suizo que presenció la terrible batalla de Solferino en 1859 y cómo, al término de un único día, 40,000 soldados de ambos bandos quedaban abandonados sin atención]. En época antigua, cada soldado portaba consigo vendas y ungüentos, confiando en que sus compañeros le ayudaran a curarse las heridas. Los abandonados en el campo de batalla eran normalmente rematados por los vencedores. En ocasiones, los heridos



Sierra Morena.

eran evacuados a campamentos de la retaguardia. Sólo más tarde, en época imperial (a partir del siglo I d.C.) los ejércitos dispondrán de médicos militares. Las disposiciones de los ejércitos romanos en este sentido eran claramente insuficientes. En el siglo VI d.C. aparece por primera vez un cuerpo de caballeros encargados de trasladar a los heridos fuera de combate; este destacamento estaba incluso provisto de botellas de agua, para poder prestar los primeros auxilios. Sin embargo, eso ocurrió ya a comienzos de la Edad Media.

Entre los 6.000 soldados que acompañaron a Asdrúbal, hubo deserciones esporádicas al enemigo, hasta que Asdrúbal consiguió escapar de noche a Gades en barco a través del río Guadalquivir, abandonando a su ejército. Cruzó a África, donde consiguió que el rey númida Sífax se uniera a él contra Roma.

Pese a esta nueva alianza, Roma estaba socavando los apoyos a Cartago. Por ejemplo, tras la derrota de Ilipa, el rey númida Masinisa abandonó a los cartagineses y se alió con Escipión y el ejército romano. Masinisa había crecido y se había educado en Cartago como rehén. Cuando subió al trono, tomó el mando de una unidad de élite de caballería y



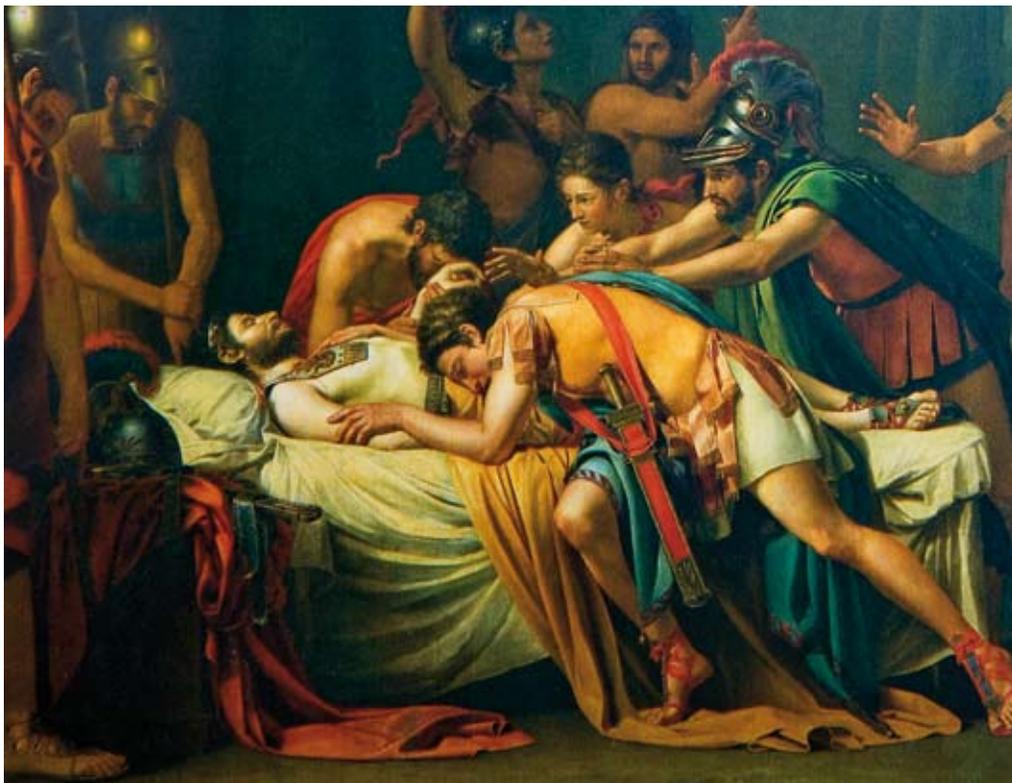
Santiponce, situada encima de los restos de Itálica.

combatió con el ejército cartaginés. Durante la Segunda Guerra Púnica, Masinisa llegó a estar al mando de toda la caballería cartaginesa desplegada en la península ibérica, con la cual llevó a cabo exitosas campañas de guerrilla entre 208-207 a. C. Así, el cambio de alianza de Masinisa, que se convenció de que los romanos iban a ganar la guerra, resultó crucial para comprender el juego de fuerzas entre los aliados de los ejércitos.

Tras la batalla de Ilipa, y probablemente, una vez finalizada la Segunda Guerra Púnica, el general Escipión el Africano estableció a los heridos en una ciudad turdetana, que se convirtió así en la primera ciudad romana fuera de Italia. El nombre de dicha ciudad, *Itálica*, parece indicar que la mayor parte de los asentados en ella no eran legionarios romanos, sino miembros del cuerpo de auxiliares de origen itálico. La ciudad, cuyos restos arqueológicos pueden visitarse hoy día en Santiponce, a medio camino entre Sevilla e Ilipa. Pocos de estos restos pertenecen a la época republicana, es decir, la de su fundación: entre ellos, destaca el anfiteatro. ¿Y qué pasó con los habitantes de la ciudad turdetana? No tenemos una respuesta precisa para esta pregunta, pero podemos extrapolar lo ocurrido en otras localidades: los nuevos llegados, apoyados evidentemente por el Estado romano, acapararon las mejores tierras, marginando a los antiguos habitantes.

Los cambios en el ejército durante los siglos II-I a.C.

El mundo romano y, especialmente, el ejército romano cambiaron mucho tras los enfrentamientos contra los cartagineses. Cartago fue literalmente borrada del mapa tras la Tercera Guerra Púnica (149-146 a.C.). A partir del año 197 a.C., Roma se dedicó a conquistar militarmente territorios en dos frentes: el primero, Grecia; el segundo, la península ibérica, que fue dividida en dos provincias, Hispania Citerior (al norte, la franja costera de Cataluña y Valencia) e Hispania Ulterior (al sur, en donde entraría Andalucía, con Córdoba como capital). A partir de ese mismo año, la tónica puede resumirse en rebeliones periódicas de tribus indígenas y breves o largas batallas contra las fuerzas romanas. Por ejemplo, en 195 a.C., el Senado romano tuvo que enviar al cónsul Marco Porcio Catón (general y político romano, representante de la corriente más conservadora y anti-griega del Senado) a pacificar una rebelión especialmente violenta de turdetanos en Hispania Ulterior..



Muerte de Viriato, caudillo de los lusitanos.

Sin embargo, no toda la península ibérica estaba conquistada. Durante el siglo II a.C., el poder romano luchó para derrotar a los lusitanos (zona de Portugal), celtibéricos (zona centro de la península) y vascones. La zona cántabra (Asturias-Cantabria) fue la última en ser dominada, ya en tiempos de Augusto, a comienzos del Imperio romano (29-19 a.C).

Para los historiadores romanos estas guerras, con la excepción de las revueltas especialmente sangrientas, no eran dignas de su atención. Por lo tanto, no disponemos de descripciones de batallas que puedan compararse a las de la Guerra Púnica. Para

Roma, los pueblos de la península no eran más que un grupo de bárbaros sin civilizar, cuyos poblados fortificados no podían compararse, por ejemplo, con la sofisticación de las ciudades griegas.

La zona de Andalucía va a convertirse en una de las zonas más romanizadas de la península. No hay constancia de más rebeliones de importancia tras la represión de Catón a comienzos del siglo II a.C. Gades, Itálica, Corduba, Hispalis, entre otras, serán metrópolis florecientes. Gades, por ejemplo, podía enorgullecerse de contar con uno de los primeros teatros fijos más grandes del Imperio romano, construido por Lucio Cornelio Balbo, probablemente el Menor (no debemos confundirlo con su tío, llamado el Mayor), nativo de la ciudad y sobrino de la mano derecha de César y Augusto. Su triunfo en 19 a.C. será el último celebrado en Roma que tenga como protagonista a un general no perteneciente a la familia imperial. El teatro, excelentemente conservado, puede visitarse hoy en día; se encuentra situado entre la Catedral vieja y el Arco de los Blancos. Esta prosperidad y paz de las nacientes ciudades romanas se verán rotas por su implicación en la guerra civil entre cesarianos y pompeyanos (49-45 a.C.); es decir, esta vez serán dos ejércitos romanos los que se enfrenten el uno al otro.

Las tácticas militares romanas no habían variado mucho desde el siglo II a.C. El gran cambio en el reclutamiento del ejército se produjo con la reforma militar de Mario (probablemente durante el 107 a.C.), que obligaba a alistarse también a los *capite censi* o *proletarii*, es decir, a aquéllos que no tenían propiedades ni pagaban impuestos. Mario fue uno de los principales generales de finales del siglo II y comienzos del siglo I a.C. Cónsul en siete ocasiones, fue el artífice de las victorias contra los cimbrios y teutones, dos tribus bárbaras nómadas que se habían trasladado cerca de la frontera italiana. La reforma de Mario, con su reducción de requisitos en el reclutamiento, proporcionó el número de tropas necesarias para rechazar el avance de las tribus germanas.

Este cambio supuso también una evolución importante en la política romana. Los nuevos soldados, que no poseían tierras a las que volver cuando acabaran su servicio militar, comenzaron a depender cada vez más de las recompensas que sus generales les otorgaban: recompensas en forma de botín, de saqueos de ciudades o de reparto de lotes de terreno una vez que se hubieran licenciado. La cuestión de los repartos de tierras va a convertirse en uno de los temas calientes del último siglo de la República romana. Los generales presionaron al Senado y al pueblo para que se aprobasen leyes en dicho

sentido. Al mismo tiempo, las tropas tendieron a focalizar su lealtad no en el Estado, sino en el general que les había prometido tierras prósperas en alguna provincia del Imperio romano.

El aumento del poder de los generales, que son a la vez políticos, provoca que el sistema de gobierno romano, basado en la competición electoral entre un nutrido grupo de la aristocracia política, se polarice, con menos figuras principales y, sobre todo, con políticos que contaban con el apoyo del ejército. Ya a comienzos del siglo I a.C., la guerra civil entre partidarios de Mario y de Sila (88-87 y 82-81 a.C.) mostraba estas características.

Carmona.



Romanos contra romanos en Andalucía (siglo I a.C.)

La segunda guerra civil, entre partidarios de Pompeyo y de César, se enmarca dentro de este mismo modelo. Pompeyo era un gran general, pacificador de las provincias del Este y de los piratas del Mediterráneo. César no tuvo un currículum comparable hasta que se le encargó la conquista de la Galia (58-51 a.C.). A lo largo de tantos años de batalla, las legiones de César desarrollaron una gran lealtad a su jefe, que además tendía a promover a rangos superiores a aquellos soldados que hubieran demostrado su valía e insistía mucho en una disciplina muy estricta.

Sin embargo, el mandato del Senado había acabado. César no quería volver a convertirse en un simple senador que, probablemente, sería llevado a juicio por extorsión en las provincias en cuanto pisara Roma (los cargos en su contra estaban totalmente justificados). Pompeyo lideraba las reclamaciones del Senado, destinadas a que César licenciara a sus legiones. Tras varios meses de negociaciones fallidas, César cruzó el límite entre la Galia e Italia, el famoso río Rubicón, comenzando una guerra civil en 49 a.C. que no acabará hasta que las últimas tropas pompeyanas (sin su general, ya que Pompeyo había muerto en el 48 a.C.) fueran derrotadas en Hispania en el 45 a.C.

Al comienzo de la guerra, los legados de las legiones que estaban en Hispania se decantaron en su mayoría por Pompeyo, al igual que la población. Pompeyo había estado en Hispania durante la guerra contra Sertorio (un partidario de Mario que se atrincheró en la península del 83 al 72 a.C.). Durante los seis años de lucha contra Sertorio, Pompeyo reorganizó la provincia y extendió sus lazos de patronazgo en numerosas ciudades. César pasó un tiempo mucho más breve en Hispania (en el 61 a.C.) y era por entonces un simple magistrado sin tanto poder como Pompeyo. Estas razones determinaron el apoyo hispano a los pompeyanos.

En marzo del 49 a.C., César, en un rapidísimo movimiento, llegó a Hispania en tan solo 27 días y derrotó a dos generales pompeyanos en la batalla de Ilerda (Lérida). Tras las grandes derrotas pompeyanas de Farsalia (48 a.C.) y Tapso (46 a.C.), las fuerzas contrarias a César se reagruparon en Hispania, especialmente dos legiones situadas en Hispania Ulterior y formadas por antiguos veteranos de Pompeyo. Los generales al mando eran Cneo y Sexto Pompeyo (los dos hijos del general) y Tito Labieno, antiguo general de César en la Galia, que se decantó por Pompeyo en el momento de la guerra civil. En poco tiempo, estas legiones, junto con una leva de tropas

de la población local, se habían hecho con el control de Hispania Ulterior, incluyendo Itálica y Corduba. Los generales de César decidieron pedir ayuda a su jefe directamente antes que entrar en batalla.

César, de nuevo en otro rápido movimiento, llegó en menos de un mes con ocho legiones, pero también tuvo que efectuar levadas en la provincia. El primer gran objetivo militar fue el asedio de la capital de la provincia, Corduba. Sin embargo, Labieno –asesor de los hijos de Pompeyo– aconsejó evitar entrar en una batalla campal y resistir el asedio, de forma que César se viese obligado a tener que acampar con sus tropas en invierno, una época del año difícil para conseguir aprovisionamiento. Para solucionar el problema, César ordenó el saqueo de dos ciudades de la provincia de Córdoba, Ategua (barrio cordobés de Santa Cruz) y Soricaria (hoy día, Iznájar). De la misma manera, Carmona (Carmona) y Segovia (Montalbán de Córdoba) sufrieron el mismo destino. Frente a esta situación, muchos hispanos comenzaron a cambiar de bando y a aliarse con las tropas de César, para evitar mayores desastres. Gneo Pompeyo, el hijo mayor del general, decidió entonces plantar batalla a César.

Batalla de Munda, 17 marzo 45 a.C.

(fuentes principales: [Julio César] *Guerra de España* 27-33; Dión Casio, 43.28-42).

Se enfrentaron trece legiones pompeyanas contra ocho legiones cesarianas. Tanto pompeyanos como cesarianos tenían tropas nativas y africanas (el jefe Bocchus apoyaba a Pompeyo y Bogud a César). Muchos soldados de Pompeyo estaban desesperados, porque habían sido ya capturados anteriormente y liberados por César (la llamada política de *clementia* de César); en caso de ser capturados una segunda vez, serían aniquilados.

El ejército pompeyano estaba situado en una pequeña colina, a poca distancia de la ciudad de Munda (situada en las cercanías de Osuna). Los dos campos estaban divididos por una llanura, por lo que la posición de las tropas pompeyanas eran mejor, ya que se encontraban más protegidos. César estaba convencido de que su rival plantaría batalla en el llano, así que ordenó avanzar a las tropas. Sin embargo, al llegar al pie de la colina, las tropas pompeyanas no habían descendido, con lo que César ordenó el repliegue a la ciudad. En ese momento, los pompeyanos atacaron, siempre con la ventaja de su posición en alto.



Espejo, en las inmediaciones de Munda.

La batalla resultó muy reñida. Llegó un momento en el que el resultado era tan incierto que los dos generales, Gneo Pompeyo y César, entraron personalmente en combate. César, de hecho, tomó el mando del ala derecha, formada por la legión X *Equestris* uno de los lugares donde la batalla estaba más reñida. Esta legión había sido fundada en Hispania por el mismo César durante su estancia como pretor (61 a.C.); así mismo, esta unidad luchó en la Guerra de las Galias y varios de sus legionarios sirvieron como guardaespaldas de César. Sus veteranos, como recompensa, recibieron tierras en el sur de la Galia, en Narbona. Posteriormente, el mismo César declaró que en numerosas veces había luchado por la victoria, pero que sólo en Munda había tenido que luchar por su vida.

El rey Bogud –de Mauritania– y su caballería atacaron el campamento pompeyano, pero fueron interceptados por la caballería rival, dirigida por Labieno. Al presenciar este movimiento, los soldados pompeyanos creyeron que Labieno estaba huyendo y comenzaron a retirarse a la ciudad y a las murallas: sin embargo, la ciudad los rechazó. La victoria cesariana marcó el punto final a la guerra civil. Entre los fallecidos, debemos destacar un gran número de los soldados en fuga y el general Labieno.



Osuna.

Los dos hijos de Pompeyo consiguieron escapar. Gneo huyó hacia el mar, a Carteia, pero fue capturado y ejecutado poco tiempo después. El hijo menor, Sexto, consiguió escapar hasta Sicilia, donde se atrincheró y resistió hasta el 36 a.C., creando una base naval que puso en apuros a Octaviano y Marco Antonio, los dos triunviros que gobernaron Roma tras el asesinato de César. Murió, por órdenes de Marco Antonio, tras su captura, en el 35 a.C.

Con los datos topográficos que indican las fuentes, los arqueólogos creen haber localizado el escenario de la batalla en el Cerro de la Camorra, en las cercanías de lo que hoy es La Lantejuela, que sería la *Munda* que dio nombre a la batalla.

Tras su victoria en Hispania, nada impedía a César hacerse con el control del gobierno de Roma. Sin embargo, antes de partir, se aseguró el apoyo de las provincias hispanas mediante la concesión de la ciudadanía romana a numerosos miembros de la élite y a ciudades enteras. Como contraste, las ciudades que habían apoyado a Pompeyo debieron pagar un fuerte tributo, y muchas de ellas perdieron buena parte de sus tierras.



Montilla, lugar que antes se creía era la antigua Munda.

Andalucía pacificada: del siglo I a.C. al siglo VIII d.C.

Tras el 45 a. C., Andalucía no volverá a ser el escenario de batallas hasta comienzos de la Edad Media. A finales del siglo I a.C., Augusto, el primer emperador, realizó una nueva división territorial de Hispania. Andalucía, junto con la zona sur de Badajoz, formó la provincia de la Bética, con Corduba como capital. Se llegó a denominarla *Baetica Felix*, por la prosperidad de su economía, basada en la exportación de vino, aceite de oliva y *garum* (una salsa que servía para conservar el pescado; restos de los almacenes que lo fabricaban pueden verse en las ruinas de *Baelo Claudia*, Tarifa). Con la nueva reorganización del Imperio, algunas provincias fueron consideradas tan seguras que no se dispuso el establecimiento de ninguna legión para controlarlas: entre ellas, la Bética. La legión más cercana estaba acantonada en León: era la *legio VII Gemina*, que otorgó su propio nombre a la ciudad.

El grado de romanización en Hispania era tal que en el 74 d.C. el emperador Vespasiano otorgó el derecho latino (*ius Latini*) a las ciudades hispanas. La ciudadanía romana



Inmediaciones de la Lantejuela.

representaba un estatus de derecho al que no era fácil acceder y que conllevaba muchos privilegios. Sólo los hijos varones nacidos de un matrimonio legal de un ciudadano romano accedían a ella. Fuera de éstos, los provinciales que habían luchado en las legiones accedían también a este estatus tras finalizar su servicio militar. Finalmente, se podía recibir la ciudadanía como premio por servicios a Roma; por ejemplo, algunas ciudades hispanas la recibieron de César al término de la batalla de Munda. La ciudadanía romana incluía el derecho de voto, de presentarse a un cargo, de establecer contratos y tener propiedades, de establecer un matrimonio legal, de no ser torturado o flagelado y de ser sometido a juicio frente a un tribunal. Un ciudadano romano no podía ser condenado a muerte o no ser por delito de traición y, en ese caso, era decapitado. Esta última sutileza se ve claramente en las muertes de Pedro y Pablo: Pedro, que no era ciudadano romano, murió en la cruz; Pablo, que sí lo era, fue enviado a Roma para ser juzgado y, tras ser condenado, fue decapitado.

Existía un estatus intermedio entre ciudadano romano y no-ciudadano: los ciudadanos de derecho latino. Este derecho fue concedido en el siglo III a.C. a los pueblos del Lacio, y posteriormente a otras colonias fuera de Italia, como Carteia en Hispania o a pueblos enteros, como los Transpadanos, o a las ciudades hispanas. Su concesión

otorgaba el derecho de propiedad, entre otros. Se consideraba un paso previo para la adquisición de la ciudadanía romana. Esta distinción se perpetuó hasta que en el 212 d.C. el emperador Caracalla otorgó la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio.

La Bética siguió su plácido transcurso como una próspera provincia del Imperio romano con breves episodios de esplendor: entre ellos, la llegada al poder de dos emperadores de origen hispano, Trajano y Adriano, ambos nacidos en Itálica.

Esta tranquilidad no se vio interrumpida hasta la agonía del Imperio. En el 411 d.C., mientras el Imperio romano de Occidente daba sus últimos coletazos, estableció el emperador Máximo un acuerdo (*foedus*) con tres pueblos germánicos para que se establecieran en Hispania. Los vándalos silingos recibieron la provincia de la Bética. Las batallas vuelven así al paisaje andaluz y a la vida de sus habitantes. La dominación de los vándalos va a ser muy breve, ya que entre el 416 y el 418 d.C., los visigodos derrotaron a los vándalos silingos, que huyeron a África, estableciendo allí un reino que duraría casi un siglo. En Hispania, los visigodos tomaron el control de la antigua provincia de la Bética hasta la invasión musulmana del 711 d.C. Ésta, liderada por el general bereber Tarik, abrió un nuevo periodo bélico que marcó el fin de la Antigüedad en Andalucía.

Capítulo II

Edad Media

Antonio Sánchez González. *Universidad de Huelva.*

A lo largo de la Edad Media, en general, la guerra solía limitarse a episodios de cabalgadas, escaramuzas, saqueos, sitios o asedios, de forma que sólo en muy contadas ocasiones se dilucidaba una batalla en campo abierto. En la península Ibérica, de hecho, todo el periodo de la “Reconquista” puede considerarse como una larguísima guerra entre cristianos y musulmanes –extendida en el tiempo durante casi ocho siglos– que también conoció muy pocas batallas y, de esas cuantas batallas, algunas tuvieron a Andalucía como escenario.

Nosotros hemos destacado aquí, por su significado, las del Guadalete (711), las Navas de Tolosa (1212) –sin duda, paradigma de todas las batallas medievales–, y del Salado (1340) –con notables parecidos con la anterior pero diferente–, añadiendo un breve apéndice sobre el final de la guerra de Granada (1482-1492) que cerró el período de la presencia musulmana en España.

Fruto de tan largo período de confrontación armada, no sólo podemos conocer cómo evoluciona el arte de hacer la guerra y el tratamiento de la batalla durante la Edad Media sino que, además, hoy podemos contemplar a una Andalucía con un paisaje especial salpicado de castillos, fortalezas y recintos amurallados –como, por ejemplo, la ruta de los castillos de la banda morisca–, muchos de los cuales aún siguen en pie –de mejor o peor manera– resistiendo el paso del tiempo.

Todo ello, por supuesto, al margen de conocer los escenarios de esas “grandes batallas” andaluzas –seguros o probables– como indudables lugares de interés turístico, los

asentamientos de los campamentos de uno y otro bando, los itinerarios de los ejércitos –antes, durante y después– del combate, los restos arqueológicos que permanecen in situ (a falta de sistemáticas excavaciones) o en museos y, en fin, cualquier vestigio de un periodo de nuestra historia en el que la guerra y –como parte fundamental de ella– la batalla se entendían como formas de entender la paz y el orden dentro de la sociedad.

La Batalla del Guadalete (711)

Al despuntar el siglo VIII la monarquía visigoda atravesaba una profunda decadencia. Tenía mucha culpa de ello su característico sistema asambleario y electivo de sucesión al trono entre los nobles del reino, propio de los pueblos nómadas germanos. La nobleza visigoda venía actuando como reyezuelos independientes sin que los distintos monarcas hubieran sabido atajarlo. Otros factores ajenos como una prolongada hambruna propiciada por las malas cosechas, sucesivas epidemias de peste, una retracción del comercio o la disminución de la moneda circulante, provocaron un empobrecimiento acusado de la población y fuertes tensiones sociales.

Consecuencia de todo ello, a la muerte del rey Witiza en febrero del año 709, la sucesión al trono visigodo enfrentó a dos facciones nobiliarias: una, la que defendía la sucesión de Agila, hijo del monarca; otra, la que prefería la elección de Rodrigo, duque de la Bética. Y aunque, por la confusión de las fuentes, algunos sostienen que este último dio un “golpe de estado” en vida de Witiza, lo cierto es que estalló una guerra civil entre los dos bandos en la que logró imponerse don Rodrigo. Esta guerra, aunque corta, debilitó aún más el poder visigodo en Hispania y atrajo las apetencias del emergente imperio árabe.

Descomposición visigótica y yihaz islámica

El profeta de Alá había instado a la permanente expansión de los musulmanes por medio de la “guerra santa” (*yihaz*) y, en cumplimiento del precepto coránico, desde el norte de África las tribus árabes contemplaban con satisfacción el gradual debilitamiento de Al-Andalus (que era así como denominaban a la península Ibérica), en la que tenían puestos sus ojos.



Río Guadalete.

En el Magreb residía entonces un enigmático personaje, el conde don Julián (al que los árabes llamaban Olián u Olbán), al parecer, moro de religión cristiana y vasallo de los visigodos que actuaba como gobernador de Mauritania Tingitana. Pero ante el empuje musulmán del gobernador norteafricano del califato omeya de Damasco, Musa ibn Nusair, don Julián había cedido Tánger y se había refugiado en Ceuta, que también tuvo que entregar a los árabes (709). La conocida leyenda de la “cava” (prostituta, en árabe) o de Florinda (entre los cantares cristianos) explicaría esta rendición del conde ceutí: el ultraje cometido en Toledo por el rey Rodrigo violando a una de las hijas de don Julián propiciaría que éste se vengara del monarca godo colaborando con los árabes; para ello, no sólo los pone en contacto con las tropas berberiscas norteafricanas que iban a sumarse a los efectivos sarracenos para derrotar a su rival sino que incluso les ayuda a cruzar el Estrecho en sus propias embarcaciones (pues el conde era también mercader de caballos a ambos lados del Mediterráneo).

Es muy posible además que los derrotados partidarios de Witiza, o de la causa de Agila, solicitaran la ayuda del bereber Tarik ibn Ziyad, el mejor de los comandantes

de Musa, para recuperar el trono de Hispania, en contra de las disposiciones de los concilios de Toledo que prohibían pedir ayuda extranjera para ocupar el poder en el reino. También conviene tener en cuenta que un buen número de judíos que, con anterioridad, había tenido que huir de la península y refugiarse en el Magreb –como consecuencia de la política antisemítica de algunos monarcas visigodos– se sumarán ahora a la causa de una incursión en Hispania, ansiando un cambio político en el reino visigodo que hiciera posible su regreso.

Los preparativos de la invasión

El hecho es que, en julio del 710, Musa envió a su lugarteniente Tarik a explorar las costas andaluzas, con un destacamento de 500 hombres y 4 barcos, para comprobar las defensas locales. Unas semanas después, tras cumplir su objetivo y saquear una parte de la zona gaditana, Tarik regresó a África transmitiendo muy buenas noticias a su gobernador, lo que le permitió a Musa diseñar su plan de ataque a Al-Andalus.

Así, durante la primavera del año 711, las naves del conde Julián fueron trasladando a cientos de hombres a través del Estrecho hasta las costas gaditanas y, tras alcanzar Algeciras, el 28 de abril los musulmanes se fortificaron en el monte llamado desde entonces *Yabal-Tarik* (Gibraltar) o “monte de Tarik”.

El jefe visigodo del sur, Teodomiro, acudió entonces con un millar de hombres para enfrentarse a los árabes pero, ante la inferioridad de efectivos, fue rechazado. De inmediato, envió emisarios a Pamplona para informar al monarca visigodo (que en tierras navarras se encontraba por entonces luchando contra los levantiscos vascones), pero parece que el rey Rodrigo no le dio la debida importancia a aquel desembarco sarraceno, considerándolo como simple escaramuza; no podía imaginar que los norteafricanos se estaban preparando entonces para una invasión a gran escala de la península. En cualquier caso, don Rodrigo envió a algunas tropas como avanzadilla al frente de su sobrino Evantio, pero éste poco pudo hacer ante las tropas musulmanas muriendo muy cerca de donde, algo más tarde, habría de celebrarse la decisiva batalla.

Cuando tuvo conocimiento el monarca visigodo de estos sucesos, bajó a toda prisa desde el norte peninsular reclutando fuerzas a su paso. Llegado a Córdoba, convocó a todo su ejército; a esta llamada acudieron también los efectivos del bando rival de don Rodrigo, con los hermanos e hijos de Witiza al frente, que quedaron acampados en las

afueras de la ciudad. En un exceso de confianza, el rey godo los admitió en su ejército, hecho que –con el tiempo– lamentaría, pues le traería consecuencias irreparables en el desarrollo de la batalla que se avecinaba.

Efectivos y tácticas de los contendientes

El ejército godo estaba formado por unas 30.000 personas, según las fuentes (cifra que hay que poner en duda, a la baja) y su número de jinetes, al parecer, duplicaba al de las huestes musulmanas. Era precisamente en la caballería donde basaban su fuerza las tropas de don Rodrigo, pues los jinetes godos iban bien protegidos –con casco y cota de malla– y fuertemente armados con una poderosa lanza (*contus*) que asían con las dos manos arrasando todo lo que encontraban a su paso.

Este ejército de los visigodos había heredado el modelo orgánico romano de formación de las unidades. Se dividía en un conjunto de fuerzas permanentes que estaba integrado por los nobles y sus peones o dependientes (el *exercitus* propiamente dicho) y por reclutas que se escogían entre la población en caso de necesidad (el *hostis*); éstas eran tropas muy disciplinadas que se sometían a las jurisdicciones territoriales de los gobernadores de las provincias y las ciudades en tiempos de paz. Además, los reyes godos contaban con una guardia personal –los llamados *spatarios* o portadores de espada–, normalmente en número de 100, que se seleccionaban entre los *cubiculari* o cuerpo de guardia de palacio.

El armamento visigodo estaba, pues, formado por lanzas, espadas, puñales, hondas, arcos y flechas –si bien en este caso, al contrario que los musulmanes, cada guerrero sólo portaba una docena de flechas en su carcaj–. También usaban un hacha característica de doble filo –llamada “francisca”– que habían copiado de los francos. Aparte de eso, de los romanos copiaron todo su arsenal, las torres de asalto y demás maquinaria de asedio. En cuanto a las armas defensivas, usaban grandes escudos y yelmos metálicos combinados con cuero que portaban todos los guerreros, así como cotas de malla que igualmente llevaban hierro y cuero en distintas proporciones, según la categoría del combatiente.

Por su parte, el ejército norteafricano no superaba los 15.000 efectivos. A los 12.000 hombres llegados con Tarik en abril del año 711, se les añadieron en los meses siguientes más de un centenar de jinetes berberiscos y algún contingente judío. La leyenda

habla de que Tarik debió incendiar las naves que les habían trasladado a la península con el objeto de obligar a sus hombres a luchar a muerte.

En total disponían los musulmanes de unos mil jinetes; el resto del cuerpo de tropas era de infantería. Utilizaban un armamento ligero basado fundamentalmente en espada, puñal y lanza. Su mayor fuerza radicaba en los arcos, pequeños de tamaño pero muy potentes, que prácticamente portaban todos los combatientes. Las armas defensivas quedaban reducidas a los escudos y algún yelmo o cota de malla ligera que llevaban los jefes y los jinetes.

En cuanto a la táctica militar empleada por los contendientes, los musulmanes optaban por la rapidez de movimientos y la circulación o movilidad: tras desplegarse en forma de media luna, envolvía al enemigo cerrándole las salidas. Por la parte visigoda, la táctica se basaba en cargar contra el enemigo con todo el ímpetu de la caballería, eje de sus fuerzas de combate, mientras la infantería iba detrás o quedaba en reserva a la espera de acontecimientos, ejerciendo así un papel secundario. Sin duda había sido la caballería la que había dado a los godos fama de buenos guerreros (ellos, por ejemplo, habían perfeccionado las riendas y los arneses de monta). Y cuando a su ejército le faltaban tropas de caballería, la infantería se regía por las tácticas romanas. Precisamente de los romanos habían copiado los godos la disciplina en el combate de tal suerte que, primero, embestían con la caballería y trataban de dispersar a la caballería rival para, simultáneamente, tratar de envolver al enemigo con la infantería mientras ésta le lanzaba todo tipo de proyectiles para, una vez debilitado, lanzarse sobre él con la espada mientras sonaban las trompetas y proferían toda clase de insultos.

La batalla

Era la última semana del mes de julio del año 711. Los dos ejércitos se encuentran situados frente a frente a cada orilla del río Guadalete. Todo el reino era consciente de que aquella iba a ser una batalla decisiva para el devenir de Hispania.

Durante dos jornadas las vanguardias de ambos bandos se tantean en escaramuzas sangrientas, hasta aquel último día de julio en que, al fin, se produjo el ataque final. Los jinetes musulmanes entran en combate y, para sorpresa de don Rodrigo, los flancos visigodos donde iba el grueso de su caballería —que, en un exceso de confianza, el propio monarca había confiado a los hermanos de Witiza, Opas y Sisberto— se retiran

del campo de batalla dejando desprotegido al cuerpo central del ejército godo, cuyas huestes se vieron entonces combatiendo en solitario contra los invasores.

En clara inferioridad numérica y desmoralizadas las fuerzas ante la desertión de los witizanos, el grueso de las tropas de don Rodrigo quedó muy pronto cercado y acosado por una intensa e incesante lluvia de flechas musulmanas, lanzada desde lejos por los arqueros árabes, que descabalgó a los caballeros godos que permanecían con el monarca, mientras la infantería norteafricana cargaba contra ellos entre gritos y alabanzas a Alá. Y aunque algunas crónicas hablan de un momento de debilidad de las fuerzas musulmanas, en el que una acalorada arenga de Tarik resultaría decisiva, el hecho es que los guerreros visigodos –a pesar de resistir con fiereza– fueron cayendo uno tras otro, y los que pudieron escapar de aquella masacre eran en su mayoría rematados por los traidores parientes de Witiza que contemplaban con gran regocijo desde la lejanía el desarrollo del combate. El conde don Julián, que peleó junto a los sarracenos, al parecer, se distinguió por el ardor mostrado en el combate contra sus antiguos señores, resarciéndose así –en caso de tener algún viso de realidad la mencionada leyenda– del ultraje del monarca visigodo.

El resultado fue, pues, bastante claro y contundente: una derrota aplastante del ejército visigodo. Del rey Rodrigo nunca más se supo, aunque lo más probable es que falleciese en la batalla, pues su caballo Orelia se encontró muerto en el cauce del río; algunas fuentes más dudosas hablan, en cambio, de que el monarca pudo huir del campo de batalla y que pasó el resto de su vida haciendo penitencia, mientras que algunas crónicas árabes afirman que fue Tarik en persona quien mató a don Rodrigo con su lanza y que envió su cabeza a Musa. Tradicionalmente se ha creído que, entre los pocos guerreros visigodos que consiguieron huir de esta masacre del Guadalete, se encontraría un noble llamado Pelayo –posible jefe de los *spatarios* de la guardia real visigótica–, luego precursor de la Reconquista tras la no menos célebre batalla de Covadonga (718) en Asturias.

Fueron, pues, evidentes las razones militares en el resultado de la batalla. Hacía mucho tiempo que los visigodos –acostumbrados sólo a someter revueltas de indígenas campesinos o a luchar en guerras civiles– no se enfrentaban a fuerzas extranjeras de entidad. A ellos les desconcertó el modo tan diferente de luchar de los musulmanes. Sobre todo que la caballería árabe, mucho más veloz y ágil que la goda, en lugar de

cargar alocadamente en un choque directo, prefiriera hostigar desde lejos lanzando miles de flechas. Además, como reconocen incluso las crónicas árabes, la desertión de las alas del ejército visigodo resultó determinante pues, con esa traición de los partidarios de Witiza cambiando de bando en el curso del combate —que, al parecer, pudo ser pactada la noche anterior en el campamento árabe dentro de la jaima de Tarik a cambio de conservar sus propiedades y sus derechos al trono visigodo—, los efectivos de don Rodrigo se vieron privados de su inicial superioridad numérica y quedaron indefensos ante la envolvente táctica musulmana. La compra se produjo pero, como es sabido, los musulmanes no cumplirían su parte del pacto con los witizanos.

La batalla se desarrolló, como dijimos, en la cuenca del río Guadalete, sin que aún esté del todo claro el escenario concreto de la contienda. Lo seguro, como probó Sánchez Albornoz consultando fuentes de los dos bandos, es que se llevó a cabo en un lugar llamado por los árabes *Wadi Lakka*, que debía ubicarse cerca de la despoblada ciudad de Lacca o Lacea (a unos 5 Kilómetros de Jerez de la Frontera). Otros hablan de algún lugar situado entre Medina Sidonia y la laguna de la Janda, motivo por el que se le ha conocido también a la contienda con el nombre de “Batalla de la Laguna de la Janda” o “del río Barbate”, e incluso hay quien la lleva cerca de la desembocadura del Guadarranque. Nosotros apoyamos la versión tradicional y nos inclinamos a situarla en la cuenca del Guadalete, por alguna zona entre las poblaciones de Jerez y Sidueña (esta última donde se emplaza el castillo o torre de Doña Blanca).

Consecuencias: El fin de la Hispania visigoda

Lo cierto es que, a partir de esta sonora victoria de las tropas árabes y africanas, la conquista islámica de la península Ibérica fue un auténtico paseo militar, no ya sólo por la descomposición política, sino fundamentalmente social en la que se hallaba sumido el reino visigodo. En un fulminante avance, Tarik se adentra por la Bética y llega hasta Toledo —capital del reino—, de la que se apodera sin apenas resistencia; a continuación prosiguió su avance hacia el norte. En julio del 712, el gobernador norteafricano Musa desembarca en Algeciras al mando de otros 18.000 árabes que se suman a la conquista: avanza sobre Sevilla, toma Mérida (donde se había reagrupado el principal grupo de partidarios de don Rodrigo) tras largo sitio, y se encuentra con Tarik en Talavera para diseñar el resto de la ocupación de la península. Ambos, primero, y el hijo de Musa



Restos del castillo de Medina Sidonia.

–Abd al-Aziz–, después, en el 716 han ocupado la mayor parte de las tierras hispanas, salvo el noroeste; e incluso, al otro lado, los últimos condes visigodos de Carcasona, Nimes, Narbona, etc. capitulaban ante las autoridades musulmanas.

El reino de Toledo había pasado a la historia y la ocupación islámica de la península Ibérica era todo un hecho. El poder unitario y fuerte musulmán se había impuesto sobre las rivalidades y la división interna visigoda. Otro factor añadido que explica el éxito de la vertiginosa y fulgurante ocupación fue la tolerancia que los musulmanes dispensaron a los cristianos y judíos. Los primeros, es decir, la inmensa mayoría de la población hispanovisigoda, no extremaron la resistencia a los sarracenos; y los segundos, no sólo apoyaron abiertamente la invasión sino que incluso, como vimos, un contingente judío participó activamente en ella.

Tras la batalla del Guadalete y posterior ocupación árabe de la península se inició un período de casi ocho siglos de continuada presencia musulmana en España, con

cambios sustanciales no sólo a nivel político sino también económico y social, sin olvidar la trascendental aportación cultural islámica.

Esta prolongada presencia musulmana en la península supuso también una paralización de las crónicas guerras internas que habían assolado las tierras hispanas durante centurias, de tal suerte que los reinos cristianos del norte que se van formando al hilo de la Reconquista habían encontrado un enemigo común: el poder musulmán de Al-Andalus. De este modo, los “infielos del sur” se convertirán desde entonces en el principal aglutinante de los reinos cristianos; sirva de muestra la batalla de las Navas de Tolosa, a la que dedicamos el siguiente apartado.

Posiblemente la unidad de España, que aún tardaría muchos siglos en fraguarse, no se habría producido sin ese enemigo común que aglutinó tanto y durante tiempo a los reinos cristianos peninsulares.

Las Navas de Tolosa (1212):

Madre de todas las batallas medievales

Han transcurrido casi 500 años de dominación árabe en España desde la victoria islámica del Guadalete. Y si las puertas de Andalucía y, a través de ellas, de toda la península Ibérica se abrieron para las huestes y población musulmanas invasoras con aquella batalla del Wadi Lakka, cinco siglos después otra batalla —ésta, sin duda, aún más singular— abrió a los reinos cristianos, aunados para la ocasión en cruzada contra el Islam, los desfiladeros del Muradal en Sierra Morena (hoy Despeñaperros), asegurándose así los pasos de comunicación de la meseta castellana con Andalucía.

De ahí que en la zona más septentrional de la actual provincia de Jaén, dentro del propio parque natural de Despeñaperros, a unos cinco kilómetros al noroeste de la localidad de Santa Elena, exista un paraje donde dicen que los restos de armas antiguas han sido tan abundantes que durante siglos han podido surtir a los labriegos de la comarca del hierro necesario para la fabricación de sus aperos y herramientas.

Se trata del campo de batalla de las Navas de Tolosa. El combate, paradigma de todas las batallas medievales, ocurrió en el año 1212 pero, en realidad, la historia comenzó mucho antes.



Despeñaperros.

Antecedentes

Tiempo atrás, Al-Andalus ha quedado gobernada por los Omeyas, primero como emirato dependiente de Damasco (711-756) y después como emirato de Córdoba, instaurado por Abd-al Rahman I, independiente del califato abbasí de Bagdad (756-929). También ha quedado atrás el esplendoroso califato cordobés, fundado por el tercero de los Abd-al Rahman, que pervive hasta la desintegración política que convirtió a Al-Andalus en un mosaico de pequeños estados, los llamados reinos de taifas (929-1031). Hasta entonces el dominio militar musulmán en la península ha sido indiscutible. Los distintos reinos cristianos surgidos en el norte durante todo este tiempo (Asturias, León, Castilla, Navarra, Aragón, Portugal) apenas habían podido avanzar en su empuje conquistador hasta la línea del Duero.

Pero cuando se descompuso el califato de Córdoba en ese mosaico de taifas, los monarcas cristianos aprovechan la ocasión para ensanchar sus fronteras hasta el río Tajo



Recreación de la batalla de las Navas de Tolosa.

y tomar Toledo (1085, Alfonso VI). Los reyezuelos de taifas, en su debilidad, tuvieron que comprar la paz y la protección de los soberanos cristianos, pagando altos tributos anuales, las *parias*.

Por entonces, en el Magreb occidental, una confederación de tribus bereberes había forjado un poderoso imperio que se extendía por lo que hoy es Marruecos, Mauritania, parte de Argelia y la cuenca del río Senegal: los *almorávides*. Y esa presión creciente que los, cada vez, más débiles reyezuelos andalusíes venían soportando de los reinos cristianos parecía no dejarles otra alternativa que solicitar la ayuda almorávide. Sin embargo, inicialmente no se atrevieron a tomar esta medida ante el temor de que sus correligionarios del desierto se quedaran prendados de las fértiles huertas y las populosas ciudades de Al-Andalus y se las arrebataran. Fue el rey Al-Mutamid de Sevilla quien, ante el agobiante régimen de parias y la amenaza militar de Alfonso VI (que antes de conquistar Toledo osó incluso llegar hasta Tarifa en 1083), finalmente se atrevió



Vista desde el castillo de Almodóvar del Río.

a dar ese paso y llamó a los norteafricanos, alegando “preferir ejercer de camellero en África a ser porquero en Castilla”.

Un ejército almorávide mandado por su propio emir, Yusuf ibn Tasufin, atravesó el Estrecho en 1086 y derrotó, de inmediato, a los castellanos en la batalla de Sagrajas (o Zallaqa), muy cerca de Badajoz, el 23 de octubre de ese mismo año. Luego sucedió lo evidente: los almorávides barren a los reyezuelos de taifas, unifican Al-Andalus y la incorporan a su imperio. La derrota de Alfonso VI al frente de Alvar Fáñez en Almodóvar del Río en 1091 marcó el fin de los taifas andalusíes y el comienzo de la dominación almorávide de Al-Andalus, un dominio que alcanza la cima de su poder en la península con las victoriosas batallas de Consuegra (1097) y Uclés (1108), y la ocupación de las islas Baleares (1116). Pero hacia 1140 el militarismo y la fortaleza moral de los almorávides se habían debilitado tanto que su imperio se fracciona, volviendo a aparecer en Al-Andalus otra generación de pequeños reinos de taifas, tan débiles como los anterio-



Almodóvar del Río.

res. La balanza del poder militar se inclinaba de nuevo, a mediados del siglo XII, del lado de los reinos cristianos.

Sin embargo, no sería por mucho tiempo puesto que la decadencia almorávide favoreció la aparición de un grupo bereber que formó en los macizos norteafricanos del alto Atlas una confederación de cabilas regentadas por dos asambleas de jeques: eran los *almohades* (o “unitarios”, llamados así por constituirse en férreos defensores de la unicidad de Alá). Tras violentos combates contra los almorávides, los almohades conquistan el norte de África y ponen sus ojos en Al-Andalus. Sus califas adoptaron el título de *Amir ul-Muslimin* o “Príncipe de los creyentes” (el *Miramamolín*, para los cristianos).

Al rey castellano Alfonso VII (1126-1157) no se le ocultaba el notable paralelismo de la nueva situación con la del período anterior, por lo que se propuso un doble objetivo: evitar, por un lado, el fortalecimiento de los nuevos reinos de taifas surgidos en Al-Andalus tras la desaparición del imperio almorávide y, por otro, impedir el intervencionismo —ya iniciado— de los almohades. Para ello, logró asegurarse los pasos

de comunicación de la meseta castellana con Andalucía y, en una audaz expedición combinada de los cristianos (en la que, junto a Castilla, participaron también tropas de Aragón y de Navarra y naves de Génova y Pisa), conquistó Almería en 1147.

Pero Alfonso VII falleció diez años después en Fresneda, estribación de Sierra Morena, al regreso de otra de sus expediciones, y con su ausencia se desmoronaba también su plan. De inmediato, los temores que había tenido el monarca no tardaron en confirmarse: los almohades cruzan el Estrecho y se expanden por Al-Andalus hasta llegar a someter a los nuevos taifas. El califa Abd al-Mumin fija en Sevilla su corte peninsular –aunque la capital del imperio estaba en Marraquech– y ese mismo año de 1157 los almohades recuperan Almería.

Sin embargo, el apogeo político almohade arranca cuando el califa Yusuf al-Mansur (conocido como Yusuf II) atraviesa Sierra Morena con sus tropas y ataca Castilla infligiendo una severa derrota a las huestes castellanas del nuevo rey Alfonso VIII (1158-1214) en la célebre batalla de Alarcos (1195), que supuso además la recuperación para los musulmanes de Malagón, Benavente, Calatrava, Caracuel, Uclés y Huete, entre otras plazas. En homenaje a tan meritoria victoria sobre las tropas cristianas, los almohades edificaron la Giralda de Sevilla, alminar de su mezquita.

Cruzada Cristiana frente a Guerra Santa (Yihad) Islámica

Tan singular avance almohade, que parecía imparable por aquellos años finales del siglo XII, había puesto a los musulmanes prácticamente a las puertas de Toledo y de Madrid. La línea del Tajo se mostró entonces muy franqueable. Y no sólo Castilla corría peligro; aragoneses y catalanes veían también amenazadas a Zaragoza y Tarragona, tras la embestida almohade.

Resultaba, pues, imperioso para los reinos cristianos frenar esa situación. Pero, en realidad, los dos bandos habían realizado un notable esfuerzo durante las recientes campañas y necesitaban un descanso. De ahí que, en 1197, Alfonso VIII y Yusuf II concertaran una tregua de diez años.

Castilla tenía, además, problemas con algunos de sus reinos vecinos; es el caso de León –recién secesionado– y de Navarra, por problemas jurisdiccionales sobre territorios limítrofes. Esto lleva a Alfonso VIII a suscribir a partir de 1208 sendos pactos con Alfonso IX de León y con Sancho VII de Navarra.

Estaba claro que, desde el humillante desastre de Alarcos, el rey de Castilla vivía fundamentalmente para preparar la revancha. Así es como hay que entender tanto la tregua con los sarracenos —que acababa de expirar— como estos pactos. Alfonso VIII sólo contaba con la amistad de Aragón y tenía sobrados motivos para temer que, si concentraba su ejército en el sur para combatir a los almohades, tanto León como Navarra le atacarían por los flancos de su reino. Sabía, además, que sólo si la campaña que iba a emprender contra los musulmanes era declarada cruzada por el Papa, se podía garantizar la neutralidad de sus enemigos pues, en caso contrario, los reyes cristianos que se adentraran en las fronteras de Castilla podían incurrir en excomunión. De ahí que requiriese del arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, que Inocencio III proclamara la cruzada en España, a lo que el pontífice accedió. En Roma y en los pulpitos de toda Europa se predicó así la nueva cruzada para mayo de 1212, otorgándose plena remisión de los pecados a los que concurrieran a la contienda contra el infiel mahometano. Alfonso VIII no iba a estar en esta ocasión solo en la lucha contra los almohades.

En el otro bando, los preparativos para la *yihad*, o guerra santa islámica, no eran menos activos. Abd Allah Muhammad al-Nasir (1199-1213), el *Miramamolín* de los almohades, hijo del vencedor de Alarcos Yusuf al-Mansur y de la esclava cristiana Zahar (flor), salió de Marraquech en febrero de 1211 al frente de un gran ejército al que se iban sumando efectivos a su paso por Rabat, Alcazarquivir, etc. (los correos del califa recorrían previamente el imperio instando a los gobernadores a preparar todo lo necesario para esta inminente campaña). La magnitud de fuerzas reclutadas planteaba los lógicos problemas de administración y abastecimiento, y cuando esto ocurría el califa almohade procuraba enmendar los errores cometidos y estimulaba a sus colaboradores pasando a cuchillo a los funcionarios incompetentes. Una potente escuadra aguardaba al ejército en Alcázar Seguer que embarcó en mayo de 1211 atravesando el Estrecho hasta Tarifa. Aquí Al-Nasir recibe el homenaje de solícitos funcionarios de Al-Andalus y, a continuación, se encamina a Sevilla.

Esa primavera de 1211 el monarca castellano Alfonso VIII, acompañado de su hijo Fernando, aún adolescente, realizó una cabalgada hacia levante y llegó hasta el Mediterráneo por la comarca de Játiva, sin resultado provechoso. Por su parte, el califa almohade, desde Sevilla, subió con sus tropas por el valle del Guadalquivir, atravesó Sierra Morena y llegó a la frontera de Toledo tomando la plaza fuerte de Salvatierra tras dos

meses de sitio (septiembre 1211). Este hecho produjo una gran conmoción en toda la España cristiana y va a precipitar no sólo la unión de los reyes cristianos para defenderse del enemigo común, sino también la predicación de esta nueva cruzada en Occidente.

La caída del castillo de Salvatierra además entristeció enormemente a Alfonso VIII, pero obviamente aún fue mayor la pena que al mes siguiente le produjo la muerte de su heredero, el joven infante don Fernando. Sumido en tan profundo dolor, el rey buscó alivio dedicándose por completo a preparar precisamente los aspectos diplomáticos de la cruzada y la intensa actividad bélica que se avecinaba.

Efectivos de los contendientes

La proclamación de esta cruzada contra el infiel por el papa Inocencio III llenó de cruzados con destino a Toledo, durante la primavera de 1212, los caminos europeos de la cristiandad. Los nobles iban a caballo seguidos de sus huestes, los pobres lo hacían a pie mendigando por aquellos caminos.

El primero en llegar fue el caballeroso rey de Aragón Pedro II, amigo personal de Alfonso VIII. A primeros de junio lo hacían los cruzados *ultramontanos* (llamados así por su procedencia de más allá de los Pirineos), la mayoría franceses pero también italianos, lombardos, alemanes, etc.; con ellos llegaron los obispos de Narbona, Burdeos y Nantes. También se incorporaron por entonces a esta expedición de cruzados que se estaba concentrando en Toledo las milicias de, al menos, 20 concejos castellanos (entre otros, los de Almazán, Béjar, Madrid, Medinaceli, Medina del Campo, San Esteban de Gormaz o Soria). Otro aporte importante a aquel ejército cristiano fueron las tropas de las órdenes militares del Temple, San Juan, Santiago y Calatrava.

Algo después, como comprobaremos, se agregaría también a la expedición de cruzados el rey de Navarra, Sancho VII el Fuerte, con sus mesnadas. Los grandes ausentes –ambos, yernos de Alfonso VIII– fueron el monarca portugués Alfonso II y el rey de León, Alfonso IX, pertinaz enemigo del monarca castellano. El primero, aunque no participó personalmente sí envió un contingente de tropas y, el segundo, ni siquiera eso, si bien acudieron por su cuenta algunos caballeros leoneses.

En cuanto al ejército sarraceno, a las tropas traídas de África por el califa almohade Al-Nasir, se habían sumado fuerzas andalusíes y voluntarios llegados de todos los rincones del imperio islámico convocados, a su vez, a la *yihad*. Su composición, por

tanto, no era menos internacional: la infantería ligera reclutada entre las siete tribus del alto Atlas; los infantes voluntarios de Al-Andalus, mejor armados que los anteriores, cuyo líder era Abén Qadis; el propio ejército almohade, con su potente caballería africana, auténtica pesadilla de los ejércitos cristianos; los voluntarios de la *yihad*, a los que nos referíamos, guerreros procedentes de todo el mundo musulmán; y dos cuerpos armados de élite: uno, formado por los arqueros turcos capturados unos veinticinco años atrás por los almohades en la región de Libia, durante la guerra que sostuvieron con los ayubíes de Egipto, y que Yusuf II –padre de Al-Nasir– había incorporado a su ejército como mercenarios pagándoles espléndidamente (los peligrosos *agzaz*); y otro, la “guardia negra” del califa, integrada por fanáticos soldados-esclavos subsaharianos (los no menos célebres *imesebelen*), entrenados para luchar o morir.

Primeros movimientos de los ejércitos

En la primavera de 1212 el ejército almohade se pone en movimiento, desde Sevilla, al frente del sultán Al-Nasir, el *Miramamolín* (como le llamaban los cristianos). Una vez más, remontando el Guadalquivir llegó a tierras jiennenses y acampó en Baeza. Desde allí, ascendió en busca de los desfiladeros de Sierra Morena.

Al-Nasir estaba bien informado en todo momento sobre la actualidad del ejército enemigo concentrado en Toledo. Pero en lugar de atravesar esos desfiladeros de Sierra Morena, como diecisiete años atrás hizo su padre, el califa Yusuf II, cuando consiguió el apoteósico triunfo almohade de Alarcos, él prefirió mantenerse a la defensiva y dejar que fueran las tropas cristianas las que emprendiesen el viaje, bajando por la meseta meridional castellana hasta alcanzar esos desfiladeros del Muradal (hoy Despeñaperros) donde les estarían aguardando sus contingentes en posiciones estratégicas. De este modo tendría a su favor dos aspectos fundamentales: el cansancio y agotamiento de los cruzados cristianos al final de tan dura marcha por una tierra árida y con graves problemas de abastecimiento, y un campo de batalla favorable por la ocupación ventajosa que tenían sus tropas, en donde forzarían al enemigo a entablar el combate que a ellos les interesaba.

Mientras tanto, la concentración tan abigarrada de tropas cristianas en Toledo, al reclamo de la cruzada, trajo consigo graves problemas de convivencia. Los mayores fueron ocasionados por los cruzados extranjeros que, al no estar habituados a convivir

con personas de otras religiones, asaltaron la judería toledana y mataron a un gran número de sus moradores. Esta salvaje acción en la que era ciertamente por entonces la capital de las tres culturas, llenó de pesar al rey Alfonso VIII y le obligó a acelerar la salida del ejército cristiano hacia el sur en busca del enemigo almohade.

De este modo, el 20 de junio de 1212 partían las tropas desde Toledo con un cuerpo de vanguardia al frente del señor de Vizcaya, don Diego López de Haro, en el que iban los cruzados ultramontanos. Tras cuatro jornadas de marcha, el 24, llegaron a la villa de Malagón, donde se produjo el primer enfrentamiento con la guarnición musulmana que defendía su castillo, que fue pasada a cuchillo por los ultramontanos a pesar de que se había pactado la rendición. Al día siguiente se incorporaba el grueso del ejército, con las tropas de los reyes de Castilla y Aragón y la agregación en la retaguardia de las huestes de los concejos comandadas por Gonzalo Rodríguez Girón.

Desde Malagón prosiguieron la marcha hacia el sur hasta llegar al cauce del Guadiana, cuyos vados habían dejado los musulmanes sembrados de abrojos (artefactos metálicos de cuatro puntas que se clavaban en los pies de los caballos y peones inutilizándolos para el combate) que la caballería cristiana tuvo que ir sorteando. Una vez atravesado el río, el 1 de julio el ejército llegó a Calatrava –antigua sede de los templarios y luego de los caballeros de la orden a la que dio nombre–, que ahora estaba en poder de los musulmanes y defendida por el experto guerrero andalusí Abén Qadis. Después de tres días de sitio y saqueo, Alfonso VIII pacta con el caudillo musulmán la rendición de la fortaleza a cambio de la conservación de sus vidas y de algunos de sus bienes. Este acuerdo contrarió tanto a los cruzados ultramontanos, deseosos de repetir otra degollina como la de Malagón, que por tal motivo y por las numerosas quejas que manifestaban sobre el excesivo calor de aquel mes de julio, la aridez de la meseta y las privaciones que venían sufriendo ante las evidentes dificultades de abastecimiento, la mayoría de ellos se retiró de la cruzada y regresó a sus respectivos países de origen.

El revés no fue tan grave para las aspiraciones del bando cristiano a nivel cuantitativo –que lo fue (algunas fuentes hablan de la pérdida de un tercio de los efectivos)– sino, sobre todo, cualitativamente ya que muchos de los desertores eran soldados profesionales y veteranos de guerra con larguísima experiencia en el arte militar, algunos curtidos –nada menos– que en los campos de batallas de Tierra Santa en Oriente. Dicha pérdida quedó en parte contrarrestada con la llegada e incorporación al ejército

cristiano de unos 3.000 caballeros navarros con sus peones, al mando de su rey Sancho VII el Fuerte, quien había decidido dejar temporalmente de lado su rencor y enemistad con Alfonso VIII para participar en la cruzada.

Una vez evacuada la plaza de Calatrava, su fortaleza fue confiada de nuevo a los caballeros de su orden, mientras el ejército cristiano proseguía la marcha hacia el sur. Muy cerca de allí estaba Alarcos, de tan tristes recuerdos no sólo para el monarca castellano sino también para otros combatientes, como el belicoso señor de Vizcaya Diego López de Haro, a quien muchos responsabilizaron de tan humillante derrota. Como decíamos, ahora se presentaba la ocasión de revancha, aunque en diferente escenario, pues las tropas tenían que seguir su curso en busca del enemigo y Alarcos quedaba algo desviada de esa ruta.



Itinerario de los ejércitos (fuente: G. Fitz).



Restos de castillo en Despeñaperros.

Entre los días 7 y 9 de julio el ejército cristiano acampó en las inmediaciones de Salvatierra, otro antiguo dominio castellano tomado sólo un año antes por Al-Nasir y, por tanto, en poder de los almohades, que ahora retornaba a manos cristianas. Allí Alfonso VIII y los demás reyes del ejército cruzado pasan revista a sus tropas y estudian el posible plan de combate una vez llegados unos informes del ejército enemigo: Al-Nasir aguardaba a pocos kilómetros, al otro lado de las gargantas del Muradal (Despeñaperros), donde el califa había montado su campamento estratégicamente. El grueso de las tropas musulmanas se encontraba frente al desfiladero de la Losa, una garganta rocosa tan áspera y difícil que –en palabras del cronista– “mil hombres podían defenderla de cuantos pueblan la tierra”. El ejército cristiano forzosamente tenía que recorrer ese camino.

El 11 de julio ya habían llegado a Fresneda, desde donde don Diego López de Haro mandó a su hijo Lope con un destacamento a las alturas del puerto del Muradal para que reconociese el terreno y ocupase la pequeña meseta allí existente, un paraje ciertamente áspero e inhóspito. La expedición consiguió ganar aquel puerto, desde el que

se avistaba el castillo de Ferral –adelantado de Sierra Morena– que era donde estaba instalada la avanzada almohade que vigilaba el desfiladero de la Losa. Al descubrir los musulmanes a los cruzados cristianos salieron a hostigarlos.

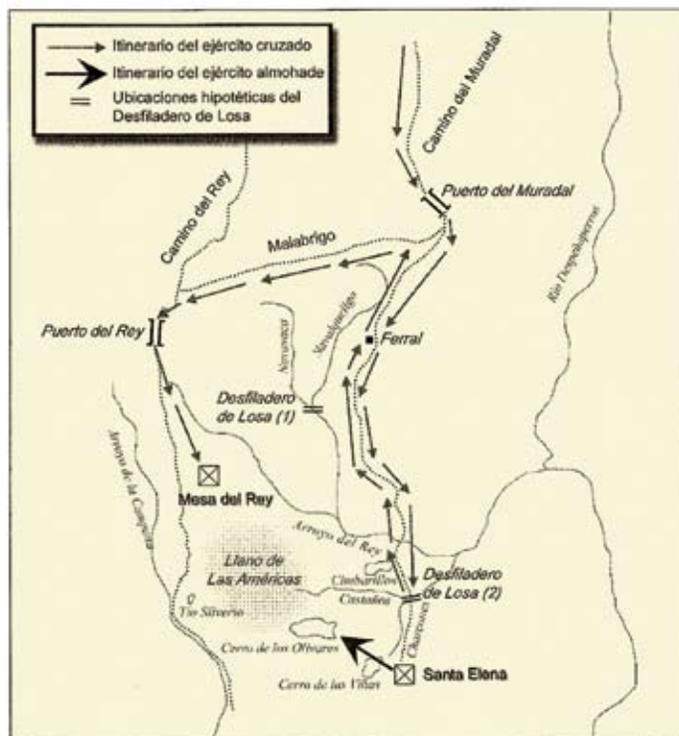
Al día siguiente, 12 de julio, el ejército dirigido por Alfonso VIII llegaba al pie de Sierra Morena y nuevos contingentes reforzaron la vanguardia instalada en la meseta del Muradal que comandaba el señor de Vizcaya. Al amanecer del día 13 se les unía el resto de los combatientes. Entonces, la avanzadilla almohade abandonó prudentemente el castillo de Ferral y se replegó hacia el sur.

Ambos contendientes se encontraban solamente separados por el desfiladero de la Losa, fuertemente custodiado por las tropas de Al-Nasir. Avanzar hacia el ejército almohade a través de la mortal ratonera de la Losa era ciertamente suicida. Esto lo sabía perfectamente Alfonso VIII y todo el consejo de reyes y nobles de su ejército. Lo más sensato, sin duda, era bajar de nuevo al llano –deshaciendo el camino andado hasta el pie de Sierra Morena– para buscar otro paso que atravesara aquellas montañas; además, el agua y los víveres escaseaban de nuevo. Sin embargo, el monarca castellano temía que esa marcha atrás acabara por agotar y desmoralizar a sus tropas, cuando además lo más probable era que los almohades custodiaran todos los pasos posibles de la comarca. No había, pues, otra alternativa: las huestes cristianas tratarían de forzar el desfiladero de la Losa hacia las líneas enemigas. Sólo un milagro podía salvar aquella situación. Las perspectivas de repetirse otro Alarcos, éste de dimensiones aún mayores, debió rondar por la mente del monarca castellano y amargar el día a muchos veteranos.

Pero el milagro pareció producirse la tarde de aquel 13 de julio (o eso, al menos, sostiene la tradición) cuando se presentó ante Alfonso VIII un pastor lugareño, de nombre Martín de Halaja, ofreciéndose a guiar a las tropas cristianas por un paso oculto, que los almohades no controlaban, hasta los altiplanos de la sierra al otro lado de la garganta del Muradal. Para comprobar la veracidad de este paso, el rey castellano envió a Diego López de Haro con un destacamento que, guiado por este pastor (en quien muchos testigos vieron la mano de Dios gobernando la empresa de sus fieles), en dirección primero oeste y después sur, logró atravesar el desfiladero por un sendero de montaña y llegar a una amplia planicie en ligera cuesta abajo, salpicada de algunas lomas, capaz de acoger a todo el ejército cristiano. La localización exacta de este lugar donde a la mañana siguiente (14 de julio) apareció acampado el ejército de cruzados, para asombro del *Miramamolín*, un

paraje conocido algún tiempo después con el nombre de “Mesa del Rey”, se sitúa cerca de Despeñaperros en el actual término de La Carolina.

Por fin se encontraban frente a frente los dos grandes ejércitos sin obstáculo natural que los separase. Por fin Alfonso VIII tenía a su alcance el objetivo que venía persiguiendo desde hacía un año y la posibilidad de revancha de la infamante derrota que no le había dejado descansar tranquilo desde diecisiete años atrás. Por otra parte, dos palabras podían resumir el estado de ánimo del califa almohade en aquellos momentos, al verse sorpresivamente enfrentado a lo que había intentado eludir a toda costa, la batalla campal: estupor y temor. Pero ya no había vuelta atrás y Al-Nasir lo sabía. Muy a su pesar, el gran choque buscado por Alfonso VIII estaba a punto de producirse.



Mapa de la batalla (fuente: G. Fitz).

Una conjunción de antiguas y nuevas tácticas

Las tácticas a emplear por los ejércitos musulmán y cristiano en esta batalla se basaban en concepciones militares diametralmente opuestas, aunque ambas igualmente eficaces. Frente al formidable bloque de la caballería cristiana que cargaba frontalmente en compacta formación, los musulmanes –como ya vimos en el Guadalete– oponían tropas ligeras capaces de dispersarse ágilmente en todas direcciones, hurtando el blanco a la acometida enemiga, para luego agruparse y, en rápidos desplazamientos, envolver al enemigo y devolver el golpe en sus puntos vulnerables, la retaguardia y los flancos. Algo similar acababa de suceder en Alarcos: los almohades desbordaron las milicias ciudadanas de los concejos que formaban las alas del ejército castellano y rodearon al núcleo de la caballería atacándolo por los lados.

Alfonso VIII, con el aprendizaje cosechado en tan amarga experiencia de Alarcos, y habiendo comprobado en posteriores escaramuzas que persistía esa debilidad de sus tropas, decidió mezclar esas milicias concejiles inexpertas entre sus unidades de guerreros profesionales y de los caballeros de las órdenes militares. Confió entonces los flancos de su ejército a los mejores combatientes: el derecho, al rey de Navarra con sus mesnadas, y el izquierdo, al de Aragón con las suyas (entre quienes se encontraban los condes de Ampurias, Foix, Rosellón, Pallars y el vizconde Cardona, con sus mejores hombres de armas). Cada uno de estos cuerpos estaba a su vez dividido en tres líneas ordenadas en profundidad. Y aunque en ambos casos se trataba de tropas inferiores en número de efectivos a las castellanas, eran mucho más selectas y, como tales, también más capaces de resistir las intenciones envolventes de la peligrosa caballería almohade.

Además, el monarca castellano había tenido tiempo de conocer las contramedidas que los cruzados habían desarrollado en Siria y Palestina para hacer frente a tácticas musulmanas similares, al objeto de evitar el cerco de las ligeras y ágiles tropas islámicas: por ejemplo, proteger con obstáculos naturales los flancos del ejército, conservar la formación cerrada para evitar el desmoronamiento de las líneas y, sobre todo, mantener un cuerpo de reserva con el que atacar al enemigo cuando intentara cercar al cuerpo principal. De ahí que en esta ocasión Alfonso VIII se reservara el mando de la retaguardia y que organizara el centro de su ejército escalonándolo en estas cuatro líneas sucesivas:

- La primera, o vanguardia de este cuerpo central que constituía el eje de la lucha, comandada por el veterano señor de Vizcaya, Diego López de Haro;
- la segunda, al mando de Gonzalo Núñez de Lara, con las huestes de las órdenes militares de los caballeros templarios –con su maestre Gómez Ramírez–, los hospitalarios de San Juan de Jerusalén, los santiaguistas de Uclés y los calatravos (todos estos nobles caballeros y freires de las órdenes militares eran guerreros profesionales y se hacían acompañar de peones y servidores igualmente experimentados);
- la tercera, comandada por Rodrigo Díaz de Cameros, que en realidad constituía el flanco de la segunda línea de choque;
- y la cuarta, que actuaba como reserva de retaguardia, con el propio rey de Castilla, acompañado del arzobispo de Toledo Jiménez de Rada –cronista de la contienda– y otra media docena de obispos castellanos (Sigüenza, Osma, Plasencia, Ávila, Calahorra y Burgos) y aragoneses (Tarazona y electo de Barcelona), más probablemente también el obispo de Narbona. Esta última línea era importantísima pues, como ya habían podido comprobar los cruzados en Tierra Santa, de su celeridad en acudir al socorro de las restantes fuerzas en peligro a la hora del combate solía depender el devenir de la batalla.

Ya adelantamos que en todas las líneas cristianas quedaron incrustadas las menos experimentadas mesnadas concejiles aportadas por algunas ciudades castellanas. De este modo, la calidad de las unidades sería más homogénea y la caballería e infantería se prestarían mutuo apoyo.

Por la parte musulmana, el dispositivo almohade no era menos formidable que el cristiano. Al-Nasir había dispuesto su ejército colocando a la ágil caballería almohade en los flancos, y el cuerpo central del ejército (*qalb*) también lo había distribuido en cuatro líneas o divisiones (*kordus*), con forma de media luna, en este orden de batalla:

- La primera, en la vanguardia (*mocaddama*), con un núcleo de tropas ligeras árabes y bereberes;
- la segunda, integrada por un heterogéneo conjunto de voluntarios de la *yihad* procedentes de todos los rincones del dilatado imperio islámico, incluidos los contingentes de Al-Andalus;
- la tercera, formada por las mejores tropas del ejército musulmán (que ocupaban la ladera del llamado cerro de Los Olivares), con la infantería almohade y los arqueros

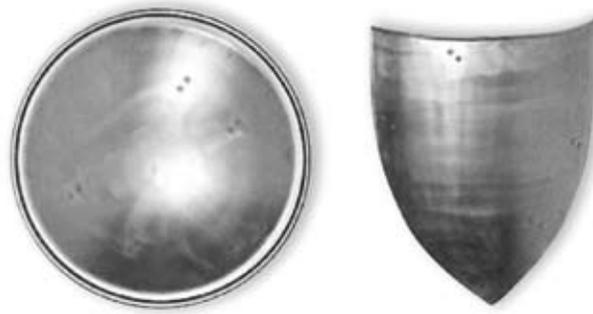
agzaz, cuyo secreto radicaba en sus arcos especialmente potentes y en la táctica que empleaban, ya que podían disparar con el caballo a todo galope y en cualquier dirección;

- la cuarta línea era la *saka* o reserva de retaguardia (situada en la cima de la misma colina de Los Olivares, donde Al-Nasir había plantado su emblemática tienda de seda roja en el centro de un palenque o fortificación de campaña construida mediante una amplia empalizada de troncos unidos y reforzados por cadenas, ingenio que desempeñaba el papel de las modernas alambradas), con varias unidades defensivas entre las que se encontraban los famosos *imesebelen* –o “desposados”– que constituían la “guardia negra” del Miramamolín, miles de soldados-esclavos armados con largas lanzas cuyo objetivo era impedir que nadie penetrase en aquel recinto donde, además del califa, permanecían resguardados más de dos mil camellos; estos fanáticos voluntarios habían jurado dar su vida en la lucha en defensa del Islam y, por eso, se hacían atar entre sí por los muslos y se enterraban hasta las rodillas para asegurarse de que se sacrificarían llegado el caso.

Al-Nasir, vestido de verde y sentado sobre su escudo a la puerta de la tienda, leía el Corán e impetraba la protección de Alá en el apurado trance de aquella decisiva batalla.

Se trataba, pues, de un conjunto de efectivos de las más variadas procedencias, representantes de cada cabila o tribu del imperio, que habían convivido durante un año y medio y se habían preparado para este combate. El plan de batalla almohade era como de costumbre: primero sus tropas ligeras desorganizarían y cansarían al enemigo; en la vanguardia pondría sus peores unidades –la muchedumbre de fanáticos voluntarios árabes, bereberes, almohades y andalusíes atraídos por la *yihad*, que aspiraba a ganar el Paraíso de modo que, mientras los cristianos se cebaban en esta carne de cañón y la perseguían hasta posiciones desventajosas, los hábiles arqueros de Al-Nasir sembrarían la muerte en las líneas cristianas. Cuando el enemigo estuviera agotado y en terreno desventajoso, entrarían en combate los almohades para dar el golpe de gracia. Y en el caso de que alguna carga de los cruzados alcanzara la retaguardia almohade, las formidables defensas de su empalizada y la guardia negra bastarían para detenerla.

En cuanto al armamento utilizado por uno y otro bando, en general, los cristianos aparecen mejor armados que los musulmanes, especialmente en lo tocante a las armas defensivas: escudos, cotas de malla y yelmos de metal o cuero. El armamento ofensivo



Tipos de escudos de los contendientes.

se componía de lanza, espada, cuchillo, maza o hacha, alabarda, arco o ballesta y honda. Por la parte almohade el armamento defensivo se limitaba prácticamente a un pequeño escudo circular mientras que los recursos ofensivos eran una lanza no muy pesada, una cimitarra y una porra. Los peones portaban lanzas y espadas, azagayas, arcos y hondas (el predominio de las armas arrojadas musulmanas se refleja en las enormes reservas de flechas y venablos que cayeron en poder de los cristianos cuando finalizó la contienda, hasta el punto de que el arzobispo de Narbona calculó que harían falta más de dos mil acémilas para transportar las cajas de flechas encontradas).

Por último, en cuanto al número de combatientes que se enfrentaron en la batalla, aunque las crónicas y otras fuentes de la época –tanto árabes como cristianas– hablan de hasta cientos de miles de musulmanes y de una gigantesca muchedumbre de cruzados, en realidad estas cifras ya han sido rebajadas considerablemente por parte de los especialistas. Así, refiriéndonos a los efectivos cristianos, Carlos Vara ha hecho una propuesta más coherente partiendo del estudio del terreno por donde el ejército tuvo que moverse y acampar; así, midiendo la superficie ocupada ha podido calcular el número de personas que podían instalarse en ese espacio, lo que, combinado con otros aspectos de logística, le dan un total de algo más de 12.000 hombres. Y en cuanto al ejército almohade, sin duda muy superior al cristiano, aunque la mayoría de las fuentes apuntan el doble o algo más de efectivos, el mismo cálculo nos situaría en torno a unas 22.000 personas (hay que tener en cuenta, además, que los musulmanes solían acudir a la guerra acompañados de sus mujeres e hijos). Por otro lado, se hace difícil admitir que

un ejército que duplicaba sus efectivos pudiera salir derrotado de la contienda y más tratándose —como era el caso— de una lucha cuerpo a cuerpo.

Así y todo, pese a la considerable rebaja de las cifras, sin duda se trató de una concentración armada verdaderamente excepcional para la época y una de las batallas más espectaculares y sangrientas de la historia medieval.

El lunes de Las Navas: un buen día para morir

Perplejo al contemplar plantado al enemigo frente así en la Mesa del Rey aquella mañana del 14 de julio de 1212, Al-Nasir decidió plantear la batalla lo antes posible para evitar que los cansados soldados enemigos pudieran reponerse de las fatigas de la larga caminata realizada hasta allí. El califa formó entonces a su ejército en orden de combate y envió a algunas columnas de jinetes y arqueros para hostigar a los cruzados en sus posiciones. Pero los monarcas cristianos no mordieron el anzuelo y la confrontación militar de aquella jornada se redujo a simples escaramuzas.

Lo mismo ocurriría al día siguiente, el domingo 15 de julio: desde el amanecer hasta mediodía los almohades se dispusieron formados para el combate. Sin embargo, el bando cristiano dedicó la jornada a estudiar a las fuerzas enemigas y a una minuciosa preparación de la batalla. A medianoche las tropas escucharon en el campamento la misa oficiada por los preladados que les acompañaban. Luego, recibieron la orden de ataque para el día siguiente.

Pocos pudieron conciliar el sueño esa tensa noche del 15 de julio en los campamentos de las Navas. Unos y otros contemplaban el parpadeo de las luces que proyectaban las antorchas del campamento enemigo, mientras aguardaban con impaciencia el amanecer del día decisivo.

Nada más clarear aquel lunes, 16 de julio de 1212, las fuerzas de ambos ejércitos aparecen perfectamente desplegadas en el escenario de las Navas. Tras las bendiciones de costumbre, Alfonso VIII daba la orden de ataque y a él se lanzaron con furia los combatientes cristianos con el nombre de Cristo en sus labios. Lo propio hacían los guerreros musulmanes invocando a Alá.

La caballería cristiana capitaneada por Diego López de Haro cargó por la pendiente abajo de la Mesa del Rey al encuentro del enemigo sobre un terreno ciertamente difícil de monte bajo y arbolado. Las avanzadas musulmanas se dispersaron de inmediato,

como si huyeran, y los cruzados prosiguieron su galopada en busca del blanco que se ofrecía en los altozanos contiguos, donde estaba apostada una muchedumbre de guerreros musulmanes. Allí se produjeron los primeros choques, superando las huestes del señor de Vizcaya esta segunda línea del ejército enemigo sin grandes dificultades, e incluso todavía les quedó fuerzas para arremeter contra el grueso del ejército almohade. Aquí el terreno favorecía a los musulmanes, al encontrarse en lo alto de unas lomas. Los cruzados cristianos llegaron hasta allí cansados de la cabalgada y algo desorganizados en su formación por los encuentros previos que habían mantenido, de modo que fueron rechazados en esta tercera línea almohade. Estas tropas musulmanas que los aguardaban eran superiores a las de la vanguardia cristiana; de ahí que, una vez superada este ataque enemigo, los almohades contraatacaran pendiente abajo, con gran estruendo y ruido de tambores, obligando a los cruzados a ceder terreno, lo que les permitió llegar hasta la tercera línea del ejército cristiano, envolviendo parcialmente a las tropas enemigas. Entonces fue cuando comenzó la feroz batalla cuerpo a cuerpo.

Mientras esto acontecía, las alas cristianas trababan un igualado combate con los jinetes almohades. La suerte era indecisa, pero los sarracenos estuvieron a punto en varias ocasiones de envolver a los catalano-aragoneses y navarros por los dos flancos. La batalla era terrible; miembros de algunas milicias concejiles castellanas empezaron a flaquear y emprendieron la huida. Las dos primeras líneas del ejército cristiano se encontraban aisladas y rodeadas por el enemigo, sometidas a las cargas almohades y a una lluvia incesante de flechas. Las fuerzas cristianas en liza no podían salvar por sí solas aquella situación, de lo que se percató claramente el rey castellano desde la retaguardia.

Hasta aquí todo parecía desarrollarse con arreglo a la estrategia musulmana. Fue entonces cuando Alfonso VIII creyó llegado el momento de dirigir la carga decisiva a sabiendas de que, de su resultado, dependería la suerte de la batalla. Antes de dar la orden de ataque a esa tercera línea de su ejército le comentó a su acompañante, el arzobispo de Toledo Jiménez de Rada, que aquel era un buen día para morir...

El rey castellano se lanzó entonces con sus reservas de retaguardia en medio del combate para socorrer a los que estaban batallando en la ladera del cerro de Los Olivares, en cuya cima se encontraba la empalizada del Miramamolín, acción que exaltó a sus ya agotados cruzados infundiéndoles nuevos bríos. Al propio tiempo, y sincroniza-

do sus movimientos con el cuerpo central castellano, entraban también en combate las reservas de los dos flancos al mando de los monarcas de Aragón y Navarra.

Los tres reyes sabían que de la conjunción de esa carga combinada, si lograban perforar el dispositivo almohade, el éxito de la batalla estaba de su lado. En caso contrario, si era frenada y perdía la conexión hasta verse infiltrada y desorganizada por los efectivos ligeros musulmanes —como había ocurrido con los destacamentos precedentes— era seguro que la derrota sería aún más sonada que la de Alarcos. Sin embargo, la carga de los tres reyes enfiló su objetivo, cruzando el campo de batalla sin perder cohesión; con su ímpetu inicial apenas mermado alcanzó el cerro de Los Olivares, donde se situaba el palenque de Al-Nasir.

Entonces se produjo un hecho crucial en el ejército del *Miramamolín* que iba a resultar decisivo en el devenir de la batalla: los guerreros andalusíes, ansiosos de venganza por la reciente ejecución de su jefe Abén Qadis, se apartan del combate dejando solos a los almohades. Se desconoce si esta decisión obedeció a un plan predeterminado o si se debió a un impulso espontáneo de huida provocado por la irrupción de la carga de los reyes cristianos.

En cualquiera de los casos, el hecho es que esta deserción de los andalusíes pareció decidir el curso de la batalla pues, en adelante, las líneas almohades quedaron desarboladas. En esos momentos ya sólo permanecía en pie la *saka* o última línea del ejército musulmán, formada principalmente por la guardia negra con los *imesebelen*, custodios de la tienda de Al-Nasir, que resistió lo increíble hasta que el caballero Alvar Núñez de Lara, por un lado, y el rey Sancho de Navarra, por otro, rompieron las cadenas de la empalizada consiguiendo así que la fortificación del *Miramamolín* fuese simultáneamente perforada por varios frentes y atacada en toda su extensión por las fuerzas cristianas. La masacre fue gigantesca, pues el hacinamiento de atacantes y defensores en aquella empalizada espoleó el valor de unos y otros. Los *imesebelen* sucumbieron en sus puestos, fieles a su promesa. Fueron tantos los cadáveres que quedaron amontonados en aquella colina que, tras la batalla, los caballos no podían circular por ella. Sin embargo, Al-Nasir había podido escapar milagrosamente con algunos de sus fieles irreductibles antes de esa última carga de las fuerzas cristianas.

Tras la derrota, cada musulmán buscó su propia salvación en la escapada y lo que prosiguió al enfrentamiento armado no fue menos terrible que el propio combate. El

“alcance” que coronaba la batalla medieval –consistente en la persecución de los fugitivos por parte de la caballería, dispersa en pequeños destacamentos– causó, al parecer, en las Navas casi tantas bajas en el bando musulmán como la propia batalla. Perseguidos y perseguidores se dirigieron a toda marcha hacia el sur en escapada, mientras el arzobispo de Toledo y los otros obispos y clérigos que acompañaban a la expedición entonaban el *Te Deum Laudamus* en el mismo campo de batalla, en acción de gracias por la victoria.

Antes de que anoheciera, los cristianos levantaron su campamento de la Mesa del Rey y lo trasladaron al emplazamiento donde había estado el de los almohades. Luego sepultaron a sus muertos. En cambio, los cadáveres de los sarracenos quedaron en el campo de batalla para pasto de alimañas. Las crónicas hispanas contemporáneas a la batalla cifran los muertos musulmanes en unos cien mil, mientras que las bajas cristianas no superarían el certenar, lo que resulta absolutamente descabellado y sólo explicable por la clara tendencia a la exageración propia de la época (no acostumbrados a contemplar grandes aglomeraciones), aparte de por el carácter de cruzada que tuvo la empresa. Lo que parece lógico es que durante el combate ambos bandos sufrieran un número de bajas semejante, o levemente superior en el bando perdedor, y que en el alcance se multiplicaran las muertes de los musulmanes. Se hace difícil hacer una estimación aproximada de cadáveres, pues no se ha excavado el escenario de la batalla y no se han localizado fosas comunes por la comarca (salvo la del subsuelo de la antigua ermita del lugar de Santa Elena, también por excavar). Pero no parece descabellado decir que las bajas serían más del doble por el bando musulmán que por el lado cristiano.

En cuanto al botín, que fue muy rico, los jefes cristianos habían prohibido bajo pena de excomunión dedicarse al saqueo de los despojos y campamento enemigos antes de que los vencidos hubiesen sido aniquilados por completo. Esta medida estaba plenamente justificada pues sabían, por experiencia, que algunas batallas que parecían ganadas se comprometían o acababan en derrota por la codicia de la soldadesca que, creyendo favorablemente decidido el combate, desatendía la lucha por saquear las tiendas de los vencidos. Así pues, una vez sofocada toda resistencia almohade, los cruzados se precipitaron sobre el bien abastecido campamento enemigo en busca de objetos valiosos (oro, plata, seda y vestidos, además de armas, caballos y vituallas). De todo hallaron tanta cantidad que, aunque cada cual tomó lo que quiso –exagera, sin duda, el cronista–, dejaron todavía



*Bandera almohade conocida como "Pendón de las Navas de Tolosa".
Tapiz de 3,30 x 2,20 metros. Monasterio de las Huelgas. Burgos.*

más de lo que cogieron. El botín se repartió entre los aliados. Los estandartes musulmanes serían trasladados ceremoniosamente a la catedral de Toledo; las cadenas a Navarra (siendo desde entonces la pieza principal de su escudo); la rica tienda de seda del sultán almohade sería enviada a Roma, como obsequio a Inocencio III; y en cuanto al estandarte que encabezaba las tropas cristianas y al pendón del propio *Miramamolín*, ambos irían a parar al monasterio burgalés de las Huelgas.

Tras la batalla, de inmediato algunos destacamentos cristianos tomaron los cercanos castillos de Vilches, Baños y Tolosa y degollaron a sus defensores y a los fugitivos allí refugiados. Las noticias de estas matanzas sembraron tanto terror en la zona que, cuando tres días después de la gran victoria el ejército de cruzados llegó a Baeza, la ciudad estaba des poblada, salvo algunos ancianos e impedidos que se habían refugiado en la mezquita mayor, a la que prendieron fuego con esa pobre gente dentro. Al día siguiente los cruzados cercaron Úbeda, que encontraron abarrotada de refugiados. Los cristianos invadieron la ciudad, donde las mujeres fueron violadas en masa. Los musulmanes que pudieron se resguardaron tras una segunda línea defensiva que cercaba el barrio alto de la ciudad



Castillo de Baños de la Encina.

y ofrecieron a los cristianos comprar la paz y sus vidas mediante fuerte rescate. Los tres reyes accedieron a cambio del pago de un millón de maravedíes en oro, una enorme suma imposible de reunir por los sitiados. Las dignidades eclesiásticas que formaban parte de la expedición y velaban por el cumplimiento de sus ideales de cruzada hicieron saber que los cánones eclesiásticos prohibían todo trato con infieles. Úbeda fue entonces destruida y su población degollada después de apartar a los que valían como esclavos.

Con la base del sistema defensivo almohade completamente desmantelada, parecía que la conquista del resto de Andalucía era empresa fácil y asequible. Pero una epidemia de disentería, causada por la falta de higiene y el sofocante calor de aquel estío, a la que cabría añadir el agotamiento de la tropa (no sólo de la batalla y los asedios sino también de sus excesos con las moras cautivas), postraron en sus tiendas a gran número de cruzados. En consecuencia, la expedición hubo de ser suspendida. Por ello, tras fortificar sus nuevas conquistas, los expedicionarios desandaron lo andado y regresaron a sus lares del norte, cubiertos de gloria y cargados de botín. La conquista de la fértil Andalucía quedaba aplazada para mejor ocasión.

Alfonso VIII, embriagado por la gloria de su señalada victoria y cumplidamente vengado de Alarcos, entró triunfalmente en Toledo y derramó bienes y promesas sobre cuantos habían contribuido a la cruzada. El rey de León, que no sólo no lo había apoyado sino que, aprovechando la escasa guarnición de la frontera castellana, le había tomado algunos lugares, temía que Alfonso VIII cayera sobre él con su victorioso ejército. Pero Alfonso, generoso y magnánimo, no sólo le ofreció la paz, sino que renunció a sus derechos sobre los lugares en disputa. A Sancho de Navarra, su antaño enconado enemigo, que había asistido a las Navas, también le entregó los castillos y lugares fronterizos que codiciaba.

Por su parte, el sultán de los almohades, Muhammad Al-Nasir, que milagrosamente había salvado la vida en las Navas, procedió en Sevilla a decapitar a los príncipes andalusíes –a quienes consideraba responsables de la traición de sus hombres y responsables de tan amarga derrota– y, tras dejar el gobierno en manos de su hijo Abu Ya'qub al-Nustansir, de tan sólo 15 años, se trasladó a Marraquech. Allí fue depuesto y permaneció recluido, acusado de incompetencia por la derrota. Al año siguiente falleció, probablemente por envenenamiento.

En los anales islámicos, esta batalla que ellos denominan de *Al-Uqab* o “de la colina” se conoció también con el nombre de “el desastre”. Pocos años después el poder almohade comenzó a tambalearse tanto en Al-Andalus como en el norte de África.

Consecuencias: Las Navas, ¿principio del fin de Al-Andalus?

Tradicionalmente se ha considerado que la batalla de las Navas de Tolosa marcó un hito en la historia de España medieval por diferentes razones:

- Se trató de un éxito resonante: la victoria de los cruzados fue ampliamente difundida a nivel internacional, tanto en el mundo cristiano como islámico, lo que sirvió para vivificar a la cristiandad en el ámbito continental.
- Contribuyó al debilitamiento y caída del imperio almohade, lo que supuso el fin de la cohesión política de Al-Andalus pues, a partir de ese momento, se entraba en un tercer y último periodo de taifas independientes que facilitarían el avance cristiano. Ya nunca más los musulmanes de la península Ibérica volverían a estar unidos.

- Alejó el peligro de nuevas conquistas musulmanas sobre los reinos cristianos; es decir, los musulmanes ya no volverían a tomar la iniciativa en los enfrentamientos posteriores, limitándose desde entonces a luchas meramente defensivas. Más que una simple batalla, las Navas de Tolosa fue el mayor conflicto bélico de todo el periodo de la Reconquista y supuso, además, un verdadero punto de inflexión en la historia medieval española pues marcó el fin del ímpetu expansionista de la media luna islámica en la península Ibérica.
 - Consolidó la frontera castellana en Sierra Morena e hizo saltar el cerrojo de la puerta de Andalucía, facilitando así las grandes conquistas castellanas del siglo XIII.
- En síntesis, en las Navas hunde sus raíces el desmantelamiento definitivo de Al-Andalus y el crecimiento, a su costa, de los reinos hispanos, principalmente de Castilla. A partir de entonces la presencia musulmana en España fue paulatinamente disminuyendo y, por el contrario, los dominios cristianos se fueron ensanchando a su costa hasta la total expulsión de los nazaríes granadinos en tiempos de los Reyes Católicos.

Hoy, sin embargo, los especialistas rebajan el alcance tan sonoro que se ha venido dando al triunfo de las tropas cristianas en las Navas. En este sentido, nosotros sabemos que cuando una victoria o una derrota altera radicalmente una situación es porque las condiciones para el cambio ya estaban dadas de algún modo, y que la batalla de las Navas es sólo un hito –aunque importantísimo– de toda una campaña muy bien preparada y llevada a cabo por un numeroso contingente.

Por eso, aunque ciertamente las Navas no decidiera la historia peninsular durante la Edad Media, sí ratificó procesos de largo alcance y profundo calado que se darían más adelante. De ahí que, más que una simple batalla, la confrontación de La Tosa (o Tolosa) haya sido y siga siendo todo un símbolo.

La Batalla del Salado (1340)

Poco después de las Navas, la muerte sin descendencia en 1223 del sultán Al- Nutansir, hijo de Al-Nasir, dio lugar a una serie de pugnas dinásticas internas por la sucesión que trajo consigo la pérdida del control almohade sobre el sur peninsular. Al-Andalus queda, por tercera vez, fragmentada en un mosaico de desorganizados reinos de taifas que van a ir siendo sucesivamente conquistados por los reyes cristianos entre 1224 y 1264, sobre todo a través de las campañas de Jaime I de Aragón por tierras levantinas y las castellanas de Fernando III el Santo sobre el valle del Guadalquivir, que completó Alfonso X el Sabio.

Tan sólo el reino de la dinastía nazarí de Granada (que comprendía las actuales provincias de Granada, Almería y Málaga, más el peñón y tierra de Gibraltar) logra mantenerse independiente, aunque forzado a pagar un elevado tributo anual en oro a Castilla. Precisamente la posesión del campo de Gibraltar se va a convertir ahora en el principal escenario de operaciones por lo que significaba de cara al control del Estrecho. De este control dependía fundamentalmente que la puerta más meridional de Andalucía permaneciera abierta o se cerrara definitivamente a nuevas invasiones de los



Río Salado.

poderes que aparecían en el norte de África y ponían sus miras en la península. Eso es lo que va a ocurrir en torno a 1340 con la llegada de los “banu marin” o benimerines, dando lugar a la conocida como batalla del *Salado*, por los cristianos, o de *Tarifa*, para los musulmanes. Este combate también se planteó como cruzada y, además de Castilla, participaron fuerzas de los reinos de Portugal y Aragón.

Antecedentes

A partir de 1275 los benimerines (mariníes o meriníes) ponen sus miras en la península y comienzan a enviar tropas a Al-Andalus a través del Estrecho y a influir en el gobierno del reino nazarí de Granada, ante el recelo de Castilla y demás reinos cristianos. Ambos estados musulmanes sellan una alianza en 1288 con el objetivo de recuperar Cádiz. Sin embargo, fue primero el monarca castellano Sancho IV quien da el golpe tomando Tarifa en 1292. Dos años después, benimerines y nazaríes asedian la ciudad, pero la resistencia ofrecida por Guzmán el Bueno estropea los planes de los musulmanes. De ese modo, la ocupación castellana del valle del Guadalquivir a fines del siglo XIII era un hecho, a falta de la conquista de algunas plazas de la “banda morisca” que progresivamente se irían tomando (Olvera, Teba, etc.).

Más adelante, los aliados musulmanes hacen una incursión por tierras gaditanas y toman Algeciras en 1329; en otra campaña posterior el príncipe Abu Malik, hijo del nuevo sultán benimerín Abu l-Hasan (1331-1351), reconquista Gibraltar en 1333, tras la que se firma una tregua de cuatro años con el rey de Castilla Alfonso XI (1312-1350), a partir de la cual los contendientes comienzan a establecer las bases respectivas para el combate definitivo.

Preparativos navales

Abu l-Hasan empezó a enviar fuerzas norteafricanas a la península a partir de 1338. Por su parte, el joven rey castellano ordenó armar y equipar la flota a su almirante Alfonso Jofre Tenorio y, sabiendo que sus galeras eran insuficientes para detener el flujo de tropas musulmanas que cruzaban el Estrecho, solicitó apoyo naval al rey de Aragón. Pedro IV, ante el evidente peligro de una nueva invasión, accedió en 1339 a enviar la mitad de las galeras que armase Alfonso XI. Este mismo año se producen varias incursiones entre los dos bandos en tierras gaditanas, en una de las cuales muere



Puerta medieval de Tarifa.

el príncipe Abu Malik en el río Barbate a manos de los castellanos. El sultán de Fez juró venganza y envió 3.000 jinetes a Algeciras para cubrir las bajas.

Durante la primavera de 1340 la flota de guerra catalano-aragonesa, que acababa de enviar Pedro IV al frente del almirante Jofre Gilabert, regresó a sus bases del norte tras un desembarco en las proximidades de Algeciras en el que Gilabert resultó muerto de un saetazo. Para entonces Abu l-Hasan había reunido en Ceuta una escuadra naval de casi un centenar de galeras al mando de Alí al-Azafí que, con un gran contingente armado, ancló en Gibraltar sin ninguna oposición de la flota castellana que allí permanecía, compuesta por 33 galeras y 6 navíos. Despechado por la acusación de soborno y temiendo la represalia de Alfonso XI, el almirante Jofre Tenorio quiso lavar su honra y se lanzó primero con su galera contra la escuadra enemiga con el catastrófico resultado evidente: todos los barcos castellanos fueron destruidos por los musulmanes, excepto cinco que no siguieron al almirante y pudieron refugiarse en Cartagena; Tenorio fue hecho prisionero y decapitado, mostrándose su cabeza por las calles de Ceuta. Castilla permanecía así abierta, de par en par, a una nueva invasión norteafricana.

Al conocer el desastre, Alfonso XI se dirigió a Jerez para estar más al corriente de los acontecimientos y, de inmediato, mandó construir nuevas galeras en las atarazanas de Sevilla, contrató otras 15 en Génova, insistió al rey de Aragón sobre el envío de aquellas 12 comprometidas, y encargó a su esposa –doña María de Portugal– que pidiese ayuda a su padre, el rey luso Alfonso IV (1325-1357); él mismo escribió también cartas a Lisboa en el mismo sentido. El de Portugal accedió entonces al reclamo de su yerno y envió una flota a Cádiz mandada por su almirante, el marino genovés Manuel Pezagno. Siete meses tardaría en formarse esa nueva escuadra cristiana que debía proteger el Estrecho, compuesta por naves portuguesas, castellanas, aragonesas y genovesas.

El sitio y socorro de Tarifa: prolegómenos de la batalla

El 14 de agosto de 1340 Abu l-Hasan desembarcaba en Algeciras y, al día siguiente, recibía la visita del rey granadino Yusuf I (1333-1354) en la que se decidía emprender conjuntamente el asedio de Tarifa, uniendo una vez más sus contingentes y empleando 20 “almajaneques” o ingenios de artillería traídos de Marruecos por el sultán para derrumbar sus murallas.

El sitio a la ciudad se inició el 23 de septiembre y, aunque sólo unos días antes el rey castellano Alfonso XI había ordenado a Juan Alonso de Benavides que se encargase del operativo de su defensa, Tarifa pudo prepararse convenientemente para poner una sólida resistencia pese a la escasez de efectivos con los que contaba (unos 1.000 hombres). Transcurrido casi un mes de asedio, por fin, en octubre llegaba al puerto de Tarifa la nueva escuadra castellana con 15 galeras, 12 naves y 4 leños, lo que contribuyó a levantar el ánimo de los sitiados y a cortar el paso a los suministros norteafricanos de los sitiadores.

Entre tanto, el papa había concedido la categoría de cruzada a la contienda que se avecinaba, por lo que Alfonso XI solicitó de nuevo la ayuda de los monarcas vecinos de Aragón y Portugal. El portugués, no tanto por razones de parentesco sino por el peligro que suponía una posible invasión del Algarve si se rompía la resistencia castellana, aceptó su participación en la cruzada durante un encuentro de ambos monarcas en Badajoz. Allí mismo Alfonso IV daba una orden de movilización portuguesa, reuniendo precipitadamente a un millar de caballeros. Por su parte, el ejército castellano concentró en Sevilla a unos 20.000 efectivos.

Tarifa no podía aguantar mucho más tiempo de asedio contra un enemigo tan poderoso como Abu l-Hasan. Para colmo, al enterarse el sultán meriní de que Castilla y Portugal venían en socorro de Tarifa, llamó a Yusuf de Granada para que se incorporara a la lucha con más contingentes. Dos emisarios enviados por los reyes cristianos comunicaron a los emires musulmanes las intenciones que traían, retándolos a un combate en campo abierto. Ese mismo día los sitiadores emprendieron el más duro ataque en el cerco tarifeño; sin embargo, una vez más la ciudad resistió heroicamente las cargas musulmanas de artillería.

Al comprobar Abu l-Hasan la proximidad del ejército cristiano –que había partido desde Sevilla doce días antes–, mandó levantar el campamento que tenía en los alrededores de Tarifa, quemar los almajaneques y trasladar su pabellón de campaña o “alfanegue” a una colina apartada –situada al final de la cañada que desde entonces recibiría ese mismo nombre– desde donde podía divisar toda la comarca a la vez que protegía a sus mujeres e hijos del campo de batalla. Además, el sultán retiró las tropas que tenía sitiando a Tarifa, al considerar que le iban a hacer falta en la inminente batalla. Por su parte, el rey granadino Yusuf también colocó su campamento lejos de Tarifa, aún más al norte del benimerín aunque no demasiado lejos de éste.



Antiguas defensas de Tarifa, con la costa de Bolonia al fondo.



Arcos mudéjares en el alcázar de Sevilla.

El ejército cristiano de los dos Alfonsos llegaba, el domingo 29 de octubre de 1340, a la llamada Peña del Ciervo (a escasos kilómetros al noroeste de Tarifa y muy cerca de la costa atlántica) y allí plantó su campamento. Ambos monarcas y su consejo de guerra convinieron entonces que Alfonso XI se enfrentase a los benimerines y Alfonso IV lo hiciera contra los nazaríes granadinos.

Ese mismo día, por la noche, el joven rey castellano decidió enviar a Tarifa parte de su vanguardia (unos 1.000 jinetes y 4.000 peones), que consiguió atravesar la resistencia musulmana que encontró en el Salado y llegar a su desti-

no, con orden de que –junto con la guarnición de la plaza que tan valientemente había resistido el severo cerco de Abu l-Hasan y la dotación de las galeras que allí permanecían ancladas– atacasen el campamento del sultán meriní una vez llegado el momento oportuno.

Efectivos y disposición de las tropas

Con la prudencia que sabemos que hay que tener en el manejo de las cifras, nuestra opinión es que el contingente cristiano que combatió en el Salado estuvo formado por unos 22.000 hombres. De ellos, con los últimos reajustes, el ejército al mando de Alfonso VIII lo componían 7.000 jinetes y unos 8.000 infantes; 1.000 hombres más serían los defensores de Tarifa (cantidad ajustada a las proporciones de la plaza amurallada) a los que ahora se habían añadido esos otros 5.000, y otros 1.000 serían los caballeros portugueses que formaban la hueste de Alfonso IV. En la parte musulmana, aunque los números que se han dado son absolutamente fabulosos –cifrando los menos optimistas un total de 60.000 combatientes en la batalla–, posiblemente no llegaron a duplicar la suma de los efectivos cristianos.

En cuanto al armamento de los beligerantes, fue el habitual de la época –que ya conocemos–, aparte los ingenios de derribo de torres y murallas que había empleado Abu l-Hasan en el sitio de Tarifa, los llamados almajaneques o catapultas. Precisamente la llegada de los benimerines a la península hizo extensivo el uso de la caballería ligera, práctica común de lucha de uno de sus aliados: la tribu bereber de los zenetas, que usaba esa manera de combatir, armados de adargas, jabalinas y un tipo característico de espada denominada “jineta”. Esta táctica fue también adoptada por los nazaríes, así como por el cuerpo de donceles del rey castellano.

Por otra parte, la disposición de las tropas fue muy similar a la que vimos en las Navas –dado que la concepción militar de la batalla vendría a ser muy parecida–, con la excepción de que en el Salado se duplican los frentes de ambos ejércitos: uno para luchar entre benimerines y castellanos, y el otro para el combate entre los nazaríes granadinos y las fuerzas que mandaba el rey de Portugal (su mesnada de caballeros portugueses, reforzada por las huestes del infante don Pedro, de los caballeros de las órdenes de Alcántara y Calatrava, más las milicias ciudadanas de varios concejos extremeños y castellanos).

Alfonso XI colocó al frente de la vanguardia de su ejército al frontero mayor de Castilla, don Juan Manuel, y al señor de Vizcaya, Juan Núñez de Lara, y con ellos a las huestes de otros nobles castellanos y las milicias de los concejos andaluces. En el centro o grueso, bajo su mando directo, iban los arzobispos y obispos que le acompañaban, las huestes de sus hijos bastardos (Fadrique y Fernando), los caballeros de su mesnada y la mayoría de las milicias de realengo. La retaguardia la formó con la milicia concejil de Córdoba mandada por Gonzalo de Aguilar. Y en los flancos, a la izquierda –ocupando el espacio entre el grueso y las tropas mandadas por el rey de Portugal– colocó a los caballeros vascos, leoneses y asturianos que le acompañaban, a las órdenes de Pero Núñez de Guzmán (la dotación de la flota aragonesa, anclada frente a Tarifa, se negó a participar en la contienda); y a la derecha puso a los donceles de la propia Casa real y a los caballeros que servían en la frontera, al frente de Alvar Pérez de Guzmán.

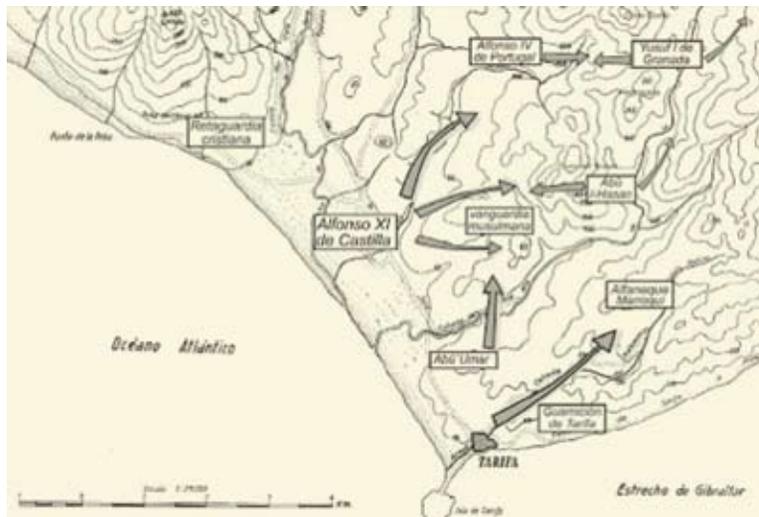
Por la parte musulmana, la estructura del ejército se configuraba con la infantería de voluntarios de la *yihad*, la caballería marroquí, el cuerpo de arqueros *agzaz* (conocidos como los “turcos”) y la guardia personal del sultán. Parecido diseño, aunque a escala menor, tuvo el cuerpo de ejército dirigido por el rey granadino, con la peculiaridad

de contar en su guardia personal con cristianos renegados de inquebrantable fidelidad (los *helches*) y otros guerreros voluntarios –ascetas y místicos del Islam que vivían en la zona fronteriza– dispuestos a morir como mártires de la guerra santa. La distribución espacial de las tropas musulmanas desplegadas en el campo de batalla fue la siguiente: los granadinos se situaron en el puerto de Piedracana y Abu l-Hasan en el Cerro del Tesoro u otro cercano.

La batalla

Al clarear aquel lunes 30 de octubre de 1340 –no el 28 como apuntan algunas fuentes–, las tropas de ambos ejércitos se dispusieron para el combate y, sobre las 9 de la mañana, Alfonso XI daba la orden de ataque. Ese día amaneció tan despejado que, al bajar la Peña del Ciervo, sus huestes pudieron contemplar con claridad gran parte de las unidades musulmanas ya desplegadas, así como algunos de los destacamentos que Abu l-Hasan tenía estacionados en los vados del río Salado para obstaculizarles el paso.

Ante la resistencia encontrada en el Salado por la vanguardia castellana, ésta quedó frenada y partida en dos, mientras que las mesnadas de los hijos de Alfonso XI, des-



Disposición de los ejércitos y movimientos de las tropas en la batalla del Salado.

viándose a la derecha, logran tomar un estrecho puente sobre el río por el que pudo atravesar una buena parte de las unidades del ejército. Este desplazamiento de las fuerzas cristianas, aunque alteró el plan de combate establecido por el monarca castellano (que no era otro que atacar con todos sus efectivos el cuerpo central del ejército del sultán meriní), no resultó baldío pues, al quedar descolocado el campo de operaciones, permitió a parte de la vanguardia cristiana unirse al flanco derecho y, tras superar la primera línea defensiva musulmana, se encontró frente a la colina donde estaba ubicado el alfeñeque de Abu l-Hasan, posición que no dudaron en atacar directamente (muchos hombres, sin duda, atraídos por el botín de las fabulosas riquezas del sultán). Los defensores del campamento –aunque superiores inicialmente en número a estos contingentes atacantes de don Juan Núñez de Lara y del maestro de Santiago, con parte de la vanguardia castellana– se dieron por vencidos ante la embestida cristiana y, más aún, al ver cómo se sumaba al ataque de aquel cerro el contingente que había llegado desde Tarifa ascendiendo por el arroyo del Retiro y siguiendo la cañada de Alfeñeque. Muchos guerreros musulmanes emprendieron la huida cerro abajo, unos camino de Algeciras y otros hacia el valle donde se encontraba luchando el grueso de las tropas benimerines para sumarse a ellas.

Mientras tanto, las unidades al mando de Alfonso XI se habían dirigido contra ese grueso de tropas enemigas apostadas en el valle y, en clara minoría de efectivos, estuvo a punto de sufrir un severo castigo. Pero la valerosa resistencia de los caballeros de su séquito, primero, y la posterior llegada de las huestes del concejo de Zamora y del obispo de Mondoñedo con otras mesnadas, más el avance de la retaguardia con el concejo de Córdoba, restableció la situación. Los benimerines, que habían visto tan cerca incluso la captura del rey castellano, al comprobar no sólo el incremento de efectivos enemigos que acudían en socorro de Alfonso XI, sino también las masas de guerreros cristianas que bajaban del otero del alfeñeque envolviéndolos, iniciaron también la desbandada general.

La huida de las tropas de Abu l-Hasan coincidió con la de los nazaríes de Yusuf I, igualmente derrotados por el ejército dirigido por el rey Alfonso IV de Portugal, a quien posiblemente le fue más fácil el combate pues, pese a la inferioridad numérica de sus efectivos, la preparación militar de los andalusíes era notablemente inferior que la de los benimerines norteafricanos.



Batalla del Salado. Litografía de Serra, siglo XIX.

Según algunas crónicas de la batalla, mientras que el rey luso pudo llegar a socorrer con sus tropas a su yerno, en el otro bando el rey granadino se dio a la fuga cuando aún resistía el grueso del ejército del sultán meriní. En cualquier caso, también Abu l-Hasan –como hiciera Al-Nasir en las Navas– emprendió la huida montado en la yegua más veloz que pudo proporcionarle Alchare, jefe turco de los *agzaz*. No tuvo la misma suerte la familia del sultán pues, en la tienda roja de Abu l-Hasan se encontraron los cadáveres de sus esposas, de seis hijas –dos de ellas de corta edad– y de muchas concubinas, una innecesaria atrocidad que lamentaría el rey castellano.

La batalla había durado varias horas. Y a continuación se produjo el “*alcance*” o persecución, que debió prolongarse hasta el anochecer de ese lunes 30 de octubre. Esta huida de las tropas musulmanas en desbandada se produjo hacia el este, en dirección a Algeciras, por varios itinerarios: unos marcharon por la costa y otros por un camino que coincide con la actual carretera nacional 340. Alfonso XI persiguió inicialmente a Abu l-Hasan pero tuvo que desistir de su empeño a la altura del río Guadalmesí, al

quedarse sin tropas suficientes, porque la mayoría se había quedado en el campamento musulmán rapiñando los despojos del enemigo. No obstante, algunos destacamentos acosaron a los moros en su huída hasta llevarlos a la orilla del mar, donde muchos murieron ahogados. Abu l-Hasan se encontró en esta retirada con el rey de Granada Yusuf I y recorrieron juntos el cauce del río de la Vega hasta alcanzar el camino de Algeciras pero, creyendo que las tropas cristianas iban a prolongar su avance hasta allí, se separaron: el nazarí marchó a Marbella y el meriní a Gibraltar, desde donde esa misma noche desembarcó en Ceuta. Sin embargo, el ejército cristiano, falto de avituallamiento, no estaba ya en condiciones de seguir el avance y la toma de Algeciras debió aplazarse.

Consecuencias

Esta victoria del Salado, completada poco después con el asedio y rendición de Algeciras (1344), al impedir los sitiadores castellanos diversos intentos musulmanes de incorporar refuerzos, tanto por mar como por tierra, marca el fin de una época y el comienzo de otra: la que da el control del Estrecho a Castilla, dejando prácticamente aislado al reino de Granada, que sólo contaba desde entonces con los puertos de Málaga y Almería para mantener sus comunicaciones en medio de un mar controlado ahora por la flota castellana con apoyo de Aragón y Génova. En consecuencia, el Salado significó también la pérdida de la hegemonía y de la política benimerín en Al-Andalus, que ponía fin a la intervención de los poderes norteafricanos en la península.

Si hoy bajamos a Tarifa por la N-340, desde la Peña (antigua Peña del Ciervo) hasta el arroyo del Retiro, o si transversalmente cruzamos desde la playa de los Lances hasta los cerros del Tesoro, Gordo y de Bujo (antiguos campamentos guerreros convertidos en modernas “plantaciones” de molinos eólicos), hay un extenso valle atravesado por el río de la Jara y por el arroyo del Salado que fue escenario de una de las batallas más relevantes de nuestra historia. Pues si las Navas marcó el momento de arranque del derrumbe del poderío almohade, el triunfo del Salado cerró definitivamente el largo ciclo de las invasiones africanas en la península y dejó abandonado a su suerte al reino de Granada. Castilla y Granada se quedaban, por fin y sin más, frente a frente.

La toma de Granada (1482-1492): última guerra medieval y primera de la era moderna

Durante el siglo XIV el reino de Granada, aunque ya aislado del continente africano, se encontraba bien consolidado (las profundas crisis internas de la corona castellana habían detenido las hostilidades y permitido su supervivencia). El periodo de mayor esplendor nazarí se da entre 1344 y 1396, sobre todo con el doble sultanato de Muhammad V. Pero a partir de su muerte, en 1391, y durante casi todo el siglo XV, la progresiva debilidad del emirato le hace entrar en una fase agónica.

En 1410 los musulmanes perdían la ciudad de Antequera, en cuya rendición tuvo mucho que ver la utilización por parte castellana de grandes máquinas de asedio fabricadas en Sevilla. Sin embargo, es tras la muerte de Yusuf III en 1417 cuando el avance



Detalle del fresco de la Batalla de la Higuera. Monasterio del Escorial.

cristiano sobre los nazaríes va a significarse, coincidiendo con una etapa de inestabilidad política interna en el reino granadino (dos bandos se disputan el poder y el trono: los *Abencerrajes* y los *Zegríes*) de continuas intrigas palaciegas, asesinatos, golpes de estado, etc. Esta situación la va a aprovechar el rey castellano Juan II y su valido, el condestable Álvaro de Luna, para irrumpir en la misma vega de Granada y vencer al ejército musulmán del rey Muhammad IX el Zurdo cerca de Pinos Puente y Atarfe, en la conocida como **batalla de la Higuera** (1 de julio de 1431), una de las escasas batallas campales que –tras las Navas y el Salado– entablaron las tropas cristianas y musulmanas. Esta victoria de Castilla estuvo a punto de suponer la caída definitiva de Granada, pero nuevos conflictos internos obligaron al monarca castellano a abandonar la campaña, sacando escaso fruto a aquel triunfo. Lo que sí logró Juan II fue entronizar efímeramente en Granada a Yusuf IV, aparte de la posesión temporal de algunas plazas musulmanas.

El emirato musulmán atraviesa a mediados del siglo XV por otra larga etapa de luchas intestinas y guerra civil entre las dos facciones rivales, hasta el punto de que en 1455 dos emires se reparten el estado: Muhammad XI ocupó Granada, Málaga, Guadix y parte de Almería, mientras que el candidato de los Abencerrajes, Muley Zad, gobernaba Archidona, Ronda y el resto de Almería. Esta nueva coyuntura de crisis interna nazarí la aprovecha Castilla para ocupar Gibraltar y Archidona en 1462.

Acabada esa contienda civil, el reino granadino conoció un ligero renacer con el sultán Muley Hacén (1464-1482), tras reprimir con dureza la revuelta de los Abencerrajes y pacificar el territorio. Trató además de reforzar su ejército e hizo algunas incursiones en suelo cristiano, en las que obtuvo algunos beneficios como la toma del castillo de Zahara en 1481.

Esta fue, sin duda, una agresiva provocación para la reina de Castilla, Isabel I, y su esposo, el rey de Aragón Fernando II, quienes desde entonces iban a poner todo su empeño y la maquinaria bélica necesaria para aplastar al último reducto musulmán que quedaba en la península. Con esta unión dinástica entre Castilla y Aragón, por tanto, quedó decidida la suerte de Granada.

Desarrollo de la guerra

La guerra definitiva que iba a culminar con la rendición de Granada y la caída del reino nazarí comenzó la inician los monarcas cristianos en 1482 con la toma –por sorpresa– de Alhama, una plaza de enorme valor estratégico, a tan sólo 55 kilómetros de la capital. Este revés, que coincidió con una subida de impuestos del sultán Muley Hacén, generó en la ciudad de la Alhambra una agitación popular que aprovecha un hijo del sultán para sublevarse, con el apoyo de los Abencerrajes, proclamándose rey de Granada (Muhammad XII, más conocido por Boabdil el Chico). Muley Hacén y su hermano Al-Zagal tuvieron que refugiarse en Málaga.

En 1483 realizó Boabdil una incursión por las comarcas cordobesas de Cabra y Montilla y puso cerco a Lucena, donde fue derrotado y capturado por las huestes del joven alcaide de los donceles –señor de la villa– y de su tío, el conde de Cabra. Durante su cauti-



Mapa del reino nazarí de Granada en el siglo XV.

(En verde claro, los territorios conquistados por los reinos cristianos desde el siglo XIII, incluida Ceuta).

verio en la torre del castillo lucentino del Moral, Muley Hacén consigue restablecerse en el trono granadino; pero El Chico, tras negociar su libertad con los Reyes Católicos (con fuertes imposiciones al musulmán, la principal declararse vasallo de Castilla), retornó a Granada en agosto y recuperó, con la ayuda de sus partidarios, la parte oriental del reino. Luego, en otoño de ese mismo año, las tropas cristianas tomaban Zahara y, en el siguiente de 1484, las plazas de Álora y Setenil, que dejaban a Ronda y su serranía prácticamente aislada. Un punto de inflexión en la guerra lo marca el año 1485: el ataque cristiano va a ser desde entonces de mayor intensidad y contundencia. Ese año caía Ronda y su sierra con masivo empleo de artillería. Enseguida se entregaba Marbella (convirtiéndose su puerto en base de la flota castellana). En 1486 caía Loja por capitulación, tras contundente sitio; a continuación las tropas cristianas se apoderan de Illora, Monclín, Montefrío Colomera, El Salar y otras plazas de la vega granadina.



Rendición de Granada (1492).

Al año siguiente capitulaba Vélez Málaga y, tras ella, se rendían sin oposición las plazas de la Axarquía. Quien sí opuso una fuerte resistencia durante más de tres meses fue Málaga, cercada por las tropas y flota castellanas en tierra y mar, hasta rendirse a mediados de agosto de 1487; la represión impuesta a la población fue atroz. Málaga fue, tras el sitio de Constantinopla, la primera ciudad europea minada con pólvora.

Una vez recuperada la parte occidental del reino nazarí, en 1488, los Reyes Católicos trasladan su base de operaciones a Murcia, desde donde someten las plazas almerienses de Castillejos, Vélez Blanco, Vélez Rubio, Cuevas de Almanzora y Vera. Al año siguiente cae Baza, después de ocho meses de duro asedio y, a continuación, Al-Zagal entrega personalmente Guadix y Almería.

Con esta rendición la guerra de Granada podía darse por concluida. La capital está aislada... Sólo restaba que Boabdil cumpliera un anterior pacto secreto con los Reyes



Despedida de Boabdil de Granada.

Católicos, según el cual debía entregar Granada y retirarse a Guadix, a lo que se opuso el monarca granadino ante la oposición de su pueblo.

La campaña final de la guerra se desarrolla en 1491, cuando los soberanos cristianos estrechan el cerco a la capital de forma contundente, talando sus bosques, arruinando sus cosechas, arrebatando rebaños, etc. De ese modo, antes de concluir el año, los defensores musulmanes, entendiendo que su posición era desesperada, decidieron rendirse. Se le garantizó a los nazaríes condiciones honorables. Así, el 2 de enero de 1492 Boabdil entregaba las llaves de la ciudad al rey don Fernando, y la cruz y los pendones de Castilla aparecían sobre la torre de la Vela de la Alhambra (efeméride que se conmemora, año tras año, en Granada con el enarbolar de banderas desde el balcón del Ayuntamiento). Un célebre romance recoge la escena en la que, desde una sierra elevada, el último gobernante musulmán de España se despide de Al-Andalus. “Debo decirte adiós” –es la despedida de Boabdil– “mi reina, mi señora, mi esposa”, que no era otra que Granada.



Los Reyes Católicos ante la ciudad de Granada.

Consecuencias

Con la rendición del rey nazarí se cerraba el largo periodo de presencia del poder islámico en la península Ibérica, tras casi ocho siglos de resistencia. Un final de la España islámica entendido políticamente, que no culturalmente dada la cantidad de elementos musulmanes que aún perviven en nuestra sociedad. Domínguez Ortiz ha definido a esta contienda como una “guerra andaluza” (algunos van más allá y hablan de guerra *civil* andaluza). Lo que sí está claro es que la existencia tan prolongada de una frontera –en donde la propiedad, la libertad y la vida estaban en continuo peligro– había configurado muchos rasgos específicos de la sociedad andaluza. Y también el compartir ambos pueblos tanto tiempo de convivencia con el “otro infiel”.

En el terreno militar, esta última contienda entre cristianos y musulmanes en la península, junto a sus consustanciales elementos medievales, presenta también algunos rasgos propios de los nuevos modos de combatir de los tiempos modernos. Claramente en la guerra de Granada se emplearon medios materiales y humanos de una enorme capacidad bélica que iba más allá al de la hueste medieval.

La dotación del ejército cristiano combinó todo tipo de fuerzas, desde las tradicionales (tropas reales –las llamadas “guardias viejas”–, mesnadas nobiliarias –a los nobles los monarcas ofrecen una actividad, a la vez que lucrativa para ellos, útil para la Corona–, huestes de las órdenes militares, contingentes de los señoríos eclesiásticos y milicias de los concejos) hasta otras más recientes, como los grupos armados de la Santa Hermandad o algunos cuerpos de mercenarios profesionales provenientes de toda Europa. Este ejército reunía, además, fuerzas auxiliares de zapadores, artesanos, mensajeros de campaña..., e incluso de sanitarios, pues se prestaba asistencia a los heridos (a modo de incipiente “hospital” de campaña). Por todo lo cual, no es nada descabellado considerarlo como un precoz ejército “moderno”, en un momento en que se están definiendo las monarquías autoritarias que conformarán los estados nacionales de la Europa Occidental.

Otros elementos añaden también este matiz de modernidad al ejército dispuesto por los Reyes Católicos al final de la guerra de Granada:

- Se utilizaron maquiavélicas maniobras diplomáticas, encaminadas a dividir al enemigo con el fin de conseguir la victoria al menor coste posible. Así se explica, en

gran medida, el manifiesto contraste entre el bloque sin fisuras de Castilla y Aragón y las desavenencias internas de Granada, una de las claves principales del resultado final de esta guerra.

- Se tomaron medidas propias de lo que podíamos llamar “guerra económica”, como la tala masiva de árboles, devastación de los campos y huertas..., con el fin de arrasar los recursos del enemigo.
- También emplearon los Reyes Católicos algunas armas de “guerra psicológica”. Un ejemplo, el situarse el monarca en la vanguardia de su ejército cuando estaba en campaña para infundir coraje y disciplina a sus tropas, impedir desertiones y evitar acciones individualistas de sus hombres, sobre todo por parte de los nobles. Otro ejemplo aún más significativo era una táctica política que hacía ser a estos soberanos totalmente compasivos con las poblaciones enemigas que se rendían (permitiendo que sus habitantes abandonaran los lugares con todas sus pertenencias) y terriblemente crueles con quienes se resistían (alguna vez hicieron ahorcar a los principales culpables, vendieron como esclavos al resto de la población y arrasaron por completo el lugar).
- Por último, en la guerra de Granada también se ensayaron nuevas estrategias y tácticas militares que, más tarde, serían determinantes para la evolución de los ejércitos modernos. Así, en ausencia de batallas en campo abierto (pues el terreno era poco propicio para ello), se constató la inutilidad de la caballería pesada –propia de operaciones de choque frontal– respecto a la ligera, que hostiga al enemigo mediante el caracoleo para retirarse y volver a la carga. Es más, la caballería desde ahora se va a concebir como fuerza auxiliar de exploración y acoso.

Por otro lado, en esta guerra fueron decisivos los asedios, en los que hubo un empleo masivo de la artillería, que rebajó definitivamente el valor de las fortificaciones; este fue el factor determinante en la conquista del reino nazarí. Hasta entonces esos castillos (más de cien protegían los puntos clave de la frontera granadina, además de miles de torres de defensa) habían resistido los asedios convencionales, pero no pudieron con el incesante percusión de las lombardas y otras piezas de artillería.

El peso de las batallas va a recaer a partir de ahora en la infantería, rescatándose así el modo romano de combatir. En lugar de hacerlo como las desperdigadas mesnadas medievales –a base de gritos y blasfemias– y fiándolo todo a la fuerza y habilidad perso-

nal, las nuevas unidades de infantería van a combatir agrupadas en formación, a la vez que en silencio para poder escuchar las órdenes de sus capitanes. Pronto las acciones bélicas darían la razón, por tanto, a quienes concedían a la infantería el protagonismo de los combates.

Comenzaba una nueva era en el arte de concebir y de hacer la guerra...

Capítulo III

Piratas, comerciantes y grandes armadas:

la larga lucha por el control del Estrecho de Gibraltar
(siglos XVI-XVIII).

Luis Salas Almela. *CHAM - Lisboa.*

El Estrecho de Gibraltar es uno de esos puntos del planeta sobre los que los azares geográficos e históricos han hecho converger, a lo largo de los siglos, un enorme tráfico de personas y mercancías. Un tráfico cuyas repercusiones, además, se han ido ampliando hasta alcanzar, precisamente en la época de la que nos vamos a ocupar a continuación, los cinco continentes. Por eso, estudiar la lucha secular a que dio lugar la disputa por su control nos va a permitir añadir a este volumen la perspectiva de las batallas marítimas que también tuvieron lugar en el solar de lo que hoy conocemos como Andalucía.

El Estrecho de Gibraltar, en tanto que accidente geográfico, puede ser entendido en términos estrictos como la distancia más corta que separa la Península Ibérica del continente africano. Sin embargo, nosotros vamos a interpretar aquí el Estrecho en términos mucho más amplios, incluyendo las áreas que podemos denominar de influencia directa del Estrecho. Así, a los efectos que aquí nos interesan, el Estrecho va a quedar limitado, en la banda de la Península Ibérica, entre el Cabo de San Vicente –en el Algarve, Portugal– y Motril. Por lo que respecta al lado africano, vendría delimitado por las ciudades de Jadida –en el Atlántico– y Melilla –en el Mediterráneo. Por otro lado, las llaves históricas de ese pasillo marítimo –es decir, aquellos puertos cuyo control podía cerrar el paso a los buques enemigos– las constituían tres ciudades muy próximas al vértice del Estrecho: Gibraltar, Ceuta y Tánger. En efecto, estos tres lugares componían el triángulo clave sobre el que se tejieron alianzas y estrategias y que, al

fin del periodo, sería dominado con claridad por Gran Bretaña. Se trata, en resumen, de un pedazo de mar en forma de diábolo sobre el que convergió, desde principios del siglo XVI, un comercio nuevo de escala planetaria: la famosa “Ruta de las Indias” españolas (es decir, básicamente, el intercambio de mercancías y metales preciosos entre Sevilla y América).

Velas y cañones.

Pericia y técnica en el combate naval de la Edad Moderna

No resulta sencillo hacerse una idea cabal del aspecto que un puerto importante de la Edad Moderna podía presentar en los instantes previos al desatraque de una gran armada. Sin embargo, merece la pena intentarlo. Podemos imaginar, por ejemplo, la bahía de Cádiz o el puerto de Málaga cubiertos por un bosque de arboladuras, mástiles y aparejos, de banderolas, estandartes, gallardetes y velas de todo tipo comenzando a desplegarse para adoptar la formación adecuada para iniciar la singladura. Podemos



El Estrecho de Gibraltar.



Mapa del Estrecho de Gibraltar, de Pedro Texeira (1634).

tratar de recrear en nuestra imaginación cómo sonaría el abigarrado ajeteo y la aparente confusión de las voces de los miles de hombres —oficiales, marineros y soldados de infantería— en el momento del embarque, mezclándose con las órdenes e instrucciones de los estibadores que ultiman la carga de las bodegas de aquellas majestuosas máquinas de guerra. Las crónicas de la época arrojan cifras sorprendentes: no era infrecuente que una gran armada superase los 150 navíos en total, sumando naves de gran tonelaje y embarcaciones menores de ayuda, a bordo de las cuales podían llegar a navegar un par de decenas de miles de hombres.

Organizar y pertrechar una de aquellas fuerzas constituía todo un desafío para la capacidad logística de la época. Tengamos en cuenta que los buques de guerra condensaban lo más innovador de la técnica de su tiempo, erigiéndose en orgullo de toda una tradición de constructores navales que, con variantes nacionales e incluso regionales,

compartían algunos elementos comunes a toda Europa. No obstante, es importante señalar la existencia de dos espacios marítimos esenciales que marcan dos modelos constructivos de navíos que convivieron entre los siglos XVI y XVIII. Por un lado, anclado en sus viejas raíces greco-romanas, encontramos el espacio del viejo *mare nostrum*, de ese Mediterráneo de aguas más tranquilas en las que era todavía dominante el modelo de barco denominado *galera*. Se trataba de un navío impulsado por remos y ayudado de velas cuadradas, alargado y con poco calado. Su principal ventaja consistía en la enorme maniobrabilidad que le proporcionaban la fuerza de propulsión de los remeros –en su mayoría esclavos o condenados por delitos graves–, capaces de hacer girar el navío en redondo y de moverlo en ausencia de viento. Ahora bien, en el océano, ante los fuertes oleajes, resultaba frágil y perdía efectividad en el combate. Todo lo contrario ocurría con los navíos denominados de *casco redondo* –también llamados de *alto bordo* o *mancos* (por la ausencia de remos)–, cuya única fuerza de propulsión era el viento. Su forma redondeada y la gran altura de sus muras les permitía sortear mejor los grandes oleajes. Además, eran capaces de almacenar una gran cantidad de mercancías en sus bodegas. Con el tiempo, se fueron armando con varias filas de cañones en ambas bandas, superpuestos en sucesivos puentes o alturas de los que se componían.

Dentro de esta división tipológica elemental, basada en los ámbitos de acción de cada tipo de navío –oceánico o mediterráneo (espacios cuyo vértice divisor es el propio Estrecho de Gibraltar)–, existe una enorme gama de modelos, en función de tamaños, usos concretos y épocas. Incluso hubo modelos híbridos, que intentaron adaptarse a las características de ambos mares –casco redondo con remos. En todo caso, estas diferencias tuvieron la consecuencia de que la mayor evolución y los más notables adelantos respecto a la evolución de los aparejos o velámenes proviniesen de los barcos atlánticos. Al principio de nuestro periodo, la evolución de la carabela hacía un modelo mayor –la carraca– implicó la introducción, junto a los mástiles verticales, de un bauprés –o mástil de proa– cada vez más complejo, en el que se sostenían diversas velas triangulares. En el resto de la arboladura se montaban velas cuadradas –también llamadas redondas por la peculiar forma que adquieren al ser hinchadas por el viento– con gran capacidad de propulsión. Es decir, mientras las segundas proporcionaban mayor velocidad, las primeras eran las responsables de permitir una mayor maniobrabilidad del navío.



*Reproducción de la galera real de don Juan de Austria en la batalla de Lepanto.
(Museo de las Reales Atarazanas de Barcelona).*

En líneas generales, los siglos XVI al XVIII asistieron a una evolución constante en tamaños y formas. Podemos resumir que las galeras tendieron a desaparecer desde finales del siglo XVII, definitivamente superadas en el combate por los buques *mancos* o de casco redondo, incluso en el Mediterráneo. Desde las primitivas pinazas y carabelas de fines del siglo XV a los estilizados barcos dominantes en el siglo XVIII –fragatas y navíos de línea–, pasando por los galeones del siglo XVII, los buques de guerra del Atlántico no dejaron de ganar en tamaño y capacidad de transportar cañones, hombres y mercancías, sin perder por ello agilidad de maniobra ni velocidad –que lograron alargando su casco. Así, a fines del siglo XVII, los primeros navíos de línea llegaron a construirse con tres puentes o niveles, lo que supuso un gran aumento del tamaño total y de la capacidad de portar cañones listos para el combate. Estos navíos aumentaron en paralelo el tamaño de sus mástiles, tanto el mayor como el trinquete y el palo de mesana, siendo capaces de desplegar mayor número de velas en altura. Además, in-

corporaron entre los mástiles verticales una vela triangular llamada estay o foque, que permitía ganar aún más en aprovechamiento de los vientos –cazar los vientos, según la terminología náutica.

Desde otro punto de vista, cada uno de estos tipos de barcos tenía una forma de combatir diversa. En primer lugar, por ejemplo, una de las posibilidades más frecuentes de ataque de las galeras era proceder a embestir al enemigo, acción que, para ser más efectiva, debía tratar de alcanzar el casco del otro buque hacia la mitad. Para ello las galeras iban muy reforzadas en la proa, donde disponían de poderosos arietes. El objeto de esta maniobra no era otro que echar a pique la nave enemiga o bien posibilitar un abordaje. Otra maniobra típica de las galeras era arremeter contra los remos de la galera rival para quebrarlos, de modo que quedase ingobernable. Con el tiempo, también las galeras fueron montando grandes cañones a popa y proa, con los que procuraban debilitar al enemigo antes del asalto o defenderse en caso de huida.

Por su parte, en los buques oceánicos, a partir del siglo XVI el elemento esencial fue la utilización masiva de la artillería, de modo que los costados de los barcos se fueron llenando de troneras o ventanas por las que asomaban las bocas de decenas de cañones. El uso de esta artillería respondía a dos operaciones diversas, a dos modos de pelea diferentes que no eran en absoluto excluyentes. Un primer tipo consistía en el empleo de municiones cuya finalidad principal era desarbolar y destrozarse los aparejos del enemigo, de modo que la nave quedase ingobernable y a merced del vencedor de ese duelo artillero. Para estas ocasiones se idearon proyectiles muy sofisticados, desde las balas dobles unidas por una cadena –para que se enredasen en las cuerdas y velas enemigas y aumentar así su capacidad destructiva- hasta las balas múltiples para agujerear el velamen y dejarlo inservible. Además, este tipo de acción solía causar muchas bajas entre los infantes de marina que disparaban sus mosquetes desde las cubiertas del barco. La segunda estrategia consistía en usar cañones poderosos capaces de arrojar balas de gran peso y capacidad destructiva, únicas que podían atravesar los gruesos cascos de madera de los grandes buques. Generalmente, estos cañones de gran calibre se situaban en los puentes inferiores y su capacidad de dañar al enemigo en duelos artilleros muy próximos era enorme. Con el tiempo y al irse perfeccionando la artillería naval, la estrategia fue evolucionando hacia un intento de alcanzar al enemigo cada vez a mayores distancias.



Réplica de la Nao Victoria en Sanlúcar de Barrameda.

Por otro lado, al principio de nuestro periodo, lo que se trataba de alcanzar por encima de todo, es decir, el mayor éxito de una refriega en el mar, tanto en combates de galeras como de galeones, era la captura del buque enemigo. Para lograr ese fin, había que rendir el buque o tomarlo al asalto –los famosos abordajes–, razón por la que también los barcos de casco redondo contaban entre su dotación con un contingente de tropas de infantería de marina. Sólo desde principios del XVIII se generalizó el combate naval exclusivamente como duelo artillero entre dos escuadras.

Conviene que no olvidemos tampoco que, en los comienzos de la marina de guerra, no había apenas diferencia entre los buques comerciales y los militares. De hecho, hasta bien entrado el siglo XVII, era frecuente que los reyes surtiesen sus armadas por medio de la compra o requisita –según los casos– de barcos mercantes que luego eran artillados

—es decir, equipados con cañones— y preparados para el combate. Sólo cuando se impusieron unas capacidades en los buques de combate de más de 700 toneladas —es decir, desde mediados del siglo XVII— tendió a separarse de forma nítida la marina mercante de la militar, sencillamente debido a que eran pocos los armadores privados que podían afrontar el costo de un buque de ese tamaño. Tal capacidad de gasto quedaba reservada a los reyes.

También es importante subrayar que, en la carrera permanente entre las naciones europeas por alcanzar un mayor nivel tecnológico en la construcción de barcos, castellanos y portugueses tomaron pronto la delantera. En efecto, en España fue muy notable la construcción naval en diversos lugares. Por ejemplo, en Sevilla o Barcelona hubo importantes astilleros desde la Edad Media, en las atarazanas que aún hoy se pueden visitar. Sin embargo, fue en Cantabria y en el País Vasco donde se crearon algunos de los modelos más innovadores de buques oceánicos de su época. Así, tipos de barcos como los denominados pinazas, naos, cocas o galeazas, que estuvieron en la base de las posteriores innovaciones, tienen un claro origen ibérico. Hombres como Cristóbal de Barros —inventor del casco macizo— impulsaron ya desde tiempos de Felipe II una ambiciosa política de fomento de la marina. Se puede decir que no podía ser de otro modo en una monarquía cuyos territorios se extendían por los cuatro puntos cardinales, lo que le obligaba a desarrollar su industria naval. Sólo a partir del siglo XVII holandeses e ingleses comenzaron a superar con claridad, desde el punto de vista técnico, a los constructores españoles y portugueses. De todos modos, las innovaciones de unos no tardaban mucho en ser aprovechadas por el enemigo, en lo que podemos denominar un primitivo, pero muy eficaz, espionaje industrial.

Otra cuestión de suma importancia en un combate naval es la que se refiere a la capacidad y pericia del capitán de la nave para ejecutar las maniobras adecuadas para no perder opciones en el combate. Gobernar una nave que sólo se movía impulsada por el viento requería mucha experiencia y un gran conocimiento náutico. En este sentido, aunque en España, desde muy pronto, se contó con algunas escuelas de pilotos y marinos, lo más frecuente era que los capitanes de navío se reclutasen entre hombres sin más formación que la que proporcionaba el trabajo en la mar. No ocurría lo mismo, en cambio, con los almirantes —que gobernaban grandes formaciones de barcos—, que solían provenir en los siglos XVI y XVII de algunas grandes familias con tradición

marinera. Así, son legendarios los nombres de los Bazán –marqueses de Santa Cruz-, los Toledo o los Oquendo. Ya en el siglo XVIII, como veremos, se fue haciendo más académica y menos experimental la trasmisión de la pericia naval.

Tampoco queremos dejar de aludir en estas páginas, siquiera brevemente, a una cuestión que fue vital para la puesta en funcionamiento de los armadas a lo largo de la Edad Moderna. Nos referimos a la cuestión crucial de la recluta de hombres capaces de manejar, al menos con ciertas garantías, aquellos costosísimos veleros. Se trata de un género de problemas que no eran, ni mucho menos, exclusivos de la marina, sino que todas las monarquías y repúblicas de la Edad Moderna tuvieron que arbitrar sistemas para cubrir las plazas de soldados que necesitaban para sus guerras. De hecho, conviene preguntarse sobre qué era lo que impulsaba a un hombre a abandonar su casa e incorporarse al ejército. La respuesta más general es el sueldo. Sin duda se trataba de un gran atractivo en una época en la que la inmensa mayor parte de la población malvivía con lo que producía la agricultura. Así, cuando algún capitán –provisto con una *conducta* o documento oficial que le acreditaba como reclutador en nombre de la Corona- instalaba su oficina de reclutamiento en un pueblo o villa y mandaba pregonar con un tambor por todas las esquinas las condiciones de sueldo y paga, no era extraño que muchos jóvenes –a los que en principio se exigía ser solteros-, deseosos de probar fortuna, le siguiesen, acaso también atraídos por el brillo de la carrera militar y sus posibilidades de ascenso social. Este sistema de participación voluntaria sólo fue productivo en épocas de crecimiento de la población, cuando los excedentes de mano de obra tenían difícil encontrar el sustento en sus tierras de origen. Cuando, pasado el siglo XVI, en España la población comenzó a contraerse de forma generalizada, hubo que recurrir a otros métodos más compulsivos que, a mediados de siglo XVII, llegaron a implicar la captura forzosa, primero de los llamados vagos y maleantes y, más tarde, incluso de campesinos, jornaleros y artesanos.

Ahora bien, hay que distinguir entre los dos tipos de servidores de una nave de guerra: los marinos –que se ocupaban del manejo del barco- y la tropa –los soldados que combatían en ella. Entre éstos últimos, aún hay que diferenciar, a su vez, entre artilleros e infantería. La recluta de cada uno de estos tres tipos de servidores del navío presentó una serie de dificultades particulares. Así, mientras los artilleros y soldados de navío eran muchas veces militares de tierra reconvertidos, no ocurría otro tanto con

los tripulantes. En efecto, los marineros fueron, sin duda, los hombres más difíciles de conseguir para los almirantes y comandantes de armadas, por la simple razón de que precisaban algunos conocimientos básicos, aunque fuesen aplicados sólo a la navegación de cabotaje y no a la de alta mar. Durante el siglo XVI, mientras el comercio de radio corto y la pesca ocuparon a buena parte de la población de las costas españolas, no fue demasiado complejo encontrar voluntarios para tripular las armadas, sobre todo las de Indias, que siempre abrían al marinero la posibilidad de enriquecerse por otros medios que iban más allá del sueldo. Por el contrario, cuando estas dos actividades comenzaron a contraerse a causa de múltiples factores –tales como la inseguridad de las costas o la pérdida de mercados por parte de los comerciantes castellanos frente a sus rivales holandeses e ingleses–, resultó muy complejo dotar de hombres cualificados a los galeones del rey de España. También aquí se recurrió a una recluta forzosa que dio escasos resultados. Por eso, desde el siglo XVII se comenzó a pensar en crear seminarios o escuelas de marinos, proyectos que sólo alcanzaron cierto éxito en el siglo XVIII, como veremos.



Plano de torre vigía del siglo XVI.

Por último, vamos a referirnos a la defensa de la costa frente a los ataques navales. En tales emergencias, dado lo inesperado de la aparición de un enemigo, había que recurrir a un sistema –heredero de los métodos de defensa frente a los musulmanes empleados en la *Reconquista*– basado en las milicias concejiles. Estas milicias eran una fuerza de autodefensa en las que participaba por cupo casi toda la población masculina de cada municipio comprendida entre ciertas edades aptas. Es decir, cada pueblo de la costa estaba obligado a aportar, en caso de ataque, un número de vecinos varones comprendidos entre los 18 y los 50 años aproximadamente –estas condiciones variaron mucho a lo largo del tiempo– para reforzar los sistemas de defensa. Evidentemente se trataba de una fuerza poco profesional, pero que a cambio tenía la ventaja de que su ardor en el combate se podía ver potenciado por el hecho de que combatía directamente en defensa de su propia comunidad, de su familia y de sus propiedades. Además, este sistema permitía una inmediata respuesta frente al ataque, si bien, como vamos a comprobar, su eficacia final dependió de que hubieran recibido un correcto entrenamiento, aunque fuera sólo por medio de los denominados *alardes* –que eran los ejercicios militares que se realizaban ciertos días al año.

El Estrecho luso-castellano (1500-1580)

El gran historiador francés Fernand Braudel (1902-1985) señaló que, con la conquista de Granada por los Reyes Católicos, en 1492, el Estrecho de Gibraltar se constituyó, por primera vez en la Historia, en frontera o línea divisoria, dejando de ser puente de unión entre las dos orillas. En efecto, la separación entre dos mundos, uno cristiano en la Península Ibérica y otro musulmán en el lado africano, otorgó a ese amplio canal que une el Mediterráneo con el Atlántico su condición limítrofe. Hasta aquel momento, la civilización que había dominado una orilla, lo había hecho también en la otra (así ocurrió con romanos, visigodos y árabes, sucesivamente). Esta ruptura provocó, desde un punto de vista geoestratégico, que en el Estrecho convergiesen dos grandes ejes o impulsos históricos. El primero se desarrolló en dirección este-oeste y estaba básicamente dominado por su componente comercial. Es el protagonizado por los comerciantes europeos y mediterráneos que optaban por el transporte marítimo de sus mercancías. De especial importancia resultó ser la línea de comunicación entre el Mediterráneo

oriental y la Europa del norte –Flandes y las ciudades alemanas de la Hansa. El segundo eje, que discurría en dirección norte-sur, estaba dominado por el componente bélico y se caracterizaba, sobre todo en el siglo XVI, por la presión que los reinos cristianos peninsulares –España y Portugal- ejercieron sobre el solar marroquí, en un intento de prolongar en África la llamada *Reconquista*.

De hecho, en 1415, Portugal, que había concluido su *Reconquista* en la Península con la invasión del reino del Algarve a mediados del siglo XIV, saltó al otro lado del Estrecho y conquistó la ciudad de Ceuta. Se trató de la primera plaza de todo un rosario de puertos africanos que el reino luso iba a llegar a controlar entre los siglos XV y XVI. Otra de las plazas portuguesas en África fue Tánger. La Corona de Castilla, por su parte, empeñada aún en la guerra contra el reino de Granada, tardó varias décadas en incorporarse a esta carrera por la expansión en Marruecos. Pero ya desde fines del XV, los castellanos trataron también de expandirse en África. Lógicamente, aquel impulso paralelo en las dos Coronas ibéricas produjo algunos roces, que comenzaron a hacerse evidentes en la disputa por el control de las Islas Canarias, que a mediados del XV cayeron definitivamente del lado castellano. Por su parte, Melilla, primer asentamiento castellano en tierra firme en el continente africano, no fue conquistada hasta 1497. Además, esta acción se debió a la iniciativa de un gran señor de vasallos, el duque de Medina Sidonia, que costeó y organizó su conquista, poniendo después la ciudad bajo la soberanía de los Reyes Católicos. Esta forma de actuar de ecos tan feudales ilustra una de las grandes características del impulso expansivo de portugueses y españoles en el norte de África: su condición de empresa de tintes caballerescos cuya justificación moral era el espíritu de cruzada. En efecto, no debemos olvidar que todo ese norte de África –al que damos el nombre de Magreb- era considerado por la Cristiandad como un territorio susceptible de ser *reconquistado* para la fe de Cristo. Esta idea se basa en que el Magreb había pertenecido al mundo romano hasta la conquista árabe y que, por tanto, había sido oficialmente cristianizado en los últimos siglos del Imperio.

Por otro lado, algunos polemistas del siglo XVI insistieron mucho en la lucha contra el infiel como forma de ejercer su oposición frente al otro gran proceso de conquista que Portugal y España estaban por entonces llevando a cabo: la conquista de *sus* respectivas Indias. En otras palabras, se produjo una notable discusión entre dos modelos expansivos: por un lado, una forma de guerra y conquista guiada por los ideales de la

fe y la cruzada —es decir, orientada en la lucha contra el musulmán—; y, por otro lado, la expansión ultramarina, que era presentada por sus detractores como fruto de la codicia de los comerciantes. Esta última sería la forma que habría adoptado la conquista de los imperios americanos y asiáticos, que desde muy pronto resultó ser la empresa que más interesó a los reyes portugueses y españoles. Hay que señalar así mismo que los defensores de las conquistas lejanas también argüían, junto a la rentabilidad de tales conquistas, la expansión de la fe de Cristo que estaba teniendo lugar por medio de la labor de los misioneros.

Tal debate mantuvo su vigencia hasta que el ideal de cruzada del rey don Sebastián de Portugal —último gran defensor del proyecto de *reconquista* del norte de África— acabó con su vida y la de buena parte de su ejército en la batalla de Alcázarquivir, también llamada de los Tres Reyes (1578). Las consecuencias de este estrepitoso fracaso portugués en Marruecos fueron múltiples: en primer lugar, el vencedor —llamado Almanzor— logró unir bajo su mando a buena parte del territorio de lo que hoy denominamos Marruecos; en segundo lugar, la desaparición del rey portugués provocó, unos años más tarde, la agregación de Portugal a la ya amplísima Corona del rey Felipe II, en 1581. Lo cierto es que el sueño del rey don Sebastián de construir un imperio terrestre en África tuvo aquel desenlace dramático y tan contundente que sepultó para siempre el ideal medieval de *reconquista*.

En adelante, el interés por la fachada africana del Estrecho de Gibraltar por parte de la llamada Monarquía Hispánica —denominación que alude al amplísimo conjunto de reinos y señoríos que el azar sucesorio y la conquista pusieron en manos del rey Felipe II y sus descendientes— se centró en el interés por garantizar la protección del rico tráfico comercial que tenía lugar en aquella aguas. Se trata de un interés que, hasta fines del siglo XVI, había discurrido en paralelo al ideal de *reconquista*, ya que uno y otro no eran, desde luego, incompatibles. De este modo, lo que caracteriza ante todo la pugna por controlar el Estrecho en el siglo XVI es una forma peculiar de guerra marítima: la lucha contra la piratería y los corsarios. En efecto, ambas formas de robo y lucha en el mar estuvieron muy presentes en el Estrecho desde comienzos del XVI, y aún antes. Pese a las notables diferencias entre estos dos tipos de ataques —recordemos que los piratas eran apátridas, mientras los corsarios actuaban bajo el amparo de un monarca o una república, actuando sólo contra los enemigos del poder político que los

amparaba-, ambos suponían una amenaza para el normal desarrollo de los intercambios comerciales. Lo que resultaba evidente a los reyes españoles y portugueses era que, en la misma medida en que iba en aumento la riqueza de las mercancías transportadas por los barcos que cruzaban el Estrecho, lo hacía la codicia y el poder de los corsarios y piratas que trataban de apoderarse de ellas.

En especial preocupó a portugueses y castellanos la irrupción en las aguas mediterráneas del Estrecho del poder turco, cuya presencia se manifestó a través de los ataques de los corsarios que actuaban desde las repúblicas de Argelia y Tunez, ambas protegidas y amparadas por el sultán de Estambul. Sobre todo en tiempos del mítico corsario Barbarroja, las escuadras argelinas –compuestas por un número variable de galeras– llegaron a apoderarse de poblaciones enteras del levante andaluz, de Murcia o de Valencia. En estos ataques los corsarios no sólo procedían al más sistemático de los saqueos, sino que además capturaban y transportaban hasta sus bases a buena parte de los habitantes de los infortunados pueblos que caían en sus manos, con el objeto de pedir luego por ellos un rescate. Estos *cautivos* –como eran denominados– y su costoso rescate darían lugar a un peculiar intercambio monetario entre las dos orillas del Mediterráneo, llevado a cabo principalmente por las órdenes de redentores, en especial los mercedarios. Algunos testimonios de biografías de cautivos han encontrado su reflejo en la literatura española del Siglo de Oro. Por no irnos más lejos, uno de esos cautivos fue el propio Cervantes, cuya experiencia en tierras de moros le inspiró algunos pasajes de *El Quijote*.

Ahora bien, junto a estos grandes corsarios turco-magrebíes, con el tiempo fueron apareciendo en las costas del Estrecho, en una cronología variable, piratas y corsarios de origen francés, inglés y holandés. Todos ellos, sumados a los pequeños piratas procedentes de las costas del actual Marruecos, acabaron sembrando el terror y dañando mucho el comercio en toda Andalucía. En especial se fue viendo minado el comercio de corto alcance o de cabotaje, ya que éste se solía realizar en buques de menor tamaño y, por tanto, más desprotegidos frente a los ataques. Pero además, hay que señalar que tampoco andaluces y algarvios –los habitantes del Algarve– dejaron de practicar ellos mismos, sobre todo desde fines del siglo XVI, el corso contra los enemigos de la Monarquía Hispánica, devolviendo con la misma moneda el daño recibido.

En todo caso, a lo largo de las ocho primeras décadas del siglo XVI no se registran en las costas andaluzas grandes combates navales, sino más bien una multitud de en-

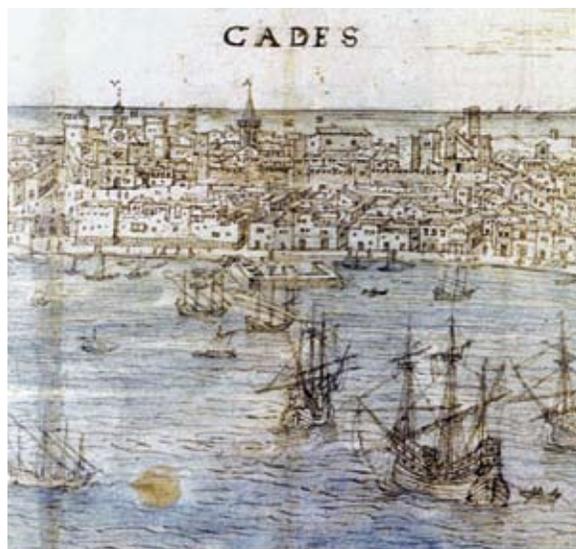
cuentros y pequeñas batallas protagonizadas por corsarios y piratas contra las marinas de guerra portuguesa y española. Tan sólo destaca el asalto y saqueo turco a la ciudad de Gibraltar en 1540, que no obstante se inscribe como uno más de este tipo de ataques relámpago. Esto no significa, desde luego, que se tratase de un problema menor. Por el contrario, el daño que producían en el comercio piratas y corsarios hacía que disminuyese la riqueza de los súbditos de los reyes de España y Portugal y, en consecuencia, las propias rentas de éstos. Es más, durante la rebelión de las Alpujarras (1576-1578) uno de los grandes temores de Felipe II era que los sublevados moriscos pudiesen obtener ayuda a gran escala –en forma de tropas y armas– por parte de sus correligionarios del norte de África, dando lugar a un desembarco turco en España.

La supremacía de la Monarquía católica en el Estrecho (1580-1643)

La unión de las Coronas ibéricas en la persona de Felipe II, que heredó el imperio portugués por ser hijo de la emperatriz Isabel de Portugal –esposa de Carlos V y tía del rey don Sebastián–, acabó con la duplicidad de poderes en los enclaves cristianos en el lado africano del Estrecho y en las costas peninsulares. Es decir, tanto las plazas africanas portuguesas como las castellanas estaban ahora reunidas bajo la soberanía del llamado Rey Prudente. En consecuencia, la superioridad de su poder en el Estrecho resultó aplastante en las décadas siguientes. Ahora bien, como vimos, Almanzor –que reinó entre 1578 y 1603– había logrado unificar los reinos de Fez, Marrakech y Suz –que abarcan el territorio del actual Marruecos y algunas otras regiones–, proclamándose Jerife [denominación árabe que viene a significar *rey*], todo ello precisamente como consecuencia de la derrota portuguesa en Alcázarquivir. Esta nueva monarquía marroquí, en tanto que poder emergente en la zona, atrajo la atención de algunos de los enemigos de la poderosa Monarquía Hispánica, entre ellos Francia e Inglaterra. Incluso el propio Felipe II envió embajadores al Jerife, con el fin de alcanzar acuerdos puntuales para el intercambio de ciudades. Sin embargo, debemos señalar que las embajadas francesa e inglesa ante Almanzor eran de signo radicalmente contrario a las enviadas desde Madrid: mientras las primeras buscaban obtener bases navales en Marruecos con las que operar en el Estrecho para amenazar la seguridad de las costas hispánicas, Felipe II

aspiraba a garantizar el desarrollo del tráfico comercial en sus costas. Frente a dos presiones tan divergentes, Almanzor aspiraba, por su parte y ante todo, a consolidar su poder y a defender su independencia de los intentos que por entonces hacían los turcos de someter Marruecos a su Imperio.

La consecuencia que aquí más nos interesa de todo este entramado de intereses y fuerzas fue la proliferación de piratas y corsarios de diversas nacionalidades, que tendieron a dificultar aún más que en las décadas anteriores el tránsito de personas y mercancías por las aguas del Estrecho. Tanto europeos como magrebíes se convirtieron en el azote constante de las pequeñas embarcaciones que sostenían la economía de las poblaciones costeras andaluzas. Es más, a los enemigos ya mencionados se unieron pronto las Provincias Unidas –antigua denominación de lo que hoy conocemos por Holanda-, sublevadas contra quien era su señor por derecho hereditario –Felipe II-, que pasaba por ser el monarca más poderoso de su tiempo. Sin embargo, tan extensos eran los dominios de este monarca que su poder no alcanzaba a proteger adecuadamente todos los rincones de un imperio que se expandía por todos los rincones del mundo entonces conocido. En efecto, los ataques piratas no tenían lugar solamente en el Estrecho, sino que en la década de 1580 comenzaron a menudear también en el Caribe,



*Puerto de Cádiz
(hacia 1570).*

en especial protagonizados por los ingleses. Como respuesta, Felipe II envió su famosa y mal llamada *Armada Invencible* [en los documentos de la época se la denomina sólo como Gran Armada] con el fin de invadir Inglaterra. El estrepitoso fracaso de esta operación tuvo como consecuencia inmediata que la iniciativa bélica en el mar pasó, por unos años, al campo inglés.

En efecto, tras algunos intentos –como los frustrados ataques del famoso sir Francis Drake contra la Península Ibérica en 1587-, en 1596 una escuadra anglo-holandesa puso en jaque a Felipe II, atacando el mismísimo corazón de su imperio: Andalucía. Aquel ataque demostró dos cosas, aparentemente contradictorias: la debilidad y la riqueza de la Monarquía de Felipe II. La debilidad porque puso de manifiesto la incapacidad de los ejércitos del rey para cubrir todas las fronteras de su vastísimo imperio. Pero, al mismo tiempo, demostró que apoderarse de una parte de las riquezas que atesoraban sus ciudades se había convertido en el gran objetivo codiciado por todos sus enemigos. Bajo este punto de vista es como podemos entender la dimensión que adquirió aquel episodio bélico en el que Cádiz fue protagonista pasiva. En efecto, durante 17 días la ciudad fue tomada y sistemáticamente saqueada por holandeses e ingleses bajo el mando de un prestigioso militar inglés, sir Robert Deveroux, conde de Essex.

La historia de esta batalla comienza el 10 de junio de 1596, cuando la escuadra combinada zarpó del puerto inglés de Plymouth rumbo al sur. El día 29 fueron divisadas las 150 velas –compuestas por 30 barcos de gran tonelaje, 30 medianos y el resto pequeños navíos de apoyo- que, según las fuentes más fiables, sumaba aquella imponente fuerza naval. El día 30 se presentaron en formación de combate ante la boca de la bahía gaditana, descubriendo una ciudad desguarnecida y muy poco preparada para hacer frente a semejante fuerza. Sin embargo, dado que en el puerto gaditano se estaba preparando una de las renombradas *Flotas de Indias* –verdadero cordón umbilical que comunicaba la metrópoli con sus posesiones en América-, había suficientes navíos castellanos anclados en el puerto de Cádiz como para oponer una fuerte resistencia. De hecho, los ingleses tuvieron un momento de duda cuando se encontraron en la embocadura de la bahía con los cerca de 50 buques castellanos en buena disposición de combate –tanto galeones de guerra como barcos mercantes armados con cañones. Sin embargo, según se supo después, la insistencia de los armadores de los barcos españoles, que no querían arriesgar ni las naves en sí, ni su carga en un previsible combate, forzó al Presidente de

la Casa de la Contratación de Sevilla [que era el máximo órgano responsable de gestionar el comercio con América], quien por casualidad se encontraba en Cádiz, a dar la orden de replegar las naves hacia el interior de la bahía. Aquel fatídico error provocó que los ingleses pasaran al ataque de forma mucho más decidida, adquiriendo además una ventaja crucial.

El combate naval que se produjo a continuación fue breve, de apenas cinco horas. En él, pese a que los españoles contaban con el teórico apoyo de las fortalezas de tierra, los galeones de Felipe II apenas pudieron hacer daño a los ingleses. La clave de tal fracaso se encuentra en la mala situación en la que se encontraban los fuertes y baluartes gaditanos, poco dotados de cañones y hombres. Los ingleses, en cambio, se desplegaron en el interior de la bahía, cubriéndola prácticamente con sus velas, mientras el ruido ensordecedor de los cientos de cañones que debilitaban aún más las defensas de Cádiz debió cubrir con doloroso estruendo la atemorizada ciudad. Como resultado, los ingleses capturaron varios de los majestuosos galeones españoles de gran tonelaje, mientras los demás quedaron varados en los bajíos de San Fernando, en su desesperado intento de huir de los atacantes por el Puente de Suazo. Mejor suerte corrieron algunas galearas españolas, que también se contaban por entonces entre las fuerzas castellanas en la bahía, que sí lograron atravesar el canal que comunica la bahía con el océano, de modo que desembocaron en Santi Petri y lograron llegar hasta Sanlúcar de Barrameda. Por su parte, las tripulaciones de los barcos mercantes, al verse sin la protección de los buques de guerra, optaron por abandonar sus naves y quemarlas, con el fin de evitar que cayesen en manos del enemigo. Debió ser un doloroso espectáculo contemplar cómo, durante tres días con sus noches, aquellos castillos de madera se consumían pasto de las llamas, iluminando lúgubrementemente las noches de verano en la bahía.

Dueños del mar, los anglo-holandeses procedieron a desembarcar un contingente de tropas para apoderarse de la ciudad. El punto elegido fue el Puntal, próximo a un puesto defensivo que no tardó mucho en caer en su poder, sin apenas resistencia por parte de sus defensores. Conviene señalar que tales defensores eran miembros de las milicias de la costa, fuerza militar que se componía de campesinos y artesanos que estaban obligados a realizar servicios militares. Su entrenamiento por aquel entonces distaba mucho de ser el adecuado, del mismo modo que su equitación era también muy deficiente. En todo caso, con aquella acción los ingleses también pasaron a dominar la

franja de terreno entre el Puntal y el Puente de Suazo, lo que significaba poder cerrar el acceso por tierra a la ciudad, que de este modo quedó a su merced. Es más, los pocos defensores que se encontraban entonces en el istmo de la ciudad huyeron buscando refugio en Cádiz. Sin embargo, los defensores de Puerta a Tierra se negaron a abrirles las puertas, dejándolos atrapados entre las murallas y el avance del enemigo. Impulsados por el temor a ingleses y holandeses, que se acercaban sin oposición, los huidos encontraron la forma de saltar las murallas por un punto en el que había un montón de escombros de la altura suficiente para poder escalar sin problemas. Sirva esta anécdota de ejemplo y muestra del pésimo estado en el que estaban las defensas de la ciudad. Tan malo que, de hecho, los ingleses no tardaron en imitar a los perseguidos, saltando sin grandes problemas al interior de las murallas, de modo que el mismo día 1 de julio se apoderaron de la ciudad.

Una vez dentro, los ingleses se dirigieron en primer lugar al convento de San Francisco, por entonces situado fuera del casco urbano de la ciudad, donde capturaron al presidente de la Casa de la Contratación. A continuación, se dirigieron a la villa y al castillo, en el que se encontraban refugiados el corregidor y la escasa guarnición. Tampoco en este caso hubo apenas lucha, ya que la fortaleza carecía de víveres para resistir un asedio. De este modo, el día 2 de julio, Cádiz capituló una rendición pactada, que implicó la libertad de todos sus habitantes, a los que los ingleses permitieron abandonar la ciudad llevando consigo sólo algunos vestidos y papales. A cambio, los gaditanos se obligaron a pagar un rescate conjunto tasado en 120.000 ducados. Como garantía de que se haría efectivo el pago, los ingleses se llevaron consigo a 50 personas como rehenes, entre los que se contaban ciudadanos notables y eclesiásticos. En adelante, y pese al trato humanitario que ingleses y holandeses, dadas las circunstancias, dispensaron a la población, la tropa procedió a un sistemático saqueo de la ciudad. La urgencia por encontrar tesoros con los que incrementar el botín que esperaban llevarse de vuelta a sus países llevó a los vencedores a destruir casas y mobiliario en busca de riquezas escondidas. Incluso las rejas de hierro, las campanas y, por supuesto, la artillería fue embarcada rumbo a Inglaterra y Holanda. Así cargados de botín, entre los días 14 y 15, los invasores embarcaron en sus naves, prendiendo fuego a la maltrecha ciudad, que perdió un tercio de sus edificios en el incendio, entre ellos algunos de los más emblemáticos.

En resumen, se trató de una humillante derrota en uno de los puntos más sensibles del poder de Felipe II, que vio cómo su preciada Carrera de Indias resultaba más vulnerable de lo previsto a sus enemigos marítimos. A cambio, ingleses y holandeses se llevaron un formidable botín en oro, plata, joyas, vestiduras, cuadros y tapices, además de varios galeones y mucha artillería. Pero, por encima de todo, lo más grave de todo fue que la Monarquía de Felipe II había mostrado su debilidad al mundo.

Veintinueve años después y en pleno proceso de lo que se denominó –muchos siglos después– “decadencia española” un nuevo ataque a Cádiz se saldó, sin embargo, con un resultado completamente inverso. ¿Cómo pudo ser que, estando en su plenitud, la Monarquía Hispánica fuese humillada y, en cambio, en su etapa de declive pudiese lavar su honra? Esta aparente paradoja se puede explicar, en primer lugar, teniendo en cuenta que el concepto de *decadencia* aplicado sin más a todo el siglo XVII debe ser muy matizado. La Monarquía de Felipe IV, nieto de Felipe II, seguía siendo la más extensa, rica y poderosa del mundo. Si bien algunas de las debilidades mostradas en tiempos de



Baluarte de Puerta Tierra, Cádiz.

su abuelo se habían agudizado –sobre todo, la dificultad para mantener la iniciativa en todos los frentes bélicos que la acosaban–, lo cierto es que Felipe IV aún era capaz de mantener los ejércitos más poderosos del mundo y de controlar su vastísimo imperio, tanto en Europa como en las colonias. Además, se había aprendido la lección de 1596, procediéndose desde entonces a un notable esfuerzo para fortificar y defender los principales puertos, tanto en la Península Ibérica –incluido Portugal–, como en América y Asia. Cádiz presentaba así, en 1625, un sistema de fortalezas y castillos mucho más sofisticado y moderno que unas décadas atrás.

Merece la pena también que expliquemos, siquiera brevemente, las circunstancias que motivaron este nuevo ataque inglés. Y es que se da la circunstancia de que, apenas dos años antes, en 1623, el Príncipe de Gales –es decir, el heredero de la Corona Británica–, Carlos de Inglaterra, había protagonizado un novelesco episodio que causó gran asombro en Europa. Este episodio consistió en el viaje que el Príncipe Carlos realizó a Madrid, de incógnito y sin previo aviso, disfrazado de mercader y acompañado solamente por el duque de Buckinham. El motivo de tan extravagante comportamiento – tengamos en cuenta que en aquella época los miembros de las casas reales y los grandes nobles viajaban con séquitos de varios cientos de personas y muy raramente visitaban otros países– era el deseo que tenía el Príncipe de acelerar las negociaciones que, por entonces, se estaban desarrollando para su matrimonio con una hermana de Felipe IV. Sin embargo, aquel gesto tan galante resultó perfectamente inútil. Las diferencias profesionales entre ambas monarquías –una protestante y la otra católica– fueron parte de los argumentos que impidieron el acuerdo. De este modo, Carlos hubo de volverse a Londres sin su ansiado matrimonio y resentido con la actitud de los negociadores españoles, sobre todo del valido del rey, el Conde-Duque de Olivares. Fruto de aquel resentimiento fue la declaración de hostilidades a la que procedió Carlos apenas hubo heredado su corona, un año más tarde de su viaje a Madrid.

En consecuencia, la nueva amenaza de un ataque inglés fue desde muy pronto conocida en la Corte de Madrid. Los informadores de Olivares fueron advirtiendo, desde comienzos de 1625, de los fuertes preparativos militares que se estaban acometiendo en los puertos ingleses con el fin de atacar algún puerto español. Lo que no se puso saber con certeza hasta el último momento fue el destino específico del ataque. En todo caso, desde Bilbao a La Coruña, pasando por Lisboa y las Canarias, se hicieron preparativos

defensivos en todos los lugares, temiendo una repetición del episodio de 1596. Don Fernando Girón, veterano militar y consejero de guerra de Felipe IV, pidió acudir a encargarse personalmente de la defensa de Cádiz, ciudad que, al cabo, fue la que volvió a recibir la investida inglesa. En su tarea, Girón contó en todo momento con el apoyo del duque de Medina Sidonia, a la sazón Capitán General de la Costa de Andalucía, quien dispuso las milicias y abasteció de armas y comida a la ciudad desde la primavera de aquel año.

Por su parte, los ingleses cometieron el error de volver a repetir, casi punto por punto, el esquema de ataque empleado en la anterior ocasión. Esto es, desembarcar en el istmo con el fin de cortar la comunicación por tierra, tratando de aislar la ciudad, con el fin de proceder, a continuación, a su asalto. Sin embargo, en 1625 todo iba a resultar diferente. Primero, la armada inglesa, aunque muy superior a la mínima fuerza naval que encontró en Cádiz, no pudo evitar la comunicación eficaz y fluida de los sitiados con Sanlúcar de Barrameda, que actuó de base de aprovisionamiento de la ciudad. Pero



Castillo de San Sebastián, Cádiz.

sobre todo, la clave estuvo en los nuevos fuertes y baluartes de la ciudad –por ejemplo, los de Santa Catalina y San Sebastián–, que permitieron a sus más numerosos y preparados defensores ofrecer una resistencia insuperable para los asaltantes, vengando así el honor de los que tan mal habían defendido la ciudad 29 años atrás. Sirva como símbolo de la nueva importancia defensiva de Cádiz la sustitución, a la que se había procedido a fines de la década de 1610, del corregidor de la ciudad –figura más o menos equiparable a lo que hoy entendemos por alcalde– por la de un gobernador, cargo al que se dotó con atribuciones especiales en materia militar.

Pero veamos con un poco más de detalle el ataque. El 1 de noviembre de 1625 la bahía de Cádiz volvió a poblarse de velas enemigas. La flota inglesa, compuesta por 105 naves, se adueñó sin resistencia de la posición marítima. Sin embargo, la escuadra de galeras de España, que solía invernar en el Puerto de Santa María, tuvo tiempo de proceder a la fortificación del baluarte de Santi Petri, mientras los refuerzos de las poblaciones cercanas –las milicias– procedían a situarse en el Puente de Suazo y la Isla de León. Acabada esta misión, durante la noche de aquel primer día de ataque, las galeras lograron aprovechar el impulso de los remos y la marea favorable para burlar las líneas inglesas, alcanzando el mar abierto para dirigirse a Sanlúcar, desde donde llevaron unos refuerzos que, al día siguiente, pudieron introducir en Cádiz. Por su parte, aquella misma mañana del día 2 de noviembre, los ingleses comenzaron el ataque, batiendo desde sus barcos el fuerte de El Puntal. Tras una notable resistencia, los defensores hubieron de rendir este bastión. Alcanzado este objetivo, los ingleses procedieron a desembarcar hasta 11.000 hombres en la misma zona de 1596, aunque en esta ocasión los defensores no perdieron la ocasión de hostigar con éxito a los asaltantes. De hecho, el combate en tierra no produjo resultado alguno favorable a los ingleses, puesto que ni los defensores del Puente de Suazo ni los de Cádiz cedieron. Así las cosas y visto que ni siquiera el bloqueo marítimo era eficaz –los refuerzos desde Sanlúcar no dejaban de llegar a la ciudad– el jefe de la expedición inglesa, sir Edgard Cecil –vizconde de Winbledon– ordenó el embarque. Vista la ocasión tan favorable de castigar a los atacantes, la situación fue aprovechada por los defensores para lanzarse contra los ingleses, que sufrieron considerables pérdidas en su retirada. Para cuando los asaltantes pudieron dar por finalizado el embarque, además, las fuerzas defensivas con las que contaba el duque de Medina Sidonia –procedentes de toda Andalucía e incluso de Madrid– eran ya

muy considerables, de modo que el 7 de noviembre los ingleses hubieron de emprender la vuelta a casa con las manos vacías y contando entre sus filas con serias bajas.

En recuerdo de aquella batalla, una de las muchas victorias que obtuvo Felipe IV aquel año –que fue denominado por ello *annus mirabilis*–, Zurbarán pintó un gran lienzo destinado a formar parte del ciclo decorativo del salón del trono del nuevo palacio del Buen Retiro (cuadro que aún se puede contemplar en el Museo del Prado). La fortuna de las armas, en efecto, parecía sonreír al joven monarca de apenas 20 años. Sin embargo, desde fines de la década de 1620 la extensión de la Guerra de los Treinta Años, unida a ciertos problemas estructurales de la Monarquía Hispánica, fueron cambiando las tornas. Buena parte de Europa –Francia, Suecia, Dinamarca, Holanda y media Alemania– combatía contra las dos ramas de la casa de Habsburgo, la española y la austriaca. En tierra, los tercios españoles aún se mantuvieron invictos hasta 1643, cuando cayeron derrotados en Rocroix. Sin embargo, en el mar, la ventaja que fueron logrando holandeses e ingleses se iba haciendo claramente notable desde unos años antes. Prueba de ello eran las nuevas rutas comerciales que estas naciones iban logrando abrir a costa de los intereses hispanos, tanto en Europa y el Mediterráneo como, de forma aún incipiente, en América.

Los inicios del imperio británico en el Mediterráneo (1643-1705)

El Primero de diciembre de 1640, reinando todavía Felipe IV y bajo el gobierno de su famoso valido, el Conde-Duque de Olivares, el reino de Portugal se sublevó contra su rey. Apenas seis meses antes, Cataluña también se había sublevado, mientras que en octubre de 1639 una potente armada española –enviada al Mar del Norte, al mando del gran almirante don Antonio de Oquendo, con el propósito de asestar un severo castigo a los Holandeses– sucumbió en el combate naval conocido como Batalla de las Dunas. Acosada al mismo tiempo por Francia –con la que estaba en guerra desde 1635–, la Monarquía Hispánica parecía abocada a un enorme e inminente desastre bajo el cetro de un Felipe IV que, en los primeros años de su largo reinado (que se desarrolló entre 1621 y 1665), había gozado del sobrenombre de “El Grande” por los buenos augurios con los que se inició. Pero lo cierto es que, si bien la década de 1640 fue un rosario de

penalidades para el poderío español, Felipe IV y sus ministros fueron capaces de mantener bajo su cetro la mayor parte de su enorme herencia.

Así, los franceses fueron expulsados de Cataluña y la sublevación catalana controlada. En 1648 se firmó la paz con Holanda, tratado en el que, si bien se reconocía la independencia de este territorio, al menos se pudo conservar Flandes [denominación que equivale más o menos a lo que hoy entendemos por Bélgica]. Con Francia se firmó la Paz de los Pirineos en 1658, acuerdo en el que se pudieron limitar las pérdidas territoriales a algunas comarcas catalanas que pasaron a ser francesas —así, el Rosellón y la Cerdeña. Con Portugal, la guerra duró hasta 1668, ya muerto Felipe IV. En el tratado de paz se reconoció la independencia de Portugal, salvo en el caso de la ciudad de Ceuta, que desde 1640 había optado por el bando de Felipe IV frente al del sublevado duque de Braganza —desde entonces entronizado como João IV de Portugal. Así las cosas, a la muerte de Felipe IV, el Mediterráneo seguía estando dominado por la Monarquía Hispánica, que conservaba sus posesiones italianas: Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Milán, además de una estrecha alianza con Génova. Por su parte, la Serenísima República de Venecia continuaba un lento declive, mientras el poder francés, fortalecido tras la guerra con España, se encontraba no obstante geográficamente limitado. En la vertiente africana de este mar, el poder turco tampoco estaba en su mejor momento, padeciendo algunas disensiones y pérdidas territoriales en su frontera occidental, es decir, en el Magreb.

No obstante, más allá del poderío geoestratégico español, la pujanza comercial se estaba decantando en el Mediterráneo a favor de ingleses y holandeses, que habían comenzado a abrir mercados a lo largo y ancho de este mar, al socaire de los primeros síntomas de debilidad de la Monarquía Hispánica, ya desde comienzos del siglo XVII. A mediados de aquella centuria, de hecho, los ingleses se encontraban con fuerza y argumentos comerciales suficientes en el *Mare Nostrum* como para tratar de establecer una base a las puertas de dicho mar. De hecho, desde los años de 1650, mucho antes de la muerte de Felipe IV, la Inglaterra de Cromwell había sido capaz de hacerse dueña del mar en la zona del Estrecho, hostigando duramente las costas españolas. Fue precisamente en aquella época cuando los ingleses lograron apoderarse por primera vez, después de más de un siglo de intentarlo, de algunos barcos procedentes de Indias, cargados con grandes tesoros.

Ahora bien, la primera base estable de los ingleses en el Estrecho fue Tánger, cuya ubicación geográfica hacía presagiar un duro combate con España por obtener el con-

trol de este paso marítimo. En efecto, esta irrupción de los ingleses en la región supuso el primer asalto estable y de envergadura al control hispánico en la zona desde hacía un siglo y medio. Holandeses, franceses, ingleses y hasta turcos habían tratado de hacerse con un puerto en la zona que les permitiese atacar y beneficiarse del comercio más rico que había entonces en el mundo: la Carrera de las Indias, o lo que es lo mismo, el tráfico mercantil entre América y Sevilla. Es, por tanto, desde esta perspectiva amplia como debemos interpretar el efímero control británico sobre Tánger.

Desde un punto de vista más próximo a los hechos, la entrada de Tánger en la soberanía británica hay que relacionarla con la crisis de la Monarquía de Felipe IV en los años de 1640. Conviene recordar que Tánger era una de las pocas plazas fuertes que los portugueses conservaban, a mediados del XVII, en el Norte de África. Lo cierto es que, a consecuencia de la sublevación portuguesa contra Felipe IV de diciembre de 1640,



Mapa del Estrecho de Gibraltar, de Pedro Texeira (1634).

Peñón de Calpe, Gibraltar.

los ingleses encontraron la ocasión que anhelaban. Tal ocasión no fue otra que la gran debilidad diplomática con la que había echado a andar el *restaurado* reino de Portugal [los portugueses llaman a la rebelión de 1640 *Restauração*, en alusión a la *restauración* de su independencia respecto a España]. En efecto, sobre la nueva dinastía reinante –la de Braganza–, pesaban muchas dudas referidas a su legitimidad. Ignorando este escollo legal, holandeses y franceses vieron de inmediato en la rebelión lusa una oportunidad magnífica para debilitar el poderío de Felipe IV. Los ingleses, de la mano de Cromwell, tardaron aún unos años en tomar partido abiertamente por Portugal. En todo caso, fueron ellos los que obtuvieron los mayores frutos de la debilidad diplomática lusa. Dichos frutos se plasmaron en la alianza que la Corona inglesa selló con la de Portugal en 1661, que incluyó un acuerdo matrimonial para casar al rey inglés –Carlos II, repuesto en el trono– con la princesa Catalina de Braganza, hija del recién entronizado rey de Portugal. Entre otras muchas condiciones incluidas en el acuerdo matrimonial, figuraba la entrega a Inglaterra por parte de Portugal de las ciudades de Tánger y Bombay (esta última situada en la India) en concepto de dote.

En todo caso, todas las esperanzas británicas depositadas en aquel enclave estratégico resultaron vanas. Ni la ciudad ni su puerto pudieron ser el bastión del imperio comercial que estaban tratando de construir en el Mediterráneo. En primer lugar, la



ciudad vivía en un permanente estado de sitio, cercada por los poderes locales marroquíes, que atacaban siempre que les era posible. Por tanto, conseguir comida o armas era algo muy difícil, salvo que se les proporcionase por mar. En ese sentido, si bien desde 1660 España e Inglaterra estaban en paz, las autoridades españolas dificultaron todo lo posible el abastecimiento de Tánger, política de aislamiento que al final terminó por estrangular el dominio británico sobre la ciudad. Pero además, Tánger no disponía de un gran puerto seguro que permitiese albergar en él una importante flota. De este modo, en 1683, los ingleses optaron por abandonar la ciudad en manos de los marroquíes y esperar una nueva oportunidad.

Dicha ocasión no tardó, en todo caso, en presentarse como consecuencia de otra guerra, en este caso desatada por la sucesión a la Corona española. Aquel conflicto, de hecho, ofreció a Inglaterra la ocasión de intervenir militarmente de forma directa y decidida en toda la región. La conocida como *Guerra de Sucesión Española* (1701-1714) fue un conflicto de dimensiones europeas que se desencadenó por la muerte sin un heredero directo del último rey de la Casa de Austria en el trono de Madrid: Carlos II. Dos contendientes se disputaron aquella impresionante herencia, que aún incluía la mayor parte del continente americano, Filipinas, las posesiones italianas y Flandes. Tales competidores fueron el Archiduque Carlos de Austria, perteneciente a la rama austriaca de la familia Habsburgo, y Felipe de Borbón, que era nieto de Luis XIV, rey de Francia, y de una hermana de Felipe IV. En su lecho de muerte, Carlos II dispuso que su heredero fuese el candidato francés, que en efecto ascendió al trono español con el nombre de Felipe V, primer monarca de la dinastía Borbón en España. No obstante, a pesar de la voluntad expresa del difunto rey, pronto surgieron argumentos para que el archiduque Carlos reclamara, por la vía de las armas, sus derechos a la Corona española, dando así origen a una larga guerra que fue en parte civil –hubo partidarios del candidato austriaco en España, en especial en Aragón, Cataluña y Valencia- y en parte europea, ya que en ella intervinieron casi todas las potencias de la época.

En efecto, Inglaterra, temerosa de que las Coronas de Francia y España acabasen unidas en una misma persona, intervino a favor del candidato austriaco, junto con Portugal, Holanda y Austria, entre otros países. Así las cosas, la guerra tuvo múltiples escenarios a lo largo y ancho del continente y abarcó tanto la lucha marítima como la terrestre. Hay que tener en cuenta, por otro lado, que cada contendiente no se limitó a

apoyar a uno de los candidatos por estrictas razones de derecho hereditario, sino que del triunfo de su aliado todos esperaban obtener beneficios para sus propios intereses. En el caso de Inglaterra, como ya sabemos, uno de sus más anhelados objetivos se refería a su proyección mediterránea, mediante la cual esperaba consolidar su predominio comercial en este mar.

En consecuencia, las acciones inglesas más importantes se concentraron en la región del Estrecho o en el propio Mediterráneo. Para ello, su gran base naval era el puerto de Lisboa, mucho más próximo al escenario bélico que los lejanos puertos británicos. De este modo, por ejemplo, hubo un primer intento de actuar en tierra en las inmediaciones de Cádiz, protagonizado por una armada anglo-holandesa en 1702, que se saldó con un sonoro fracaso, pese a la fuerza empleada: 160 barcos, de los que cerca del medio centenar eran *navíos de línea*, es decir, de gran tonelaje.

En 1704, una nueva armada, también formada por buques ingleses –la gran mayoría– y holandeses, volvió a recalar en Lisboa con el objeto de estrangular el comercio franco-español en el Estrecho de Gibraltar. Así mismo, llegado el caso, tenían orden de promover y apoyar una acción bélica en tierra, por la que comenzar la conquista de España que planeaban el Archiduque Carlos de Austria y sus aliados. Aunque no se tenía muy claro por dónde comenzar dicha conquista, pese al enorme poderío de la fuerza naval comandada por el almirante inglés Sir George Rooke y las escasas fuerzas que podrían encontrar en tierra, al final se decidió el ataque contra Gibraltar. Por aquel entonces, las escasas defensas del Peñón consistían en una larga muralla y dos muelles protegidos por artillería, a los que se sumaba un pequeño bastión próximo al muelle viejo. La tropa encargada de la defensa no alcanzaba los 600 hombres, la mayoría vecinos de la ciudad.

En todo caso, el asalto comenzó el 1 de agosto de 1704, a cargo de cerca de medio centenar de navíos de gran tonelaje y unos 19 de menor envergadura. Pese al cañoneo por parte de los defensores, los aliados entraron sin mayores problemas en la bahía de Algeciras. Como primer objetivo, se procedió al desembarco de parte de la infantería, que logró apoderarse del istmo que une el peñón al continente. De esta forma, los anglo-holandeses se aseguraron de que la ciudad no recibiría más suministros. Tras desplegar su impresionante fuerza naval, cubriendo las aguas de la bahía con sus barcos, los atacantes ofrecieron la rendición a los gibraltareños. Ante su reiterada negativa

de los días 1 y 3 de agosto, el día 4 los asaltantes se dispusieron en orden de combate y procedieron a batir las defensas con su potente artillería, que concentró sobre Gibraltar cerca de 1.500 cañones. En pocas horas arrojaron sobre la ciudad unas 28.000 balas de cañón, según algunas estimaciones. Como resultado, la artillería de los muelles quedó inutilizada y una parte de la larga muralla cayó por tierra. Acabada esta primera fase, se procedió al asalto de los muelles a bordo de lanchas. El combate fue, pese a la diferencia de fuerzas, bastante duro, perdiendo los ingleses muchos hombres. No obstante, lograron apoderarse en pocas horas del muelle nuevo.

Así las cosas, los defensores no tenían ante sí más remedio que capitular o morir en una resistencia sin esperanza alguna. El mismo día 4 se firmó la rendición de la ciudad, obteniendo a cambio los defensores permiso para salir armados de la ciudad, transportando sus enseres y la artillería que quedaba útil. De este modo, se proclamó en Gibraltar como rey de España al archiduque Carlos, aunque como es bien sabido sería al final la Corona Británica la que se haría con la soberanía de la Roca hasta nuestros días. De hecho, tal cosa quedaba ya recogida en los acuerdos alcanzados entre los aliados del Archiduque para repartirse, en caso de triunfo, el botín de la herencia del difunto Carlos II. En efecto, aquellos acuerdos preveían que los ingleses se quedarían con Ceuta, Menorca y Gibraltar. Por consiguiente, fueron ingleses la inmensa mayoría de los soldados que permanecieron de guarnición en la ciudad y fue igualmente inglés el dinero que financió las formidables defensas que, desde entonces, se procedió a construir en el Peñón, convirtiéndolo en literalmente inexpugnable. En todo caso y más allá de la legalidad internacional del momento, lo cierto es que Gibraltar era una plaza que colmaba las aspiraciones de los ingleses de poseer una fuerte base naval en la puerta del Mediterráneo. Por su parte, la población gibraltareña no aguantó muchos días bajo el dominio de los nuevos amos de la ciudad. Así, a las pocas semanas y acogidos a lo pactado en la rendición de la ciudad, cerca de 5.000 personas abandonaron Gibraltar con la esperanza de regresar a ella cuando la guerra terminase, sin sospechar que aquel cambio de soberanía iba a resultar mucho más prolongado de lo esperado.

De todos modos, en vista del fácil éxito obtenido, el almirante Rooke decidió intentar también la conquista de Ceuta. En caso de haberse producido tal cosa, hubiera supuesto el total dominio por parte de los aliados del Archiduque Carlos del Estrecho de Gibraltar, lo que a su vez hubiera partido en dos a la marina franco-española, la mitad de la cual se

encontraba en el Mediterráneo y la otra mitad en el Atlántico. Sin embargo, no fue así, debido a la mejor calidad de las defensas ceutíes comparadas con las de Gibraltar.

Por su parte, los franceses trataron de contrarrestar el golpe en el mar, presentando batalla a la armada de Rooke, conscientes de que era su única posibilidad de recuperar Gibraltar a corto plazo. De esta forma, al mando del conde de Tolouse, una considerable flota francesa –formada por 51 navíos de línea–, apoyada por las galeras españolas, se reunió en Málaga para iniciar el contraataque. Sumaban en total cerca de 25.000 hombres. Frente a ella iba a comparecer una escuadra de dimensiones muy similares, tanto en número de barcos y cañones como de hombres. Ambas armadas se encontraron en las aguas mediterráneas del Estrecho, a 30 millas de Málaga, procediendo a adoptar la clásica formación del combate naval: tres líneas sucesivas que iban de la vanguardia a la retaguardia, pasando por el centro de la formación, en el que se ubicaba la nave almiranta [aquella en la que se encuentra el jefe de la formación]. Era el día 24 de agosto de 1704. Los ingleses, que estaban situados a barlovento, iniciaron su ataque sobre la vanguardia francesa, que resistió la investida, durando el intercambio de balazos hasta que oscureció. Sólo entonces ambas formaciones se distanciaron y procedieron a reparar, en la medida de lo posible, los daños sufridos. Cerca de 5.000 hombres habían



Combate entre dos fragatas del siglo XVIII.

perdido la vida víctimas de un cañoneo que, a buen seguro, se pudo escuchar en una amplísima franja de terreno en la costa malagueña. Incluso los últimos intercambios de disparos fueron visibles desde tierra cuando, a la caída de la noche, la oscuridad iba cubriendo los horrores del día.

No hubo más combates en los días siguientes. Según declararon tanto Rooke como Tolouse, el enemigo rehuyó el combate. Ambos contendientes se proclamaron, por tanto, vencedores de aquella batalla de Málaga. Fuera como fuese, lo cierto es que los franceses no habían logrado disminuir la ventaja obtenida por los ingleses con la toma de la Roca, ni lo lograron al año siguiente con otra escuadra que trató de ponerle cerco. De hecho, fueron los ingleses los que mejoraron su posición, ya que tuvieron tiempo de volver a Gibraltar y fortificarla, de modo que no hubo cambios significativos en el nuevo equilibrio a lo largo de la guerra. Así las cosas, la paz de Utrech, que puso fin a la *Guerra de Sucesión*, dejó en manos inglesas Gibraltar y la isla de Menorca, entre otras muchas condiciones pactadas como colofón a un contienda verdaderamente europea. Gran Bretaña tenía al fin su base estratégica para controlar uno de los pasos del comercio marítimo internacional más importantes del mundo.

El cabo de Trafalgar.



De los Pactos de Familia al imperio de Napoleón: el siglo XVIII

Si bien es cierto que la *Guerra de Sucesión* se había librado en buena medida para impedir que, bajo ningún concepto, pudieran recaer las coronas de España y Francia en la misma persona, el hecho de que la Casa de Borbón reinase en los dos países no dejó de suponer una significativa reordenación de las alianzas europeas. En efecto, frente a la tradicional rivalidad franco-española, el siglo XVIII puede ser definido como un paréntesis caracterizado por una sólida alianza entre ambas monarquías. Una alianza que tenía como principal objetivo oponerse al otro poder europeo emergente, el de Inglaterra. Esta reorganización de las alianzas se plasmó en sucesivos tratados firmados entre los reyes de Francia y España que, en conjunto, se ha dado en denominar “Pactos de Familia”. Unos pactos que, en términos generales, plasmaban por escrito el entendimiento estratégico entre las dos ramas de la Casa de Borbón.

Como hemos visto, desde mediados del siglo XVII el poderío naval español se vio sumamente disminuido. Los últimos esfuerzos de recuperación naval de Felipe IV no



tuvieron continuidad en el reinado de su hijo, Carlos II (1665-1700). Por su parte, el reinado del primer Borbón, Felipe V (1701-1746) estuvo marcado por la guerra que le consolidó en el trono y por la dependencia estratégica de Francia, verdadera responsable de su victoria. Sin embargo, tras la firma de la paz de Utrecht, las urgencias de la Monarquía española seguían siendo muchas y su necesidad de barcos se mantenía intacta. En efecto, pese a que buena parte de las posesiones que había heredado Felipe V fueron desgajadas de su Corona y entregadas a otros países reinantes y pese a que el antiguo monopolio comercial con América se veía ahora mermado por los privilegios obtenidos por los ingleses en aquella paz, el rey de España seguía teniendo un vastísimo imperio diseminado por medio mundo. En lógica consecuencia, esto implicaba la necesidad de mantener una marina fuerte, y más si se aspiraba a no depender de ninguna nación extranjera para controlar y obtener beneficios de tan dispersas posesiones.

En este sentido, el siglo XVIII se caracterizó por un considerable esfuerzo de recuperación naval, coronado además por un notable éxito. Tal cosa se logró sobre todo merced a la iniciativa del marqués de la Ensenada, el gran ministro del rey Fernando VI. Es verdad que, antes de Ensenada, Patiño había protagonizado, ya en el reinado de Felipe V, un primer esfuerzo por recomponer la Armada española. Acaso el más im-



El Santísima Trinidad.

portante legado de Patiño a su sucesor fuese mostrar cómo y hasta qué punto debían ser transformadas las viejas inercias heredadas para lograr, al fin, un verdadero resurgimiento naval. En todo caso, a Patiño se debió la ampliación de la escuela de pilotos de Sevilla —ubicada en el palacio de San Telmo—, la fundación de un colegio de Guardiamarinas y la creación de unidades de artillería específicas para servir en la armada. También se debe a este ministro la designación de tres enclaves navales como puntos fundamentales para la marina española, dotados de todo tipo de infraestructuras para la construcción y reparación de buques: El Ferrol, Cartagena y Cádiz (El Puntal), a lo que habría que sumar, en el Caribe, La Habana.

Lo cierto es que, sobre aquellas bases, Ensenada empezó a obtener grandes frutos. Así, por ejemplo, amplió las bases navales y fomentó mucho la industria nacional de navíos de línea, importando para ello técnicas de aquellos lugares en los que había mayores avances. Sobre todo, claro está, Inglaterra, pero Ensenada también envió observadores a Francia, Holanda y Rusia. Muestra de que sus planes eran de largo plazo es su política de repoblación forestal, cuyo objetivo era permitir el sostenimiento de dicha industria en las décadas sucesivas. Como resultado, a mediados del siglo XVIII, España volvía a contar con una marina de guerra que se contaba entre las tres más poderosas del mundo, sólo superada por la francesa y la inglesa. Aquella recuperada posición de poderío, unida al gran imperio americano, permitió al rey de España erigirse en ciertas ocasiones en árbitro de la gran política mundial. En cambio, pese a los notables éxitos, la España de los Borbones no fue capaz de obtener, por ejemplo, tan ansiados objetivos como la recuperación de Gibraltar. Sí, en cambio, se pudo hacer lo propio con Menorca e, incluso, se pudo recuperar parte de las posesiones italianas.

Sin embargo, todo el esfuerzo de aquella industria renacida y toda aquella tradición de grandes marinos ilustrados —adjetivo que, para este caso, debe ser entendido como *marinos científicos*, dotados de una gran formación teórica y técnica— iba a desembocar en una de las batallas más literariamente descritas de la historia de España: la Batalla de Trafalgar. A don Benito Pérez Galdós debemos una de esas novelas dotadas de una capacidad de evocación tal que casi nos parece poder haber interiorizado la experiencia que describe en el primero de sus *Episodios Nacionales*. Y es que la batalla de Trafalgar tuvo todos los componentes necesarios para ser descrita como legendaria: una dimensión histórica innegable, combates heroicos, hazañas personales y la muerte de uno de

los más grandes marinos de la Historia, el cual, además, se llevó el triunfo. Nos referimos al gran Horacio Nelson. Junto a él, otros muchos grandes marinos –españoles y franceses– dejaron la vida en el último gran combate naval que se produjo en aguas del Estrecho de Gibraltar: Churruca, Alcalá-Galiano, Alcedo, el francés Magon...

La batalla de Trafalgar sólo puede ser entendida dentro de su amplio contexto. Un contexto que viene marcado por las ambiciones de invadir Inglaterra por parte de Napoleón Bonaparte. En efecto, a la altura de 1804 el ejército de Napoleón era el más poderoso del mundo en tierra. De hecho, su dominio del continente europeo comenzaba a ser abrumador. Sin embargo, la marina de guerra francesa no era capaz, por sí sola, de enfrentarse con alguna esperanza de éxito a la inglesa, carencia que puso de relieve la capacidad de arbitraje, en el tablero de poder mundial, de la marina de guerra española. Conviene recordar que, a comienzos del siglo XIX, reinaba en el trono de Madrid Carlos IV el cual, tras las Guerras de la Convención –en las que España se enfrentó a la Francia revolucionaria–, recompuso las alianzas pro-francesas con el objeto de asegurar sus posesiones americanas frente al peligro del expansionismo inglés. Es decir, Napoleón y Carlos IV compartían enemigo, aunque por diversas razones. Así las cosas, España entró en guerra con Inglaterra, aunque subordinada a la estrategia general de Napoleón.

Dicha estrategia consistía, en el caso concreto de los planes de invasión de Inglaterra –prevista para 1805–, en agrupar las armadas española y francesa y dirigirse a atacar las Antillas Inglesas, con el expreso deseo de lograr que Nelson fuese en su persecución, como en efecto hizo. Una vez que el almirante al mando de la escuadra franco-española –Pierre de Villeneuve– supo que Nelson estaba en aguas del Caribe con su escuadra, cumplió con sus instrucciones, que consistían en regresar a toda prisa a Europa para permitir el embarque del ejército francés en Boulogne, con destino a una Inglaterra desprotegida por mar. Sin embargo, Nelson sospechó desde muy pronto que el viaje a las Antillas era una maniobra de distracción, sobre todo porque sus enemigos no presentaban batalla. De este modo, asumiendo un altísimo costo en responsabilidad, dejó desguarnecidas las Antillas y se dirigió de vuelta a Portsmouth para proteger a la Metrópoli por medio de la defensa de las aguas del Canal de la Mancha. Esta circunstancia, unida a la declaración de guerra de Austria a Francia, provocó que Napoleón desistiese, por el momento, de sus planes de invadir Inglaterra.



Horacio Nelson.

En todo caso, la armada franco-española seguía operando unida. En agosto de 1805 se reunió en Cádiz, contándose entre sus fuerzas 33 navíos de línea. Por su parte, Nelson salió de Inglaterra, decidido a presentar batalla a sus enemigos. Así, el 29 de septiembre de 1805, la armada inglesa se presentó en Cádiz. En vista de este desafío, la decisión de abandonar la seguridad del puerto gaditano para afrontar un combate en mar abierto era un asunto muy delicado que fue objeto de muchas deliberaciones. Parece ser que la decisión final de asumir el riesgo fue defendida de forma muy personal por Villeneuve, consciente de que necesitaba hacer méritos ante Napoleón para mantener su puesto [se rumoreaba por entonces que Napoleón ya había decidido su destitución]. En todo caso, lo cierto es que el 19 de octubre la escuadra combinada abandonó Cádiz sin oposición alguna por parte de los ingleses. Esta facilidad concedida por el enemigo se debía, a su vez, a la decisión personal de Nelson de que el combate tuviese lugar en mar abierto, de forma que se tratase de un combate con carácter decisivo.

Sea como fuere, los 18 navíos franceses y los 15 españoles –todos ellos grandes navíos de línea, a los que se sumaban varios de menor tamaño– abandonaron la Bahía aquella mañana. Entre aquellas impresionantes y majestuosas máquinas de guerra se contaba el buque más grande jamás construido, el navío de línea Santísima Trinidad,



Ruptura de la línea franco-española por la armada inglesa.

que cargaba la formidable capacidad de fuego de 130 cañones por banda. Junto a este gigante, navegaban otros enormes buques de entre 90 y 120 cañones, distribuidos en los tres cuerpos clásicos de la estrategia de batalla naval: vanguardia, centro y retaguardia, a la que se sumaba un cuerpo de reserva, cuyo objetivo debía ser apoyar a los grupos de barcos que se pudiesen encontrar en apuros durante el combate. Así formados, al día siguiente se dirigieron hacia el Estrecho, con el fin de cruzar el Mediterráneo para apoyar las operaciones militares que Napoleón desarrollaba en la zona del Adriático.

El día 21, cuando se encontraban a la altura del Cabo de Trafalgar, se presentó la escuadra de Nelson por barlovento. Villeneuve dispuso sus navíos en la tradicional línea de combate, es decir, una larga fila de buques dispuestos a cañonear al enemigo. Nelson comenzó a acercarse en la misma disposición. Sin embargo, de pronto la escuadra inglesa cambió su formación, transformando la convencional línea de fuego en un ángulo, en cuyo vértice atacante se situó el mítico navío de Nelson, el *Victory*. Cuando estuvieron más cerca de la escuadra combinada, los ingleses se dividieron en dos columnas paralelas que cortaron de forma perpendicular la formación franco-española, fragmentándola en tres grupos aislados. Para mayor desorden en las líneas aliadas, Villeneuve ordenó un viraje en redondo que no pudo completarse en el adecuado orden. Así, hacia el mediodía de aquel 21 de octubre comenzó el durísimo cañoneo entre las



La muerte del brigadier Churrucá.

dos escuadras. La maniobra magistral de Nelson se había coronado con un éxito inicial que otorgaba a los ingleses una enorme superioridad, al haber logrado que los extremos de la formación hispano-francesa quedasen desconectados del combate y, lo que es peor, sin poder recibir órdenes de Villeneuve, inmerso en el centro de la contienda.

Así las cosas, Nelson dispuso sus barcos en dos líneas semicirculares, en el centro de cada una de las cuales se encontraban unos pocos barcos franceses y españoles, sometidos a un durísimo cañoneo desde ambos lados. Particularmente heroicos resultaron los combates de varios navíos, cada uno de ellos comandado por un legendario marino. Así por ejemplo, el San Juan Nepomuceno, bajo las órdenes del brigadier Churrucá, vendió muy cara su piel mientras peleaba con seis navíos ingleses. Del mismo modo, el formidable Santísima Trinidad –bajo las órdenes del contralmirante Cisneros– echó a pique dos navíos ingleses antes de ser desarbolado. El Príncipe de Asturias, al mando del jefe de la escuadra española, el almirante Gravina, fue capaz de hundir tres navíos ingleses antes de sucumbir. También el Bucentaure, en el que combatía Villeneuve, se defendió con gran valor.

Al fin, tres navíos españoles y uno francés fueron hundidos, mientras que 10 de ambas nacionalidades fueron apresados por los ingleses. Además, cuatro navíos franco-españoles resultaron inutilizados. Un dato sorprendente de la batalla es el de los

mueritos: se contabilizaron unos 4.000 entre franceses y españoles y algo más de 400 en el lado inglés. Al parecer, la diferencia tan abultada en el número de bajas se debió a que los buques ingleses disparaban directamente contra los cascos de los navíos enemigos, mientras que los aliados procuraban con sus disparos sobre todo desarmolar a los enemigos para impedirles maniobrar y, por tanto, combatir. Todavía hubo ocasión, al día siguiente, 22 de octubre, para que un capitán francés persiguiese a los ingleses –que regresaban vencedores- con seis navíos españoles y franceses que no habían entrado en combate el día anterior, logrando recuperar el navío español Santa Ana, que había sido capturado.

Nelson dejó la vida en el combate, alcanzado por un disparo de mosquete. Se dice que la bala que atravesó su pecho en la primera fase del combate procedía de un buque francés y que seguramente quien realizó el disparo buscaba acabar con el almirante inglés, reconocible por la pechera de su casaca, engalanada con infinidad de condecoraciones [casaca que hoy en día está expuesta en el interesantísimo Museo Naval de



La derrota del Redoutable.



Batalla de Trafalgar.

Greenwich, cerca de Londres]. Lo cierto es que el más grande marino de la Historia de Inglaterra murió al atardecer del día 21, justo cuando su audacia quedaba coronada por aquel gran triunfo. Su cadáver fue introducido en un barril de brandy para conservarlo y llevado a Londres, donde se le organizó un magnífico funeral. Por su parte, Villeneuve, que había sido capturado en su buque, fue trasladado a Gibraltar. Más tarde, al ser liberado, mientras regresaba a Francia para entrevistarse con Napoleón, se quitó la vida.

La trascendencia del combate justifica estos dos finales: el reconocimiento inglés a quien había sabido garantizar la independencia de su país, por un lado, y el suicidio para quien no supo o no pudo arrebatar a Inglaterra su dominio de los mares, dominio que, en adelante, iba a ser abrumador.

Capítulo IV

Bailén

La batalla de los olivares.

Manuel Moreno Alonso. *Universidad de Sevilla.*

Desde 1799, Napoleón Bonaparte, Emperador de los franceses, había transformado la Francia revolucionaria en una potencia expansiva de ambiciones ilimitadas. Su agresiva política internacional situó al Emperador como árbitro político en media Europa. En 1807-1808, las contradicciones y extremas debilidades de la monarquía Borbónica en España llevaron a Napoleón a erigirse en juez y parte de los destinos de toda la nación. De hecho, amparado en diversos acuerdos concertados entre él mismo y los debilitados Borbones, Bonaparte había comenzado en 1807 a introducir numerosas tropas en España, en principio destinadas a poner en ejecución el embargo decretado contra Inglaterra mediante la invasión de Portugal. Sin embargo, las famosas abdicaciones de Bayona dieron lugar a que Napoleón nombrase, en junio de 1808, rey de España a su hermano José I, el conocido como “Pepe Botella”.

Para entonces, el motín madrileño iniciado el 2 de mayo había supuesto el inicio de una contienda entre la mayor parte de los españoles y su rey intruso, al cual apoyaban las tropas francesas al mando del mariscal Murat y ciertos sectores *afrancesados* de la sociedad española. Ahora bien, los rebeldes españoles, carentes de un monarca o un poder establecido, hubieron de organizarse de forma espontánea en “juntas” que fueron surgiendo por doquier, las cuales asumieron el poder político y organizaron la defensa frente al invasor. En el fondo, ese movimiento político espontáneo iba a significar el nacimiento de una nueva fuente de legitimidad política, la popular, cuya plasmación

programática daría lugar unos meses más tarde al famoso régimen liberal de Cádiz. En este contexto y con la ayuda exterior de Inglaterra, los soldados españoles obedientes a la Junta Suprema –poder central de la España rebelada– se enfrentaron al poderoso ejército francés en la conocida como batalla de Bailén.

* * * *

El enfrentamiento final entre los ejércitos de Dupont –jefe del ejército francés enviado a Andalucía– y Castaños –jefe del ejército español emanado de las Juntas– se produjo el martes 19 de julio de 1808. Según el parte enviado por éste a la Junta Suprema de Sevilla, se había luchado hasta el momento... “con la paciencia y constancia que caracteriza a la nación española”. Así que lo que el general francés pensó inicialmente que podía ser una mera *promenade militaire* a través de Andalucía se convirtió en una severa derrota. Tan solo la evacuación de Andújar, por el contrario, en vísperas de la batalla, resultó ya catastrófica de por sí.

El general Dupont, sorprendiendo a Castaños, quiso franquear las Termópilas españolas el 19 de julio, pero él mismo fue víctima de su propia trampa. Este día optó por dejar Andújar y dirigirse a Bailén, creyendo que el grueso del ejército español se encontraba en los Visos de Andújar y no en Bailén. Fue un gran error de información. Mucho más acertado estuvo el general en jefe español, quien, desde dos días antes, tenía muy claro que el ejército de Dupont se encontraba en una situación desesperada, que le beneficiaba extraordinariamente. La suerte iba a decidirse el martes 19 de julio.

Aquel martes, además, lo mismo que ocurrió con el lunes de las Navas, habría de cambiar la historia de la nación. Gracias a la batalla, que tuvo consecuencias inimaginables, la nación española cobró fe en sí misma después de siglos de abatimiento. La *patria* fue defendida por sus propios hijos. Por lo cual los liberales españoles habrían de comparar simbólicamente Bailén con Villalar, como cuna de una nueva nación que luchaba por su independencia y sus libertades. La realidad se sublimaba en el mito de la nueva nación, y de la nueva patria, capaz de resurgir de sus propias cenizas. Todo se decidió en un día de la vida de la nación, aquel martes de Bailén. “En un solo día, en el día 19 de julio –se dirá en una proclama–, las tropas vencedoras de Austerlitz y Jena han reconocido nuestra razón, nuestra justicia y nuestro valor”.

La realidad fue que, de momento, gracias a la victoria impensable de aquel martes, los españoles se vieron dueños de su destino. La propia capital de la nación fue liberada de las tropas napoleónicas. José Bonaparte, proclamado poco antes como rey de España, tuvo que abandonar precipitadamente Madrid. Mientras, como diría el marqués de las Amarillas, “un pueblo inmenso, lleno de la más pura alegría, acudió a celebrar la entrada del vencedor de Bailén y con sus vivas y aplausos, hijos del corazón, pagó a su gloria el más justo y lisonjero homenaje”.

La batalla de los olivares

En la medianoche del 18 al 19 de julio, el general Dupont decidió, por fin, abandonar Andújar, donde se había posicionado desde hacía más de un mes, y retirarse hacia Bailén. Pero, al llegar al amanecer al puente y arroyo del Rumblar, Herrumblar en la época, a tres cuartos de legua de Andújar, los franceses hallaron ya ocupada esta posición por las divisiones de Reding y Coupigny, quienes, después de dejar un grueso destacamento en Bailén, marchaban con dirección a Andújar para atacar a Dupont. Situado a unos cinco kilómetros antes de llegar a Bailén por el camino que procede de Andújar, el puente de piedra sobre el río, de orillas escarpadas, era fundamental para el paso de la artillería y del convoy.



Conmemoración anual de la batalla de Bailén.

Cruzado el puente, el camino llegaba a una cuesta empinada con algunas casas conocidas con el nombre de el Ventorrillo, y tras ellas una llanura situada entre los Zumacares y el Cerrajón, ligeramente en cuesta, que acaba en un collado llamado de la Cruz Blanca. A un kilómetro y medio estaba Bailén. “Como curioso contraste debe señalarse que los olivos, árbol simbólico de la paz, fueron mudos testigos de la porfiada y sangrienta lucha”, escribió el historiador de Bailén Mozas Mesa.

Los franceses, delante de Bailén, ocuparon la línea de eminencias a ambos lados de la carretera con dirección a Andújar, en El Cerrajón y los Zumacares Grande y Chico, donde se formó el frente de batalla. Mientras que la línea española se constituyó sobre el mismo lugar donde habían acampado el día anterior, ocupando las lomas suaves desde la Cañada de Marivieja, Cerro de Valentín, Charco de la Gallina, Era de Carrajal hasta la Cañada de las Monjas, extendiéndose después hasta el Haza Walona, por la izquierda y llegando el ala derecha hasta la parte superior del Zumacar Grande y la Mamedilla. En la cañada divisoria de los dos frentes se hallaba la Noria de San Lázaro, que iluminará páginas de leyenda.

Hoy día el crecimiento urbanístico y la autopista Madrid-Cádiz han desfigurado notablemente el terreno. La expansión cerámica industrial ha invadido el paisaje, particularmente en el camino de Mengíbar y en la salida de Bailén hacia Andújar. El cerro del Ahorcado ha quedado reducido a un montículo, y solo la presencia de olivares y una ermita han podido salvar el Cerrajón, Haza Walona y San Cristóbal. Entonces, los campos colindantes con la Cruz Blanca eran tierras de labor y de olivares, que podían ocultar las fuerzas pero, tras dicho collado, el terreno se volvía diáfano, y por consiguiente quedaba a merced del alcance de las armas de fuego de la época.

Eran las dos de la mañana del día 19, cuando el general en jefe francés divisó la fuerza española que, entregada al descanso y sorprendida inesperadamente, se desplegó en batalla con “una extraordinaria celeridad”. En absoluto fue víctima “de la terrible confusión que en semejantes casos sobreviene”. Aún cuando ni unos ni otros tenían una idea muy clara del desenlace de la acción que se les venía encima. Pues en sí misma la batalla de Bailén consistió en un conjunto de operaciones cuyo escenario se extendió desde el valle del Guadalquivir (Mengíbar, Villanueva de la Reina, Andújar, Arjonilla) hasta Sierra Morena (Santa Elena), durante los días que transcurren del 16 al 19 de julio.

Colocadas “con acierto” todas las armas por parte española, rompió el fuego de artillería por ambos ejércitos. Según los españoles, éste se llevó a cabo con muy poco tino por parte de los franceses, cuyos tiros se dirigieron más atrás de la retaguardia, al contrario que la española, que desbarataba las columnas francesas. Por su parte, el general Castaños actuó desde el principio con grandísima parsimonia, sin preocuparle la posición de Reding y Coupigny, a los que parece creyó capacitados para resistir a Dupont. Permaneciendo al frente de una fuerte retaguardia, con unos 3.400 hombres de buenas tropas, Dupont, por su parte, pensó erróneamente que dejaba atrás el grueso del ejército español. Tanto por parte de unos como de otros la falta de información sobre los enemigos respectivos fue total.

Según una de las primeras historias de la guerra por parte española, el marqués de Coupigny, y su segundo el brigadier Guimarest, hicieron en este día “prodigios de valor”, consiguiendo con su división desalojar al enemigo a la bayoneta de una fuerte posición en que se habían situado, y a replegarse con la mayor parte de sus fuerza sobre la izquierda y el centro. Al mismo tiempo que el barón de Montagne practicaba otro tanto por las alturas de la derecha.



Recreación de la batalla de Bailén.

En esta situación, sobre las cinco de la mañana, volvió de nuevo a romperse el fuego de la artillería. Saliendo los franceses de los olivares que cubrían su posición, se situaron enfrente de la línea española, donde no había “ni una pequeña mata” que los pusiera al abrigo de los tiros del enemigo. Pues el general Reding y su segundo Venegas, con su correspondiente infantería, caballería y artillería, se mantuvieron a cuerpo descubierto y no retrocedieron ni un solo paso de sus posiciones primitivas.

Por su parte, los regimientos de Farnesio y de Borbón acometieron al enemigo hasta dentro de sus mismos olivares, donde pereció el sargento mayor Juan Cornet. Después, al retirarse de esta carga el primero de estos cuerpos, se vio rodado por un escuadrón de coraceros franceses, que se apoderó de una de sus insignias o banderas. Pero, habiéndose sostenido hasta estar mezclados en la batería de la derecha, desde ella fueron arrojados y batidos con el auxilio de los mismos artilleros, “quedando tendidos al frente de la misma batería más de la mitad de los que componían la caballería enemiga”.

Mientras tanto, por su parte, Coupigny continuaba atacando las alturas de la izquierda. En estos ataques murieron el coronel del regimiento de línea de Jaén Antonio Moya, su ayudante Carlos Sevilla y medio centenar de sus hombres. El regimiento tuvo 176 bajas por desertión. También fue herido gravemente el barón de Montagne, que continuó atacando las alturas de la derecha. La desbandada fue total, arrastrando a los zapadores, que se vieron obligados a retirarse hacia el Cerrajón, situado a la izquierda y a retaguardia del Haza walona.

Al ver el general Dupont el poco fruto que sacaba de las alturas, ordenó una segunda carga contra la línea española, que fue sostenida por Reding, quien obligó a los franceses a retirarse a sus olivares. El coronel Soler con su regimiento de Órdenes atacó a la bayoneta, desalojando a la infantería francesa, aunque al final tuvo que retirarse con pérdida de algunos oficiales. No obstante, fue particularmente demoledora la actuación de la caballería francesa, los dragones y coraceros de los comandantes Barón y Vernerey, respectivamente, en la lucha contra los infantes españoles.

Mientras tanto, el general Vedel se hallaba a tres leguas de La retaguardia española, sin resolverse a tomar un partido decisivo. Razón por la cual se destacaron desde el amanecer dos mil hombres del ejército español para observar sus movimientos. Tropas que no tomaron parte en la acción, con objeto de evitar un golpe de mano, una vez reforzadas con dos cañones y una compañía de zapadores.

Dupont continuó sus ataques en todas direcciones, cargando principalmente sobre el centro, que parecía ser por donde se había propuesto romper. Pero ni en sus ataques parciales ni en los generales contra toda la línea a un tiempo tuvo otro resultado que el de ver a sus columnas deshechas y obligadas a refugiarse en los olivares.

A las diez y media de la mañana se presentaron algunos oficiales y tropas francesas con pañuelos blancos, pidiendo capitular, cuya señal fue observada por las tropas de artillería de la izquierda. Lo cual no tuvo efecto a causa de que la batería de la derecha, que únicamente divisaba la polvareda, rompió el fuego, que siguió en toda la línea.

Entonces Dupont trató de hacer el último esfuerzo. Colocado con todos sus generales a la cabeza de los diversos cuerpos de su ejército, ordenó una carga general a la bayoneta, y gritando *en avant* se dirigieron de nuevo a romper el centro de los españoles mientras su artillería hacía fuego sobre estos. Tres veces se repitió la carga, y tres veces tuvieron que retroceder para rehacerse en los olivares.

En esta situación, perdidas ya las esperanzas por parte de Dupont de penetrar la línea española, y de escapar de la tercera y cuarta división que venían sobre su espalda por Andújar, se resolvió a entablar negociaciones con los españoles. A lo que le obligó la ausencia de Vedel, con cuyo ataque a la retaguardia de Reding contaba. Así fue como se decidió a pedir a Coupigny una suspensión de armas con objeto de capitular.

Por su parte, Coupigny, de acuerdo con Reding y con el objeto de ganar tiempo para que la tercera división al mando de La Peña, que venía desde Andújar, llegase a la vista del enemigo, determinó entretener y no concluir nada por sí bajo el pretexto de que las negociaciones debían entenderse con el general Castaños. Fue el oficial de ordenanza Villoutray el encargado de pedir la titulación.

Mientras esto sucedía en Bailén, el general Vedel, que había llegado a La Carolina el 17 de julio, permaneció allí todo el día. Y el 19, habiendo oído el cañoneo en la dirección de Bailén, se dirigió a reunirse con Dupont, de cuyo campo no distaba más que tres leguas. Como el calor era extraordinario, Vedel mandó hacer alto para descansar cerca de Guarromán, a dos leguas de Bailén. Y, continuando en breve su marcha, llegó a este pueblo a las cuatro y treinta de la tarde. Y, encontrando en su frente a la retaguardia de Reding, que estaba descansando fiada en el armisticio, recibió con fuego a los españoles parlamentarios que Reding mandó para informarle de la capitulación entablada entre el ejército español y el de Dupont.

Vedel no dio crédito a las palabras de los enviados españoles hasta cerciorarse por sí mismo, enviando a un teniente coronel al campo de Dupont, a quien se le permitió atravesar la línea española. Entonces, aprovechándose de la suspensión de armas, se arrojó y apoderó de la derecha de la retaguardia de Reding, haciendo prisioneros dos regimientos de infantería con dos piezas de artillería. Ante lo cual el regimiento de las Órdenes desalojó inmediatamente de la altura de San Cristóbal a la derecha del general Vedel que se había apoderado de ella.

Según el historiador Muñoz Maldonado, “por una de aquellas circunstancias más notables y extrañas que nos presenta la historia de las guerras, una parte de los dos ejércitos francés y español, separada por el mismo campo de batalla, se encontraba encerrada por sus enemigos”. El general Dupont se hallaba entre las tropas del general La Peña por la espalda y las de Reding por su frente. Y éste se encontraba entre las del general Dupont por su frente y el general Vedel por la retaguardia.

Por su parte Reding y Coupigny intimaron a Dupont que sería responsable de la conducta de Vedel y de sus consecuencias si no mandaba a éste suspender el fuego. Al recibir éste, finalmente, la orden para retirarse a sus antiguas posiciones, y para devolver los regimientos que había hecho prisioneros, lo que verificó pero sin armas ni banderas, se fugó por el camino de La Carolina hacia Despeñaperros.



Conmemoración anual de la batalla de Bailén.

Al insistir los españoles que las tropas de Vedel fuesen comprendidas en la capitulación, éstas se resistieron. Entonces Vedel, el día 20 por la mañana, reunió a sus jefes y oficiales, decidiendo aprovechar la ocasión para atacar a los españoles, a pesar de la oposición de su comandante en jefe, quien le dijo que ya no estaba en su mano romper las negociaciones entabladas. Vedel entonces levantó el campo y se dirigió a La Carolina.

Al apercibirse los españoles de este movimiento “retrógado”, Reding envió a un oficial a Dupont intimándole que “pasarían a cuchillo todas las tropas que tenían bloqueadas, si la división Vedel no venía inmediatamente a ocupar su primera posición”.

En esta situación, Dupont despachó al comandante Marcial Tomas, su jefe de Estado mayor, para detener la marcha de aquella división. Pero como a las dos de la tarde del día 21 el general Reding, “impaciente de no ver llegar las tropas cuya vuelta reclamaba, renovase su amenaza”, Dupont envió al general Privé con el objeto de hacer retroceder a Vedel. El enviado le alcanzó en Santa Elena, y “a pesar del ardor y de la indignación de sus soldados”, la división entera, a persuasión de sus jefes, que conocía la imposibilidad de atravesar los desfiladeros de Despeñaperros por la “total” sublevación de los españoles, se resignó en volver a tomar su posición de 19 de julio delante de Bailén.

* * * *

La versión de la batalla dada posteriormente por el conde de Toreno completa la anterior. Todo comenzó tras la “gloriosa” acción de Mengíbar, cuando, en la tarde del 17 el general Reding, después de incorporársele al amanecer Coupigny, entró en Bailén el día 18. Su plan era dirigirse a Andújar con objeto de coger a Dupont con sus divisiones y las que habían quedado en los Visos. Fue entonces cuando se encontraron con las tropas francesas que, “de prisa y silenciosamente” caminaban. Pues Dupont había salido de Andújar al anochecer del día 18, después de destruir el puente y las obras que para su defensa había levantado. Según el historiador español, el general francés escogió la oscuridad “deseoso de encubrir su movimiento y salvar el inmenso bagaje que acompañaba a sus huestes”.

Dupont abría la marcha con 2.600 combatientes, mandando Barbou la columna de retaguardia. De tal manera que ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercados. Fue el tiroteo que de noche empezó a oírse en los puntos avanzados lo que les

puso en guardia a unos y a otros. Según el historiador español, los generales españoles, que estaban reunidos en un molino de aceite, a la izquierda del camino de Andújar, llegaron a pararse con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisoña o reencuentro con la enemiga. El estallido de una granada, que casi cayó a sus pies al filo de la media noche, y principios ya del 19, les sacó de dudas.

Los generales españoles mandaron hacer alto. El general Venegas, que mandaba la vanguardia de la marcha, mantuvo el orden en tanto que las demás tropas volvían a colocarse en el sitio que antes ocupaban. Por su parte los franceses avanzaron más allá del puente que hay a media legua de Bailén.

Según Toreno, la batalla no dio comienzo hasta cerca de las cuatro de la mañana del 19 de julio. Los generales españoles Reding y Coupigny acudieron indistintamente “con la flor” de sus tropas, a los puntos atacados con mayor empeño. En lo que les ayudó mucho el saber y el acierto del general mayor Abadía.

La primera acometida fue por donde estaba Coupigny. Rechazada por sus soldados, las guardias walonas, los suizos, los regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Cuenca, los zapadores y el de caballería de España atacaron las alturas donde estaban los franceses y los desalojaron. Reconcentrando Dupont inmediatamente sus tropas, volvió a poseionarse de parte del terreno perdido, extendiendo su ataque contra el centro y costado español, en donde estaba Grimarest.

Ayudados oportunamente por Venegas, los franceses tuvieron que replegarse. Según el historiador, “muchas y porfiadas veces” repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos. Manejando “con destreza” los españoles, mandados por los coroneles José Juncar y Antonio de la Cruz, consiguieron desmontar la línea de los contrarios.

A las doce de la mañana, Dupont, enojado, se puso con todos los generales a la cabeza de las columnas, y acometieron juntos a los españoles. Intentaron romper el centro español donde estaban los generales Reding y Abadía. Al no conseguirlo, y ver la envergadura del ejército contrario, Dupont propuso una suspensión de armas, que aceptó Reding.

Por su parte, el coronel De la Cruz no permaneció ocioso. Informado del movimiento de Dupont, en la misma noche del 18, se adelantó hasta los baños, colocándose cerca del Rumblar, a la izquierda del enemigo. Mientras que Castaños tardó más en

reaccionar, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó al general La Peña ponerse en marcha, llevando consigo la tercera división de su mando, quedándose con la reserva en Andújar el general en jefe. Aún cuando éste llegó cuando, prácticamente, se estaba ya capitulando. El hecho de que tirara algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, aceleró el que los franceses se rindiesen.

Por su parte, el general Vedel, al no haber descubierto por la sierra tropas españolas, permaneció, unido con Dufour, el día 18 en La Carolina, después de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeñaperros dos batallones y algunas compañías. Allí se encontraba cuando, al alborar el 19, oyendo el cañoneo del lado de Bailén, emprendió su marcha lentamente hacia el punto de donde partía el ruido, donde las tropas españolas reposaban dando por hecho la pactada tregua.

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la ermita de San Cristóbal, situada a la izquierda yendo de Bailén a La Carolina, se había situado un batallón de Irlanda y el regimiento de Órdenes militares al mando del coronel Francisco de Paula Soler. Enfrente y del otro lado se hallaba otro batallón de dicho regimiento de Irlanda con dos cañones.

Según Toreno, “pesaroso Vedel de haber suspendido su marcha u obrando quizás con doblez”, media hora después de haber contestado al parlamento de Reding y de haber enviado un oficial a Dupont, mandó al general Cassagne que atacase el puesto de los españoles últimamente indicado. Así que les resultó fácil desbaratar al batallón de Irlanda, y cogerle numerosos prisioneros aparte de dos cañones. Mayor oposición encontró el enemigo en las fuerzas que mandaba Soler, quien pudo soportar la acometida que le dio el jefe del batallón Roche. El punto de la ermita era de gran interés por facilitar la comunicación con Dupont, quien en aquellos momentos ordenó cesar el ataque para negociar el armisticio.

Primera fase. De tres a cuatro y media de la madrugada.

La marcha hacia Bailén de las tropas de Dupont se efectuó lentamente, y de forma escalonada. Dejó sus mejores unidades a retaguardia en la creencia de que sería en esta posición donde tendría los mayores problemas. Las primeras tropas partieron de Andújar a las seis de la tarde, todavía con perfecta visibilidad (ocho de la tarde del horario actual). Ya oscurecido, dos horas más tarde, lo hizo el grueso del ejército. A

continuación marchaba el convoy de heridos y carros llenos con el botín de Córdoba, escoltados por destacamentos de diversos cuerpos.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando la vanguardia francesa, al mando del mayor Teulet, alcanzó el puente del Rumblar. Las tropas tardaron nueve horas en recorrer los 22 kilómetros que lo separaban de Andújar. Tiene razón un autor al decir que la partida del ejército francés “debería entrar en la historia del funambulismo y de la magia” por la forma como se llevó a cabo. Pues el general Castaños afirmó en sus partes que no fue avisado de la partida de los franceses hasta las dos de la madrugada. Mientras, desde el punto de vista francés, era evidente que se pretendía sorprender a los españoles en la amanecida, “a la incierta luz de la amanecida”, como afirma Grasset citando al barón de Montgardé. La noche, con luna en cuarto menguante, era completamente oscura. Los puestos avanzados españoles tenían que mostrarse confiados necesariamente. El objetivo de Dupont era escapar del ejército de Castaños esfumándose en la oscuridad de la noche.

Después de permanecer en una posición que ya no significaba nada y que había dejado de ser útil en lo referente a los medios de vida, Dupont decidió abandonar Andújar. Tan solo al final el comandante en jefe francés sorprende ahora por la “repentina clari-



Conmemoración anual de la batalla de Bailén.

videncia” de la situación después de tanto tiempo instalado en el caserío de Andújar. El reconocimiento del terreno realizado por diversas patrullas le convenció finalmente que podía verse acorralado a su izquierda y derecha por la totalidad del ejército español.

El puente del Rumblar no estaba defendido. Un kilómetro más arriba se produjeron los primeros disparos con los puestos avanzados españoles que ocupaban la Loma del Ventorrillo del Rumblar, desde la que vigilaban el puente y la carretera de Córdoba en la llamada Cuesta del Pino. El subteniente Bonifacio Ulrich, del regimiento Reding 3, que se encontraba sobre el camino de Andújar en calidad de comandante de guerrillas apoyado por voluntarios granadinos, fue el primero en abrir fuego. “Por el ruido y las voces de los enemigos se podía conocer que la caballería y la artillería francesa se colocaban a la izquierda del camino que sube de Andújar hacia Bailén”, señalará. Actuando con ventaja los jinetes e infantes de Teulet desalojaron de esta posición a los cazadores de la guardia walona, continuando hacia Bailén sin gran resistencia. El avance francés había quedado descubierto.

A la altura de la Cruz Blanca, las tropas francesas chocaron con las españolas del ala derecha, mandadas por el brigadier Venegas, y del ala izquierda, bajo las órdenes de Teulet. En el duro combate que sobrevino, dos piezas francesas cayeron en poder de los españoles, tras un duro contraataque. La superioridad española obligó a Teulet a retroceder hasta las inmediaciones del Rumblar, donde instaló su artillería al otro lado del río.

Los españoles (la segunda compañía de zapadores, el batallón provincial de Ciudad Real y 30 jinetes del regimiento de España) ocuparon el Cerrajón, desde donde hostigaron el paso de las columnas francesas que pretendían pasar por allí, con el apoyo del regimiento de caballería Farnesio.

El intenso tiroteo alarmó a Reding, que se hallaba dictando las instrucciones para la marcha sobre Andújar. Creyendo que se trataba de un ataque frontal, formó a sus unidades sobre el mismo terreno en que habían pasado aquella noche.

El frente de batalla español quedó establecido al desplegarse las fuerzas norte-sur, desde la Cañada de Marivieja, cerro Valentín, Charco de la Gallina y Era de Carvajal hasta la Cañada de las Monjas, extendiéndose después hasta las estribaciones del Haza Walona, en la confluencia del arroyo de los Alamillos con el del Matadero, y protegiendo en su centro el acceso inmediato a Bailén por la carretera de Andújar. En la cañada divisoria de los dos frentes se hallaba la Noria de San Lázaro o del Sordo.

En un dispositivo de tres líneas, en forma de arco con los extremos avanzados hacia los franceses, y centro en Bailén, las tropas españolas contaban con un total de 17.595 hombres. La caballería, muy debilitada ya de por sí, quedó aún más debilitada desde el momento en que se repartió en pequeños cuerpos a retaguardia de la línea de infantería.

Venegas mandaba el ala derecha, situada en el Cerro Valentín (con una primera línea formada por una compañía de cazadores walones, medio batallón de Barbastro, y el batallón de voluntarios catalanes; y una segunda línea con el regimiento de Órdenes militares, el batallón ligero de Texas, y los cazadores de Olivenza). Coupigny mandaba la izquierda, situada en el Haza Walona (con una primera línea formada por la milicia de Bujalance, la de Cuenca, la de Ciudad Real, y la de Trujillo; y una segunda línea formada por la 2ª y 4ª compañía de zapadores, guardias walonas, infantería suiza Reding 3, e infantes de Jaén). Reding, que mandaba el conjunto, se situó en el centro, sobre el Camino Real (con una primera línea formada por los voluntarios de Granada, infantes de Ceuta y de Irlanda; y una segunda línea constituida por el regimiento de La Reina, 2º de Granada, caballería de Borbón, caballería de Farnesio y los garrochistas).

Segunda fase: De cuatro y media a seis y media de la madrugada

El grueso de la columna francesa llegó al Rumblar sobre las cuatro y media de la madrugada. Al saber Dupont, que aún estaba a unos cinco kilómetros del Rumblar, del encuentro que acababa de sostener su vanguardia, ordenó al general Fresia que con sus dos brigadas de caballería, la Dupré y Privé, avanzara.

Cumpliendo las órdenes, la brigada de Dupré, que viajaba en cabeza del convoy, atravesó el puente con su primer regimiento de cazadores, arrollando con su carga al regimiento Farnesio tras un breve combate. Continuó con su arrollador avance hasta llegar a la batería central española, donde sus sirvientes fueron acuchillados sobre las mismas piezas. Pero, con la entrada en acción de los infantes de Ceuta y de la Reina, que atacaron por los flancos, apoyados por los jinetes de Farnesio que rehechos volvieron a la carga, los jinetes de Dupré fueron obligados a retirarse con severas pérdidas a la Cruz Blanca, mientras acababa de llegar el regimiento de Privé.

En aquellos momentos, sobre las cinco de la mañana de aquel martes de julio se producía el amanecer. Mientras los franceses contemplaban el despliegue de los espa-

ños. La artillería española demostró su superioridad en alcance y precisión mientras fue haciendo acto de presencia el grueso del ejército francés.

Sobre las cinco y media de la madrugada, las seis piezas de la brigada Dupré ya estaban asentadas, junto a las cuatro que traía la vanguardia, en la falda sur del Zumarcar Chico. Se trataba de cañones ligeros de a cuatro, con unos 800 metros de alcance, mientras que los dieciséis cañones españoles eran de a ocho y de a doce, con unos 900 a 1.100 metros de alcance, y con bastante mayor potencia de fuego. Comenzado el duelo artillero, las piezas francesas no produjeron apenas efecto mientras las españolas lograron desmontar cinco baterías francesas.

Dupont, tras observar la fuerte resistencia española y sus poderosos efectivos, comprendió la imposibilidad de franquear las líneas con las tropas de que disponía. Por prudencia decidió esperar la llegada, al menos, de la brigada Chabert.

Reding, por su parte, se reafirmó en la idea de que el medio de detener al adversario consistía en resistir, manteniendo la integridad de su frente. Al amanecer, sobre las cinco de la mañana, fue cuando empezaron los verdaderos combates. Los batallones de la 4ª Legión francesa se desplegaron y empezaron a tantear con sus tiradores a los españoles. Hasta entonces, en medio de la oscuridad, “lo único claro es que no hay nada claro... , lo único cierto son las voces de ¡quién val!, los fognazos de los disparos y poco más”.

Tercera fase: de seis y media de la madrugada a ocho y media de la mañana

La sorpresa francesa de los primeros momentos ha quedado desvelada a la incierta luz del amanecer. Sobre las seis de la mañana llegó al Rumblar la brigada de infantería Chabert, integrada por los dos batallones restantes de la cuarta legión y el segundo batallón del cuarto regimiento suizo de Freüler, con un total de 1.800 hombres y cuatro piezas de artillería. A esta brigada se incorporaron las fuerzas de vanguardia del mayor Teulet. Poco después llegó la brigada de caballería Privé, integrada por dos regimientos de dragones y un escuadrón de coraceros, con un total de 900 jinetes. La brigada Pannetier, que marchaba detrás del convoy, aún necesitaría dos horas para incorporarse al combate. Las columnas francesas se acercaron a la línea española a paso regular, en medio del retumbar de los tambores.

Temiendo que Castaños se hubiera puesto en marcha desde Andújar, Dupont decidió atacar con el objeto de abrirse paso, enlazar con Vedel y acometer a la batería



Commemoración anual de la batalla de Bailén.

central española. Así mandó formar cuatro columnas de ataque del total de toda su infantería, incluida la brigada de infantería Chabert, que salieron de los olivares y se situaron frente a la línea española, en formación de combate. Fuerza de ataque que estaba flanqueada a la derecha por la caballería de Privé y a la izquierda por la de Dupré, y apoyadas por el fuego de artillería asentada en la Cruz Blanca.

Cuando la formación francesa abandonó la protección de los olivares con dirección a la carretera, Reding tomó la iniciativa, y ordenó a Venegas y a Coupigny que atacasen por ambos flancos. El regimiento de Órdenes Militares y los cazadores de la guardia walona descendieron del cerro Valentín, amenazando la izquierda francesa. Para con-

trarrestar el ataque, Dupont dispuso que la brigada de caballería Dupré se lanzara a la carga de los infantes españoles, quienes, tras infringirles fuertes pérdidas, se retiraron en buen orden a sus posiciones iniciales.

A poco de comenzar el fuego artillero, el batallón de Ciudad Real, la segunda compañía de zapadores y una sección de la caballería española hostigaron desde el Cerrajón el flanco derecho francés mientras los dragones y coraceros de Privé cargaron para desalojarlos. Subieron por la ladera entre el Cerrajón y el Portillo de la Dehesa y bajaron por el Haza Walona a través de un terreno de monte bajo que dificultaba el despliegue extraordinariamente. Intentaron cortar la retirada a los españoles que se replegaron precipitadamente.

Para apoyar esta retirada, el marqués de Coupigny se adelantó llevando consigo a los suizos, al regimiento de Jaén y a la cuarta compañía de zapadores.

Los jinetes de la brigada Privé arrollaron al regimiento de Jaén, que perdió sus banderas, y tuvo que retroceder, mientras fueron protegidos por los regimientos de Bujalance, Cuenca y Trujillo, que se adelantaron.

Por parte española fue decidida la acción artillera, que desorganizó la carga de la brigada Privé y el avance de la infantería de Chabert, que sufrió duras pérdidas. Estaban a trescientos metros de la batería central cuando la caballería de Farnesio y Borbón aparecieron por los dos flancos y, cargando sobre ellos, les obligaron a retroceder en desorden. Fue allí cuando murió el teniente coronel Cornet, jefe del Farnesio. En el combate se distinguió el capitán del regimiento Borbón, José de San Martín, cuya brillante conducta había sido puesta en conocimiento de las autoridades de Sevilla desde días atrás.

Allí fue también donde cargaron los garrochistas de Jerez y Utrera, que se hallaban integrados en las filas del regimiento de Farnesio, con el que combatieron también en la acción de Mengíbar. Constituían un total de 124 jinetes –frente a los 333 del regimiento Farnesio– que daban a esta unidad una cifra bastante sólida para lo que se estilaba en la caballería española del momento. En la Comisión Militar de 1850 se dijo de ellos que “... se cebaron tanto en perseguir a los franceses que llegaron hasta el grueso del ejército, atravesando todos los olivares, con pérdida de tres partes de su fuerza...”.

La brigada de caballería de Privé tuvo una actuación destacada en defensa de su infantería. Se produjo un duro enfrentamiento entre coraceros y dragones por parte francesa y los jinetes españoles de Farnesio y Borbón. La entrada en acción de la reserva española decidió la suerte del combate. Rendidos por el cansancio, los jinetes franceses fueron cediendo terreno hasta retirarse hacia los olivares de la Cruz Blanca, dejando a la mitad de los suyos tendidos frente a la batería, mientras los infantes de Chabert se reorganizaban.

Hacia las ocho y media de la mañana el combate finalizó. Los ataques franceses contra el centro y la izquierda habían fracasado. Dupont seguía esperando a Vedel. No obstante la columna francesa cruzó el puente. El convoy con los bagajes quedó en la zona del Molino del Rumblar, custodiado por la brigada de infantería de Pannetier, brigada suizo-española de Schramm y los marinos de la Guardia. Algunos destacamentos franceses, emplazados en el río, esperaban a Castaños.

Cuarta fase: de ocho y media a diez de la mañana

A las ocho de la mañana, el general Castaños envió un parte al presidente de la Junta de Sevilla, don Francisco Saavedra, dándole cuenta de la situación. Ante la eventualidad de que Vedel pudiese hacer acto de presencia por la retaguardia, Reding decidió aprovechar su superioridad momentánea sobre los franceses para dar un golpe definitivo a Dupont. Así ordenó a Venegas que avanzara con todas sus fuerzas desde el Cerro Valentín hacia el Zumacar Chico, para dominar las alturas y evitar que se repitieran los ataques anteriores.

Por su parte, Dupont ordenó a la brigada Pannetier, compuesta por dos batallones de la tercera legión y otras dos de la Guardia de París, que desde las inmediaciones del Rumbiar acudiera a ocupar el Zumacar Grande, y a los marinos de la Guardia que se dirigieran a la Cruz Blanca para proteger a la artillería allí establecida de una posible incursión de la caballería española.

Para entonces la avalancha de jinetes franceses había pasado. El ataque contra el centro español había sido rechazado y la izquierda quedaba posicionada. En ningún momento hubo por parte española ninguna intención ofensiva más allá de los movimientos de contraataque. La marcha era trabajosa por lo escabroso del terreno y el fuego que recibían por el flanco.

Las fuerzas de Venegas, al ver aproximarse a las fuerzas de Pannetier, detuvieron su avance en las laderas del Zumacar Grande, mientras que los regimientos de Órdenes Militares chocaban con las fuerzas francesas y las rechazaban, sin que los soldados de infantería fueran capaces de desalojarlos de allí. La compañía de guardias walonas tuvo un capitán herido, Cayetano Barresuchea, y entre la tropa hubo cuatro muertos, 32 heridos y 14 desaparecidos.

A consecuencia de ello, Dupont ordenó a Privé que trasladara sus dragones desde el ala derecha a esta zona, a pesar de que el terreno no era apto para la caballería por la pendiente y el olivar. La carga sorprendió a los de Órdenes Militares que tuvieron que refugiarse en el monte para rehuir el choque, sufriendo más de trescientas bajas.

El Historial del Regimiento de Órdenes Militares dice al respecto: “Empezando el duelo de artillería, las compañías de granaderos recibían orden de pasar a la derecha de la línea y avanzan para observar los movimientos de los imperiales, que daban muestras de envolver a la derecha del ejército, pero en el calor de la lucha los granaderos no

advirtieron que tenían a su espalda un escuadrón de coraceros franceses que les intimidaba a la rendición. La reacción de los valientes granaderos fue inmediata y, protegiéndose mutuamente, lanzan sobre los coraceros un vivísimo fuego, hacen huir al enemigo y logran incorporarse al regimiento que se hallaba formado a la extrema derecha de la línea de batalla, menos el tercer batallón que estaba en la izquierda”.

En la carga murió el barón de Montagne al frente de un batallón de guardias walo- nas y algunos grupos de paisanos. Según el parte de bajas de Castaños, hubo 322 bajas perdidas. También numerosos heridos. Entre los oficiales figuran el coronel marqués de Atalayahueros, el capitán Luis Morales, capitán Pedro Nieto, capitán Rafael Artecóna, capitán Bartolomé Boutelou, capitán Manuel Bulnes, capitán Anastasio Revuelta, teniente José Alano, teniente Fernando Álvarez, teniente Juan Ruiz Álvarez, teniente Félix Pérez de Guzmán, subteniente Pedro Berja, subteniente Diego Infante, subte- niente Antonio Ecgesuria, subteniente Blas Luna, subteniente José Roldán, cadete José Demblans.

Los españoles se retiraron de nuevo al cerro Valentín junto con los regimientos de Barbastro y Cataluña, mientras la artillería ametrallaba a los jinetes de Privé. En pre- vención de cualquier ataque español, la brigada Pannetier se instaló definitivamente en el extremo norte de Zumacar Chico, junto con la caballería de Privé.

Quinta y última fase: de diez de la mañana a una de la tarde

A las diez de la mañana los hombres de Dupont se encontraban ya en una situación límite. En marcha desde la noche anterior y sin apenas un respiro, estaban agotados. El calor era insoportable, a lo que se añadía el humo del monte bajo incendiado. El cansancio era generalizado, y la escasez de agua insoportable. El polvo será tan intenso que ni siquiera se ven los contendientes.

Por última vez Dupont intentó romper las líneas españolas temiendo la entrada en acción por su retaguardia de las tropas de Castaños. El comandante en jefe francés animó a sus soldados anunciándoles la inmediata llegada de Vedel, y mostrándoles las banderas tomadas a los españoles. Los cuatro batallones de Chabert se lanzaron en ataque desde los olivares de la Cruz Blanca hacia la batería central española. Pero, una vez más, fueron rechazados por el fuego de cañón y la fusilería, que les hizo volver a su punto de partida. Los esfuerzos por frenar la desbandada fueron inútiles.

De nuevo la brigada del general Dupré, con los 150 jinetes que le quedaban, cargó sobre las piezas españolas, cubriendo la retirada de los infantes, que volvieron a retirarse hacia los olivares. Fue la última intervención de la caballería francesa. El propio general Dupré, alcanzado en el vientre, fue gravemente herido durante la acción, falleciendo al día siguiente.

Hacia el mediodía, la situación de Dupont era ya desesperada. Temiendo la llegada por detrás del ejército de Castaños, seguía sin saber nada de Vedel. Ante esta situación decidió hacer un último esfuerzo con dos batallones de la tercera legión de la infantería de la brigada Pannetier, que retiró de Zumacar Chico a la izquierda, los marinos de la Guardia en el centro, y el segundo batallón del cuarto regimiento suizo, un batallón de la cuarta legión y la brigada suizo-española del general Schramm a la derecha. Detrás del centro de la línea, los dos batallones restantes de la brigada Chabert; y en ambos flancos de la infantería, los cien cazadores supervivientes de la brigada Dupré repartidos en dos destacamentos.

Dupont se lanzó al ataque espada en mano, al grito de “en avant, en avant!”, acompañado por sus generales en medio de un sol de justicia. Las bajas fueron grandes ante el fuego abierto de la artillería y fusilería española. Los marinos de la Guardia fueron los más tenaces en el avance. Dupont fue herido levemente en la cadera, mientras sus hombres comenzaron a retroceder.

En el ala derecha, los suizos de los regimientos Reding 2 y Preux 6, que atacaron en la brigada Schramm, al llegar al Haza Walona reconocieron a sus compatriotas del Reding 3 que combatían con los españoles. Confraternizaron y se pasaron a los españoles, permaneciendo con los franceses tan sólo los oficiales y trescientos individuos de tropa.

El último ataque de Dupont había fracasado rotundamente. Sus soldados se retiraron de nuevo a los olivares de la Cruz Blanca, en busca de sombra y agua. La temperatura superaba los 40º, bajo los efectos del fuego y del polvo. La atmósfera resultaba irrespirable. Había numerosos bajas. Sólo los marinos de la Guardia habían tenido cien muertos. A consecuencia del calor y de la falta de agua, la situación era desesperada. Según el testimonio del teniente coronel Garrido, los franceses habían perdido ya toda esperanza. Hasta el punto de que sólo el batallón de Guardias de París quiso seguirle, pues “en los demás no había más que el desorden y la indisciplina”.

Sobre las doce y media de la tarde, cuando la situación era del todo insostenible, apareció por la orilla derecha del Rumblar, a la altura de la aldea, el destacamento de Cruz Mourgeon, que había acudido al ruido del combate. Era la vanguardia de la tercera división española del general La Peña. La retaguardia y el flanco izquierdo francés quedaban en serio peligro.

Ante esta situación, Dupont no intentó ni siquiera resistir. Sobre la una de la tarde envió a un edecán, el capitán Villoutray, acompañado de un trompeta y escoltado por un teniente y un destacamento de caballería española, a solicitar de Reding “suspensión de armas” y libre paso de sus tropas por Bailén hacia Madrid. El general accedió a lo primero, pero alegó requerir el permiso de Castaños para lo segundo. Por tanto,



Commemoración anual de la batalla de Bailén.

propuso que el ayudante francés, acompañado de dos coroneles españoles, se dirigieran a Andújar a entrevistarse con Castaños. Mientras durasen las negociaciones, todas las tropas permanecerían en sus respectivas posiciones, sin efectuar movimiento alguno.

Tras la evacuación de Andújar por los franceses, Castaños dispuso que el general La Peña, con su división y parte de la de Jones, unos 9.375 hombres, con doce piezas de artillería, se lanzase en persecución de Dupont. Pero los trabajos para desembarazar el puente de Andújar por orden de Dupont impidieron que las tropas de La Peña se pusieran en marcha antes de las ocho de la mañana. Pasadas las dos de la tarde, la vanguardia de Castaños, al mando de La Peña, avistó el Rumblar, tomando posiciones al otro lado del río.

Según el sobrino de Castaños, las tropas se abrasaban de sed, incluso varios soldados cayeron muertos. Algunos oficiales, entre ellos Domingo La Sala, se accidentaron. El general La Peña, “harto compasivo”, mandó hacer alto para beber mientras los soldados se desbandaron. Por su parte el general reconocía haber conseguido “deslumbrar al enemigo con mi artillería, descontarle dos piezas y matar algunas gentes con poquísimas pérdidas por mi parte” en la mañana del 17. Tal fue su versión posterior.

El príncipe de Anglona, coronel del regimiento de dragones de Pavía (don Pedro Téllez Girón) y el propio Pedro Agustín Girón convinieron en que “aunque se murieran algunos soldados de sed y calor, era forzoso marchar adelante sin detención”. Se lo hicieron presente al general La Peña, que accedió a la petición de mandar “tocar la generala” para seguir el movimiento.

Según Pedro Agustín Girón, las tropas de Castaños, a su paso hacia Bailén, hicieron “algunos prisioneros de los rezagados”. Según su testimonio, más hicieron, todavía, los paisanos de las casas de campo que los asesinaban “sin piedad, con frecuencia echándolos al pozo. El calor era cada vez más terrible”.

* * * *

Sobre las cinco de la tarde llegó a la vista de Bailén Vedel. Conocedor de la aproximación de la columna, Reding había reforzado su retaguardia, destacando en el cerro del Ahorcado una compañía de zapadores y dos piezas de artillería de la batería de la izquierda, elevando el número de efectivos de la retaguardia a unos 3.800 hombres.

Frente a las tropas españolas del cerro de San Cristóbal y del Ahorcado, Vedel empleó la mitad de sus efectivos. Asentó su artillería al borde del camino y organizó dos columnas que atacaron el Ahorcado y San Cristóbal. Iba a ordenar el ataque cuando dos oficiales españoles le pusieron al tanto de la situación. Resistiéndose a creer las noticias sobre el armisticio, envió un ayudante a entrevistarse con Dupont para comprobarlo, mientras se reiniciaba el ataque, que cogió a los españoles que se encontraban en el cerro del Ahorcado desprevenidos. Fue entonces cuando llegó una orden escrita de Dupont para que suspendiera las hostilidades mientras se negociaba un acuerdo con los españoles. Eran, aproximadamente, las seis de la tarde.

Según el testimonio del teniente coronel Nicolás Garrido, durante la noche que siguió a la batalla nada supieron los españoles de lo que se estaba tratando con el general Castaños. Lo que dio lugar a que surgieran rumores y murmuraciones en la división en contra del general Reding. En unos momentos en los que los españoles lo que querían era “destruir del todo” a los franceses.

El martes de Bailén, según un soldado de Dupont

Entre los relatos que han sobrevivido a la batalla de Bailén destaca el realizado por Cosme Ramaeckers, belga, de madre española, enrolado por voluntad propia en los ejércitos napoleónicos. Ingresó en el ejército francés en 1805, entusiasmado tras haber asistido a la coronación de Napoleón en París. En España desde 1807, sirvió en el ejército de Dupont desde el primer momento. En su marcha hacia el interior se fue dando perfectamente cuenta del cambio de opinión del pueblo español ante la encubierta invasión. Fue testigo de los primeros motines populares en contra de los franceses desde Valladolid al saqueo de Córdoba.

Según el soldado belga, que en realidad era teniente del ejército de Napoleón, fue el día 15 de julio cuando los franceses tomaron conciencia de la fuerza del ejército español, que él evaluó exageradamente en ochenta mil hombres, de los cuales cincuenta mil eran tropas regulares. Desde el primer momento el belga observa cómo los españoles obligaron “a nuestros puestos avanzados y a nuestra vanguardia” a retirarse. Los españoles se hicieron con todas las colinas que dominan Andújar y dispusieron sus baterías “de manera que estuviéramos a su alcance”.

El día 18, el general Dupont ordenó la retirada a las ocho de la tarde. El ejército marchó toda la noche sofocado por el polvo. Fue al aproximarse a Bailén, con el ruido de la artillería, cuando supo que la vanguardia había entrado en acción. A las cuatro de la mañana se encontraron con los españoles que les habían cortado la retirada. “Se repelió a los tiradores con fuerza, les llevamos incluso la delantera, al son del tambor, durante una media hora, pero sus líneas no se movieron. Así que nos detuvimos y entramos en línea”.

Los coraceros franceses, mandados por el general Dupré, forzaron a los suizos españoles a abandonar una posición “muy ventajosa que dominaba nuestro flanco derecho, les tomaron una bandera que fue mostrada a toda la división por el general Dupré al grito de ¡Viva el Emperador!” Según el belga, “a nuestra izquierda nuestros dragones hicieron pedazos un regimiento español, los que escaparon fueron obligados a abandonar las armas para correr más de prisa. El cañón rugía, los obuses llovían, las balas caían como el granizo. Esto no impidió que consiguiéramos los primeros éxitos y yo esperaba muchos más después”.

Según el teniente Ramaeckers, se colocó a la tercera legión en columna para arremeter al enemigo con mayor seguridad. Y el teniente, tal como contará a sus padres –“imaginaos, queridos padres, a vuestro Cosme en persona dando órdenes...”– se vio obligado a dar órdenes al encontrarse su capitán enfermo en el hospital. Aunque el polvo era tan espeso “que no vimos a los españoles, aunque estábamos a medio tiro de fusil de ellos. Se oía como un fragor, el fuego que el enemigo hacía contra nosotros se mantenía, las balas y la metralla silbaban continuamente a nuestros oídos, las balas de cañón surcaban el aire rozándonos por encima de la cabeza, sin contar las que hicieron algo más que rozarnos. Por fin se hizo un alto para desplegar la columna, la nube de polvo se abrió y vimos de lleno una línea formidable de enemigos que hacían fuego sin parar: además vimos muy de cerca varios cañones que nos disparaban sin tregua”.

Mientras se dieron las órdenes necesarias para desplegar la columna, el capitán de la primera compañía de los tiradores que marchaban en cabeza, en tanto que los granaderos habían quedado a una legua para cubrirles las espaldas e impedir que una división española que les seguía les sorprendiera (pues estaban rodeados por todas partes), fue herido en la rodilla derecha por una bala. Al tener que retirarse, su teniente, en lugar de saltar enseguida al mando de la compañía y de tranquilizar a los soldados, creyó que no debía faltar a las reglas del decoro y fue a preguntar a su capitán si le faltaba algo.

A consecuencia de ello, durante este tiempo, los soldados de la compañía, creyendo que los oficiales les abandonaban, perdieron el ánimo. “De pronto, el desorden cunde entre ellos, dan la espalda al enemigo y ponen a toda la columna en fuga. Nada se pudo hacer para detener a los soldados asustados, todos nuestros esfuerzos fueron inútiles, se habrían dejado matar antes que volver al combate. Entre ellos podría haber, sin embargo, algunos movidos por buena voluntad; pero éstos, así como los señores oficiales, fueron arrastrados a la fuerza por el gentío en desorden y si la caballería española hubiera cargado en ese momento, no hubiéramos escapado ni uno”.

Finalmente, cuando se encontraron sin aliento y vieron que nadie les perseguía, pararon poco a poco, “volvimos a ponerlos en disposición de combate y se restableció el orden”. “Entonces les reprochamos su cobardía, les recordamos la bravura que habían demostrado en la toma de Córdoba y al mismo tiempo volvimos a decirles que no había por qué huir, que el enemigo era tan fuerte detrás como delante de nosotros, que todas las colinas a izquierda y derecha estaban ocupadas por él, y que, por consiguiente, había que pasar necesariamente para continuar nuestra retirada o si no perecer en el campo de batalla; para comprometerles a pelear en condiciones, les dijimos que no debían esperar ningún acuerdo con los españoles, que éstos estaban demasiado agitados contra nosotros por el recuerdo de los malos tratos que habíamos infligido a los habitantes de Córdoba y sobre todo por los robos en las iglesias, etc. etc.”

Mientras esto ocurría en el ala derecha, el flanco izquierdo no estaba menos ocupado. Se luchaba encarnizadamente. La caballería francesa cargó varias veces con éxito, aunque su pequeño número, según el teniente, les impedía aprovecharse de este éxito. Para entonces la artillería francesa estaba ya casi totalmente desmontada, mientras los españoles disparaban “con mucho acierto”. Además sus posiciones eran “excelentes y su artillería, así como sus tropas, superaban con mucho en número a las nuestras”. Según el teniente belga, hacia las once, el general miró su reloj y dijo meneando la cabeza: “Vedel me juega una mala pasada”.

Según el testimonio del teniente Ramaeckers, el general Vedel no estaba más que a una legua del sitio donde se peleaba; él se había retirado un día antes que ellos, de suerte que el enemigo no había tenido tiempo de detenerlo; todos los jefes de tropa bajo sus órdenes le rogaban que los llevara en su ayuda; pero “sea por envidia, sea por traición, no quiso escucharles”. Según el belga, los soldados de su división corrían por la llanura

y se divertían disparando a las cabras o haciendo la sopa, mientras que “nosotros estábamos rodeados de enemigos”. Hacia el atardecer, por fin, Vedel hizo acto de presencia, pero ya era demasiado tarde.

Consciente de que Vedel los había abandonado, el teniente Ramaeckers, según confesión propia, se cuidó mucho de comunicar su idea a sus soldados, antes al contrario, se esforzó por animarlos diciéndoles que no se trataba más que de campesinos. Aun cuando entonces estaba viendo en el flanco izquierdo de los españoles varios regimientos de caballería muy numerosos (probablemente el regimiento de Borbón y los garrochistas de Jerez y Utrera).

A la vista de todo ello, el general Dupont ordenó una carga general, queriendo hacer un último esfuerzo. Los Marineros de la Guardia Imperial, con un contingente de 280 hombres, perdieron 80 hombres en esta última carga. Como el teniente belga actuaba como tirador desde una colina vio todo de lleno. La tercera Legión reparó la falta que había cometido por la mañana, manteniéndose a cincuenta pasos del enemigo en buen orden y disparando sobre él. Pues la caballería española hizo un movimiento para cargar sobre la tercera Legión, pero al ver que ésta le hacía un fuego de fila bien sostenido, volvió bridas, y fue a replegarse sobre su ala izquierda, la misma contra la que había



Conmemoración anual de la batalla de Bailén.

cargado por la mañana. Movimiento retrógado que hizo huir a todo el flanco izquierdo de los españoles. Pero, “dado que apenas podíamos atacar en un punto, no pudimos aprovechar esta situación de pánico. Y es que nuestra división, que ya era débil por la mañana, había disminuido a menos de la mitad. Los soldados, que sucumbían a la sed y a la fatiga, se escondían para no ser obligados a pelear”.

El mayor Delenne a la cabeza de la tercera Legión que, en ese momento, no contaba con más de doscientos soldados, viendo que no podía hacer nada con tan poca gente, se retiró en orden, mientras los otros cuerpos hacían lo mismo. Fue entonces cuando el general Dupont, “convencido de que sus esfuerzos no darían fruto contra un enemigo tan numeroso y que le rodeaba por todas partes, al ver que sus soldados no podían ya más, que estaban todos extenuados a causa del cansancio y del calor, que se ahogaban con el polvo y morían de sed”, se decidió a capitular. Sobre Dupont, dirá el teniente que, “mientras duró el combate, mostró un coraje raro, se expuso tanto como el último de los soldados, cumpliendo a la vez el deber de un valiente capitán, de un capitán experimentado, y el oficio de un soldado intrépido: conservó siempre la mayor sangre fría”.

* * * *

Mientras se llevaron a cabo las conversaciones para capitular, los soldados del teniente Ramaeckers se retiraron a las sombras de los olivos, enviando a buscar agua. “Bebimos de forma extraordinaria y aún teníamos sed. El agua fue toda la comida que tomé ese día”.

Por la tarde se oyeron disparos de cañón. Era el general Vedel con su división, pero ya era demasiado tarde. Dupont, fiel a su palabra de que no continuaría la batalla aunque le llegaran refuerzos, no se movió. Antes al contrario, envió a decir al general Vedel que pusiese fin a sus disparos porque se estaba en plena tregua. Según el teniente, “las hostilidades terminaron en ese momento y continuamos tratando los artículos de la capitulación, que fue firmada el 22, día en que recibimos víveres. ¡Ya era hora!, pues las jornadas del 19, 20 y 21, nos habíamos alimentado como las marmotas en invierno”.

Según el teniente, durante todos esos días los soldados de Dupont acamparon “en medio de los muertos, de los agonizantes y de los heridos, triste espectáculo que demandaba sobre todo sangre fría”.

La batalla fue tan dura aquel martes 19 de julio, según el teniente, que, por la mañana, él se encontraba a la cabeza de ochenta y seis hombres y, sin embargo, por la tarde, quedaban cuarenta y cinco y, finalmente, quince. “En todas las otras compañías ocurría lo mismo: el agotamiento físico, el calor, la sed y la inanición les hacían caer”, dirá el teniente. Según éste, había que considerar que desde hacía un mes les faltaban víveres, que la noche antes del combate habían tenido que hacer una marcha penosa, y que los soldados iban cargados con los macutos, con las cartucheras llenas y con los fusiles, “que no teníamos ni siquiera una gota de agua, que el polvo nos impedía ver e incluso hablar, pues yo me encontré después de aquella carga de la que nos retiramos en desorden, sin poder proferir una palabra. Había gritado tanto para detener a los soldados, me había entrado tanto polvo en la garganta que se me formó una especie de barro que me ahogaba. Además el calor era insoportable”.

Los partes de la batalla

Más afortunado que quienes le precedieron, el historiador francés Clerc encontró en el Archivo del Ministerio de la Guerra francés el “parte de la batalla” dado por el general Dupont, que dio a conocer en su obra *Guerre d'Espagne: Capitulation de Baylen* (1903). El despropósito del parte dice mucho, tanto de la desinformación del general en jefe, como de su intención de atenuar la derrota ante el emperador.

El general en jefe francés comienza justificando la evacuación de Andujar, no por temor al choque con el ejército de Castaños, sino por no dejar abandonado Bailén, como lo había hecho Vedel. ¡Siempre el ataque contra éste para aminorar sus responsabilidades!

En Bailén dice haberse encontrado con un enemigo fuerte en veinte o veinticinco mil hombres, hallándose entre éstos las mejores tropas del ejército español, mientras el resto de éste se hallaba en movimiento para hacer diversión sobre sus flancos. Dupont eleva la cifra total de las tropas españolas a 40 ó 45.000 hombres.

Al describir el fuego de artillería, considera la española como mucho más numerosa. Afirmación falsa, porque ésta contaba con dos piezas menos que la suya. Al mencionar la intensidad de las cargas de sus dragones y coraceros calla, sin embargo, que estos tuvieran que retirarse finalmente sin conseguir ventaja alguna. Refiriéndose después al continuado ataque que mantuvieron, señalaba que sus tropas, “a pesar de las fatigas sufridas y del extremado calor que hacía, se animaron todavía y sintieron la necesidad

de vencer. Los regimientos 1º y 2º de cazadores ejecutaron una brillante carga y se apoderaron de varios cañones”.

Al referir el último esfuerzo, señala: “El batallón de Marineros de la Guardia se colocó en línea y ejecutó una carga con una audacia admirable, bajo una granizada de metralla. La Guardia de París tuvo que habérselas con los guardias walones, obteniendo éxitos constantes sobre tales tropas, tan estimadas sobre el ejército español. La brigada de los dragones de Privé secundó bien los ataques hechos por nuestra izquierda. La del general Rouyer, compuesta de los regimientos suizos de Reding y de Preux, ha dado pruebas de una gran firmeza”.

Escrito el parte en este estilo, podría creerse desde luego que se trata de describir una victoria. Que es lo que llega a manifestar el general en jefe en su parte: “Yo esperaba la victoria como consecuencia de tales esfuerzos, renovados tantas veces; pero la desanimación y el abatimiento sucedieron, desgraciadamente, a la buena voluntad del soldado y observé que sería infructuoso intentar nuevos esfuerzos”.

En el parte, Dupont rebajaba sus pérdidas a menos de la mitad, “aproximadamente unos 1.200 hombres”, al tiempo que exageraba las del enemigo “atendida su superioridad numérica”, que calculaba en 40.000. “La división que ha combatido —señalaba el parte— ha sostenido la reputación del ejército”. Y añadía: “El honor de las armas está salvo”.

* * * *

Desde el cuartel general de Andújar, el 27 de julio de 1808, el general Castaños, por su parte, enviaba al presidente Saavedra y a los vocales de la Junta Suprema de Sevilla la relación de lo sucedido en Bailén. El general comenzaba diciendo que “las infinitas ocupaciones y movimientos que sucesivamente se han ido multiplicando en razón de las posiciones del ejército y plan de campaña, no me han permitido el que a estas horas se hayan recogido todos los detalles necesarios para informar a V.A. exactamente de las principales ocurrencias, que han podido merecer atención en la brillante y rápida campaña, que por ahora debemos considerar como terminada por la completa victoria y demás consecuencias de la *batalla de Bailén*”.

El general en jefe español tenía en cuenta las relaciones que, a su vez, le habían pasado los jefes de la primera y segunda división, don Teodoro Reding y el marqués de Coupigny, cuyos originales acompañaba.

Aunque la batalla de Bailén, propiamente dicha, comenzó a las tres de la madrugada del martes 19 de julio, el general en jefe se remontaba a la madrugada del 16, tres días antes, cuando el general Reding tomó sus disposiciones para amenazar y entretener al enemigo en su posición de Mengíbar. Mientras, con el grueso de las fuerzas de su mando verificaba el paso del río a la distancia de media legua por el vado que llaman del Rincón. El enemigo fue desalojado de todas sus posiciones, perseguido hasta las inmediaciones de Bailén y batido en todas partes. Obtenidos los objetivos propuestos, una vez muerto en la acción el general Gobert, la división volvió a pasar el río “con el mayor orden”. Y ocupó su antigua posición hasta la tarde siguiente del 17, en la que, libres todas aquellas inmediaciones de enemigos y en disposición de poderse pasar el Guadalquivir por cualquier punto, volvió a ponerse en movimiento, pasó el río por los vados inmediatos al pueblo, tomó su posición en las alturas que tenía sobre su frente, en donde al amanecer del día 18 se reunió la división del marqués de Coupigny y ambas se pusieron en marcha para Bailén con el objeto de atacar al enemigo.

Verificada la llegada de estas divisiones a Bailén, se dieron las órdenes necesarias y se dispusieron las columnas de ataque con dirección a Andújar. Pero, a las tres de la mañana del día 19, en que se estaba formando la tropa para emprender la marcha, el general Dupont, que con su ejército había salido de Andújar al anochecer del día 18, atacó el campo español y empezó el fuego de su artillería. Sus movimientos fueron tan vivos que la primera compañía de artillería a caballo, y aún la de batalla, sufrió algunas cuchilladas de los enemigos.

Para el contraataque español, las columnas se formaron según los puntos que ocupaban las tropas. La división de la izquierda, compuesta de las guardias Walonas, suizos de Reding, Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y regimiento de caballería de España se dispuso de inmediato a atacar las alturas próximas y los flancos del enemigo. La resistencia fue muy viva, y habiéndose reunido los enemigos en un cuadro fue atacado “con mucho ardor” por el regimiento suizo de Reding y por las reales guardias Walonas que lo sostenían.

Tras este ataque, el enemigo fue “enteramente” roto y tuvo que retirarse sobre el puente, cuyo movimiento le obligó a retroceder de su centro hasta más de media legua. Reunido con una reserva que venía de Andújar, volvió a atacar dos veces este punto, siendo rechazado la primera por la infantería y caballería española, logrado solamente

en la segunda volver a posesionarse del puente. Tras este resultado, el general Dupont decidió su ataque sobre el centro y derecha español.

Al clarear el día, las tropas españolas estaban ya en posesión de las alturas que antes ocupaban. El enemigo emprendió sus ataques por varios puntos de la línea, teniendo la ventaja de formar sus columnas a cubierto del fuego contrario por la mejor posición que ocupaban, protegido de su artillería. En todos los puntos los franceses fueron rechazados a pesar de lo vigoroso de sus ataques, que se repitieron sin más interrupción que la necesaria para replegarse y formar nuevas columnas, sin haber podido ganar terreno alguno. No obstante, en varias ocasiones, los franceses rompieron las líneas españolas “con una intrepidez propia de unas tropas acostumbradas a vencer”. Llegaron casi hasta las baterías españolas, que fueron servidas en ese día “de un modo que asombró y aterró a los enemigos”.

A las doce y media del día, fatigado el enemigo y desesperado por no haber podido conseguir ventaja alguna, emprendió el último ataque. El general Dupont y demás generales se pusieron a la cabeza de las columnas. Y, a pesar de “la intrepidez y los esfuerzos más extraordinarios”, los resultados fueron iguales a los ataques anteriores. Fue en este estadio cuando el general Dupont pidió entrar en capitulación. A consecuencia de ello, se suspendieron las hostilidades en uno y otro ejército, que quedaron en sus respectivas posiciones.

El mariscal de campo, marqués de Coupigny, jefe de la segunda división, de común acuerdo con el general Reding, jefe de la primera, acudió con sus fuerzas a los puntos más vivos de los tres ataques generales. Y “con sus conocimientos y valeroso ejemplo contribuyó a los felices resultados de que va hecha mención”.

El brigadier Francisco Venegas Saavedra, jefe de la vanguardia y situado al costado derecho, hizo en este día servicios “muy distinguidos”, y contribuyó singularmente a que el enemigo fuese batido en aquel punto.

Los coroneles Francisco Javier Abadía, mayor general de la división; José Juncar, ayudante general de la artillería, y Antonio de la Cruz, comandante de estas armas, se hicieron dignos también del “mayor elogio”.

El barón de Montagne, capitán de Guardias Walonas y comandante de las partidas de guerrillas, se distinguió “extraordinariamente”, quedando gravemente herido por la caballería enemiga.

El comandante de Guardias Walonas José Pul así como todos los individuos del batallón de su mando, también se habían cubierto de gloria. Entre las diferentes acciones distinguidas que podían citarse destacaba la del primer teniente Matías Power, quien, con el sargento Mansini y quince soldados, se arrojó sobre un escuadrón de caballería y le obligó a huir.

El coronel del regimiento de infantería de Órdenes Militares, Francisco de Paula Soler, sostuvo su “notorio crédito”. Los movimientos que hizo con el cuerpo de su mando contribuyeron “al feliz éxito con glorioso sacrificio de muchos de sus oficiales”.

Del mismo modo se condujo el brigadier Pedro Grimarest, quien con su actividad y celo desempeñó noblemente sus funciones, como asimismo el coronel Francisco Copons y Navia.

Los capitanes de zapadores Gaspar de Goicoechea y Pascual Maupoey, y demás oficiales pertenecientes a este Cuerpo, se distinguieron al lado de la artillería. Y durante la acción trajeron a sus baterías un cañón que había abandonado el enemigo.

Torcuato Trujillo, guardia de corps de la Compañía italiana y ayudante de campo del brigadier Francisco Saavedra, se distinguió “por su buena disposición y extraordinaria bizarria”.

Los regimientos de infantería de la Reina, Irlanda, Jaén de línea, Barbastro, Tercios de Texas y Cazadores de Antequera mantuvieron la reputación que “siempre han merecido”. Varios otros cuerpos del ejército alcanzaron también “mérito respectivo a las situaciones que les ofreció la suerte del combate, y no se nombran individualmente por no incurrir en una difusión ajena de un parte militar”.

La compañía de Lanceros de Jerez a las órdenes de Nicolás Cherif y la de Voluntarios de Utrera a las de José Sanabria hicieron servicios “muy distinguidos”.

Si la conducta de los generales Reding y Coupigny fue digna “del mayor elogio”, no lo fue menos también la del general Manuel de La Peña, que con su cuerpo de reserva y la tercera división al mando del mariscal de campo Félix Jones, se posesionó la mañana del 15 de los Visos de Andújar, “desde cuyas alturas incomodó tanto al enemigo que le mató mucha gente”.

Fue precisamente la sorpresa que causó a Dupont la posición de estas dos divisiones y el recelo de que le atacasen por el puente y vados inmediatos, lo que le hizo concebir el proyecto de abandonar la ciudad, que verificó la noche del día 18 por el camino de

Bailén. Noticioso de este movimiento, al amanecer del día 19, dio el general La Peña las órdenes convenientes y se puso en marcha para pasar por Andújar y perseguir al enemigo en su retirada.

La vanguardia de La Peña estuvo formada de los batallones de Campo Mayor y Valencia, tiradores de África, 40 carabineros reales, regimiento de caballería del Príncipe y cuatro piezas de artillería volante, todo al mando del comandante del citado Campo Mayor Rafael Menacho. El resto de la reserva lo dividió en dos secciones, la primera al mando del mariscal de campo Narciso de Pedro, compuesta del regimiento de dragones de Pavía y de los de infantería de granaderos provinciales, África y Zaragoza; y la segunda al del marqués de Gelo, del regimiento de dragones de Sagunto y escuadrón de Carmona y los de infantería de Burgos, Cantabria, milicias de Lorca, una compañía de zapadores y 150 suizos de Reding, con cuatro piezas de artillería cada una.

La marcha tan rápida de estas tropas hasta alcanzar las del enemigo, el cansancio, excesivo calor, necesidad y sed que padecieron... patentizaba "de un modo incontrastable sus deseos de batirse y, si no tuvieron esta dicha, a lo menos aterraron con su aproximación al enemigo", de modo que los cuatro primeros cañonazos que tiró la vanguardia y que indicaron a Reding y Coupigny la posición de La Peña, obligaron a que Dupont se decidiese a capitular.



Commemoración anual de la batalla de Bailén.

Durante la suspensión de hostilidades, el general Vedel, con su división que estaba en Guarromán, hizo un movimiento sobre Bailén, “faltando a las leyes de la guerra”. Y, en consecuencia, se reunió a La Peña el resto de la división de Jones, tomando ambos posición de ataque sobre la de Dupont, e intimándole se rindiese a discreción, sin dar lugar a más parlamento. Entonces Dupont hizo que Vedel volviese a ocupar el punto de donde había salido y se concertó la capitulación.

Mientras las cuatro divisiones obraban con arreglo al plan de ataque que se les había prescrito, el teniente coronel Juan de la Cruz Mourgeon, en cumplimiento de las instrucciones del general en jefe, se dirigió con las tropas de su mando al noroeste de Andújar, pasó el río por el puente de Marmolejo y se situó en las alturas de la sementera, sobre el flanco derecho del enemigo. En esta posición colocó en primera línea al batallón de tiradores de Cádiz, al mando de su sargento mayor Francisco O'Donnell. Sobre su derecha, el de tiradores de España a las del coronel Juan Villalba. Y a su izquierda, el de voluntarios de Carmona al mando de su comandante José Aymerich, dejando para cuerpo de reserva, a las órdenes del marqués de Campo Hermoso, las compañías de las Costas de Granada y 150 tiradores de Montoro, que mandaba el capitán Francisco Nuño.

En este orden, y adelantándose los indultados de Málaga y guerrillas de cada cuerpo a reconocer los olivares de las inmediaciones, fueron atacados por el enemigo en la mañana del 16, de modo que se vieron en la necesidad de replegarse sobre los tiradores de Cádiz, que los sostuvieron bizarramente. Sin embargo, como las fuerzas enemigas eran muy superiores, fue preciso que se replegase también este batallón sobre los demás cuerpos que ya le sostenían. Acción en la que se distinguieron los tiradores de España y voluntarios de Carmona, que “a porfía se empeñaron”. El enemigo tuvo que abandonar el campo de batalla, dejando más de 30 muertos y llevándose una multitud de heridos. Por parte española hubo 17 muertos y 25 heridos.

Después de esta “gloriosa acción” se transfirieron las tropas a las alturas de las Peñas del Moral, donde permanecieron hasta que, advirtiendo abandonaba el enemigo Andújar la noche del 18, dirigiéndose por el camino a Bailén, emprendieron su marcha a ocupar el pueblo de Baños para comunicarse con la división del general Reding y combinar con ella sus movimientos. Pero antes de verificarlo principiaron a oír el fuego que por su viveza y constancia no dejó duda del encuentro de Dupont con las divisio-



La capitulación francesa en Bailén (detalle).

nes españolas. De este modo aceleró Cruz su marcha, de modo que sus avanzadas se situaron a dos tiros de fusil del enemigo, imposibilitándoles se surtiesen de agua del río por aquella parte.

Verificada la rendición, Castaños señalaba en el parte que la pérdida de los enemigos ascendía a 2.200 muertos en el campo de batalla y 400 heridos. Por parte española la pérdida fue de 243, entre ellos diez oficiales, y 735 heridos, incluidos 24 oficiales.

El general en jefe señalaba en el parte que el enemigo “se batió con ventaja en todos los sentidos”. Primero por ser superior en fuerza, pues constaba de doce mil hombres, y aunque las tropas de Reding y Coupigny, únicas que entraron en función, componían

aproximadamente un total de 14.000, se desmembró de esta fuerza un cuerpo considerable que debió observar los movimientos del general Vedel, que estaba sobre Guarromán. Segundo, por haber tomado posición de ataque, cuando las divisiones españolas entraban en el orden de marcha. Tercero por ser más numerosa su artillería. Cuarto por las “incalculables ventajas” que lleva consigo un ejército que ataca sobre el que es atacado y casi sorprendido en un movimiento de marcha. Quinto por su completa organización con el competente número de generales, jefes, subalternos y todos los demás auxilios y requisitos de sus trenes bien acondicionados y dispuestos a todo movimiento de columnas y maniobras. Y sexto, en fin, por la calidad de sus tropas “bien disciplinadas, aguerridas y acostumbradas a vencer”.

“Este ejército –terminaba diciendo el general Castaños– tan superior al nuestro de Bailén, no solo ha sido batido y derrotado sino que ha sido precisado a rendir las armas, experimentando la última humillación militar que él mismo ha hecho sufrir a todas las demás naciones de Europa, y las decantadas águilas imperiales que la avasallaron, han venido a ser trofeo del venturoso ejército español de Andalucía en los campos de Bailén. Nuestras tropas en lucha tan desigual, se han hecho superiores a sí mismas con una constancia heroica, pues arrostrando peligros, fatigas, hambres y calores mantuvieron tan firmeza contra los ataques del enemigo que cada soldado parecía haber echado profundas raíces en el puesto que defendía y demostraron tanta velocidad y ardimiento en las cargas sobre los franceses, que estos mismos no han hallado ejemplo de comparación en ninguno de los muchos ejércitos con quienes han medido sus fuerzas”.

La “gloriosa” jornada

De “gloriosa” han tildado siempre la batalla los historiadores españoles, conscientes de la trascendencia de aquel martes 19 de julio. El coronel Bouligny, a quien se debió en parte la autoría del plan de la batalla, no dudó en señalar que a su dictamen y al esfuerzo de las tropas de Reding se debió el feliz éxito de aquella “gloriosa jornada, que hará época muy distinguida en nuestros anales”. De la misma manera que Maupoey y Goicoechea en su posterior *Descripción de la batalla de Bailén*, escrita en 1850, dirán que “la batalla de Bailén... ocupará siempre entre los españoles un lugar tan distinguido como las de Marengo y Jena entre los aspirantes del mando universal”. Por más que



La capitulación francesa en Bailén (detalle).

las circunstancias de la guerra no permitieran celebrar más que un aniversario de la batalla. Otra cosa sería después.

Eran éstas ya unas fechas en que corrían las leyendas sobre la jornada: las cargas en la contrapendiente de la Haza Walona, las cabalgadas alocadas frente a los cañones y fusiles de Coupigny o los choques a la bayoneta entre las columnas enfrentadas. Por no hablar de la actuación de los lanceros contra los gabachos, adentrándose por los olivares en su persecución o la ayuda prestada por los paisanos de Bailén a los combatientes españoles.

Por supuesto se ocultó desde el principio los aspectos menos positivos del combate llevado a cabo por parte de los batallones de paisanos. Pues, según el teniente coronel Nicolás Garrido, varios de estos se pusieron “a la desbandada”, de donde procedieron las

primeras noticias que corrieron por la comarca, según las cuales la batalla había sido perdida por los españoles. También se pasó un tupido velo por el asunto de las deserciones.

Al terminar la batalla, aquel martes 19 de julio de 1808, la jornada terminó siendo “gloriosa” para los españoles. Las bajas del ejército francés fueron muy numerosas. La tercera Legión había sufrido más de 140, entre ellas 24 oficiales. La cuarta aún más, cerca de 200, entre ellas 43 oficiales. Del total de cuerpos, la caballería fue la más castigada. La brigada de cazadores había perdido más de 500 hombres, la de dragones, 173. El general Dupré había muerto. Los generales Dupont, Rouyer y Schramm se encontraban heridos. También lo estaban los comandantes de los marinos y de la cuarta Legión. Según los partes de Castaños, las bajas francesas entre muertos y heridos se cifraban en unas 2.200.

Según el parte que el general Reding dio al comandante en jefe, general Castaños, el día 22 –y que circuló, primero por Sevilla, y después por todo el país como un *Aviso al público*– la acción resultó una victoria aplastante de los españoles. Iniciada por Dupont a las tres de la mañana del día 19, fue contestada “con la celeridad del rayo”. De tal manera que, cuando aclaró el día, “nuestras tropas estaban ya en posesión de las alturas que antes ocupaban, y el enemigo emprendió sus ataques por varios puntos de la línea”. “Nuestras baterías –decía el general, después de referirse a la acción de la infantería– fueron servidas en este día de un modo que asombró y aterró a los enemigos, de que habrá pocos ejemplares... que desbarataba cuantas columnas se presentaban”.

Reding elogió en su parte a todos los generales, jefes y oficiales que se distinguieron en la acción. Del mariscal marqués de Coupigny, jefe de la segunda división, destacó el “concierto” que tuvo con él en la dirección de los movimientos del día. Y añadía: “[...]acudió a los cuerpos más vivos de los tres ataques generales, y con sus conocimientos y valeroso ejemplo nos proporcionó los expresados felices resultados”. Igualmente destacó el comportamiento del brigadier Francisco Venegas, jefe de la vanguardia de su división que, situado al costado derecho, al que destinó “con tino y severidad” los cuerpos convenientes y artillería sobre los puntos que atacó al enemigo y “contribuyó con su acierto a rechazarlos”.

Reding elogió de forma particular al barón de Mortagne, capitán de las Reales Guardias Walonas, y comandante de las *partidas de guerrillas*, que obró “con la más resuelta bizarría y conocimiento, resultando malherido por la caballería enemiga”. Asimismo

elogió al batallón de las mismas Guardias Walonas y al Regimiento de Órdenes Militares, cuyos “dignos jefes” –el capitán del de Guardias José Pul, y Francisco de Paula Soler, al igual que su teniente coronel, Sebastián Zaragoza– sostuvieron su “notorio crédito y firmeza”. Particularmente Soler tomó distintas posiciones que condujeron al “feliz éxito con glorioso sacrificio de muchos de sus oficiales y soldados”.

El general Reding recomendaba de forma particular, igualmente, a los oficiales y tropas de la Compañía de Cazadores de Guardias Walonas “por la general conducta de sus individuos”. Entre ellos se distinguió el primer teniente Matías Pover, que con



*Commemoración
anual de la
batalla de Bailén.*

el sargento Mansini y quince soldados, se arrojaron sobre un escuadrón de caballería enemigo y le obligaron a huir. Igualmente, también su ayudante Torcuato Trujillo, guardia de corps de la Compañía Italiana, se distinguió por el “brillante valor e indecible actividad”.

Reding también elogiaba el comportamiento del mayor general de la división Francisco Javier Abadía, al ayudante general de Artillería José Juncar, gobernador de Motril, comandante de la de ambas divisiones durante la acción, “por el buen desempeño con que llevaron sus vastas obligaciones”.

En el *Aviso al Público*, en el mismo parte de Reding, se recogían las recomendaciones del marqués de Coupigny, quien, en primer lugar, elogiaba a Nazario Reding, coronel del regimiento de su apellido, y al marqués de las Atalayuelas, coronel de Bujalance. Asimismo recomendaba a Miguel Pedrero, de Ciudad Real; a Pedro Conesa, sargento mayor de Cuenca; al mayor de su división que le siguió en el combate y “cumplió muy bien sus deberes”; a su ayudante Juan Rafael Lasala, capitán de campo mayor; a Juan Pras, ayudante de los tercios de Texas; a Juan de Lapuente, capitán de fragata; a José San Martín, capitán agregado a Borbón; y a José Maury, capitán retirado.

En una proclama a los “Vencedores de los vencedores de Austerlitz y Jena”, dada después de la batalla, se decía: “Valientes andaluces, la centella del patriotismo prendió en vuestros pechos, y en pocos días levantó el incendio que ha consumido a los opresores de la nación”. Considerando a las águilas napoleónicas como unas “legiones de vándalos, que sorprendieron por unos momentos algunas de nuestras ciudades, y las entregaron al saqueo...”, la proclama señalaba que la gloria de Marengo, de Austerlitz y de Jena pertenecía a los “valientes andaluces”. “Los laureles que ceñían la frente de esos vencedores están ya a vuestros pies”. A lo que añadía la proclama: “Empero vosotros no sois solamente andaluces, sois españoles. Volad, hijos del Betis; volad a reuniros con vuestros hermanos del Ebro, y del Duero y del Júcar; volad a romper las cadenas de los cautivos del Tajo, del Manzanares y del Lobregat”. Después de exaltar a los andaluces por “conquistar nuestra independencia”, la proclama terminaba diciendo: “[...] *Ya tenéis una Patria. Ya sois una gran Nación*”.

El paisaje, después de la batalla, era desolador. En pleno mes de julio, con un calor asfixiante, se procedió a una “gran quema de cadáveres, que con mieses y otros efectos hicieron los nuestros con ayuda de los segadores”. La atmósfera resultaba irrespirable.

Se aclaró que los demás cadáveres se estaban enterrando a toda prisa en zanjas y pozos, para lo cual estaban ayudando los vecinos y segadores de aquellos contornos. La noticia llegó a todos lados, si bien los periódicos pusieron un especial énfasis en señalar la fuente de la noticia.

Sobre el martes de Bailén las discrepancias de los historiadores franceses y españoles han sido tradicionalmente considerables. Los primeros (Foy, Thiers, Grasset) han puesto el énfasis en la superioridad numérica por parte de las tropas españolas, constituidas fundamentalmente, según ellos, por guerrilleros y soldados suizos, mercenarios al servicio de España. También han insistido en la inferior calidad de las tropas de Dupont, el Segundo Ejército de Observación de la Gironda, soldados carentes del ardor combativo de la “Grande Armée”. Por más que el propio Napoleón los considerara como “veinte mil hombres de élite y escogidos”.

Ciertamente las tropas españolas eran más numerosas. La superioridad numérica era indiscutible. Pero la veteranía de las francesas, la existencia de cuerpos de élite, su instrucción o armamento eran, sin embargo, incomparablemente superiores. Los coraceros franceses no podían compararse en modo alguno a los indisciplinados cazadores de Olivenza o a los lanceros del teniente coronel Echavarri, que tras la desbandada de Alcolea habían integrado las filas de los “garrochistas”. La caballería francesa era infinitamente superior.

La artillería española actuó también con mayor contundencia y precisión de tiro. A pesar de que el número de cañones con que contaron las tropas de Reding y Coupigny —dieciséis cañones de 12 y 4— fueron inferiores en dos piezas a los franceses. Dieciséis cañones franceses que, según algunos participantes en la jornada, pudieron disparar cinco mil tiros. Evidentemente fue un acierto por parte de los españoles haber elegido en la Maestranza de Artillería de Sevilla cuatro cañones de a doce, que era la artillería pesada, ocho cañones de a cuatro y cuatro obuses de a seis pulgadas. Sólo con los primeros se consiguió evidente ventaja sobre las piezas francesas de a cuatro y de a ocho. En el duelo trabado por la artillería fueron fundamentales las cuatro piezas españolas de a doce, que con sus certeros disparos rompieron los montajes de los cañones enemigos y con sus granadas y metralla rechazaron las columnas de ataque. Según el testimonio de un soldado, voluntario, violinista de la catedral de Granada, en carta a sus padres, “se portó nuestra artillería tan bien que casi no perdieron tiro”.

La llegada a Bailén del ejército del general Vedel, una vez establecida la capitulación, acompañado de su estado mayor y de sus generales, causó impresión. Así la detalló el teniente coronel Garrido: “[...]Hicieron alto no lejos del pueblo para dar tiempo a que las tropas desfilasen. En el orden de marcha iban delante cuatro grupos de volteadores que compondrían 400. Seguían como mil dragones y cazadores, ocho piezas de campaña, toda la infantería, que según lo que se podía calcular en el movimiento, ascendería a nueve mil hombres, 13 piezas, el parque de artillería e ingenieros, una partida de gendarmes y otra de coraceros que podrían componer 900. Del cómputo que se infería y podía formarse al paso a la verdadera fuerza de aquella División, según los estados que se tuvieron después, se encontraban 165 que rebajar”.

La comparsa que componía la cola de la división, y que contaba de furgones, coches, cabrioles, carros con equipajes, caballos de mano, ambulancia, escoltada por 200 caballeros, era inmensa y de tanto lujo como uno de aquellos convoyes del ejército de Darío



Conmemoración anual de la batalla de Bailén.

de que la Historia Antigua hace mención. Un grupo de generales y edecanes, entre los cuales iba el consabido Poinseau, caminaba inmediato a la escolta, y al cabo de un rato que todos habían desfilado pasó el general”.

Éste fue recibido a la mañana siguiente por el general Reding al frente de sus tropas. Acto seguido continuaron al paraje donde se encontraba el general Castaños, quien, según el decir del teniente coronel Garrido, le recibió “con la cortesía, gracia y urbanidad propia de su carácter”. Para entonces, el general Dupont ya había salido hacia su destino de Cádiz. Así que, por la tarde, le siguió Vedel con su división, escoltada por 300 hombres al mando del propio Garrido, que salieron con dirección a Cádiz a través de Morón. La humillación del orgulloso general y de su ejército no acababa más que de empezar.

* * * *

Al año siguiente de la batalla, en 1809, el alcalde de Bailén, Antonio José Carrero, dio su particular punto de vista sobre la misma. Considerándola como una jornada “gloriosa”, y coincidiendo con la representación que aquel mismo año hicieron los síndicos del pueblo, llama la atención la conclusión que sacó del hecho de armas. Pues, más allá de reivindicar la memoria del lugar, justamente reconocido por la Junta Central al darle aquel mismo año a la villa el título de Muy Noble y Muy Leal, escribió lo siguiente: “[...] Tan insigne y nunca bien ponderada batalla intimidó a los franceses por ser la primera vez que habían perdido; llenó de ardor y júbilo a nuestro soldados y alarmó a toda la Nación, prometiéndose las más lisonjeras esperanzas de la salvación de su legítimo Rey y Patria, esforzando sus recursos”.

El alcalde del pueblo, de acuerdo con la exposición de los síndicos de la villa, llega a decir que “[...]sin ella [la victoria] no se hubiera verificado la libertad de nuestro deseado monarca, la de España y aún de toda Europa”. Publicado el escrito en la temprana fecha de 1815, se dice en él que “[...] estas ventajas eran bien manifiestas a los franceses, porque cuantos generales y jefes transitaron por Bailén, durante su dominación, fueron al paraje donde acaeció la batalla, y enterándose de la situación de ambos ejércitos, sus movimientos y circunstancias se enfurecían en extremo, atribuyéndolo, unos a lisonja de la fortuna de los españoles para su perdición (según se expresaban) y todos nombrando la maldita batalla”.



Capitulación francesa en Bailén.

El alcalde que, con posterioridad a la batalla, tuvo que soportar la ocupación napoleónica tras la conquista de Andalucía en 1810, dirá que por poco no fue demolido el pueblo por los invasores, deseosos de acabar con aquel lugar maldito. “[...] No hay duda que a no haberles sido tan preciso el pueblo para el tránsito de su tropa y convoyes, lo hubieran demolido porque no existiera semejante nombre que recordaba el primer abatimiento de su orgullo. Y así el nombre de Bailén que tan odioso fue a los enemigos, será admirado en las naciones, y colocado en los fastos de sus historias”.

Nombrado en 1833 el general Castaños duque de Bailén, el ayuntamiento en pleno de la villa le testimoniará su reconocimiento. Y el general, en un alarde de modestia, en atención al real decreto que premiaba “en demasía la pequeña parte que tuve en aquella jornada”, acepta el honor; advirtiendo a los munícipes que “nunca se ha separado de mi

memoria el nombre de Bailén, estando en el día identificado con el de mi persona”. Lo mismo que le ocurrirá al general con el parabién de la Diputación General de Vizcaya al felicitarle por los servicios prestados “a la patria, recordando con tan grato motivo, los laureles que ciñeron sus sienes en la memorable batalla que llenó de gloria a las armas españolas”.

Por su parte la tradición popular no dejará de iluminar aspectos de la batalla que se adueñarán con el tiempo del imaginario colectivo. Precisamente cuando la reina Isabel II, en 1862, visitó Bailén, fue agasajada con la bala que, según se decía, rompió la vasija con la que María Bellido, conocida por “La Culiáncha”, dio de beber al general Reding, historia hecha suya por la industria de alfarería de la ciudad.

Capítulo V

La Batalla de Málaga

Lucía Prieto Borrego, Encarnación Barranquero Texeira. *Universidad de Málaga.*

INTRODUCCIÓN

La guerra civil española, hombres y armas

El golpe militar, largamente larvado, contra el régimen republicano se hizo realidad en Marruecos, la tarde del 17 de julio de 1936. Fue el resultado de una larga actividad conspirativa que tenía en la península profundas ramificaciones controladas por los generales: Sanjurjo, Mola, Queipo de Llano y Franco, éste último —en opinión de varios historiadores— sólo incorporado al complot a última hora. Frente a lo que sus principales agentes creyeron, el golpe no triunfó inmediatamente, sino que, al contrario, fue el desencadenante de una larga y cruenta guerra civil.

Los militares rebeldes sólo lograron imponerse en una parte de España. Triunfantes en Galicia, Navarra, Álava, la vieja Castilla; las capitales andaluzas de Córdoba, Sevilla, Cádiz, Huelva y Granada; las islas Canarias y Baleares —en el último archipiélago con la exclusión de Menorca— fracasaron en gran parte de Andalucía, donde Málaga, Jaén y Almería permanecerán al lado del gobierno. Toda la costa mediterránea desde Algeciras hasta el norte de Cataluña, junto con el amplio territorio que abarca las provincias interiores catalanas, Aragón, Castilla la Nueva y Extremadura, quedaron en la zona republicana, así como la franja norteña: Vizcaya, Guipúzcoa, Cantabria y Asturias. En manos de la República quedaban, por tanto, las zonas más industrializadas del país y, a

excepción de Zaragoza, las ciudades más importantes: Madrid, Barcelona y Valencia.

La aparentemente ventajosa situación de la República, desde el punto de vista territorial, ocultaba sin embargo una importante diferencia cualitativa entre ambos bandos: los oficiales sublevados, alrededor de 14.000 frente a unos 8.500 que permanecieron leales al Gobierno, contaban con un ejército profesional a su mando. Un ejército en el que se integraban las elitistas tropas africanas, un conjunto de 40.000 hombres, repartidos entre el llamado Tercio de Extranjeros y las tropas indígenas.

Allí donde la sublevación triunfó, la autoridad militar estableció un poder único. Ello supuso unidad de acción en la dirección política y militar de la guerra. Por el contrario, la prioridad de combatir a los militares sublevados en el lado republicano determina la improvisación de una respuesta cuya característica más importante es el



Calle del centro de Málaga

protagonismo que adquieren los elementos civiles. La intervención popular, que impide el triunfo de los golpistas en gran parte de España, condicionará a su vez la naturaleza del ejército republicano, en el que las unidades que habían permanecido leales en un principio quedaron desbordadas por los grandes contingentes de voluntarios, milicianos armados procedentes de las principales organizaciones políticas y sindicatos obreros, quienes integrarán, junto a las unidades militares, a la Guardia Civil, Guardia de Asalto y Carabineros las primeras columnas de combatientes, un conjunto de fuerzas definida por la ausencia de las características propias de los ejércitos.

En España, la formación de milicias tiene una larga tradición. No era nueva, por tanto, la creación más o menos espontánea de fuerzas paramilitares —sirva

como ejemplo la guerra de guerrillas durante la guerra de la Independencia—. En el bando franquista, igualmente requetés y falangistas nutrieron grandes contingentes de voluntarios que, a diferencia de lo ocurrido en el campo republicano, quedaron militarizados bajo una única autoridad y una única disciplina militar.

Al comenzar la guerra, la dotación armamentística del ejército español era precaria, sobre todo si se comparaba con el que tenían los ejércitos del mundo que venían preparándose para la Segunda Guerra Mundial. Una nueva tecnología bélica que pudo ser experimentada en España: los carros de combate dotados de cañón empujados por motores redujeron la eficacia de los carros blindados armados sólo de ametralladoras, y aunque los combatientes de ambos bandos tuvieron como arma fundamental el fúsil —reglamentario en el ejército español, el *Mausser* de 7 mm— fueron experimentadas las armas automáticas y las armas de defensa contra el carro.

En la zona leal a la República, en la que, de entrada, quedaron menos fúsiles que en el territorio dominado por Franco, la inmensa demanda de armas para las milicias dejó pronto en evidencia la necesidad de un armamento que nunca llegó a ser suficiente.

La Fuerza Aérea española era igualmente insuficiente y desfasada. El modelo *Nieuport NiD.52* era el caza principal. Trece aviones de este tipo constituyeron, al principio de la guerra, el núcleo de la fuerza franquista de caza; el *Breguet Br.19*, un sesquiplano biplaza de reconocimiento y bombardeo, y el resto de la flota compuesta por modelos *Fokker F.VII*, *Junkers*, *De Havilland DH 84 "Dragon"*, *Dornier Wal*, *Hawker Spanish* y *Savoia S.62*, eran aeroplanos que pronto fueron superados por las ventajas de los monoplanos para el combate de caza. En los aeródromos ocupados por cada uno de los bandos quedó un pequeño número de aviones de distinto tipo. Los aviones más avanzados de la fuerza aeronaval eran los torpederos *Vickers Vildebeeste*, de los que la República pudo disponer en un número relativamente amplio.

En lo que respecta a la armada, con unas bases navales bien localizadas, España tenía cierta capacidad operativa: dos acorazados, *España* y *Jaime I*, que se enfrentarían al quedar cada uno en bandos diferentes; doce destructores y tres cruceros (*Libertad*, *Almirante Cervera* y *Miguel de Cervantes*). El ejército franquista incrementa su flota durante la guerra con los cruceros *Canarias* y *Baleares*. Al comenzar la contienda, ambos cruceros se encontraban en construcción y en período de armamento. Tanto el uno como el otro tendrán un gran protagonismo en la parte naval de la campaña de Málaga.

La flota se completaba con trece torpederos y cañoneros y quince unidades de diverso tipo. Los doce submarinos, base de la guerra naval moderna, quedaron todos en manos de la República. El ejército franquista no tenía al principio de la guerra ninguna de estas unidades, compró a los italianos en 1937 y pudo contar, así mismo, con el apoyo de los submarinos *legionarios* (italianos) que operaron en el Mediterráneo.

Ambos bandos, ante la escasa capacidad operativa de la industria bélica española y la precariedad de las reservas, se movilizaron en busca de suministros exteriores que fueron llegando a España, procedentes de la URSS, Italia y Alemania fundamentalmente, material de nueva creación, pero también material residual, desechos de las guerras libradas anteriormente en suelo europeo.

Apenas comenzada la guerra, la intensa movilización de Franco ante los gobiernos de la Alemania nazi y de la Italia fascista para conseguir apoyo militar dio resultados inmediatos.

La ayuda a la República por parte de Francia, a pesar de la posición oficial adoptada por su gobierno, basada en la no intervención directa, fue la primera en llegar: dieciséis aviones cazas monoplanos *Dewoitine*, que cruzaron la frontera la noche del 31 de julio. También, a últimos de julio, llegaban a Marruecos, en vuelo directo, nueve *Savoia* italianos y a Cádiz, el primero de agosto, veinte transportes, *Junkers Ju52/3m* y seis cazas *Heinkel He51*, que llegarían desmontados a bordo de un carguero.

La formulación del “Acuerdo de No Intervención” obligó a acelerar las entregas. Antes del fin del verano, Francia había entregado setenta y cuatro aviones. De este modo, hasta ser sustituido por la URSS, el país vecino fue el principal suministrador de material bélico para la República.

En septiembre, Alemania había entregado un total de quince cazas *Heinkel He51* y veintiséis bombarderos *Junkers Ju52/3m* mientras que Italia, a la altura del otoño de 1936, había ya entregado desde el principio de la guerra dieciocho aviones de bombardeo *Savoia S.8*, treinta y seis cazas, *Fiat CR.32*, diez aviones de apoyo *Romeo RO.37*, seis hidroaviones —tres *Macchi M.41* y tres *Savoia S.55*— y un *Cant Z.506*. No serían las únicas aportaciones, ya que los envíos continúan hasta final de año.

A partir del 5 de agosto, fecha de la operación del Paso del Estrecho de 1.600 hombres, comenzó la intervención de los aviones alemanes. Dicha operación de transporte puede considerarse el primer puente aéreo de la Historia. Iniciado casi inmediatamente

después del Alzamiento para el traslado de las tropas marroquíes a la península, el ritmo de los traslados se incrementó en unos momentos en los que estaba en marcha, a impulsos de la Internacional Comunista, la creación de un cuerpo internacional de voluntarios dispuestos a luchar por la República española. El destino de las Brigadas Internacionales –como sería conocido este cuerpo de voluntarios– sería el de fuerzas de choque del ejército republicano.

Por su parte, la contribución soviética a la causa republicana se materializa en la intervención de militares y técnicos como asesores e instructores, muy próximos a los altos mandos republicanos. Entre octubre y noviembre llegarán los primeros aviones soviéticos por vía marítima: bombarderos *Tupolev*, *Katiuska*, setenta y un cazas *Polikarpov I-15*, llamados “chato”, *Polikarpov I-16*, cazas monoplanos, llamados “mosca” o “rata” y treinta y un aviones de reconocimiento, *R-5*, denominados “rasantes”. Un material al que se sumó la aportación de carros con tripulación y oficialidad rusa.

De este modo, por primera vez se experimenta en suelo español la más moderna tecnología bélica, producida en Europa y la URSS. La Guerra Civil Española se convirtió así en un factor de vital importancia para la estrategia armamentística, que se desarrolla plenamente durante la Segunda Guerra Mundial. Paralelamente, la intervención de Italia y Alemania en la guerra de España, permitirá –según señala Gabriel Cardona– la aplicación de las tesis fascistas sobre el uso de la aviación, que habría de servir para la destrucción de objetivos civiles. A ello responderá la creación de la poderosa flota aérea italiana. Sus bombarderos, los ya citados *Savoia*, atacarán con saña las ciudades de la retaguardia republicana: Cartagena, Alicante, Barcelona, Bilbao, Málaga, Guernica, Alcañiz... Frente a esta estrategia aérea, los republicanos se basaron más en la *caza* –combate entre aviones– que en el bombardeo.

En Madrid, objetivo prioritario en los planes de los sublevados, los *nacionales* habían previsto una operación de convergencia del ejército del norte –mandado por el general Mola– con las tropas de Marruecos y del sur. Se trató de una batalla en la que fue utilizado tanto material de guerra alemán e italiano como soviético. En la batalla por la capital de España, en el otoño de 1936, los republicanos mostraron una resistencia inesperada, demostrando que la guerra sería larga y la victoria difícil.

La guerra de columnas milicianas se convertirá, a los pocos meses de comenzar la contienda, en una “guerra total” entre dos ejércitos que se fueron equipando con mate-

rial de gran calidad y que se incrementaban con la aportación de soldados extranjeros. En hombres, la intervención italiana fue la más importante: 60.000, de los que entre 8.000 y 10.000 participaron en la Batalla de Málaga. Málaga era un frente considerado secundario dentro del tablero general de la guerra en el que, sin embargo, se llevó a cabo el ensayo general de la *guerra relámpago* a cargo del ejército italiano.

LA BATALLA DE MÁLAGA

Las operaciones preliminares: La caída de Ronda y de Antequera

En el sur, una vez que el golpe militar triunfó, entre los días 18 y 19 de julio en Sevilla, Cádiz, Granada y –algunos días después– en Huelva, sólo Málaga y las provincias de Almería y Jaén quedan en manos del gobierno de la República. La mitad de Andalucía ha quedado bajo el control no sólo militar, sino también político, del general Queipo de Llano, quien la misma noche del 18 de julio haría uso del arma psicológica de la Radio.

Ronda.



Sin embargo, los amplios espacios que habían quedado en manos de la República entre ambas zonas se convirtieron en un objetivo prioritario para el General, entre ellas la unión de Algeciras, Cádiz y Jerez con Sevilla, el enlace entre Sevilla y Córdoba y el auxilio a Granada. Era una estrategia tendente a fortalecer las posiciones ganadas y a conjurar la amenaza proveniente de Andalucía oriental.

La rápida ocupación de la Sierra Sur de Sevilla supuso el control de La Roda de Andalucía, importante nudo ferroviario, donde fueron concentradas una gran cantidad de tropas al mando del general Varela. Desde aquí se marchó sobre Antequera, cuya ocupación el 12 de agosto dejó en manos de los franquistas la más importante comarca cerealista de la provincia de Málaga, haciendo temer a los mandos republicanos que la maniobra se dirigiese hacia la capital, distante sólo a cincuenta kilómetros. Sin embargo, de momento el objetivo principal de Queipo era el levantamiento del cerco de Granada (18 de agosto), una estrategia determinante para la futura conquista de Málaga, al contribuir al aislamiento de un territorio que sólo quedaría conectada con la zona republicana oriental por la carretera de la costa en dirección a Almería. Esta operación y la fracasada ofensiva del general republicano Miaja sobre la capital cordobesa permitió a Queipo alinear posiciones entre Córdoba, Sevilla y el Campo de Gibraltar, en una operación donde la toma de Ronda, el 16 de septiembre, sería el objetivo más importante.

La ofensiva sobre Ronda, la primera fase en realidad de la operación sobre Málaga, contempla el avance de una columna —a las órdenes del comandante Redondo— desde Osuna, a través del Saucejo y Cañete la Real. Una segunda columna, mandada por el comandante Corrales, tomaría Campillos y Teba mientras una tercera, al mando del comandante de Caballería Salvador Arizón, avanzaba desde la Sierra de Cádiz desde Arcos de la Frontera y Ubrique. Las fuerzas procedentes del Campo de Gibraltar habían tomado, el 28 de agosto, Castellar. La columna de Cádiz debía ocupar el 14 de septiembre Alcalá del Valle. Esta columna al mando de Arizón —que había encabezado la sublevación en Jerez— estaba compuesta por Regulares y falangistas y tomó Grazalema el día 14 por la tarde. El 16 era ocupada la ciudad de Ronda, previo bombardeo.

Se inició entonces el éxodo de los habitantes de Ronda y de los pueblos de la serraña hacia Málaga. Los primeros refugiados rondeños llegaron a Málaga el día 17 de septiembre. Para entonces, la capital era un inmenso campo de refugiados, que se co-

lapsó durante las semanas inmediatamente posteriores con la masiva llegada de los habitantes de la zona occidental de la provincia de Málaga, cuando a primeros de octubre cayeron las poblaciones de Manilva y Casares, lindantes con el Campo de Gibraltar.

El Sector de Málaga

Una vez consumada la pérdida para la República de Antequera y Ronda, no existe una dirección coherente de la guerra en la capital, donde en los días inmediatamente posteriores a la sublevación comenzaron a crearse las milicias populares, organizadas por el Partido Comunista (PC), el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) o las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), entre otras organizaciones. Desde julio a septiembre llegaron a constituirse 23 compañías. Paralelamente a la creación de estas fuerzas se organizaron columnas de milicias confederales, una de ellas integrada por anarquistas de la Serranía de Ronda, que era la dirigida por Pedro López Calle, alcalde de Montejaque, quien durante varios meses detuvo el avance de las tropas franquistas tras la caída de Ronda.

A partir de septiembre, las milicias populares se organizaron en batallones que actuaron en los subsectores militares en los que quedó dividida la provincia de Málaga: Venta de Zafarraya, Estepona, Álora y Villanueva del Cauche. Una provincia que, con el enlace de las posiciones franquistas del sur de la provincia de Sevilla y las del norte de Málaga con Granada, había quedado convertida en un islote.

De espaldas al mar, el territorio malagueño se configuraba como una especie de península alargada, comunicada con la zona republicana por un estrecho corredor por el que transcurre una sola carretera, tan fácilmente expuesta a los ataques de los barcos de la escuadra franquista. De hecho, ésta única vía de comunicación habría de convertirse en una trampa mortal para miles de personas cuando, tras la caída de la ciudad en manos del ejército del general Queipo de Llano, por esta carretera miles de malagueños intentasen huir de las bombas y las represalias.

Hasta el inicio de la ofensiva sobre la capital se suceden varios mandos militares en Málaga, entre ellos el coronel Asensio, nombrado después por Largo Caballero subsecretario del Ministerio. Éste fue reemplazado en septiembre por el teniente coronel Romero Bassart. Mandos que no consiguen un control militar efectivo sobre las fuerzas combatientes, según la tesis compartida, tanto en torno a la falta de cohesión interna del sector como a la inhibición y pasividad del gobierno de la República a la hora de

articular una política de guerra en Málaga desde que se produjeron los primeros reveses en la provincia.

En el momento en el que, en diciembre de 1936, el bando republicano creó el Ejército de Andalucía –bajo el mando del general Martínez Monje y con cuartel general en Jaén– y una vez fracasada la entrada de los sublevados en Madrid, Málaga constituía para Franco un objetivo estratégico de importancia tanto política como militar. Desde éste último punto de vista, tanto para garantizar las comunicaciones interiores de la zona franquista como por el control de las vías férreas y por la posesión de uno de los más importantes puertos del Mediterráneo, que posibilitaba el contacto entre Andalucía y el Protectorado Español de Marruecos; además, podía servirle de apoyo a Mallorca y reforzar el control sobre el Estrecho, neutralizando las posibles actuaciones de la Escuadra republicana desde su base de Cartagena. Sin embargo, la conquista de Málaga había sido postergada en base a las necesidades de otros frentes, si bien, no es descartable, como afirma el historiador Paul Preston, que Mussolini tuviera más empeño que el mismo Franco en esta campaña para que permitiera el entrenamiento de sus tropas y la experimentación de su estrategia bélica, una aspiración compartida por los altos mandos militares franquistas. El propio general Kindelán reconoce en sus memorias que Málaga serviría para probar la calidad de los voluntarios italianos, a los que por otra parte Franco pretendía distanciar de las grandes operaciones estratégicas de la guerra española, reservando esta fuerza para los objetivos secundarios.

El primer plan previsto para la conquista del sector malagueño contemplaba una serie de objetivos como el estrangulamiento del territorio, estableciendo una línea que uniese Ronda con el noroeste y Zafarraya, al nordeste, desde la que progresivamente se descendería en cascada sobre Málaga. Este primer diseño, que no contemplaba el avance por la costa desde el Campo de Gibraltar, fue alterado en función de la disponibilidad de hombres que supusieron las fuerzas italianas desembarcadas en Cádiz el 22 de diciembre de 1936.

Cuando, en el mes de enero, se produjo la ofensiva franquista sobre la zona más occidental de la provincia, ocupaba la comandancia militar el teniente coronel Hernández Arteaga.

La ofensiva sobre la costa occidental malagueña estuvo precedida por el avance del ejército franquista desde Ronda hacia el sur. Una vez tomada la ciudad del Tajo se

había conseguido uno de los objetivos del general Queipo: el enlace de la zona situada al norte y oeste de Ronda con el campo de Gibraltar. La ocupación de Casares y Manilva, poblaciones ya muy cercanas al Campo de Gibraltar, los días 3 y 8 de octubre respectivamente, adelantaron las posiciones desde el río Guadiaro a Estepona, donde se estabilizó el frente de la costa.

Mientras, al sur de Ronda y al abrigo de un medio agreste que permite la movilidad de grupos de milicianos procedentes de los pueblos ocupados, actuaban varias partidas. Entre ellas estaba la de Pedro Flores Jiménez, sobrino de un mítico bandolero de la comarca, Francisco Flores Arocha, abatido por la Guardia Civil en 1932, y la columna anarquista mandada por Pedro López, que estableció su cuartel general en el pueblo de Igualeja. Hasta enero de 1937 el avance del ejército franquista será obstaculizado por estos efectivos de milicianos desorganizados, que desarrollan en la serranía una táctica identificable con la guerra de guerrillas, consistente en la realización de acciones rápidas y sorprendentes sobre unas tropas que, a su vez, se mueven con lentitud. Una forma de hacer la guerra totalmente diferente a las operaciones que, unos meses más tarde, se desarrollarían en la zona oriental de la provincia.

Precisamente la movilidad y la heterogeneidad de las columnas que operaban en la serranía de Ronda desconcertaban a los mandos franquistas. Los *Servicios de Información del Ejército del Sur* no tenían un conocimiento cierto de los efectivos reales –ni en hombres ni en armas– de las partidas de la sierra. Según los informes emitidos a principios de octubre, los estimaban en 400 hombres, armados con fusil o carabina, sin darle más importancia que a partidas de bandoleros. Sólo unos días más tarde la información manejada por los franquistas cifraba el número de milicianos concentrados en torno a Júzcar en más de 2.000.

El mantenimiento, durante varios meses, de un frente estable entre una zona franquista –en la que se incluyen los pueblos de Alpandeire, Faraján y Júzcar– y los pueblos de Igualeja y Parauta y Cartajima, situados a escasos kilómetros de los anteriores, controlados por la columnas anarquistas, se explica porque el enlace del territorio franquista del sur de Ronda con la costa no parecía prioritario. Ello se debía a que, como se ha indicado, en el primitivo plan expuesto por Queipo de Llano a Franco para la conquista de Málaga no figuraba el avance desde Algeciras por la carretera costera, acción que sólo se contempló tras la llegada de las tropas italianas.

Este frente se rompió a finales de diciembre. Cuando ya estaba claro que la operación sobre Málaga se pondría en marcha se produjo el ataque de las fuerzas franquistas sobre las posiciones que los milicianos anarquistas conservaban en los pueblos de la sierra bajo su control, desde donde, por otra parte, llevaban a cabo continuas acciones de sabotaje contra las líneas férreas que unían Ronda y Algeciras.

En Cartajima, un pequeño pueblo situado al suroeste de Ronda, puede decirse que dio comienzo la ofensiva sobre la comarca más occidental de la provincia de Málaga, primera fase de la operación concebida para la ocupación de la capital. Hasta ese momento, los mandos militares republicanos de Málaga no parecían haberse dado cuenta de la amenaza que la pérdida de este territorio –defendido sólo por milicianos– supondría para la defensa de la costa. Pero la contumaz resistencia de unos hombres que conocían a la perfección el terreno, principal ventaja de la guerra de guerrillas, se quebró por la utilización de un arma que hacía ineficaz cualquier estrategia guerrillera, ya ensayada en la serranía en la guerra de la Independencia: la aviación.

La gravedad de la situación en los frentes de la Sierra de Ronda movilizó a las autoridades militares malagueñas, en unos momentos en los que ya se había creado en la

Puerto del Madroño.



capital, en sustitución de la anterior Junta de Defensa, el Comisariado General, con carácter más político que militar, bajo el mando del médico comunista Cayetano Bolívar.

El teniente coronel Francisco Mejide, jefe de la sección del Estado Mayor de la Comandancia de Málaga, y un asesor militar ruso, Kremen, se desplazaron hasta el frente. Ambos, junto al teniente coronel Marba y José Recaldé Vela, responsable militar del Batallón Méjico, intentaron coordinar una resistencia imposible. Así, a pesar de la intervención de una columna motorizada de seiscientos hombres, pertenecientes al citado batallón, no pudieron impedir el avance de los sublevados, mandadas por el comandante Hidalgo y el teniente de navío Manuel de Mora Figueroa, éste al frente de una columna de falangistas.

La resistencia al avance de las fuerzas franquistas desde el territorio ocupado se prolongó hasta la primera semana de enero, en un punto situado a mitad de camino entre San Pedro Alcántara, en la costa, y la ciudad de Ronda, el llamado Puerto del Madroño, donde la columnas de milicianos establecieron su cuartel general. Durante varios días, en la zona se desarrolla una guerra entre columnas de milicianos y las fuerzas franquistas, engrosadas con voluntarios falangistas, creando una situación confusa.

En la primera semana de enero, las posición del ejército franquista estaban definitivamente consolidadas en el frente de la serranía y columnas procedentes de Ronda avanzaban sobre el Puerto del Madroño y la carretera de San Pedro Alcántara, en dirección a la costa.

Entre tanto, se preparaba la ofensiva definitiva sobre la capital. El día 2 de enero Málaga sufría un intenso bombardeo, el que mayor número de víctimas causó desde que empezó la guerra. Se ponía de este modo en práctica la nueva y operativa táctica de lanzar bombas incendiarias sobre objetivos civiles. Aquella mañana, mientras se desmoronaba el frente de la sierra de Ronda, las bombas lanzadas desde nueve aviones provocaron múltiples incendios en una ciudad que quedó a oscuras, profundamente desmoralizada y sin apenas capacidad de resistencia.

El día el 9 de enero fue tomado Igualeja, el último pueblo de la sierra donde resistieron las columnas anarquistas al mando de Pedro López. La ocupación de la zona sur de la Sierra de Ronda permitirá el enlace con el ejército que, procedente de Algeciras, preparaba el avance franquista hacia la costa, en unos momentos en los que ya estaba en marcha la ofensiva sobre Málaga.

La caída del Frente de Estepona

El general Queipo de Llano había diseñado la operación sobre la costa mediante el avance, desde Algeciras, de dos agrupaciones: una, que operaría a través de la Costa, mandada por el coronel Francisco Borbón y de la Torre, duque de Sevilla, dividida a su vez en dos subagrupaciones al mando respectivamente del teniente coronel Coco y del comandante José de la Herrán; y otra, que operaría por el interior, mandada por el comandante Rafael Corrales. La acción combinada de las dos agrupaciones determinará el rápido éxito de la operación.

Las peticiones de ayuda para el sector de Málaga, registradas desde los primeros días de enero, fueron reiteradas el día 14. En estos momentos, se conocían ya en Málaga las concentraciones de tropas y el movimiento de camiones y trenes en la retaguardia de las líneas republicanas de Estepona. El cónsul español en Gibraltar había informado del establecimiento de un campo de aviación en el Cortijo de las Utreras, en Los Barrios, población cercana a Algeciras y de la existencia en el mismo de aviones alemanes. Era una información cierta, puesto que desde este aeródromo operarían los doce aviones *Breguet* que intervienen en las operaciones sobre la costa. Los temores del entonces jefe de la Comandancia malagueña, Hernández Arteaga, de que el ataque a Estepona se realizaría por tierra, mar y aire se confirmaron, por lo que desde Málaga se solicitó apoyo aéreo y naval.

El frente de Estepona, establecido en octubre tras la caída de Casares y Manilva, comenzaba en la playa y se extendía hasta el pie de Sierra Bermeja. En octubre, los *Servicios de Información Nacional* contabilizaban unos efectivos republicanos muy inferiores a las fuerzas del general Queipo de Llano que el día 13 comenzaron a moverse en dirección a Marbella.

En el momento de iniciarse la ofensiva sobre Estepona, estos efectivos no habían experimentado un gran aumento: 2.000 fusiles, 6 ametralladoras, 4 cañones y 2 morteros. Las fuerzas que defendían este frente se nutrieron en parte de las columnas milicianas desalojadas de la Sierra de Ronda y Sierra Bermeja

El ataque a Estepona comenzó el día 14 de enero. Por la tarde, nueve barcos bombardean desde el mar. En el pueblo, desde mediodía, se intentaba resistir a las tropas terrestres, a la vez que la proximidad de los barcos hacía temer un desembarco. Al mismo tiempo Málaga es intensamente bombardeada. A mediodía del 14 se luchaba

EFFECTIVOS REPUBLICANOS EN EL SECTOR ESTEPEONA (OCTUBRE DE 1936)

PERSONAL

INFANTERÍA:

4 Compañías de Fusiles a 115 hombres aproximadamente: 150
Guardias de Asalto y 600 Milicianos.

CABALLERÍA:

120 hombres de Caballería con 60 caballos

ARMAMENTO

FUSILES: "Se calcula menos de 1.000 fusiles"

AMETRALLADORAS: 3

CAÑONES: 2 Obuses de 10,5

EFFECTIVOS FRANQUISTAS EN DIRECCIÓN A MARBELLA (13 DE ENERO DE 1937)

PERSONAL

INFANTERÍA:

2 Compañías del Ejército Regular
2 Compañías de Falangistas
2 Compañías de Regulares Indígenas
1 Compañías de Carabineros
2 Compañías de Ametralladoras
2 Secciones de Requetés de morteros

CABALLERÍA:

1 Sección de Carabineros

ARTILLERÍA:

3 Baterías

ARMAMENTO

FUSILES: "Todos tienen sus fusiles o mosquetón"

AMETRALLADORAS: 8

FUSILES AMETRALLADORAS: 20

CAÑONES: 11 del 15,5 y 7,5

encarnizadamente en las calles de Estepona. Al mismo tiempo, el ejército franquista atacaba el Puerto del Viento, situado en la zona nororiental de la sierra de Ronda, desde donde se intenta desalojar a las fuerzas republicanas para despejar el avance sobre Málaga desde el interior. Queipo de Llano, desde el día 15, dirige personalmente las operaciones a bordo del crucero *Canarias*.

A tenor de la naturaleza de las conversaciones mantenidas entre el Estado Mayor republicano y el máximo responsable del Ejército de Andalucía, la actitud de Martínez Monje ante la ofensiva sobre Estepona era de total desconcierto. Ante las órdenes dadas desde el mismo Ministerio de la Guerra para que se presentase en el frente, Monje aún parecía dudar de una realidad incontestable. Los mandos militares responsables del sector aún creían que la intervención de la aviación republicana podía neutralizar al *Canarias*, que sin embargo no experimentó daño alguno que le impidiera seguir imperturbablemente bombardeando el litoral, entre Estepona y Marbella.

Puerto del Viento.



Cuando el general Martínez Monje llegó a Málaga, el día 15 de enero tras recorrer a toda prisa más de cuatrocientos kilómetros desde Jaén, las tropas franquistas mandadas por el teniente coronel Manuel Coco habían rebasado ya Estepona, organizándose la resistencia republicana en la orilla izquierda del río Gaudalmansa.

En la tarde del día 15, cuando Martínez Monje llegó al frente, situado ya muy cerca de San Pedro Alcántara, la localidad era bombardeada desde los cruceros *Canarias* y *Almirante Cervera*. Ni la llegada de los ansiados aviones ni los refuerzos procedentes de Málaga, detuvieron el avance de las columnas mandadas por el coronel Borbón.

San Pedro Alcántara, a tan solo once kilómetros al oeste de Marbella, fue ocupado sin resistencia. Las tropas republicanas huyeron en desbandada hacia el Este, en dirección a esta última ciudad y hacia las zonas de la sierra. Martínez Monje, al referirse a la pérdida de San Pedro, reconocía la falta de moral y mando de las fuerzas republicanas, que se replegaron hacia Marbella abandonando *sus posiciones sin tan siquiera aguardar el asalto de la Infantería enemiga*.

Al tiempo, el avance por la sierra buscando las posiciones republicanas situadas en la falda de la Sierra Blanca, pretendía encerrar el territorio que flanqueaba la zona costera.

Las operaciones sobre Marbella

Antes de abandonar Málaga, el general Martínez Monje creía aún que el avance por la costa se detendría, por lo que ordenó el establecimiento de un nuevo frente al oeste de Marbella. Se conformó así una línea de resistencia apoyada en Río Verde, Istán y Sierra del Real. Las fuerzas republicanas destacadas en la zona nororiental de la sierra de Ronda se establecían en El Burgo, población situada al norte en el mismo eje que Marbella, en el que se concentran el día 16 de enero, tres centurias de la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Mientras, más al sur, en la zona sur-oriental de la sierra, se colocaba el Batallón Metralla y otras tres centurias anarquistas.

Las fuerzas republicanas estacionadas a escasamente tres kilómetros al oeste de Marbella, en la línea del Río Verde, ofrecieron una cierta resistencia que no impidió la caída de Marbella. La ocupación de la ciudad, el 17 de enero, se realizó, exclusivamente por tropas españolas, mandadas por el duque de Sevilla, a partir de una maniobra envolvente realizada por dos columnas: el ala derecha, formada por la columna del

teniente coronel Coco y la izquierda mandada por el comandante de Regulares, José de la Herrán.

La resistencia opuesta fue nula, como dos días antes en Estepona y San Pedro Alcántara. Martínez Monje expuso al Jefe del Estado Mayor republicano cómo los grandes barcos bombardeaban la costa a distancia corta, mientras los pequeños ametrallaban la estrecha carretera para impedir el paso de cualquier tipo de refuerzo desde Málaga. Ante la acción simultánea de los barcos y la aviación franquista, las tropas *sin ninguna moral, y sin mandos, abandonan sus posiciones sin tan siquiera aguardar el asalto de la infantería enemiga*. En Marbella, además, la Guardia Civil se abstuvo de hacer fuego contra las tropas franquistas, a las que se entregaron 3 oficiales y 105 hombres de tropa del Cuerpo de Carabineros, junto con los 32 números de la Guardia Civil que guarnecían la ciudad. La caída de Marbella cerró prácticamente la primera fase del avance de las columnas del coronel Borbón, un avance efímeramente detenido por el fuerte temporal que se abatía sobre la costa.

El desmoronamiento de los frentes occidentales provocó la total desmoralización, tanto de los combatientes que los habían abandonado como de la población civil. En la capital, la situación, ya de por sí caótica desde la llegada de los primeros refugiados procedentes de Ronda, se agravó con las nuevas oleadas de los que venían huyendo de Estepona, Marbella o San Pedro Alcántara.

Desde el Estado Mayor republicano, la situación es abordada con el envío tardío a los frentes de algunos aviones, varios batallones, y municiones, cartuchería, bombas de mano y granadas. Paralelamente se decide enviar a Málaga a Kleber, el organizador de la XI Brigada Internacional, y la sustitución del comandante militar, Hernández Artega, primero por el teniente coronel Mejide y después definitivamente por el coronel Villalba Rubio.

Sin embargo, la esperada intervención de la flota republicana no se produjo, aunque el día 20 había partido de Cartagena una fuerte agrupación de barcos, entre los que se encontraban los cruceros, *Libertad* y *Méndez Núñez*, que no llegaron a pasar del cabo de Gata.

Antes de reanudar el avance hacía Málaga por la costa, el ejército franquista llevó a cabo la ocupación de los pueblos que habían quedado en el interior, a la retaguardia del ejército victorioso. El día 20 de enero es tomado Benahavís, población situada al

noroeste de Marbella, donde se habían refugiado muchos de los huidos de San Pedro Alcántara. Al día siguiente, la caída en manos franquistas del Puerto del Madroño –en la carretera de Ronda– permitió enlazar posiciones de la costa con las de la sierra que aún estaban bajo control republicano.

Entre el 29 y el 30 de enero, la detención de la ofensiva por el temporal de lluvias permitió el establecimiento en la Sierra del Real, a retaguardia de Marbella, de una nueva línea de resistencia en el interior de la comarca. La ocupación de Istán, situado en plena sierra, venía siendo un objetivo prioritario para proteger las posiciones alcanzadas por las tropas del coronel Borbón.

El día 2 de febrero se reanudan las operaciones. La columna del interior, mandada por el comandante Corrales, prosiguió su avance por las estribaciones de la Serranía de

Calle Larios.



Ronda. El día 2, alcanzó el Puerto de Viento, lugar estratégico que abría el paso hacia la comarca del Guadalhorce y la capital.

Este mismo día comenzó la operación destinada a tomar Málaga. Las tropas italianas se encontraban ya acantonadas en Cabra, Montilla, Osuna y Lucena, desde donde se organizaban las cuatro columnas que habían de marchar sobre la capital. La concentración de tropas pretendía hacer creer que las columnas legionarias marcharían sobre Jaén. Estas columnas comenzaron a moverse a partir del día 3 hacia los puntos donde se inició el avance, por las carreteras que convergían en la capital. Simultáneamente, desde Marbella, dos columnas conseguían tomar el pequeño pueblo de Istán, neutralizando la amenaza de una resistencia en la sierra, a retaguardia de sus posiciones. Las últimas posiciones republicanas en la costa occidental de la provincia de Málaga se establecían a tres kilómetros al este de Marbella y en lo que será el subsector Monda-Ojén.

Las operaciones en el Frente de Río Real. El Subsector Monda-Ojén

Cuando el general Asensio puso al coronel Villalba al frente de la defensa de Málaga, la situación del sector era desesperada. Hasta este momento, el Estado Mayor republicano no parece que hubiera tomado conciencia de lo que suponía el acercamiento de los frentes a la capital, quizá al no percatarse aún de la maniobra envolvente por el norte y el noreste de la provincia. El 18 de enero, la nueva línea de resistencia se hallaba en la orilla izquierda de Río Real, tres kilómetros al este de Marbella y apenas a veinticinco de Fuengirola. Para defender este frente, Villalba solicitó ametralladoras y morteros y una vez más, el apoyo de la aviación.

Por su parte, y una vez conseguido el derrumbamiento de los frentes republicanos, el general Queipo de Llano que continuaba dirigiendo las operaciones a bordo del *Carnarias*, reorganizaba e incrementaba sus tropas, estimadas por Martínez Bande en unos 7.600 hombres: por la costa seguirán avanzando las columnas mandadas por el coronel Borbón y por el interior la columna “de Ronda” y la “de Peñarrubia”.

El nuevo frente comenzaba en la misma línea de la playa, situado su extremo más meridional, junto a una de las numerosas y antiguas estructuras defensivas: las torres almenaras. Desde Torre Real y el Cuartel de Carabineros, situado igualmente en la playa, el frente enlazaba con las posiciones republicanas de Ojén y Monda, en las sierras

nororientales de la comarca. Este frente pudo ser reorganizado la segunda quincena de enero a partir de la llegada al sector de algunos refuerzos enviados por el comandante militar de Málaga. Se trató del Batallón Méjico, con 350 hombres, mandado por el comandante José Recaldé; dos centurias de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), con 100 milicianos cada una de ellas; una compañía de Carabineros con 125 hombres y una compañía de la Guardia Nacional, también con 125 guardias, mandada por el capitán Gregorio García Ductor.

Entre el 18 de enero y la reanudación de las operaciones –el 3 de febrero–, las posiciones de las tropas franquistas en el pueblo de Marbella y las republicanas –localizadas en Río Real– sólo estaban separadas por apenas dos kilómetros. Pero el mantenimiento de estas posiciones era fundamental para impedir el avance hacia Málaga. El coronel Villalba viajó hasta las líneas entre los días 23 y 24 de enero para supervisar los trabajos de atrincheramiento.

La reanudación de las operaciones franquistas se produce el 3 de febrero. Tras las acciones preliminares, concretadas en la ocupación ya citada del Puerto del Viento y de Istán, se intentó culminar la ocupación de la zona situada a oriente de Marbella. Por la costa a partir del avance de la columna mandada por el coronel Borbón y por la zona noreste de la sierra por el Puerto de las Carreteras, desde donde se intentó tomar el subsector Monda–Ojén.

Tras el desmoronamiento de los frentes occidentales, la Comandancia republicana se había establecido en Monda, al constituir esta población uno de los puntos más inaccesibles de la sierra situada al noreste de Marbella. Las características geográficas de la zona, favorecían la defensa, impidiendo el avance de las columnas del coronel Borbón, tanto desde el interior como de la costa. La inesperada resistencia en este sector obligó al general Queipo a dejarlo momentáneamente de lado, a fin de no retrasar la proyectada operación sobre Málaga. En tal sentido, ordenó al coronel Borbón dejar en la zona guarniciones defensivas, e incorporar sus columnas a las de la costa. Superar el frente de Río Real y ocupar Fuengirola, el día 5 de febrero, era un objetivo prioritario y las órdenes de Queipo a Borbón fueron taxativas.

4-II-37.

GENERAL JEFE EJERCITO DEL SUR AL CORONEL BORBON.

Marbella.

Los planes hechos por el Alto Mando no pueden ser modificados por capricho inferiores ni por circunstancias que no sean invencibles, que estoy seguro no se han presentado nuevamente.

Mañana antes amanecer, saldrá columna a las órdenes de V.S. compuesta de elementos designados, más todos los que durante noche hayan llegado a esa, significando a V.S. necesidad su importancia sea mayor posible y mandada máxima energía, debiendo alcanzar a ser posible día de mañana Fuengirola y aún pasar, si se pudiera. Lo requiere prestigio Ejército ya mal parado por débil actuación esas columnas.

Q. de LLANO

La estrategia de hacer avanzar las columnas franquistas, aun a costa de dejar en la retaguardia zonas sin ocupar, respondía a la exigencia de que a la entrada de Málaga concurrieran tropas españolas, evitando así centralizar el éxito de la operación en las tropas italianas. Para los mandos de las tropas franquistas, la intervención en la toma de la capital, de las columnas del duque de Sevilla no podía quedar en modo alguno ensombrecida por la acción de los italianos, cuyos efectivos humanos y tecnología bélica eran superiores. Así, entrar los primeros en Málaga era imprescindible para el prestigio y la moral del ejército de Franco. El temor de los mandos franquistas era que su actuación fuese criticada por haber *sido incapaz de concurrir a la liberación de la importante plaza de Málaga*.

En consecuencia, el frente de Río Real fue rebasado el día 6 de febrero de 1937. Tras un rápido avance sobre Fuengirola, al amanecer del día 8 entraban las columnas del duque de Sevilla en la capital. Tal premura sólo fue posible porque a la retaguardia de las columnas del coronel Borbón –en contra de la estrategia habitual seguida por los ejércitos de Franco, de no dejar enemigos a sus espaldas– quedaron postergadas algunas zonas sobre las que se volvió una vez que la victoria era segura en Málaga. De esta forma, a la semana siguiente de la ocupación de la capital aún se fueron ocupando

algunos pueblos y los residuos de grupos anarquistas, como sucedió con parte de la Columna Pedro López, que se entregaron en Igualeja. Así pues, la ocupación de la comarca de Marbella puso fin a la primera fase de la ofensiva sobre Málaga.

A la fugacidad en el desmantelamiento de los frentes de la costa, a lo que contribuyó de forma decisiva la Marina y la Aviación y a los que algunos historiadores nacionalistas atribuyen una resistencia nula, se opondría la resistencia encontrada por las columnas de Queipo en los frentes de la Sierra: tanto en la zona de la Sierra de Ronda como en las zonas interiores de la comarca de Marbella, en las que las acciones de las fuerzas franquistas fueron consideradas por el propio general como *lentas e insuficientes*.

La situación en la capital. Los planes para su ocupación

Desde el inicio de la guerra, la capital malagueña había quedado constituida como Base Naval del Mediterráneo del bando republicano, con el fin de coordinar servicios de vigilancia y castigo. Sobre todo desde que Franco consiguiera su primer triunfo diplomático, que fue forzar a la flota republicana a salir de Tánger. También desde aquí se venía

Puerto de Málaga.



organizando la defensa de lugares que afectaban estratégicamente a toda la provincia, pues las principales sedes de instituciones políticas y militares estaban en Málaga. Era además una *ciudad mártir* para los franquistas y, por tanto, un objetivo que solamente era pospuesto ante la urgencia de otros considerados más importantes, como el frente de Madrid, puesto que paralelamente a la Batalla de Málaga se desarrollaba la del Jarama, donde de hecho había bastantes voluntarios malagueños. Desde septiembre, Largo Caballero había llegado al Gobierno y asumido la jefatura de las fuerzas armadas. Ante la dramática situación a la que se enfrentaba, hubo de jerarquizar las prioridades, que en este caso correspondieron a Madrid y Oviedo antes que a un sector de Andalucía, que quedaba en segundo plano.

La situación en los frentes malagueños se había agravado desde la ya comentada ocupación de Antequera y Ronda, de forma que el cerco la atenazaba peligrosamente, más aún cuando desde mediados de enero por la costa —como se ha visto— las fuerzas del coronel Borbón rebasaban los principales pueblos, incluido Marbella.

Según la *Memoria de Operaciones* realizada por el Estado Mayor franquista del Ejército del Sur, la ocupación de la provincia se llevaría a cabo a partir de la actuación de las tropas italianas, en la zona comprendida entre las carreteras de Antequera a Málaga por Almogía y la de Alhama a Vélez-Málaga y Torre del Mar, dejando a las tropas españolas las operaciones a desarrollar en las comunicaciones que convergen en la capital desde el gran arco de Antequera-Peñarrubia, Ronda-Marbella. Es decir, los sublevados se reservaron la zona occidental de la provincia. La operación se consideraba por el Alto Mando perfecta desde el punto de vista estratégico, atribuyendo a las fuerzas italianas, motorizadas en su mayor parte, la misión principal por medio de acciones rápidas y potentes.

El protagonismo italiano. La acción combinada

Desde agosto de 1936 se venía concretando la ayuda italiana a los sublevados. El coronel Mario Roatta, nombrado por Mussolini jefe de la Misión Italiana en España, había recorrido parte de la zona ocupada, conversado con Franco y Queipo, e informado favorablemente sobre la intervención italiana. Así, desde finales de diciembre iban desembarcando en Cádiz los efectivos, que en los últimos días del año sumaban ya 8.000, a los que se añadirían grupos posteriores.

Con los 6.000 primeros, a mediados de enero de 1937 se creó la *I Brigata Volontari*, equipada con moderno material de guerra, al mando de Roatta –también llamado Mancini–, quien tenía como jefe de Estado Mayor a Faldella. Desde el principio se dirimió la posibilidad de incluir la *Brigata* en las unidades españolas o darle una acción independiente, de la que recelaba Franco. La Italia fascista, que ya lo había acordado con los alemanes, pretendían una guerra rápida, y ese era el objetivo de los italianos, que consiguieron actuar de forma autónoma. Sin embargo, Franco, como ya se dicho, decidió que, en vez de su participación en misiones decisivas, los italianos *se foguearan en una campaña sin dificultades*, según afirma Martínez Bande. De esta forma, los



Calle de Málaga.

escuadristas italianos, muchos de ellos voluntarios curtidos en la guerra de Abisinia, pero otros tantos obreros sin trabajo y de preparación dudosa, fueron entrenados con premura para la misión inminente.

Movimientos previos antes del ataque final pueden ser considerados, tanto las ya citadas operaciones en la zona occidental malagueña como la ocupación de Alhama de Granada, que suponían dos puntos extremos del arco que envolvía a Málaga. La ocupación de Alhama servía para aliviar la presión sobre Granada y para constituirse como base para avanzar sobre la Axarquía hasta Vélez-Málaga y su punto cercano a la costa, que era Torre del Mar. Así, eventualmente podrían los italianos intervenir en Málaga. El coronel Antonio Muñoz y el teniente coronel Manuel Baturone –al mando de una agrupación y de una columna respectivamente–, con un total de 4.500 hombres, llevaron a cabo dicha misión el 22 de enero, causando un fuerte impacto en Málaga, lo que llevó a Villalba a enviar un batallón desde Motril, otro de reserva desde Málaga y pedir refuerzos a Valencia.

Por su parte, los italianos tomaban posiciones y desde varios pueblos de Sevilla y Córdoba, situándose en Antequera, Loja y la Alhama recién ocupada, después de atender los últimos detalles de las operaciones que fueron concretados en Puente Genil. La brigada de Roatta se dividió en tres columnas y una de reserva. La de la *derecha*, o de Antequera; la del *centro*, o de Loja y la *izquierda*, o de Alhama, estaban comandadas por el coronel Carlos Rivolta, y los generales Edmondo Rossi y Gusberti respectivamente, interviniendo luego Guassardo, así como el coronel Constantino Salvi, que estaba en la columna de reserva. Un total de 15 banderas, 3 compañías de carros de asalto, una compañía de motoametralladoras, un pelotón de carros autoblandados y varias secciones de ametralladoras antiaéreas y 13 baterías de varios calibres formaban el grueso del poderío italiano, que podría cifrarse a esas alturas en 10.000 hombres.

Con ellos, las columnas españolas de Algeciras, del coronel Borbón; la de Ronda, del teniente coronel Corrales; la de Peñarrubia, del teniente coronel Gómez Cobián, y la de Antequera, del comandante Erquicia, sustituido luego por el coronel José Solís; la de Archidona del comandante Gallego y la de Alhama del teniente coronel Baturone, sumaban un total de otros 10.000 hombres. El jefe supremo de todas las fuerzas era el general Queipo de Llano, que tenía como jefe de Estado Mayor al teniente coronel Cuesta Monereo.

Roatta, que fue herido en estas operaciones, había planeado vencer con una acción rápida y violenta la defensa republicana a través de tres caminos, tal como se llevó a cabo: la columna *derecha* seguiría la ruta de Antequera, Almogía y Málaga; la del *centro*, a través de Loja y Colmenar, llegaría a las puertas de la capital, y la de la *izquierda*, desde Alhama pasaría por el puerto de Zafarraya hasta alcanzar Vélez y Torre del Mar, ya en la costa. De las noticias de las operaciones se desprende que los italianos fueron avanzando posiciones, mientras las columnas españolas se dedicaban a penetrar en los pueblos, nombrando las gestoras municipales y deteniendo a los responsables o sospechosos republicanos.

El apoyo desde el mar fue fundamental y la presencia de los cruceros *Canarias* y *Baleares* —controlados por el contralmirante Moreno—, ubicados en posiciones clave para interceptar cualquier ayuda que pudiera llegar desde Almería, sirvieron para cubrir parte de las maniobras italianas y para disparar a los que huían por la carretera de Almería.

De la misma forma, la intervención aérea fue importante. Tres escuadrillas de cazas *Fiat*, otra de bombarderos *Savoia SM.81* y otra de reconocimiento *Romeo RO.37*, a las que se añadía una escuadrilla de hidroaviones de la *Legión Cóndor* y 2 grupos *Breguet* y una patrulla *Fiat* de la aviación, superaban con creces los medios de la aviación republicana y la prácticamente inexistente defensa antiaérea.

Frente a este despliegue de medios, la defensa republicana no podía estar a la altura. Sólo a última hora llegaron varios aviones, una escuadrilla rusa, 2 baterías y 6 blindados, pero con escasa operatividad debido a los bombardeos de barcos y aviones franquistas, que dominaban la situación. Buena parte de la munición no servía al armamento que, de todas formas, era insuficiente.

El día 5 de febrero avanzaban las columnas italianas siguiendo los itinerarios previstos, de forma que cada columna tomaba los importantes puertos de montaña que despejaban el camino hacia la capital: Alazores, Boca del Asno y Zafarraya, siendo en este último donde hubo resistencia, durante la cual resultó herido Roatta. Al día siguiente se estrechó más el cerco y fue cuando el comisario político Cayetano Bolívar convocó la reunión en la que se acordaba la defensa de Málaga y la evacuación, puesto que el día 7 las fuerzas franquistas estaban ya distantes de la ciudad en un radio comprendido entre siete y tres kilómetros.

Con escasísima resistencia, a primeras horas de la mañana del día 8 de febrero llegaban a la capital, a través de los barrios obreros de la Azucarera y Huelin, las tropas del coronel Borbón, casi simultáneamente a las columnas *derecha* y *centro* italianas, que se incorporaban desde el Puerto de la Torre y los Montes hacia el centro de la capital. A ellos se unían las tropas de desembarco de los buques del contralmirante Moreno, cuya primea acción sería liberar a los presos en el buque-prisión *Marqués de Chavarrí*.

Existió una rivalidad cierta entre los mandos italianos y españoles por asignarse el honor de haber llegado los primeros, pues tanto Queipo de Llano como Roatta lo pretendían y éste emitió un telegrama a Franco el mismo día 8 con el siguiente texto: *Tropas a mis órdenes tienen el honor de entregar a VE la ciudad de Málaga*. En sentido contrario, según el testimonio del coronel Borbón, que comandaba la columna de la costa, las fuerzas bajo su mando entraron en la ciudad cinco horas antes que los legionarios italianos.

La ocupación, que buena parte de la población malagueña había tratado de no presenciar huyendo hacia Almería o desplazándose a las afueras o pueblos cercanos, fue cruenta. Las tropas moras saquearon numerosas casas; las detenciones fueron masivas y los tribunales militares empezaron rápidamente su trabajo. En anteriores trabajos de investigación publicados, fijamos en unos 3.000 los fusilados en la capital hasta 1942, inscritos en el libro de defunciones del Registro Civil, cifra que no incluye ni los muertos en la provincia, ni en la Carretera de Málaga a Almería ni los que murieron en circunstancias que no permitieran su inscripción. Trabajos en curso, que se están realizando en archivos militares, elevan la cifra a más de 4.000. de nuevo solamente para la capital. De este modo suponemos que las cifras para la provincia incrementarán las ya publicadas por Santos Juliá, estimadas en 7.000. Un número que habrá de ser completado a medida que conozcamos más a fondo lo que ocurrió en las comarcas de la provincia, y ello sin contar las detenciones, la presencia de campos de concentración en diferentes pueblos, las depuraciones y otras medidas, que con rigor similar se fueron aplicando en otras localidades ocupadas.

Ante la presión de los primeros días de febrero, sobre todo a partir del día 5, los frentes se iban descomponiendo y los soldados se desplazaban a la capital, faltos de directrices y de medios. Para el día 7 solamente se sostenía la lucha en Ventas de Zafarraya, con el objeto de facilitar la retirada de los frentes occidentales y posibilitar la

evacuación por la carretera de Almería. Ese mismo día se reunieron en consejo el comisario político, que era el diputado comunista Cayetano Bolívar; el delegado de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) Margalef; el comunista Rodrigo Lara y el jefe del Estado Mayor de Villalba –responsable del sector de Málaga–, quienes decidieron trasladar el cuartel general a Nerja, donde había estación telegráfica.

El día 8 los vencedores emitían el siguiente parte de guerra:

PARTE DE GUERRA.

El Ejército nacional comunica la situación del día 8 de febrero en Málaga. Continuando las brillantísimas operaciones sobre Málaga, a las 7 horas 30 minutos atravesaban nuestras tropas el Guadalmedina, entrando en el corazón de Málaga y derrotando al enemigo, que intentaba defender las entradas de la población. Se le cogieron más de 200 muertos (...) A las 14 horas desfilaron las fuerzas por el centro de la ciudad entre delirantes ovaciones y frenéticos aplausos (...) El enemigo derrotado huye hacia Motril, perseguido de cerca por nuestros soldados. Muchos de los contingentes rojos han sido copados por las maniobras de nuestras unidades, apresando una sola de ellas a 600 prisioneros (...) Se han puesto en libertad más

La única salida: la carretera de Málaga a Almería

El sábado 6 de febrero, el coronel Villalba, junto con el comisario delegado de guerra, Cayetano Bolívar, en una reunión celebrada en la Comandancia Militar, a la que asistieron representaciones de los partidos y sindicatos del Frente Popular, acordaron la retirada escalonada de las tropas de la sierra y la defensa de Málaga.

A medida que los restos del ejército republicano arribaban a Málaga, desde las últimas posiciones del interior de la provincia, arrastraban consigo a una población desconcertada que, en la mayoría de los casos, ignoraba cuánto tardarían las tropas franquistas y sus aliados en entrar en la capital. El vecindario de la zona más cercana a los frentes de guerra tuvo, desde la madrugada del 7 al 8 de febrero, la visión de los últimos combatientes. En el interior de la ciudad los acuartelamientos quedaban vacíos,

mientras los milicianos al huir incitaban u obligaban –en muchos casos– a la población civil a seguirlos.

Es posible, como consta en las declaraciones de Cayetano Bolívar, que en la reunión del día 6 de febrero, celebrada en la Comandancia Militar, se tomara la decisión de evacuar Málaga, dejando a los sindicatos y partidos políticos la responsabilidad de llevar a cabo dicha misión. Pero, aunque así fuera, ninguna organización la asumió de forma oficial. No obstante, es cierto que todavía en la mañana del día 7 los sindicatos socialistas y anarquistas convocaron a sus militantes a asambleas –que ya no habrían de celebrarse formalmente– que quedaron en comentarios más o menos detallados acerca del peligro que acechaba.

No puede afirmarse que se diera orden oficial alguna de evacuación ni desde la Comandancia, ni desde el Gobierno Civil y, en tal caso, que dada la rapidez del avance franquista pudiera llevarse a cabo. Según el relato de Baudilio San Martín, jefe de la Base Naval republicana, uno de los últimos responsables militares de Málaga, en otra reunión celebrada en el Gobierno Civil, el día 7 por la tarde, presidida por el Gobernador y en presencia de una veintena de representantes políticos y sindicales se habló sobre la evacuación, sin que se tratara de una medida adoptada oficialmente, sino en forma de simples comentarios. A esta reunión no asistieron ni Villalba ni el resto de los miembros del Comité de Guerra, que casi a la misma hora acordaban organizar una nueva línea de defensa en Vélez-Málaga – Torre del Mar. Apenas tomada esta decisión, abandonaban Málaga, mientras en las afueras se oían los disparos y cañonazos que anunciaban la cercanía de las tropas enemigas.

Cuando en el Gobierno Civil se tuvo constancia de la salida de Villalba, tras intentar vanamente localizarlo en la Comandancia y en el Hotel Caleta, también los representantes políticos y los miembros de los comités fueron abandonando la reunión. Según el periodista, Arthur Koestler, ya que él personalmente presencié la marcha de Villalba y de su estado mayor, iban muy nerviosos y avergonzados.

Para entonces, parte de la población civil ya había abandonado Málaga, en unos casos de forma espontánea y en otros obligados por las tropas en retirada. En el interior de la ciudad, la mañana del día 7, la mayoría de la población desconocía realmente la cercanía del enemigo –aquel día la prensa publicaba la situación de todos los frentes menos del malagueño. Sin embargo, la llegada desde el día anterior de gente de To-

rremolinos y Fuengirola relatando la actuación de los barcos era suficiente argumento para poner en fuga a muchos malagueños, que desde la tarde del día 6 fueron abandonando el centro de la ciudad en busca de protección en la zona más oriental. Sorprende que incluso los militantes de las organizaciones del Frente Popular desconocieran realmente la gravedad de la situación bélica. Algunos pudieron hacerse una idea cuando se encontraron a soldados que intentaban avisar a los familiares más próximos de que tomaran el camino.

Es sabido que la única vía libre que quedó sin ocupar por las fuerzas franquistas fue la salida hacia Almería y este hecho tiene una explicación estratégica, justificada por la preparación de la ofensiva sobre Málaga, iniciada casi dos meses antes y acelerada en los días que precedieron a la ocupación de la capital malagueña, el 8 de febrero de 1937. Ese día se materializó el cerco de las fuerzas que venían por el oeste, norte y nordeste, quedando despejado, por el momento, el camino que, paralelo a la playa, comunicaba con las localidades más orientales.

Camino de los canadienses.



Efectivamente, bastantes milicianos llegaron a la capital y se dirigieron a sus casas. Algunos vieron un papel colgado en la puerta: *Nos vamos a Almería*. Mientras, otros se encontraron con las puertas cerradas y los pocos vecinos que se habían quedado les informaban sobre la hora y las condiciones en que habían partido sus familias, a las que intentaron alcanzar. Otros, armados, agrupados por su frente de procedencia o de forma espontánea, se dirigían hacia la zona oriental por el interior, medio escondidos, ya que la ocupación militar de las columnas granadinas y de las tropas italianas estaba muy localizada y aún no del todo consolidada.

En los partes de guerra, fechados en el Cuartel General de Franco en Salamanca, se informaba diariamente sobre el elevado número de milicianos que se habían *presentado* con su armamento a las nuevas autoridades. Eran los que habían sido alcanzados en los pueblos de la provincia, que esos días *se estaban limpiando*, según el vocabulario de los vencedores. Según el parte del 9 de febrero, 150 soldados con sus jefes y oficiales se rindieron en las cercanías de Cártama y unos 500 en Málaga. En sus charlas radiofónicas, Queipo de Llano aseguraba, un día después —es decir, el 9 de febrero—, que pasaba de 1.500 el número de prisioneros rendidos con armamento. Durante los días siguientes, se iban dando a conocer detenciones de grupos más o menos numerosos, como fue el caso de los 350 Carabineros y Guardias de Asalto que las fuerzas de Erquicias capturaron en las afueras de Pizarra, por no citar las frecuentes noticias de similar contenido que se publicaron a lo las tres semanas siguientes.

Por eso, la presencia de milicianos por la carretera, que la propaganda franquista trató de exagerar, fue una realidad, aunque nunca constituyeron una fuerza amenazante, ni mucho menos justificativa de los ataques por cielo y mar que sufrió la población civil. Este hecho —la presencia de hombres armados—, parece que movió a los militares franquistas a dejar, aunque fuera por poco tiempo, el camino libre para evitar cualquier tipo de resistencia desesperada si se ocupaba, antes de un tiempo pertinente, la localidad costera de Torre del Mar. Las *dos Españas* que se enfrentaban a muerte también tenían dos visiones opuestas de aquellos hombres, tan mal pertrechados. Para la brigadista Elizaveta Parshina, eran campesinos que habían tenido que armarse para defenderse, mientras que para Queipo o los marinos del crucero *Canarias* solamente merecían la muerte.

La situación de desconcierto entre las unidades militares republicanas se ha destacado en todo tipo de informes y propaganda. Pero también es cierto que muchos de

los combatientes malagueños que estaban en el frente de la provincia fueron reintegrados en otras unidades al llegar al campamento Viator de Almería. La evacuación de la población malagueña, según el Socorro Rojo Internacional y otros organismos asistenciales, puede ser cifrada en 150.000 personas, lo que permite considerarla uno de los primeros éxodos de refugiados de las guerras del siglo XX. Se trató de la más numerosa huida hasta esos momentos de la Guerra Civil Española, comparable a la posterior salida desde Barcelona hacia la frontera francesa y las que sufrieron grupos muy numerosos durante la Segunda Guerra Mundial.

The crime on the road Málaga-Almería, narrative with graphic documents revealing fascist cruelties, por Norman Bethune

(...) Lo que quiero contarles es lo que yo mismo vi de esta penosa marcha, la más grande y terrible evacuación de una ciudad en tiempos actuales (...) Nuestra intención era continuar hacia Málaga para poner transfusiones de sangre a los heridos. En Almería oímos que la ciudad había caído (...) Salimos por la carretera de Málaga y unas cuantas millas más allá nos encontramos con la cabeza de la lamentable procesión (...) Miles de niños, contamos unos cinco mil de menos de diez años, y al menos mil de ellos iban descalzos y muchos de ellos cubiertos con una sola prenda. Estos iban colgados de los hombros de sus madres o cogidos de sus manos. Aquí había un padre que iba tambaleándose con dos niños uno de un año y otro de dos años sobre sus espaldas (...) Por entonces habíamos pasado al lado de tantas mujeres y niños afligidos que pensamos que lo mejor era volver y comenzar a poner a salvo los peores casos. Era difícil elegir cuáles llevarse, nuestro coche era asediado por una multitud de madres frenéticas y padres que con los brazos extendidos sujetaban hacia nosotros sus hijos, tenían los ojos y la cara hinchada y congestionada tras cuatro días bajo el sol y el polvo (...)

Los repliegues militares

El traslado del Estado Mayor republicano desde Málaga a Nerja se justificó porque era en ese punto donde había posibilidad de comunicarse telegráficamente con otras instancias militares. Pero fue Torre del Mar el primer punto de repliegue, mucho más cercano a la capital malagueña, desde donde se pensó intentar su recuperación si llegaban a última hora los refuerzos tantas veces solicitados. Para las autoridades militares y políticas republicanas locales, además, la posibilidad de resistencia en este punto, distante de Málaga unos treinta kilómetros, permitiría proteger a los civiles que huían a pie.

Elizaveta Parshina, conocida en España como Josefa Pérez, una soviética que salió entre las últimas personas que abandonaron Málaga, recuerda que el Estado Mayor al completo —excepto Cayetano Bolívar, que a pocos kilómetros de Málaga intentaba aún formar unidades para cubrir la retirada— se encontraba ya en Torre del Mar cuando ella llegó, en un barracón de piedra con techos bajos y a la orilla del mar. Aquel lugar se encontraba atestado de gente: soldados y oficiales que habían perdido sus unidades, enlaces que traían noticias y el mismo Villalba, que la *brigadista* describió como *desesperado*. Efectivamente, ese fue un primer punto de la Carretera en que se intentó organizar las tropas en retirada y formar destacamentos de resistencia.

Acaso no pueda llamarse ni improvisado cuartel, porque el barracón tuvo que ser evacuado precipitadamente porque las fuerzas italianas, el mismo día 8, habían ocupado Vélez Málaga, donde algunos milicianos habían intentado ofrecer resistencia a la poderosa I Brigada Voluntaria italiana. A partir de esta cabecera de comarca, un batallón, una compañía de carros y un grupo de artillería al mando del coronel italiano Salvi, enlazaban con Torre del Mar, ya que tenían solamente unos cuantos kilómetros de distancia por medio para alcanzar la costa y seguir por la carretera, con sus rápidas columnas motorizadas, el camino que trabajosamente trataban de cubrir a pie los huidos. En efecto, los mandos italianos Salvi y Guassardo cortaron el camino en este punto.

Según el parte de guerra, *en Vélez y Torre del Mar se había encontrado bastante armamento y material, apreciándose gran cantidad de huidos que pretenden alcanzar la provincia de Almería...* En efecto, decenas de civiles, atrapados por las tropas italianas, fueron obligados a retroceder andando o abasteciendo de combustible los automóviles abandonados, o bien se les aconsejó esperar la puesta en marcha de la línea de ferrocarril que les trasladara a Málaga. Algunos milicianos que fueron alcanzados en Nerja tomaron el

camino del interior hasta llegar a Vélez de Benaudalla, desde donde rodearon la Sierra de Lújar, alcanzando Albuñol. A partir de este momento es muy probable que difirieran aún más las estrategias antirrepublicanas. Mientras que los italianos se desplazaban por la carretera hacia Motril, acariciando la posibilidad de pisar muy pronto Almería —como parte de lo que denominaban *guerra celere*—, sus aliados españoles pretendían consolidar sus conquistas y eliminar totalmente, costara el tiempo que costara, a la oposición. En cualquier caso, a la altura de Torre del Mar, por donde los italianos habían pasado primero, habrían de llegar poco después las tropas del general González Espinosa, siendo apoyadas por los cruceros *Almirante Cervera*, *Canarias* y *Baleares* y



Catedral de Málaga.

por la aviación italiana. Por todo ello, Torre del Mar fue uno de los puntos donde los bombardeos fueron más intensos. La fuerte presencia de aviones *Savoia* se debía a la posibilidad de reacciones republicanas, que nunca tuvieron lugar, y los bombardeos afectaron a la población que estaba a esa altura del camino. Los testimonios coinciden en que éste fue uno de los puntos en los que se perdieron más niños, se dispersaron más familias y se dio el mayor número de muertos y heridos, que quedaron en los campos, las cunetas y o en el fondo de los acantilados.

De Torre del Mar a Motril hay más de cincuenta kilómetros y la marcha debió convertirse en un infierno. Las familias que se iban añadiendo, procedentes de la comarca de la Axarquía, saturaban la carretera, que ciertamente se había aligerado con el alcance que los italianos habían dado a miles de personas, que volvieron sobre sus propios pasos a Málaga. Del volumen de huidos de Vélez-Málaga dan cuenta los registros de refugiados que meses después se confeccionaron en Castellón, Alicante y Valencia, en los que el porcentaje de personas de la Axarquía llega a superar al de cualquier otra comarca.

En el tramo de carretera que va desde Nerja a Motril predominan los acantilados y el trazo de la costa es sinuoso, entre las plantaciones de caña de azúcar. Los barcos de guerra se desplazaban con gran facilidad frente a estas costas, amenazadas también desde tierra por el interior y por la carretera, ya que la costa de Torrox estaba ocupada. Las familias tuvieron que correr mucho más por esta parte que por ninguna otra del camino para alcanzar Motril, mientras cualquier contrariedad podía frustrarles ese objetivo. De hecho, en Motril se había situado el inestable Estado Mayor, que no había aguantado ni en Torre del Mar ni en Nerja. Los días 8 y 9 de febrero, Motril representó un lugar de la costa relativamente seguro, con puesto sanitario y alguna posibilidad de restablecer el frente, por lo que las civiles huidos hicieron los mayores esfuerzos para alcanzar este punto de la provincia de Granada. Allí fueron llevados en vehículos los heridos que en Torre del Mar, punta de Torrox, La Herradura o Almuñécar habían sufrido los efectos de los bombardeos.

La llegada a Motril fue precedida por el cruce del río Guadalfeo, que es uno de los lugares que las personas que huyeron recuerdan con más dramatismo. Unos, porque pudieron pasar por el puente y otros por las dificultades que sufrieron cuando el puente fue destruido por los bombardeos. El río Guadalfeo es el más importante de la carretera de Málaga a Almería, más que el Vélez o el Adra, por no citar la gran cantidad de arroyos y

ramblas que en invierno se convierten en corrientes con caudal suficiente para arrastrar objetos, personas y caballerías. El caudal abundante se debe a los afluentes que alimenta la vertiente sur de Sierra Nevada y las ramblas que recogen las precipitaciones de la Sierra de Lújar y de las Alpujarras. Según Gil Bracero, el Guadalfeo venía crecido ese año por las inundaciones. El rumor que corrió fue que los fascistas habían abierto las compuertas de alguna presa. El lugar donde posteriormente se construyó el embalse de Béznar constituía una presa natural y quizá fuera controlable hasta cierto punto el caudal del río, hecho que no figura en los partes de guerra. Muchas personas pasaron el puente, incluso algunos vieron, de forma directa, cómo en medio de los bombardeos de los barcos, el puente se partía en dos y quedaba inutilizado y decenas de personas se ahogaban, arrastradas por la corriente junto a los enseres y los animales de carga.

Las columnas italianas al mando de Guassardo habían llegado a Torrox el día 9 y ganaban Nerja, La Herradura, Almuñécar y Salobreña por lo que, en pocas horas, se alineaban ante la ribera derecha del Guadalfeo. Según Queipo de Llano, para que pasaran las columnas que habían de ocupar Motril, tuvieron que reparar el puente y pernoctar en las proximidades del pueblo. Villalba llevaba casi una semana intentando organizar la defensa de Motril, con el Comité de Guerra de esta población, el comandante de Carabineros y la plana mayor de la Brigada Motril que se estaba formando. El término municipal de Motril estaba militarizado desde el día 8 y un bando del alcalde, Narciso González Cervera, llamaba a la población a la resistencia armada. Antonio Nadal fecha el día 8 a las 0 horas una célebre conferencia entre Villalba y el Ministerio de la Guerra, desde el que se recriminó a Villalba por haber huido *cuando aún hay resistencia en Málaga*, confirmando que el 7 por la tarde ya estaba en Motril. De todos modos, los refuerzos prometidos seguían sin llegar y ni siquiera estaban en camino, como pudo informar el jefe del subsector de Motril/Vélez de Benaudalla, Adriano Romero Cachinero –ex diputado comunista–, quien había logrado comunicar con la comandancia militar de Almería.

El día 10 de febrero se había ordenado la evacuación de la población civil, de forma que, de nuevo, el volumen de personas que huían, disminuido en la desembocadura del río, a partir de donde muchos no se arriesgaron a seguir, aumentó con las familias de Motril y de Vélez Benaudalla, que se sitúa a menos de diez kilómetros hacia el interior, así como de otras poblaciones del valle del Guadalfeo: el Pinar, Molvízar o Lobres. Precariamente protegidos por varios cientos de milicianos que ofrecían la resistencia

que les permitían sus limitadas municiones, esta nueva incorporación de refugiados revitalizaba el camino, de nuevo asediado, ya que los italianos lograban, la tarde del día 10, rebasar el río y ocupar la población.

De esta forma, Motril se había perdido. Las causas que Rafael Gil Bracero ha reconocido para la caída de esta localidad son las mismas que para las anteriores, incluida Málaga: organización militar muy deficiente, dispersión de las milicias de partidos y sindicatos, junto al escasísimo apoyo logístico gubernamental. El alcalde de Motril, ya a la altura del faro de Sacratif, fue informado de que la XIII Brigada Internacional se encaminaba a ese sector y que debía resistir a la altura de Torrenueva y Carchuna, aunque fue en Castell de Ferro donde se estabilizó el frente, que quedaba trazado desde esa localidad costera granadina hacia el interior, pasando por Órjiva hasta Sierra Nevada. Así quedó, pese a las incursiones de ambas partes, más o menos equilibrio hasta principios de 1939.

La contención del impulso franquista se debió no solamente a la estrategia de avance lento ideado por el gobierno de Franco, sino también a la actuación de la XIII Brigada Internacional. Esta fuerza, que se estaba reorganizando entre Utiel y Requena (Valencia), fue enviada urgentemente como refuerzo al sector de Motril, donde debió llegar el día 13. En Aguadulce (Almería) se situó el Estado Mayor y los servicios de la Brigada: el 8º Batallón en Albuñol se puso al mando de la V Brigada española; y el 10ª y el 11ª a ochenta kilómetros de Almería y al mando de otra brigada española. Asegura L. Longo que muchos de los soldados huidos de Málaga se incorporan a los batallones internacionales, ya que las fuerzas que habían salido de Requena tenían menos de 600 hombres, mientras que más tarde contaban con 800 u 850, actuando en la provincia de Granada después. Las autoridades franquistas, civiles y militares, consideraron que la Batalla de Málaga había acabado, y así lo anunciaban en la prensa, suponiendo que la línea de Órjiva se constituía como el nuevo límite.

Consecuencias políticas y militares de la caída de Málaga

Los objetivos previstos en la campaña de Málaga fueron conseguidos con un coste mucho menor para los sublevados que el de otras campañas. A la “España Nacional” quedó incorporada la totalidad de la provincia de Málaga y parte de la Granada, con sus infraestructuras materiales, carreteras y vías férreas casi intactas, dada la celeridad de

las operaciones bélicas, si bien la capital mostraría durante mucho tiempo los estragos de los bombardeos.

El frente experimentó una reducción de 250 kilómetros a 20. La provincia quedaba unida al Campo de Gibraltar y aseguraba el control franquista de Andalucía, que sólo conserva en el bando republicano Jaén y Almería.

La posesión del puerto de Málaga consolidó el dominio del Estrecho de Gibraltar por la flota franquista, obstaculizando el tráfico de los barcos enemigos y facilitando la posibilidad de nuevos bloqueos localizados. Almería, desde el 8 de febrero de 1937, es el único puerto disponible para la República en el Mar de Alborán, justo cuando el objetivo de la guerra naval se desplazó al Cantábrico.

La captura de miles de prisioneros sustrajo a la República un alto número de combatientes. El día 9 ya estaban funcionando los juicios sumarísimos que enviaron al paredón a los oficiales capturados en la capital. Mientras, gran parte del material bélico republicano pasaba a manos del ejército victorioso: prácticamente toda la artillería, tres avionetas y millones de cartuchos.

Foto 509: Puerto de Málaga



Paralelamente al cambio en los frentes y a la represión desatada en toda la zona ocupada, se desarrolló, en el bando republicano, el proceso por *Las Responsabilidades Políticas* derivadas de la pérdida de tan importante bastión. El día 11 de febrero, el presidente del Gobierno ordenaba una comisión en Almería, constituida por el general Martínez Cabrera y tres ministros que se reunieron con Villalba y, seis días después, se ordenaba la apertura de un sumario para esclarecer los hechos. Ocho meses después se dictaba en Valencia auto por el que quedaban procesados, los generales Martínez Cabrera, Martínez Monje y Asensio Torrado, subsecretario de guerra, los coroneles Hernández Arteaga y Villalba Rubio y se pedía el suplicatorio a las Cortes para procesar a Cayetano Bolívar, que era diputado por el Partido Comunista. Sin embargo, en el *Diario Oficial* finalmente no se citaba a Villalba entre los procesados. La caída de Málaga provocó, aunque ensombrecida por la marcha de la guerra, una gran crisis interna en la República a nivel político. Los militares de confianza de Largo Caballero fueron considerados responsables de la pérdida de Málaga, fundamentalmente el subsecretario de la guerra. Los comunistas considerarían la pérdida de la capital mediterránea no ya como resultado de la ineptitud del ministro, sino de su traición. La sustitución en mayo del presidente del Gobierno fue consecuencia, entre otros factores, de la crisis final de su gobierno y de una política de guerra enfrentada a la del Partido Comunista.

Tras la finalización de la Batalla de Málaga se produjo el proceso de organización regular del ejército, mientras se perfilaba la demarcación territorial y el cuartel general del Ejército Popular de la República se establecía en Baza. Desde finales de 1937 habían quedado dos grandes unidades, que eran los Cuerpos de Ejército IX y XXIII, que llegó a contar con brigadas como la 52 y 54, organizadas en Almería en marzo de 1937, con mayoría de milicianos que habían estado antes en el frente de Málaga.

Estas unidades resistieron serias incursiones y pasaron a una fase basada en estrategias defensivas, con la realización de fortificaciones. Por ejemplo, el ataque republicano al fuerte de Carchuna, el 20 de mayo de 1938, para liberar a 300 presos asturianos, una operación autorizada por el jefe del XXIII Cuerpo de Ejército, José María Galán; o la alerta que supuso el "Plan P", ideado por el general Vicente Rojo después del derrumbe del Ebro. Según este plan, cuyo informe se daba a conocer en diciembre de 1938, era posible ganar la guerra mediante un complejo sistema de ataques por fases, la primera

de las cuales contemplaba una ofensiva para amenazar Málaga y el sur de Granada, con un desembarco en el puerto de Motril, que permitiría un ataque en la Región Central y Extremadura y la posterior recuperación de terreno. El retraso y la posterior suspensión del plan, explicarían –según Rojo– la caída de Cataluña y el final de la guerra. Además, como ha explicado Cardona, reavivaría la tesis de la traición, según la cual la pérdida de la guerra por el bando republicano se debió a una dejación militar expresa, de la que Málaga habría sido uno de los episodios.

Stepanov, uno de los delegados en España del Komintern (órgano gestor de la III Internacional Comunista), elaboró un informe sobre las causas de la derrota de la República. Enumerando los errores de la política de guerra de Largo Caballero y de personajes del ámbito militar –cita a Cabrera, Asensio y otros–, muchos de los cuales eran calificados de *agentes de Franco*, concretamente apuntaba que, en vísperas y durante la caída de Málaga, en el Ministerio de la Guerra y en el Estado Mayor no hubo ningún oficial responsable en ocho días. Por su parte, A. Beevor, tras recordar las palabras atribuidas a Largo Caballero –*ni un tiro más por Málaga*–, asegura que el Coronel Villalba, ya antes de esta campaña, había dado muestras de desafección y que *dejó a Málaga inermes ante las tropas nacionales*. Ese fue el argumento en su defensa cuando, tras la guerra, regresó a España y fue perdonado por Franco. Es lo que ya entonces se consideraba en algunos ambientes, entre ellos, aunque no exclusivamente los comunistas. El brigadista Luigi Longo dio a conocer, en su relato sobre la Guerra, el episodio de la caída de Málaga, explicándolo como resultado de la negligencia en *las altas esferas* y de la traición, lo que igualmente es compartido por André Marty.

En todo caso, tras la Batalla de Málaga la guerra duró casi dos años más y durante ese tiempo los franquistas fueron avanzando lenta pero inexorablemente y apenas dieron algunos pasos atrás. Estratégicamente nunca se precipitaron, como han demostrado especialistas como Gabriel Cardona o Paul Preston, entre otros. Madrid podría haberse atacado con previsible éxito en diferentes ocasiones, incluso Barcelona fue ocupada sin ninguna prisa, ya a última hora, pues Franco siempre quiso tener la certeza de que la fundación de su régimen contaba con una relativa cobertura antes que disfrutar de una rápida victoria y aunque chocó con las previsiones de italianos y alemanes, impuso su estrategia basada en alcanzar cohesión interna y eliminación de los opositores a partir de una férrea represión en todos los ámbitos de la vida.

A partir de la caída de Málaga –tras el revés para los franquistas en Guadalajara, donde sufrieron los efectos las mismas tropas italianas que, en buena medida, se habían estrenado en Málaga–, durante la primavera y el verano de 1937 se desarrolló la ofensiva en el norte. Fue cuando Mola, que había concentrado casi 40.000 combatientes para atacar el País Vasco, dispuso de la cobertura aérea de la *Legión Cóndor*, que el 8 de febrero había desfilado triunfal por las calles malagueñas. El teniente coronel Wolfram Richthofen, que comandaba la Legión Cóndor, ensayó las técnicas del bombardeo en picado y bombardeo de saturación que se desarrollaría en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Así, el 26 de abril atacaba Guernica, una pequeña pero simbólica población vasca que quedó aniquilada en una sola tarde de bombardeos continuados y, desde entonces, considerada como la primera en quedar totalmente destruida por un bombardeo aéreo. Según H. Southworth el bombardeo de la *Legión Cóndor* se realizó a petición del Alto Mando franquista, para debilitar la defensa de Bilbao y socavar la moral de los combatientes vascos. Así, fueron cayendo Bilbao, Santander y el resto de las poblaciones de la cornisa cantábrica. Esta operación dio, a finales de octubre, una ventaja a los franquistas de aproximadamente 200.000 hombres respecto a los republicanos, ya que en tanto que oficiales y comisarios de las tropas capturadas eran inmediatamente fusilados, los soldados eran empleados en batallones de trabajos forzados, en posiciones de primera línea.

Mientras, en julio, los republicanos habían intentado abrir una brecha cerca de Madrid, en Brunete, que pese al éxito inicial, sucumbió ante los refuerzos del general Varela, que utilizaron el novedoso caza alemán *Messerschmitt BF.109* –que tan importante papel jugó en la posterior Guerra Mundial. Igualmente, en agosto de 1937 los republicanos planificaron una ofensiva en el frente de Aragón, que se detuvo en septiembre, de forma que tanto en Belchite, como antes en Brunete, la ofensiva republicana se vio obstaculizada y acarrió bajas muy numerosas. Teruel, donde entraron los republicanos a principios de enero de 1938, cedió varias semanas después ante la presión de los franquistas, igualmente con un elevado número de bajas en los dos bandos, aunque los republicanos tuvieron pérdidas cuantitativas mayores, arrojando cifras tan elevadas que, de nuevo, podemos considerarles precursoras de las sangrientas batallas que habrían de registrarse durante la Segunda Guerra Mundial.

Así, la acentuada superioridad numérica y material permitió a los franquistas una ofensiva masiva, a través de Aragón y Castellón, con la consiguiente llegada al mar

y ruptura geográfica del territorio republicano en la provincia de Castellón. Paralelamente utilizaron los bombardeos continuos sobre las ciudades y pueblos, que adolecían tanto de una defensa antiaérea suficiente como de una población sobrecargada de refugiados, como ocurría en parte en Madrid, pero sobre todo en Cataluña. Barcelona, que había sufrido en el invierno de 1937 bombardeos de saturación, a partir de la primavera siguiente sufrió oleadas de ataques que acabaron con los sistemas de alarma y que en una sola noche, como la del 18 de marzo, llegaron a causar casi 1.000 muertos.

La batalla más dura de toda la guerra tuvo lugar cuando los republicanos intentaron un asalto a través del Ebro para restablecer el contacto con Cataluña a la que respondió de nuevo Franco con el apoyo de la *Legión Cóndor* y con casi un millón de hombres bajo sus banderas.

El contexto europeo de tensión había alentado las esperanzas del entonces presidente de la República, el Dr. Negrín, esperando que las democracias occidentales estuvieran alerta de los peligro que el Eje –formado por la alianza de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini– representaba, habida cuenta de los pasos que estaba dando en su ocupación de parte de Checoslovaquia. Sin embargo, el Tratado de Munich, por medio del cual se aspiraba a frenar el expansionismo alemán, desalentaron las esperanzas de Negrín, que esperaba que las democracias europeas entendiese la guerra de España como un adelanto de la inminente Guerra en Europa, lo que hubiera cambiado la intensidad de los apoyos en la Península. Así, el suministro de material alemán nuevo, en buena medida utilizado en el Ebro –ya que el teniente Werner Mölders ensayó tácticas con cazas–, fue a cambio de concesiones hechas por Franco al Tercer Reich, relacionadas con la participación en empresas mineras en territorio peninsular y marroquí, como ha desvelado Ángel Viñas. Este hecho ha llevado a considerar que el Tratado de Munich convirtió el Ebro en una derrota.

Como gesto de buena voluntad, en un intento de frenar la evidente injerencia alemana en la Guerra Civil, la República despidió a los voluntarios de las Brigadas Internacionales, que desfilaron en Barcelona a finales de octubre de 1938. Por el contrario, dos meses después, Franco puso en marcha su ofensiva final, con tropas que podía relevar sin problemas cada dos días, iniciando la marcha sobre Cataluña. Así, en los últimos días de enero ocupaban Barcelona, culminando con la persecución sobre la enorme

masa de huidos que buscaban refugio en Francia, país que de mala gana les permitía el paso a través de sus fronteras.

Aunque aún con una zona equivalente a un tercio del territorio español, la República estaba condenada a muerte. Por entonces tuvo lugar el reconocimiento del gobierno de Franco por parte de Francia y Gran Bretaña. Además, el proyecto que partió del coronel Casado con el objeto de poner fin a la guerra mediante una negociación, empeoró la situación interna con la detención de los militantes comunistas y las tensiones entre mandos, muchos de los cuales veían de forma diversa la situación. En todo caso ésta era tan grave que culminó con la ocupación de Madrid el 27 de marzo de 1939, lo que suponía prácticamente el fin de la guerra, concretado en el parte del 1 de abril.

Apenas cinco meses después comenzaba la ocupación de Polonia por parte de Alemania, lo que supuso el inicio de la Segunda Guerra Mundial, la más sangrienta de la Historia. De este modo, la Guerra de España fue un antecedente del conflicto mundial en la medida en que ya se constató que la población civil se vio afectada de lleno en la utilización del armamento más moderno, en las huidas masivas y en las duraderas consecuencias políticas que una y otra provocaron.

Bibliografía

Bibliografía seleccionada por períodos

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Juan Eslava Galán: *Grandes batallas de la historia de España*, Madrid, Planeta, 1994.
- John Keegan: *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990.
- Juan Carlos Losada: *Batallas decisivas de la Historia de España*, Madrid, Aguilar, 2004.
- Margarita Torre Sevilla-Quiñones de León, *Las batallas legendarias y el oficio de la guerra*, Barcelona, 2002.

EDAD ANTIGUA

- Víctor Barreiro Rubín, *La guerra en el mundo antiguo* (Madrid, Almena, 2004)
- Adrian Keith Goldsworthy, *El ejército romano* (Madrid, Akal, 2005)
- Serge Lancel, *Cartago* (Barcelona, Crítica, 1994)
- Yann Le Bohec, *El ejército romano: instrumento para la conquista de un imperio* (Barcelona, Ariel, 2006)
- José Manuel Roldán Hervás, *Los hispanos en el ejército romano de época republicana* (Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1993).

EDAD MEDIA

- Ron Barkay: *Cristianos y musulmanes en la España medieval (El enemigo en el espejo)*. Madrid, 1984.
- Francisco García Fitz: *Las Navas de Tolosa*. Barcelona: Ariel, 2005.
- Manuel G López Payer y M^a Dolores Rosado Llamas: *La batalla de Las Navas de Tolosa*. Madrid, 2002.
- Mohammad Bashir Radhi: *El ejército en la época del califato de al-Andalus*. 2 tomos. Madrid, 1990.
- Carlos Vara Thorbeck: *El lunes de Las Navas*. Jaén: Uiversidad, 1999.

EDAD MODERNA

D. Goodman, *El poderío naval español. Historia de la armada española del siglo XVII*, Península, Barcelona, 2001.

Guimerá Ravina, Agustín y Blanco Núñez, José María (eds.) “Guerra Naval en la Revolución y el Imperio”, de Marcial Pons, 2008.

J.C. Mejías Tavoro: *Los navíos españoles de la batalla de Trafalgar: del astillero a la mar*, Madrid, 2004

E. Mira Caballos: *Las armadas imperiales: la guerra en el mar en tiempos de Carlos V y Felipe II*, Madrid, 2005

G.S. Parsons, *Al servicio de Nelson: un relato de la guerra en el mar (1795-1810)*, Barcelona, 2001

M. de P. Pí Corrales, *Felipe II y la lucha por el dominio del mar*, Madrid, 1989.

EDAD CONTEMPORÁNEA

E. Barranquero Texeira: *Málaga entre la guerra y la posguerra. El franquismo*, Arguval, Málaga, 1994.

A. Beevor: *La Guerra Civil española*. Crítica, Barcelona, 2005.

J. Cervera Pery: *La guerra naval española (1936-1939)*, San Martín, Madrid, 1988.

M. Eiroa San Francisco: *Viva Franco. Hambre, racionamiento, falangismo. Málaga, 1939-1942*, Málaga, 1995.

R. Gil Bracero: *Motril en guerra. De la República al franquismo (1931-1939). La República vencida*, Motril, 1997.

M. Moreno Alonso, *La Batalla de Bailén. El surgimiento de una nación*. Epílogo del Teniente General Cassinello, Madrid, Ed. Sílex, 2008.

L. Prieto Borrego: *La guerra civil en Marbella. Revolución y Represión en un Pueblo de la Costa*, Universidad de Málaga, Málaga, 1998.

L. Prieto Borrego y E. Barranquero Texeira, E.: *Población y Guerra Civil en Málaga: Caída, éxodo y refugio*, CEDMA, Málaga, 2007.

J.A. Ramos Hitos, J. A.: *Guerra Civil en Málaga 1936-1937. Revisión histórica*, Algazara, Málaga, 2003.

J. M. ^a Solé i Sabaté y J. Villarroya i Font: *España en Llamas: la Guerra Civil desde el aire*, Temas de hoy, Madrid, 2003.

